

BREVE

CARLO ALBERTO BRIOSCHI

HISTORIA

Prólogo de BALTASAR GARZÓN

DE LA

CORRUPCIÓN

De la ANTIGÜEDAD
a NUESTROS DÍAS



BREVE

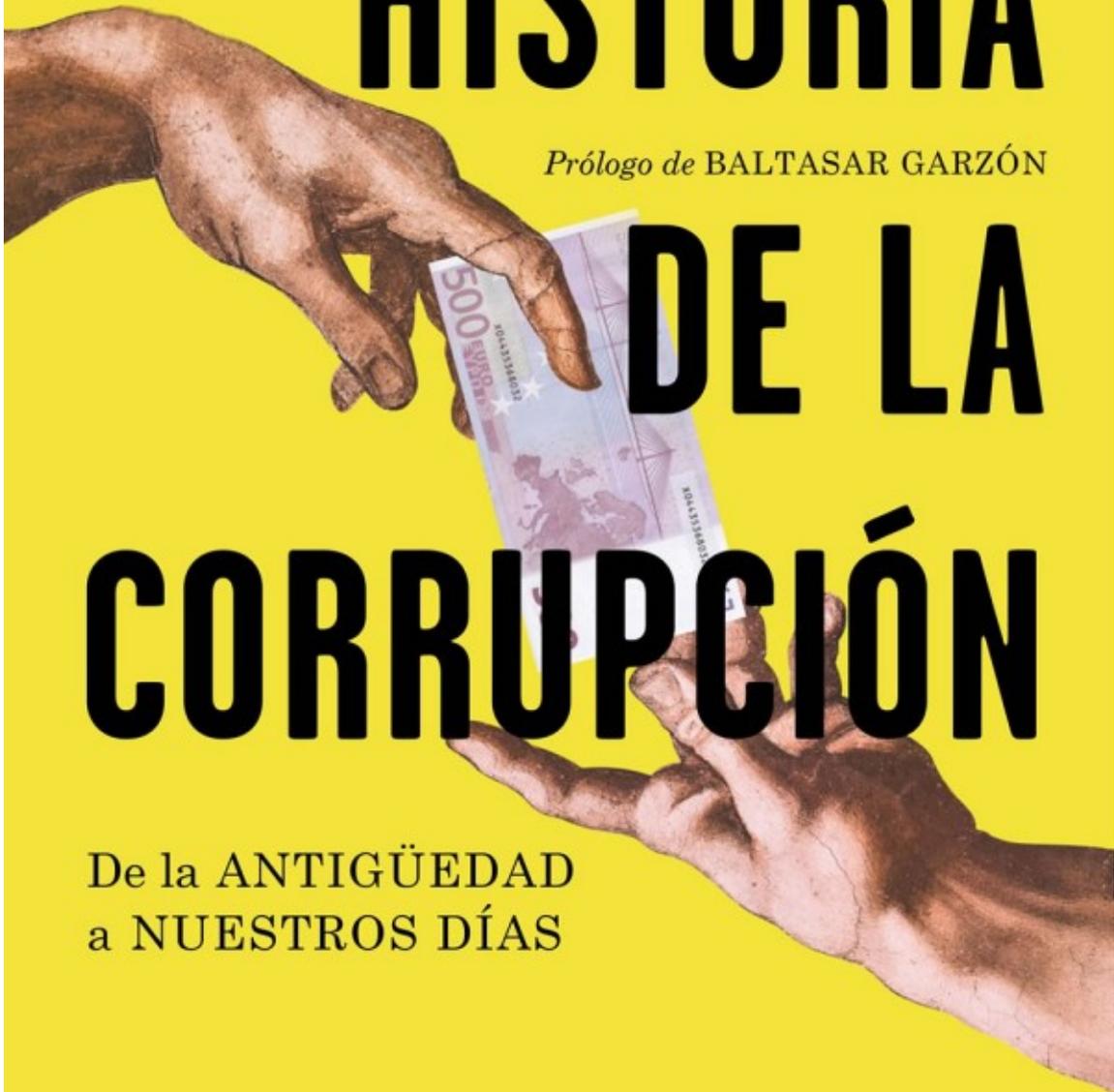
CARLO ALBERTO BRIOSCHI

HISTORIA

Prólogo de BALTASAR GARZÓN

DE LA CORRUPCIÓN

De la ANTIGÜEDAD
a NUESTROS DÍAS



Carlo Alberto Brioschi

Breve historia
de la corrupción
De la Antigüedad a nuestros días

Prólogo de Baltasar Garzón
Traducción de Juan Ramón Azaola

taurus


*Tenía la conciencia limpia.
Nunca la había utilizado.*

STANISLAW J. LEC

PRÓLOGO
EL ARCA DE NOÉ
por Baltasar Garzón

«Sería propio de un hombre agraciado el morir sin haber llegado a contagiarse de la falsedad, la hipocresía y la vanidad del lujo. Pues morir saciado de ello es morir dos veces. ¿Acaso prefieres vivir en el vicio antes que huir de esa peste? Porque peste es la corrupción de la inteligencia tanto más grave que la corrupción del medio ambiente que nos rodea. Esta segunda es corrupción de animales puesto que proviene de animales; aquella es corrupción de hombres, en cuanto proviene de hombres.»

MARCO AURELIO, *Reflexiones*, IX,2

Al titular su libro *Breve historia de la corrupción*, Carlo Alberto Brioschi da a entender que la corrupción tiene su propia historia. Pero ¿no podría decirse que, fatalmente, la historia política y social no es otra cosa que el propio desarrollo de la corrupción? En ese sentido, el título podría resultar un tanto equívoco, si no fuera porque Brioschi ha logrado reflejar, mediante trazos similares a los de un pintor impresionista, la debilidad por lo venal de gobernantes y sistemas, y su tendencia a quebrantar los principios éticos, trazando una original y autónoma historia de la corrupción.

El concepto de corrupción es confuso y amplio porque en su sentido físico es aplicable a cualquier objeto, y en sus aspectos intelectual, sentimental, político, social y económico, al ser humano en general. No todos se venden por dinero. Las motivaciones de quienes caen en la corrupción a menudo van más allá de lo económico: la propia convicción, el odio o la venganza, pasando por intereses de cualquier orden, incluido el de favorecer a los suyos, pueden corromper a una persona. Tampoco existe una sola clase de corrupción, ya que puede ser ésta pública o privada, clásica o moderna, y afectar a instituciones o sectores del Estado o de la

Justicia, en sistemas democráticos o en dictaduras. Pero se trata esencialmente de un fenómeno generador de injusticia y desigualdad entre los ciudadanos y, por ende, de desconfianza: ante la falta de respuestas adecuadas por parte de quienes tendrían obligación de perseguir las prácticas corruptas y no lo hacen, se presume la corrupción del sistema.

Aumentan así el desinterés por la defensa de lo público y la apatía ante la necesidad de generar un rearme ético que tenga como base la educación y el aprendizaje.

La corrupción política, de la mano de la económica, se traduce en una especie de privatización del Estado. Los servidores de éste pasan a ser «dueños» de los servicios públicos en vez de gestores de los mismos. Cobra fuerza el concepto de patrimonialización de estos servicios en detrimento de la idea democrática de atención al ciudadano. Y se induce a este ciudadano, de manera forzosa, a creer en la inocuidad, o incluso en la bondad, del fenómeno.

Esta afirmación explica que la corrupción en España en el año 2008 ocupara uno de los últimos puestos en la clasificación de asuntos por orden de preocupación de los ciudadanos, y vuelve comprensible el hecho de que responsables políticos acusados, investigados o condenados por corrupción sigan contando con el apoyo popular en periodos sucesivos. De modo que para muchos, tristemente, es peor la evidencia de su torpeza al ser sorprendidos que el ser reconocidos como corruptos.

Si algo nos enseña el mapa de la corrupción en cualquier parte del mundo y en cualquier época, es que sólo los liderazgos valientes y decididos pueden acabar con el problema, superando la indiferencia popular y manteniendo una actitud vigilante e intransigente frente a los comportamientos corruptos. Una buena gobernabilidad, obtenida mediante la acción coordinada de organismos de control que reduzcan los espacios para la corrupción, es básica para una eficaz estrategia frente al problema. Y esa gobernabilidad, precisamente, se fortalecerá sobre la base de una lucha frontal contra la corrupción, lo que a su vez dotará a las

instituciones de la autoridad necesaria para transmitir no sólo la apariencia de legalidad sino también la firmeza ética de que no va a transigirse con la corrupción pública o privada.

La afirmación de que, en un sistema democrático, ciertas dosis de corrupción son necesarias para sostener el esquema de partidos políticos —que lleva a la aceptación de prácticas irregulares de financiación— es inaceptable, porque la credibilidad de una formación política debe radicar no sólo en la coherencia y el carácter democrático de sus ideas, sino también en la transparencia de sus recursos, reflejo de la honradez de sus dirigentes.

A pesar de que esto resulte claro, no son muchos los códigos penales que tipifican como delictiva la financiación irregular de los partidos políticos, una de las fórmulas más habituales de corrupción. Incluso, en algunos sistemas se ha optado, casi sin polémica, por admitir claramente la acción de los *lobbies* o grupos de presión político-económica en campañas electorales (el Tribunal Supremo de Estados Unidos, en 2010, ha sentenciado la legalidad de acción de esos grupos, decisión que el presidente Barack Obama ha criticado con energía, siendo él mismo quien promovió la norma de su prohibición).

Es un hecho incontestable que la corrupción también es un instrumento idóneo para el crimen organizado y para el desarrollo e implantación de sus métodos en sistemas políticos y económicos y en instituciones financieras, policiales o judiciales, con el fin de conseguir mayores espacios de impunidad. Porque «ninguna forma de gobierno es indemne al desarrollo de las organizaciones criminales transnacionales, ningún sistema legal es capaz de controlar totalmente el crecimiento de ese crimen y ningún sistema económico o financiero está seguro frente a la tentación de obtener ganancias de niveles muy superiores a los que son alcanzables con las actividades legales» (Louise Shelly, American University).

El crimen organizado ha penetrado en muchos Estados, desde el ámbito local hasta el nacional o federal, a través de la financiación de las campañas políticas para la elección de sus miembros como diputados. Recuérdense los casos de narcopolítica o parapolítica en países como Colombia, la compra de voluntades políticas por la mafia en Italia o la designación de funcionarios de gobierno por grupos criminales en México.

Si lo anterior es un hecho, también lo es la asociación transnacional de unos y otros grupos criminales, como una necesidad derivada de la propia actividad organizada y de la complejidad y la globalización de los mercados a los que atacan. Ese crecimiento, curiosamente, los hace más vulnerables a la acción coordinada de la justicia de los distintos países, que se ha ido dotando de instrumentos idóneos para llevarla a cabo. Por tanto, será de esta forma como se deba incidir para sumar, a los efectos de la prevención, los de una adecuada persecución del fenómeno mixto «crimen organizado-corrupción».

Que no se hable tanto de corrupción no significa que haya dejado de existir. Por el contrario, lo sucedido es que aquellos que la practican se han hecho más expertos y han abandonado la bandera negra con la calavera pirata por el estuche negro del ordenador; y la maleta con la ametralladora por el maletín del ejecutivo. Han conseguido un nuevo triunfo: que se deje de hablar de ellos, de modo que no se perciba su penetración en consejos de administración de grandes empresas y organismos multilaterales, contribuyendo al lavado de activos procedentes de los más variados sectores de la criminalidad con impunidad de sus conductas, aplicando trabas a cualquier tipo de investigación.

De todo ello se desprende la necesidad de que el fenómeno de la corrupción se visibilice, se denuncie y se haga patente en toda su crudeza, para imposibilitar la indiferencia ante el mismo.

Hoy día, el tema de la corrupción, especialmente en nuestro país, está sometido a debate. Pero, detrás de formulaciones de intransigencia frente al mismo, se observan actitudes de comprensión, especialmente cuando se trata de casos de corrupción política. Casos en los que ciertos medios de información toman posiciones no necesariamente objetivas, sino encubridoras y entorpecedoras de la acción de la justicia.

Las noticias se suceden a tal velocidad que el ciudadano no tiene tiempo de asimilar lo que lee, escucha o ve en los diferentes medios, aunque no renuncie a cierta percepción crítica de los diferentes casos. Quizás podría decirse que, en lo que llevamos de siglo XXI, la corrupción se ha convertido en una especie de bacilo de la peste que viene de lejos, como nos relata brillantemente en este libro Carlo Alberto Brioschi, y que conoce ahora, como cualquier sistema infeccioso, su eclosión purulenta.

En su prólogo, el propio Brioschi se pregunta: «A quién le importa si el propio César es un ladrón?». A nadie, viene a responder el autor. Nerón y Calígula han pasado a la historia de igual modo que los santos, nos dice. Pero no hace falta ir tan lejos, nos sugiere el autor. Sabemos de casos de flagrante corrupción en los que se han visto envueltos ciertos políticos cuyo apoyo electoral y apreciación política no se han visto afectados por semejante conducta. Más bien al contrario. Incomprensiblemente, las máquinas propagandísticas de los partidos, o de algunos de ellos, anestesian la memoria de los ciudadanos para conseguir el olvido o, al menos, la condescendencia ante la promesa de que determinados hechos no volverán a producirse y que la limpieza y pureza de la gestión será en el futuro la norma. Sin embargo, pasado el tiempo, el escenario se repite, y algunos «tropiezos» se disculpan ante la perspectiva de una victoria electoral que garantice que las cosas serán diferentes.

Con ironía recuerda Brioschi que, según Octavio Paz, «una nación empieza a corromperse cuando se corrompe su sintaxis». La cita encierra una reflexión de largo alcance: la corrupción no es otra cosa que la alteración violenta del orden, de las reglas establecidas. Aunque también sucede que se aprovechan las normas para subvertir su contenido y buscar zonas de impunidad.

En la Babilonia del siglo v a. C. «había opresión y se aceptaban dádivas; cada día se robaban unos a otros las propiedades», citaba un profeta de Eshadon. Brioschi nos recuerda que entre las instrucciones que Dios dio a Moisés estaba la de «no aceptar regalos, porque el regalo ciega a los que ven y pervierte las causas justas». En Grecia y Roma la corrupción estaba a la orden del día: «¿Qué pueden las leyes, se pregunta Petronio, donde sólo el dinero reina?». Y Cicerón es más elocuente: «Quienes compran la elección a un cargo se afanan por desempeñar ese cargo de manera que pueda colmar el vacío de su patrimonio». Como puede comprobarse tampoco han cambiado tanto las cosas; en España y fuera de España se mercadea con los cargos públicos, se aceptan regalos e incluso se defiende vehementemente que éstos son una costumbre social, y, por supuesto, se asume y autoriza judicialmente la legitimidad de los *lobbies* de presión económico-política.

La ética en la gestión pública es hoy considerada por muchos como una monserga moralista que ni siquiera los más puros se plantean, y quienes defienden sus principios son tachados de románticos trasnochados o utópicos impenitentes. La corrupción, especialmente la ideológica, ha penetrado en las mentes de muchos, y asistimos impávidos a una especie de aniquilación moral controlada por algunos medios de comunicación, económicos y políticos que nos hacen olvidar la esencia del compromiso y la responsabilidad como bases del sistema democrático.

El autor nos lleva, con erudición y soltura narrativa, del Mediterráneo a la Reforma, de Maquiavelo al oro del Nuevo Mundo, con un recorrido en el que la corrupción es «el pan nuestro de cada

día». Y cita a testigos e historiadores de esa época, a los grandes escritores que levantaron acta del día a día social de aquellos siglos, entre ellos a nuestro Miguel de Cervantes. Recuerdo el jugoso *Coloquio de los perros*, una de sus *Novelas ejemplares*, y el momento en que Berganza y Cipión se dicen: «Pocas veces se cumple con la ambición que no sea con daño de tercero. ¡Miserable edad y depravado siglo nuestro!».

Nuestros clásicos, incluidos los grandes poetas del Siglo de Oro, pusieron en textos sublimes la depravación del poder y del dinero. Así, Fray Luis de León decía:

*Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando
tendido yo a la sombra esté cantando.*

El gran Andrés Fernández de Andrada, en su *Epístola moral a Fabio*, sentenciaba:

*El oro, la maldad, la tiranía
del inicuo precede y pasa al bueno:
¿qué espera la virtud o qué confía?*

Del Absolutismo a la Revolución en Francia, de la revolución económica al imperio colonial, de la Restauración a la decadencia de Europa, hasta llegar al siglo xx, el de los totalitarismos, Brioschi traza el mapa de la corrupción durante los siglos en los que ésta toma carta de naturaleza, pública y evidente.

La relación del vasallaje medieval, la venta de indulgencias y otras prácticas simoniacas por parte del clérigo corrupto, la degradación papal con los Borgia, el surgimiento de los banqueros florentinos y las cartas de crédito entre los siglos xiv y xviii llevan al ilustre escocés Adam Smith a concluir: «Los sujetos económicos que

actúan en el mercado operan siempre en su propio interés. El vulgarmente llamado estadista o político es un sujeto cuyas decisiones están condicionadas por intereses personales».

Y cita el autor también, en el siglo xx, a nuestro Donoso Cortés, y especialmente a José Ortega y Gasset y su *Rebelión de las masas*, un texto singularmente lúcido y anticipador. No alude Brioschi al excepcional «Prólogo para franceses», de la edición de 1937 de esta obra, en el que Ortega presagia genialmente los fenómenos que se iban a producir en Europa cincuenta años después. Recordemos: «Los pueblos europeos son, desde hace mucho tiempo, una sociedad, una colectividad, que no anda cerca de crearse su artefacto estatal mediante el cual formalice el ejercicio del poder público europeo». Y añade, en un asombroso alarde profético de la Europa y del mundo de hoy: «La probabilidad de un Estado general europeo se impone necesariamente. La ocasión que lleve súbitamente a término el proceso puede ser cualquiera: por ejemplo, la coleta de un chino que asome por los Urales, o bien una sacudida del gran magma islámico». La «irrupción china» y la explosión del «gran magma islámico» son anticipados por Ortega y Gasset medio siglo antes de que se produzcan, con una visión sorprendente por su exactitud.

Repasa Brioschi el siglo xx de los totalitarismos y las dictaduras y sale al paso de esa interpretación popular que a menudo escuchamos, según la cual «con el dictador vivíamos mejor», o «con la dictadura no había corrupción», para dejar claro que las dictaduras son en sí mismas, por su propio carácter impositivo, esencialmente corruptas, en la medida en que pervierten todos los sistemas de relación social, política y económica; y, especialmente, pervierten las mentes de muchos, dejando secuelas a menudo insuperables o que perduran por décadas bajo el manto de la corrupción ideológica a la que se vieron sometidos o el miedo a reconocer que la padecieron.

Los últimos capítulos de esta *Breve historia de la corrupción* se centran en el estado actual de esta cuestión, en un mundo en el que el carácter global de las conexiones políticas y económicas otorga a los problemas escala universal. Brioschi analiza los grandes cracs financieros y el futuro de la corrupción, y recuerda cómo, en el momento de su máxima expansión económica, Estados Unidos realizó, mediante la deshonestidad de su clase política y económica empresarial, una contribución esencial al desarrollo de todas las formas de corruptela. En ese sentido cita al sociólogo español Josep Ramoneda: «En esta sociedad de desigualdad creciente su corrupción es al mismo tiempo un síntoma y una estrategia». Y así, el autor introduce el factor corrupción en el estudio de la democracia. Prosigue Ramoneda:

Es cierto que la corrupción ha existido siempre y que si antes no era tan manifiesta es sólo porque la ideología política la ocultaba. Bajo el franquismo todo el régimen era corrupto, y en las democracias europeas la corrupción fue un tabú hasta que la disolución del enemigo no eliminó también las viejas prioridades ideológicas.

Y va aún más lejos al decir que «en la medida en que la vida política se somete a las exigencias del poder económico, los territorios se confunden y lo público y lo privado se mezclan, y se generan mecanismos de transferencia constante de un poder a otro».

Termina Carlo Alberto Brioschi citando el *Contrato social* de Rousseau: «Apenas el servicio público cesa de ser el principal interés de los ciudadanos y apenas estos prefieren servir con su bolsa en vez de con su persona, el Estado está ya próximo a la ruina». Esta afirmación nos acerca, inevitablemente, a la crisis económica de 2008-2009, la crisis actual, que ha subvertido el análisis de todos los factores concurrentes en la economía y en la política globales tal como se presentaban al comienzo de este siglo, cuando el futuro se contemplaba de color de rosas desde la mirada optimista de los flujos financieros internacionales y los mercados globalizados.

Invito, como complemento de esta *Breve historia de la corrupción*, a leer el reciente trabajo de Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique* en español, *La catástrofe perfecta*, en la que se nos plantea el interrogante crucial: ¿está llegando el capitalismo a su fin? Y ¿cuánto durará la crisis? Desde luego la globalización atañe a todo el sistema financiero y, por lo tanto, a toda la esfera de la economía internacional. En las recientes Cumbres Internacionales convocadas para intentar detener la crisis, se habló de «refundar el capitalismo», y lo que tendríamos que plantearnos con Ramonet es que esa «refundación» será difícil si no se da un mayor control a los ciudadanos sobre los recursos estratégicos de los Estados y sobre las decisiones económicas que conciernen a sus vidas. Tal refundación se presenta como una misión imposible, si los Estados no demuestran intransigencia hacia los comportamientos corruptos. La disposición y la convicción son factores imprescindibles para cambiar las cosas. Todos hemos sido partícipes en alguna medida de la situación actual. Como plantea Brioschi, debemos reflexionar sobre el papel desempeñado por la corrupción —generalizada, social, política, judicial y económica— en la crisis actual. Un papel que yo estimo esencial y que nos traslada también al interrogante que muchos expertos se están formulando: ¿no está en su propia génesis, en el centro neurálgico del sistema capitalista, su propia ruindad, su corrupción intrínseca?

Ello equivale a considerar si el capitalismo es esencialmente corrupto y si cualquier sistema de correlación de fuerzas e intereses sociales y económicos, dejado —como lo ha hecho el liberalismo económico— al libre albedrío de la regulación espontánea de los mercados, lo es; pero esa hipótesis ha demostrado ser errónea. Como analiza finalmente este libro, la corrupción se genera espontáneamente, más allá de las corruptelas de los individuos y las instituciones financieras, como una onda que rompe los aparentes equilibrios de los mercados financieros, e incluso puede acabar con la economía de los Estados.

Podría llegar así el día —el fatal día— en el que la siguiente crisis fuera la definitiva, marcara el final del sistema, el final de las apariencias. ¿Y entonces? Como en un seísmo, en medio del tsunami de esa devastación financiera y económica globales, los soportes económicos más inmediatos se derrumbarían. Arrasaríamos los comercios y las tiendas de nuestros barrios, habiendo perdido el dinero todo su valor, tratando de garantizarnos unas semanas de supervivencia física. Y los últimos que quedarán en esa situación, tras ese diluvio universal, subirían a una nueva Arca de Noé, seleccionados espontáneamente para perpetuar las especies. ¿Para perpetuar la corrupción?

No quiero terminar esta nota de prólogo al libro de Brioschi sin hacer alusión a un tema que el autor toca de pasada en su Introducción («¿A quién le importa si César es un ladrón?»). Brioschi alude a la sugerencia de Giuliano Ferrara de que la magistratura no debe decidir sobre la suerte de los gobiernos, y por extensión, de los gobernantes. El propio autor responde citando, entre otros, a Ilvo Diamanti, quien recuerda: «No hay que olvidar que la corrupción y los casos de irregularidad no se los han inventado los jueces».

Giulio Calamandrei añade al respecto, en el mismo contexto: «El mayor riesgo para un magistrado no viene —solo— de las presiones externas, sino del agotamiento interior de las conciencias». Que cada uno haga su reflexión particular sobre este tema, sin olvidar que la corrupción también anida con frecuencia en la judicatura.

La independencia judicial es el baluarte para una adecuada gobernabilidad. Esa independencia debe proclamarse tanto del poder político (ejecutivo, legislativo, los propios partidos políticos) como del económico (entidades financieras, bancos, corporaciones). Mi referencia a los poderes político y económico es intencionada por cuanto hoy lo político depende del poder económico, multinacional y globalizado de las corporaciones que, en definitiva, controlan su desarrollo. Por ello, resulta indispensable un poder judicial fuerte, independiente e inamovible, capaz de investigar y castigar la

corrupción por encima de cualquier otra circunstancia, siempre desde la legalidad, pero sin la mediatización de quienes pretenden ejercer un control político sobre él, desde dentro o desde afuera.

Concluyo de la mano de Maquiavelo, a quien Carlo Alberto Brioschi cita a menudo: «No sin razón se dice que la voz del pueblo es la voz de Dios. La opinión pública pronostica los sucesos de una manera tan lúcida que se dirá que el pueblo está dotado de la facultad de prever lo que distingue al bien del mal», recuerda Maquiavelo en su texto sobre Tito Livio.

Pero hoy en día, ¿podemos compartir esta afirmación en un mundo en el que los medios de comunicación deciden lo que es y lo que no es, en el que se ensalza o humilla por interés político o económico, en el que se defiende o ataca en función de lo que se obtenga o pierda? La responsabilidad de los medios de comunicación es de tal magnitud que puede afirmarse que de su uso adecuado depende el futuro de una sociedad que, queramos o no, es esencialmente mediática.

INTRODUCCIÓN

¿A QUIÉN LE IMPORTA SI CÉSAR ES UN LADRÓN?

«Conozco bien el problema... Yo dejé de construir en Milán porque en Milán no se podía construir nada si no te presentabas con el cheque en la boca.»

SILVIO BERLUSCONI

Si Julio César era un ladrón, ¿a quién le importa? La pregunta no es nueva pero con el tiempo no parece haber perdido su actualidad, si es cierto, como escribió el ensayista norteamericano John Jay Chapman, que «la falta de honradez puramente financiera muestra una escasa importancia en la historia de la civilización». Y si ciertamente son pocos los que recuerdan al obispo inglés Thomas Becket o al presidente norteamericano John Quincy Adams por su presunta falta de honradez, la impresión es que la corrupción de los grandes en el fondo se considera casi inevitable y que en algún caso, incluso, la percepción de los súbditos o de los ciudadanos ha sido la de poder contar con una consiguiente riqueza general y mayores ocasiones de negocios o prebendas para todos; que de algún modo, en definitiva, del banquete de los primeros acaben por caer, antes o después, las migas para los pequeños. «El débito público», escribía Coleridge en 1823, «ha hecho ricas a más personas de las que lo habrían merecido. Es como un comedor para el que se hubieran distribuido trescientos vales pero que en realidad sólo tiene capacidad para cien». En tal caso, entonces, puede ser que importen, ya lo creo, el conflicto de intereses y las acusaciones dirigidas al Príncipe; pero no sólo según alguna consideración virtuosa y moralista. Porque la cuestión es justamente la opuesta: si la mayoría de los ciudadanos elige de hecho por sufragio universal al hombre que con pragmática sabiduría ofrece grandes esperanzas o si un gran número de ahorradores se sube voluntariamente al carro de un gran capitán de industria que promete sueños de riqueza,

sería conveniente saber qué conciencia real tienen de la posible ventaja que puede obtenerse de la presunta falta de honradez del jefe. Es decir, si eso no les importa gran cosa o si, por el contrario, esa mayoría lo considera un factor relevante y decisivo en el acto de depositar su papeleta en la urna o en el momento de hacerse un hueco en la corte del magnate de turno.

Y no hay duda de que, al menos tanto como las tersas manos de los moralistas, las que están sucias y embadurnadas de barro ejercen en el fondo un discreto encanto en los mortales comunes; así es como los Nerón y los Calígula han pasado a la historia de igual modo que los santos (y bastante más que los honrados mediocres), y las hazañas de los grandes granujas, como nos cuenta Charles Mackay en su célebre muestrario de las locuras colectivas, excitan la memoria popular a lo largo de los siglos. Porque «la especulación», como escribió Washington Irving, «es la aventura romántica del comercio y envilece las realidades más sobrias. Hace del especulador en bolsa un mago, y de la bolsa un motivo de encanto».

«¿Qué vale una gonzúa frente a un título accionario? ¿Qué vale reventar un banco frente a la fundación de un banco?», se preguntó no sin ironía Bertolt Brecht. Sin necesidad de retroceder mucho en el tiempo bastaría citar a la ex *premier* inglesa Margaret Thatcher: «Nadie se acordaría del Buen Samaritano si sólo hubiera tenido buenas intenciones. También tenía dinero». O también al ex presidente francés Charles De Gaulle, según el cual «la perfección invocada en los Evangelios nunca ha construido un imperio. Porque todo hombre de acción posee una fuerte dosis de egoísmo, orgullo, dureza y astucia. Pero todas estas cosas le serán perdonadas, y hasta consideradas altas cualidades, si consiguiera utilizarlas para obtener grandes resultados». Ahora bien, ante la imposibilidad de sondear las mentes de la colectividad con resultados fidedignos, podríamos limitarnos a seguir las indicaciones de Benedetto Croce, para quien «no corresponde al historiador detenerse en los incidentes de los llamados escándalos bancarios y de las investigaciones sobre las responsabilidades y las culpas, materia

predilecta de los moralistas baratos, utilizadas para sus fines incluso por sus opositores. Porque especuladores, hombres políticos poco escrupulosos y poco dignos, administradores fraudulentos, empleados desleales o venales, o pequeñas y grandes rapiñas son cosa de todos los tiempos y de todos los países...». O, todavía antes, nos podríamos fijar en las afirmaciones del filósofo Giambattista Vico, que, más allá de su intención de trazar los cursos y recursos de las grandes leyes históricas, fue, antes que otros, uno de los mayores sostenedores del historicismo, según el cual los resultados obtenidos por los individuos en la historia acaban por prevalecer de algún modo sobre sus propias intenciones. «¿Qué importa finalmente si Napoleón fue un tirano cruel y egoísta? Para un seguidor del historicismo Napoleón es la fuerza humana que difundió los principios de la Revolución francesa por toda Europa. El egoísmo y la crueldad son cuestiones que atañen a su conciencia o a su confesor, no al historiador» (Giuseppe Prezzolini). Otro presidente francés parecía estar de acuerdo: «Es necesario relativizar», declaró Mitterrand a quien le reprochaba su implicación en negocios poco claros. «Richelieu, Mazarino y Talleyrand se apoderaron del botín. ¿Pero quién se acuerda de ello?»

Para no ceder a la tentación de evitar ocuparse de tales episodios menores de corrupción, que sin embargo son internacionalmente reconocidos como «violaciones de derechos humanos», la cosa podría enfocarse entonces de otro modo, es decir buscándola en la diferencia, al menos parcialmente objetiva, que hay entre una gran cantidad de fechoría y otra más pequeña (en el fondo, como sugería Diógenes Laercio, «son los grandes ladrones los que hacen que se cuelgue a los pequeños»). En todo caso, si se supera la posible objeción de partida relativa a la generalidad del término *corrupción* y se restringe preferentemente el objetivo de la presente reconstrucción a la «corrupción política y económica» y, por lo tanto, a quien ejerce un poder de naturaleza política, financiera o funcional (sin cerrarse a la posibilidad de salir del estrecho análisis del delito), se puede, en definitiva, recorrer fácilmente una buena

parte de la historia del hombre a través de la maleabilidad de los poderosos y de los menos poderosos frente a la oferta ilícita y a la tentación de los subordinados respecto al posible «atajo» que orilla la norma. En tal sentido puede ser útil, en el fondo, contradiciendo el título de esta introducción, y como se hará en las páginas que siguen, recorrer las «proezas corruptivas» de grandes y menos grandes (dando preferencia a los gobernantes, a los políticos, a los funcionarios públicos, a los numerosos estafadores financieros y, sobre todo, a quienes han escrito acerca de ello) a lo largo de un itinerario histórico más o menos cronológico y predominantemente «occidental», con todos los límites de una reconstrucción un tanto deliberadamente memorística y marcadamente «citoria» que recurre ampliamente, además de a la crónica, a la historia entendida en sentido más estricto y a las diversas publicaciones de naturaleza filosófica-política, sociológica o normativa, así como a los testimonios literarios de todas las épocas, que representan a menudo un fascinante espejo del tiempo que los ha alumbrado. En cierto sentido, por tanto, una especie de historia de las costumbres y una cuasi historia literaria de la corrupción.

Se ha dicho que «el delito paga» y que la avidez, a veces, es la palanca del progreso material; por otra parte no hay duda de que no están al alcance de la mano posibles correcciones de rumbo general en cuanto a la difusión de la honradez del prójimo. «Sobre un punto del diagnóstico», escribe Guido Rossi a propósito del endémico conflicto de intereses que caracteriza a la economía capitalista con escándalos como el de la bancarrota de la multinacional norteamericana Enron, «sería oportuno seguir reflexionando: es un punto muy sencillo, un pasaje que Martín Lutero extrajo de una carta de san Pablo: "Raíz de todos los males es la avidez de dinero"». ¿Obvio? Quizá. Pero es cierto que la considerable difusión de tal avidez, junto a la monotonía de quienes no se oponen al fenómeno corruptivo, corre el riesgo de convertirse en sinónimo de deshonestidad, en vez de sana ambición y de sentido de los negocios: «Estos neoladrones, o posgentilhombres, no son ni

siquiera trepadores sociales, no tienen esnobismos, pretensiones de imagen, aspiraciones a gratificantes contactos. No sueñan con maniobrar ocultamente la masonería, los ministerios, los bancos, el Vaticano, el país entero... Juegan a un juego moderado, gris. Son personas serias en cierto sentido, sin pájaros en la cabeza: los oscuros servidores de la adjudicación de contratos, los modestos chupatintas del cohecho» (Fruttero y Lucentini). El historiador británico Niall Ferguson sostiene, con fundadas razones, que no es «el dinero el que hace girar el mundo... Han sido los acontecimientos políticos, y sobre todo las guerras, los que han plasmado las instituciones típicas de la vida económica moderna: burocracias recaudadoras, bancos centrales, mercados de obligaciones, bolsas y parlamentos representativos... que Gran Bretaña fue la primera en desarrollar en el siglo XVIII, pero que fueron adoptadas luego por todas las potencias occidentales». Ha ido todavía más allá Samuel Huntington, el autor del *Choque de civilizaciones*, conocido sobre todo en el mundo académico por haber sostenido en *Political Order in Changing Societies* (1968) que en determinadas condiciones históricas y sociales la corrupción puede ser considerada también un factor de modernización y de progreso económico, permitiendo, por ejemplo, un recambio social a favor de clases emergentes dispuestas a desbancar el obstruccionismo de las viejas élites (corrupción política), garantizando agilizar los procedimientos burocráticos en los contextos que experimentan, junto a la modernización, también una insana pero inevitable multiplicación de leyes, permisos y procesos (corrupción administrativa) y seleccionando a los principales actores del mercado a fin de que surjan aquellos que se muestran capaces de invertir de modo fuerte y eficaz en el sostenimiento (incluso sobornando) de sus propios proyectos empresariales (corrupción económica). ¿Ejemplos? Para Huntington son, entre otros, los países en vías de desarrollo de los primeros años setenta pero también la

Inglaterra del 1700 (en vísperas de la Revolución industrial) y la América de la conquista del Oeste y de la construcción de los ferrocarriles.

Se esté de acuerdo o no, el caso es que billetes en mano, comisiones, sobres y porcentajes sobre contratos parecen ser el inevitable precio a pagar frente a precisos engranajes sociales o características antropológicas inalienables. La cuestión entonces es la de conocer sus límites, sacar a la corrupción de la zona de sombra de lo oculto a la que por lo general ha sido reservada, de manera que no acabe discriminando a los grupos más débiles y a las minorías no escuchadas. La cuestión es, en definitiva, evitar la hipocresía desbordante o, directamente, la tendencia al olvido de quien, como escribía Fortebraccio bastante antes de la implantación del euro, «cree todavía, a su edad, que la lira es tan sólo un instrumento musical con esta única extravagancia: que después de haberla tocado, como hace a menudo, en vez de volver a guardarla en la funda, se la mete en el bolsillo».

En el transcurso de su existencia, gobernantes, hombres de negocios, poderosos magnates, aprovechados de todo tipo, pero también hombres respetables y aparentemente alejados de cualquier pecado, se han encontrado todos con la sutil y penetrante fragancia de la inmoralidad y la corruptela: alguno más, alguno menos, sin duda, incluso si la reacción idiosincrática de todos ellos parece haber sido, en la mayor parte de los casos, la de taparse la nariz y ocultar ese encuentro con un piadoso velo que acostumbra a tenderse de un modo casi inconsciente, bien por desmemoria pasajera, bien porque un provecho ilícito de dimensiones menores parece poder cancelarse por la enormidad de las trampas ajenas. «Han ganado los impunes», ha escrito Marco Travaglio refiriéndose a una parte de la clase dirigente del país implicada en las investigaciones de los años noventa. «Nos han impuesto la amnesia, haciendo superflua incluso la amnistía. Nos han robado todo: primero las carteras, luego la memoria, ahora incluso el lenguaje... La más colosal operación de desinformación que recuerde la reciente historia de Italia». Así, salvo

repentinas oleadas moralizadoras, que la historia registra cíclicamente, como en la Italia de los años de Mani Pulite [Manos Limpias], hasta la llamada sociedad civil ha acabado por olvidar que el vicio sigue corrompiendo almas buenas y menos buenas y que, una vez pasada la emergencia, con la decadencia de las costumbres de los hombres famosos, de los criminales empedernidos o de los poderosos, ha acabado por olvidar también el propio vicio. Por lo demás «no se discute con las creencias de las masas como no se discute con los ciclones», como escribió Gustave Le Bon en su *Psicología de las masas*. En fin, queda siempre el riesgo, ínsito en los propios límites de la democracia (que representarían un largo capítulo aparte), que algún día se verifique, paradójicamente, lo que escribía Bertolt Brecht, es decir, que el jefe del Gobierno se despierte un día y dicte un decreto de este tenor: «El pueblo nos ha defraudado. Si no cumple con su deber, el Gobierno lo disolverá y elegirá a otro».

Bastante antes de la época de Tangentópolis[1], Giorgio Bocca escribió que se podría hacer un largo elenco de hombres «profundamente implicados en casos de corrupción que, tras de breves eclipses, al volver todos a gozar del respeto y de las reverencias generales, son recibidos por todos con esta *arrière pensée*: “Pobrecito, lo han enredado, pero lo mismo que le han acusado a él podría pasarme a mí también”». Por otra parte, cuando asistimos a las requisitorias de nuestro actual primer ministro contra los presuntos excesos de una parte de la magistratura, tendemos a olvidar cómo, frente al surgimiento de la «cuestión moral» que siguió al escándalo de la masonería y de sus infiltraciones en una parte relevante de la clase dirigente del país al comienzo de los años ochenta, a las precedentes correrías del financiero Sindona y al crac del Banco Ambrosiano de Calvi con el apoyo de Licio Gelli, jefe de la logia masónica P2, la reacción de los partidos, como la del socialista o la del socialdemócrata, fue durante tiempo la de preferir, no el intento de deshacer realmente los nudos de la fechoría, sino el mero desahogo oratorio de las invectivas y de los graves ataques contra

los magistrados. En aquellos mismos años, el de Giorgio Ambrosoli parecía ciertamente un caso aislado: nombrado en 1974 comisario para la liquidación de la Banca Privata Italiana del financiero siciliano, se encuentra pronto ante graves irregularidades y falsificaciones, pero no por ello se pliega a los intentos de corrupción y a las amenazas dirigidas contra él: «Es indudable que, en cualquier caso, pagaré un alto precio por el encargo: lo sabía antes de aceptarlo y por lo tanto no me lamento en absoluto, porque se me ha concedido una oportunidad única de hacer algo por el país». Fue asesinado por un sicario en 1979.

Baste recordar, entre los últimos acontecimientos difundidos por la televisión y los periódicos, la bancarrota de las compañías Cirio, de Sergio Cagnotti y Parmalat, de Tanzi, y las sospechas sobre las cuentas de Finmatica, de Pierluigi Crudele (y, al otro lado del océano, las quiebras de Enron y de Worldcom que han afectado dramáticamente a cientos de miles de ahorradores y han arrastrado al final de una historia centenaria a una empresa de consultoría y análisis financiero, como Arthur Andersen); algunos escándalos en el campo de la sanidad, como el de los «negocios» del médico Giuseppe Poggi Longostrevi y a las comisiones del hospital Molinette de Turín, en el que se ha visto implicado, entre otros, uno de sus dirigentes, el emprendedor Luigi Odasso; las investigaciones y los interrogatorios sobre cohechos denunciados y presumiblemente destinados a conquistar un lugar en el palco del Festival de la Canción Italiana en San Remo; los escándalos de los exámenes comprados, protagonizados por algunas facultades de la Universidad La Sapienza de Roma; y, por primera vez, la inscripción en el registro de investigados de la fiscalía de Milán, por favores y cohechos, de tres sociedades anónimas y de sus dirigentes o responsables (según las nuevas normas que invierten la costumbre al permitir la incriminación directa de personas jurídicas). En 2004 ha surgido un nuevo y ramificado sistema de pago de sobornos ligado a los suministros de Enipower, y algunos periódicos han informado de la atención de la opinión pública sobre casos de dispendio de dinero

público: «Como ya sucedió con Affitópolis[2], el tumor puesto al descubierto también por Vittorio Feltri», comentó Giampaolo Pansa, «también Sprecópolis[3] es un Vajont[4] de infamias (éticas y de estilo, cuando no jurídicas). Son historias que dan lugar a la consternación: izquierda y derecha ya se han homologado en la empresa de gastar sin control con estúpida arrogancia». Entre los numerosos libros de este periodista piemontés se cuenta *Il Malloppo*[5], que describe un sistema de reparto del poder, con distintos protagonistas a los actuales, pero sustancialmente no muy diferente al de hoy en día: «No era toda la sociedad italiana la que comía del pesebre del cohecho, sino solamente los partidos y los empresarios que vivían gracias al sistema del *malloppo*. En 2005 explota Bancópolis; son sus dramáticos protagonistas Giampiero Fiorani, de la Banca Popolare de Lodi, y Antonio Fazio, gobernador del Banco de Italia, ambos investigados por especulación abusiva; en complicidad con otros maniobran en el mercado para tomar el poder en la Banca Antonveneta frente al intento de controlarla por parte del banco holandés ABN Amro. En el mismo periodo, el banco Unipol, de Giovanni Consorte, lanza una oferta de adquisición sobre la BNL para obstaculizar la opa del BBVA español, y también él es acusado de haber actuado irregularmente y de acuerdo con Fiorani y Fazio. En ambos casos, no faltan los apoyos políticos en el Parlamento (aunque inevitablemente causaran más alboroto las llamadas telefónicas entre el jefe del que en su día fue el banco de las cooperativas “rojas” de la Emilia Romagna y el secretario de la DS (Demócratas de Izquierdas) Piero Fassino».

El nivel de corrupción en Italia, según los cálculos de Transparency (que se ocupa de monitorizar la tasa de legalidad de la administración pública en buena parte del mundo), ha empeorado en su conjunto desde los primeros años noventa, colocándonos hecho en el antepenúltimo puesto de Europa. Así, si la palma de la transparencia le corresponde a Finlandia, antes de llegar a Italia hay países como Botswana y Namibia. Y ello incurriendo en costes que los contribuyentes pueden no percibir directamente, ya que se ha

calculado que, si cada punto porcentual de aumento de impuestos reduce en un 5 por ciento el flujo de las inversiones extranjeras en Italia, cada grado de aumento en el nivel de corrupción lo reduce, por el contrario, en un 16 por ciento. Y es en este sentido en el que se ha hablado y se vuelve a hablar hoy de Mani Pulite como de una ocasión perdida para enfrentarse a un fenómeno que vuelve a aflorar cada día en las crónicas. Incluso el Parlamento había establecido en 1997 un instrumento propio de investigación, con la Comisión contra la Corrupción, presidida por Giovanni Meloni, de Refundación Comunista, pero sus trabajos se arrastraron morosamente y terminaron prácticamente en nada tres años después.

Según el politólogo italiano Giovanni Sartori la situación empeoró con el nacimiento del «partido empresa» impulsado por Berlusconi, es decir, con Forza Italia. A fin de cuentas recuerda Sartori, cuando Amintore Fanfani fue nombrado primer ministro hizo al menos el gesto simbólico de vender a través de su mujer un modesto paquete accionarial, mientras que para los «berluscones», sostiene Sartori, de hecho no hay excesiva diferencia entre Estado y empresa. Paul Ginsborg, a su vez, ha sostenido que Berlusconi no es un caso aislado, sino más bien una de esas figuras emergentes del (sector) terciario, en particular de las finanzas y del sector de las telecomunicaciones, que utilizan sus recursos económicos y mediáticos para influenciar y, en su caso, conquistar la esfera pública democrática.

En su *Historia de Italia desde la posguerra hasta hoy*, Ginsborg ha escrito: «En el 1992-1993 un grupo minoritario de magistrados italianos, guiados por la fiscalía milanesa, trató de romper el círculo vicioso de la corrupción en la vida pública. Quizá esos magistrados utilizaron medios discutibles o cometieron errores; casi siempre sus iniciativas provocaron tragedias personales de pequeña o gran

dimensión. Aun así sería difícil concluir que actuaron de mala fe o negar la extraordinaria importancia de su contribución a la vida pública italiana».

No todos están de acuerdo, naturalmente. Puede que tenga razón Giuliano Ferrara cuando dice que la magistratura no debe decidir sobre la suerte de los Gobiernos y que ha desempeñado en los años noventa un papel que acabó por salirse de los límites de su estricta competencia; pero, como ha puesto de relieve, entre otros, Ilvo Diamanti, «no olvidemos que la corrupción y los macroscópicos casos de irregularidad tampoco se los han inventado los jueces» de Milán o de cualquier otra fiscalía. La coherencia de Ferrara en la materia nunca se ha discutido, aunque es verdad que ha afirmado que ha «preferido siempre la mierda de los corruptos al sabor dulzón de la hipocresía» (palabras no muy diferentes habían sido escritas con sarcasmo por el personaje interpretado por Nanni Moretti en la película de Andrea Lucchetti *Il portaborse*: «O sea, yo prefiero... hombres brillantes y singulares, aunque sean un poco sinvergüenzas, a hombres grises y aburridos, pero honrados. Porque al final, la mediocridad, el aburrimiento e incluso la excesiva honradez harán sin duda más daño al país»).

Y, por otra parte, ¿quién se acuerda ya de la aprobación (con la ley nº. 3 del 2003) de un alto comisariado para la prevención y el freno de la corrupción (dependiente, por cierto, del palacio Chigi[6]) en un país en el que el presidente de la Comisión de Justicia es la misma persona que ha defendido como abogado al Primer Ministro de la acusación de haber corrompido a los jueces?

«Nunca he tenido remordimientos éticos. Corrompía porque vivía entre corruptos. Cuando un día tenga que explicarle mi prisión a mi hijo le diré que el noventa por ciento de las personas que se encuentre al ir a hacer un trato serán corruptibles. Le diré también que, si no quiere participar en operaciones de ese tipo, tendrá que encerrarse en un convento o drogarse». Este es un pasaje de la confesión del negociante Adriano Zampini que arroja luz sobre un célebre caso de irregularidad pública en la Turín gobernada desde

hacía ya muchos años por el alcalde Novelli y que por lo tanto precedía en mucho a la explosión del fenómeno con las investigaciones milanesas de los primeros años noventa. Historias no lejanas de las del pasado, como puede demostrarlo una breve referencia a la evolución del lenguaje y del vocabulario de quien se enfrenta en público al tema del propio interés privado: porque entre el decir y el hacer hay en medio, la mayoría de las veces, un sobre que dar, pero también una palabra, de la que depende no sólo el nombre sino la identidad de la cosa misma. Y en este sentido la voz *tangente* (participio presente del verbo latino *tangere*, «que toca», «que corresponde», «que es debido») no es ciertamente una invención reciente. El vocablo, entendido en sentido actual, se encuentra ya en el diccionario Zingarelli de 1923, pero siglos antes había pruebas patentes del uso, en absoluto ilegal, de la cifra correspondiente al intermediario por una comisión o un negocio de un cierto alcance (en el siglo XVIII Beccaria hablaba de «tangente del útil común» y Carlo Porta utilizó el término repetidamente). Por lo demás, si *maxitangente* es una palabra acuñada probablemente en 1994 en *La Repubblica*, *faccendiere* («intrigante», «chanchullero») se remonta a 1513 (a Maquiavelo).

Una de las tesis centrales de la antropología dice que cada individuo tiende a adaptarse a las convenciones sociales características del lugar en el que vive. Cada uno de nosotros habla la lengua que oye hablar y tiene extrema dificultad en desprenderse de los comportamientos afirmados como costumbres. La corrupción nos resulta obvia como resulta obvia a los individuos de todo país, raza y religión, por el simple hecho de que su práctica está universalmente difundida. Y ello explica de alguna manera nuestros mismos comportamientos y, por ejemplo, el hecho de que los egipcios, para describir un fenómeno sin embargo distinto como el de la «oferta», hablasen de *feqa*, los mesopotámicos de *tatu*, la Biblia de *shohadh*, los árabes de *arrachua*, los griegos de *doron*, los latinos de *munus*: todos en cualquier caso refiriéndose a una donación en absoluto desinteresada, a una oferta como

compensación por la satisfacción de un interés legítimo. Los franceses llaman a las gratificaciones *pots de vin*, y sugieren así el origen natural e inevitable de una propina dirigida a lubricar las ruedas de una máquina de funcionamiento farragoso. Los ingleses a su vez hablan de *bribe* y de *sleaze*, mientras el término alemán para corromper es *bestechen* (de *stechen*, «pinchar», «clavar») o *schmieren* (de *Schmiere*, «grasa», «aceite») y de éste, el término correspondiente a *tangente*: *Schmiergeld* (literalmente «el dinero que lubrica»). No es casual que Octavio Paz haya afirmado (en buena compañía): «Una nación comienza a corromperse cuando se corrompe su sintaxis».

«Y además, ¿qué significa hombre honrado?», ha escrito con ironía y desilusión Umberto Eco. «Alguien puede ser honrado hasta el momento en que accede a un cargo público, pero luego puede propender a delinquir. Nosotros lo elegimos creyéndole integérrimo y dos meses después comete peculado y concusión. Desagradable sorpresa. ¿No es mejor elegir en el acto a quien ya es sospechoso de concusión y peculado, de manera que se le pueda controlar?» En definitiva, si es verdad que la historia, como escribe Edward Gibbon, es «algo más que registrar crímenes, locuras y desventuras del género humano», no parece inútil en todo caso recordar sumariamente los hechos (o mejor, algunos de ellos) como más o menos se han producido, además de la evolución de las ideas, de las doctrinas políticas y de las leyes desde la Antigüedad hasta nuestros días, pasando por las civilizaciones mesopotámicas, la democracia ateniense, el Imperio romano entre ascensión y decadencia, la cristiandad medieval y la Reforma luterana que sacudió al Viejo Continente (contribuyendo de modo decisivo al nacimiento del concepto de «corrupción» tal y como lo entendemos todavía hoy), el nacimiento del capitalismo, la era de las revoluciones, la Francia de los moralistas, la Ilustración inglesa, la Restauración y, finalmente, el ocaso totalitario de Europa, para llegar así a rozar los escándalos políticos y financieros de nuestros días. «Todo el mal no está en la corrupción», ha afirmado Sergio Romano. «Está también, en parte,

en el modo en que es considerada por la opinión pública y por una parte de la magistratura que la investiga. En el origen de esta percepción hay una completa indiferencia por el problema histórico de las relaciones entre administración y dinero. Creo necesario recordar que el funcionario público, burócrata u hombre político, es en realidad una especie de agente público de negocios que actúa entre la demanda y la oferta».

El intento de dar un sentido a la historia —ha escrito Giorgio Manganelli— es «generoso pero quizá vano». Lo que no es infundado, añadía sin embargo, es el «más sencillo y a la vez más ambicioso intento de catalogar los años, los gestos, los reyes muertos, las batallas olvidadas, las epidemias acontecidas a través de los siglos», como si finalmente se pudiese recorrer todo en todas direcciones, «juntos laberinto y ruina». Y justamente en torno a ese laberinto y a esas ruinas, sin la pretensión de dar un sentido definitivo a la historia, intenta desenredarse este breve volumen.

1. DE BABILONIA A ATENAS

«*Pecunia oboediunt omnia.*»

Eclesiastés 10,19

En el siglo IV a.C., el brahmán Kautilya, también conocido como Chanakya, y ministro del rey indio Chandragupta Maurya, escribió un libro de gran atractivo sobre el arte de gobernar que lleva el título de *Arthashastra* (que podría traducirse como «Instrucciones sobre la prosperidad material», o, más sencillamente, según ha indicado Amartya Sen, como «Economía política»). Un texto en sánscrito, redescubierto solamente en 1905, que trata de un modo natural también del vasto y eterno fenómeno de la corrupción.

Según Kautilya, contemporáneo de Aristóteles, quien gobierna debe utilizar cualquier medio para lograr sus objetivos, mientras que las reglas propias del rigor y la honradez parecen válidas, al menos en sustancia, para los súbditos. Un mensaje que ha terminado por alinear de algún modo a Kautilya con Maquiavelo, no obstante la infinita distancia entre los contextos históricos en los que ambos vivieron y escribieron. Si no hay duda de que por algunos de sus versos Kautilya pertenece al grupo de cuantos se pueden reconocer como partidarios del realismo político, es verdad, por otra parte, que su pragmatismo se ve mitigado por una gran atención hacia los pobres, los esclavos y las mujeres de clases inferiores.

Entre las sentencias de Kautilya, la más célebre es quizá la relativa a la dificultad de probar la falta de honradez de un funcionario público, una dificultad por lo menos semejante a la de averiguar «cuánta agua puede beber un pez que nada libremente en el agua». «No probéis la miel o el veneno puesto en la lengua», se lee en el *Arthashastra*, porque «es tan difícil como manejar el dinero del rey sin probar al menos una pequeña parte del mismo». «De la avidez deriva el pecado», se lee en el *Mahabharata*. Y no hay gran

religión en el mundo, desde el hinduismo al cristianismo, que no afirme este principio-prohibición: desde el Tao Te Ching hasta las siete leyes de Noé que gobernaron las costumbres judaicas antes de las tablas del Sinaí y que veían en el hurto el más grande de los vicios.

En la Antigüedad, de todos modos, «engrasar las ruedas» era una costumbre tan difundida como hoy y considerada en algún caso incluso lícita. Las Sagradas Escrituras contienen trazas incontestables de una ética al menos aparentemente diferente respecto a la corriente. En el Antiguo Testamento, jueces y gobernantes dedican su favor a los súbditos más serviciales: hombres astutos y diligentes, dispuestos a dispensar dinero y a inmolar víctimas sacrificiales. El intercambio de favores, y la necesaria reciprocidad que sustenta, no sólo estaban admitidos sino incluso protegidos de hecho como comportamientos correctos y generalmente aceptados. Se da, en fin, una cierta ambigüedad entre corrupto y corruptor, y prevalece una difusión social del mecanismo del trueque, del intercambio, del *do ut des*, sobre todo en la Biblia del Génesis, mientras la idea de corrupción como culpa y como pecado emerge en particular en la Biblia de los Profetas y, más tarde, con la filosofía de Sócrates y de Platón.

Sinónimo de caos y de corruptela, Babilonia, fundada más de dos mil años antes de Cristo por los sumerios en la orilla izquierda del Éufrates, fue durante milenios una de las más grandes ciudades del mundo antiguo, en particular bajo Hammurabi (1792-1750 a.C.) y Nabucodonosor (muerto en el 562 a.C.). Su nombre permanece ligado al de la torre homónima (de Babel), construida después del diluvio universal para permitir al hombre «alcanzar el cielo» (según la tradición narrada por el Génesis): un acto de soberbia que habría sido fatal para la ciudad llevando sobre ella el castigo de Dios, que dispersó a sus habitantes y confundió sus lenguas para siempre. Un profeta de Esarhaddon recuerda así la decadencia de Babilonia: «Oprimían a los pobres y les ponían a merced de los poderosos. En

la ciudad había opresión y se aceptaban dádivas. Insensatamente, cada día se robaban unos a otros las propiedades». Hammurabi, uno de los más célebres legisladores del mundo antiguo, prescribió que se mantuviera alejado de la profesión al juez que hubiese cambiado un veredicto ya «pasado por el juzgado». Pero no hay prueba de que efectivamente se tratase de una reacción suya en concreto a sentencias cambiadas por la intervención de alguna «propina» resolutoria y que, por lo tanto, la del gobernante babilonio fuese una prescripción dirigida a evitar casos de corrupción. Es posible, sin embargo, que el castigo se refiriera a veredictos no aplicados o a casos de jueces que no habían correspondido al don recibido, porque no sólo estaba difundido el hábito de la dádiva, sino que podían ser incluso expresamente condenados el hábito contrario o el rechazo del regalo.

Otra célebre ciudad de la Antigüedad destinada a la destrucción fue Tiro, de la que se habla así en la Biblia (Isaías, 23, 8): «¿Quién ha decretado cosas tales contra Tiro, la que repartía coronas, cuyos comerciantes eran príncipes, cuyos mercaderes eran los nobles de la tierra?». De ello escribirá en el siglo XVII Daniel Defoe: «Es asunto a menudo suscitado en el campo del comercio si la destrucción de Tiro por parte de Nabucodonosor fuera para bien o para mal. A mi parecer fue más un bien que un mal. Pues es verdad que los ciudadanos perdieron mucho con la demolición de sus casas y con la ruina de los edificios públicos; pero eso hizo que se dispersara por diversas partes del mundo una población diligente y activa que inmediatamente se dedicó a recrear la misma laboriosidad y a mantenerse con el comercio, cosas de las que, con toda probabilidad, antes se sabía poco o nada».

«Gimil-Ninurta, ciudadano de Nippur, en Mesopotamia, pobre pero libre, trata de mejorar su condición. Todo lo que tiene es una cabra. Conduciéndola con la mano izquierda, se presenta en la residencia del gobernador y le da la cabra [...]. Poco después el gobernador anuncia que dará una fiesta. Pero en la fiesta Gimil-Ninurta no recibe más que un hueso y un tendón de la cabra y

cerveza rancia. Quiere entonces saber la razón de tal tratamiento. Por toda respuesta el gobernador ordena que sea azotado [...]. Después nuestro personaje va a ver al rey de todo el país y le ofrece una mina de oro a cambio del uso del carro real durante un día. El rey acepta de inmediato sin hacer preguntas. Gimil-Ninurta vuelve a Nippur en el carro y el gobernador lo acoge como un alto funcionario del reino. Una vez alojado en palacio, Gimil-Ninurta abre un cofre que había llevado consigo y sostiene que el oro que contenía ha desaparecido. Acusa al gobernador de su desaparición y le hace azotar tres veces por su crimen. Para aplacarlo, el gobernador le ofrece regalarle dos minas de oro». La historia, recogida en *Bribes* por John Thomas Noonan (uno de los pocos autores que ha intentado afrontar de modo global y diacrónico el tema de la corrupción política a través de los siglos) es conocida con el título de «El pobre hombre de Nippur» y se remonta probablemente al año 1500 a.C. Demuestra a los más escépticos, con argumentos inequívocos, cómo entre los pueblos de la antigua civilización mesopotámica la ley de la reciprocidad —la regla natural del *do ut des*— era puntualmente respetada, mientras que era castigada con rigor religioso cualquier desviación de la senda maestra. El mal no residía en el acto de donar con interés, sino en romper la lógica del intercambio, en no corresponder a la oferta recibida. En la sociedad acadia —como también en Polinesia, entre los indios de Norteamérica estudiados por Marcel Mauss en su *Ensayo sobre el don* y en numerosas sociedades primitivas— la reciprocidad es la norma, el intercambio con un poderoso no es distinto de otras transacciones sociales o comerciales. El sistema de las ofertas y los intercambios es la vía principal y reconocida para establecer relaciones pacíficas.

En la biblioteca de Asurbanipal en Nínive se conserva un himno al dios sol Shamash, en el que se puede leer la frase siguiente: «A aquel que recibe una oferta que pervierte le harás padecer un castigo», aunque la palabra *tatu* utilizada en el texto indica genéricamente también la oferta de un subordinado y, según

Noonan (que recoge el fragmento), la condena generalizada llegará más tarde, con la edad moderna, a pesar de que la práctica del intercambio siga siendo una costumbre casi inevitable.

Sobre este tema acuden en nuestra ayuda con abundancia de argumentos tanto la antigua historia occidental como su literatura: entre los posibles ejemplos, algunos pueden ser extraídos de la Biblia, donde el mecanismo de la reciprocidad se retrata de modo ejemplar y, de hecho, se justifica. En los Libros de los Reyes se asiste a un intercambio de gran efecto: la reina de Saba ofrece a Salomón ciento veinte talentos de oro, especias en cantidades nunca vistas y piedras preciosas. Salomón, a cambio, le ofrece todo aquello que la reina desee además de lo que ya le ha dado por propia iniciativa. La conclusión parecería clara: Salomón ha aceptado los dones de la reina de Saba y, por lo tanto, conoce sus obligaciones.

Una parte considerable de los ingresos de la casta sacerdotal estaba indiscutiblemente representada por las ofertas. En el antiguo santuario de Silo, durante los sacrificios, los sacerdotes tenían derecho a todo aquello que un horcón de tres puntas pudiera recoger (I Samuel 2, 13-15). A los profetas —se entiende— no se presenta uno nunca con las manos vacías. Por eso Saúl duda en presentarse ante Samuel y le pregunta al criado que se lo ha propuesto: «... pero ¿qué le llevaremos a ese hombre? En las alforjas ya no hay alimentos y no tenemos ningún don que ofrecer al varón de Dios. ¿Qué le vamos a poder dar?» (I Samuel 9, 7). El criado, como remedio, le propone darle un cuarto de siclo de plata que se ha encontrado.

En el Génesis, Jacob no duda en proponerle un pacto al Altísimo, una suerte de audaz contrato con el Señor. «Si fuera Dios conmigo y me protegiera en este viaje que estoy haciendo y me diera pan para comer y vestido para cubrirme, y si yo volviera sano y salvo a la casa paterna, entonces el Señor será mi Dios, y esta piedra, que he puesto como hito, será una casa de Dios, y de cada cosa que me concedas, yo te daré puntualmente el diezmo» (Génesis 28, 20-22).

Por lo que quizá no es casualidad que Dalila, que por cuenta de los filisteos corrompe a Sansón, no esté retratada como una figura manifiestamente negativa, sino como una mujer hábil y astuta. Naturalmente, el Antiguo Testamento no propugna una corrupción instaurada como sistema. Entre las instrucciones que Dios da a Moisés está también la de «no aceptar regalos; porque el regalo ciega a los que ven y pervierte las causas justas» (Éxodo 23, 8). El Señor no acepta ofertas de los que no son dignos, sino sólo de aquellos hombres a los que juzga como justos. A pesar de ello, el principio del intercambio, de la reciprocidad en la relación entre los hombres y su Dios, permea con su presencia buena parte de los textos sagrados, y la antigua sociedad del Medio Oriente aparece principalmente conformada a ese criterio lógico y moral.

Las cosas cambian en el Nuevo Testamento, en el cual es denunciado públicamente el episodio emblemático del «generoso» Simón el Mago, dispuesto a ofrecer dinero para adquirir los poderes conferidos por el Espíritu Santo (Hechos 8, 18-24). De este episodio proviene la simonía, que es, por así decirlo, la versión eclesiástica de la corrupción, y que durante siglos será un comportamiento condenado de palabra por la Iglesia romana, pero ampliamente tolerado, hasta el punto de provocar la vibrante denuncia luterana. Por lo demás, uno de los episodios centrales de la historia cristiana es el de Judas Iscariote, el hombre que guardaba el dinero de los discípulos y que vendió a los romanos a su maestro Jesús por treinta monedas de plata. Una traición tan fuerte que le impedirá toda posibilidad de redimirse, incluso después del arrepentimiento, y que conducirá a Judas a ahorcarse.

En el año 324 a.C. da comienzo en Atenas una nueva Olimpiada y el mismo año estalla el escándalo del oro de Arpalos: Demóstenes, célebre por sus discursos contra Filipo II de Macedonia, acusado de haberse apoderado de las sumas depositadas en la Acrópolis por el tesorero de Alejandro, es condenado y se ve obligado a huir. Fue seguramente uno de los escándalos más notables de la antigua

Grecia, hasta el punto de que el propio Demóstenes, vuelto a Atenas tras el exilio, se suicidó dejando en herencia esta máxima: «Envidiar a quien se deja corromper, reírse si lo reconoce abiertamente, absolver a quien se coge en flagrante delito, odiar a quien quisiera acusarle». Para comprender palabras como éstas, según Luciano Canfora, es preciso añadir: «Corrupción y demagogia son complementarias en la ciudad democrática y el lugar clásico de la corrupción es el tribunal, que tiene una centralidad absoluta en la Atenas de los siglos VII y V a.C. Los jurados son echados a suertes y tienen buenas posibilidades de vender su voto». El problema de la corrupción estaba planteado mucho antes, por lo demás, como sugiere Hesíodo, contemporáneo de Homero, que había celebrado una mítica edad de oro en *Los trabajos y los días*: una edad en la que los hombres no estaban movidos «por el vergonzoso deseo de la ganancia», sino que había una abundancia suficiente como para gratificar a todos. Como dejó escrito el poeta y filósofo Jenófanes: «Aquello que entre los hombres constituye vergüenza y reprobación, robar, cometer adulterio y engañarse los unos a los otros, Homero y Hesíodo lo atribuían a los dioses». El mismo héroe de la *Odisea* homérica, Ulises, encarna de hecho la figura del timador genial y del mentiroso afortunado en cuanto descendiente de Hermes, el dios fraudulento y engañador por antonomasia, además de nieto de Autólico, conocido por su propensión a la estafa y al hurto. «Temo a los dánaos aunque vengan con regalos». Así, según Virgilio, Laocoonte habría advertido a sus conciudadanos de la entrada en la ciudad del célebre Caballo de Troya, regalo no precisamente desinteresado de los aqueos.

Por boca de Platón también afronta Sócrates el argumento con gran sinceridad: «Bien lo sabéis, atenienses: si desde tiempo atrás me hubiera dedicado a ocuparme de los asuntos del Estado, llevaría tiempo muerto [...]. No hay hombre que pueda salvarse si se opone, no diré que a vosotros, sino a una multitud cualquiera y trate de impedir que demasiadas veces se cometan injusticias en la ciudad y

se transgredan las leyes». ¿De verdad no es posible, en consecuencia, gobernar sin cometer injusticias y provocar descontento?

Aristóteles define en la *Ética a Nicómaco* al déspota como el que persigue su interés en el ámbito de un sistema tiránico, oligárquico o demagógico, aunque añadiendo que es necesario que el bueno sea de algún modo «egoísta» («de hecho sólo así se complacerá a sí mismo al realizar buenas acciones y siendo de utilidad a los otros...»). Pero es interesante comprobar cómo ya entonces el que levantara sospechas, a veces aun antes y aun más que el acusado, fuera el mismo autor de la denuncia, que indudablemente esconde, con mayor o menor sagacidad, un interés particular en hacer pública la acusación o en mantener una actitud reticente. Ya en la polis griega —donde el ejercicio del ministerio público se realizaba indistintamente por cada ciudadano— los delatores actuaban a menudo de acuerdo entre ellos para procurarse unas ganancias mediante denuncias más o menos fundadas, o garantizando el silencio sobre algún asunto del que tenían conocimiento. Demóstenes describía así al calumniador profesional: «Va caminando por el ágora como una víbora o un escorpión, con el aguijón en ristre, saltando de aquí para allá, y va a parar de improviso ora a un punto ora a otro, mirando a quién notificar una desgracia y sacarle dinero extorsionándole por temor a un proceso».

Platón, con su concepción estoica del vicio, introdujo un lugar común destinado a ejercer una influencia que ni siquiera hoy puede darse por agotada: la relación entre el lujo y la decadencia. Un pueblo demasiado rico es un pueblo debilitado e incapaz de grandes cosas. A partir de Platón y de sus discípulos, sostenedores de la estrecha relación entre ética y política, así como de la abolición de la propiedad privada (considerada una innegable fuente de corrupción), la filosofía política occidental ha teorizado siempre sobre el «instinto despótico» del poder, es decir, la natural propensión del hombre a utilizar el poder del que dispone a favor de sus intereses específicos.

El retórico y sofista Trasímaco, que vivió en el siglo V a.C., es conocido principalmente gracias al hecho de que Platón le hiciera protagonista de uno de sus diálogos: «Yo creo que lo justo no es otra cosa que el interés del más fuerte». Y la justicia es «lo que favorece al poder constituido». La justicia no se busca simplemente por el respeto a las reglas que están en la base del orden de la comunidad, sino que puede ser construida según las exigencias del gobernante. Por lo tanto quien gobierna puede hacerse las leyes que garanticen su impunidad.

Platón habla así de su experiencia política: «Cuando era joven pensaba en incorporarme pronto a la vida política [...]. Observando las muchas fechorías cometidas me alejé de las miserias de entonces [...]. Pero luego ocurrió que algunos poderosos arrastraron al tribunal al amigo Sócrates, le condenaron y le mataron. Cuanto más examinaba estos hechos tanto más difícil me parecía poder administrar rectamente los asuntos del Estado. Leyes y costumbres se iban corrompiendo, tanto que acabé por quedar aturdido. Me di cuenta entonces de que todas las ciudades estaban mal gobernadas [...] y que las generaciones humanas no se podrían liberar nunca de las calamidades hasta que no accedieran al poder político los filósofos».

En la tragedia y en la comedia griegas, el tema de la corrupción y más en general de la relación con la riqueza más allá de su posible proveniencia es recurrente y central. «¡Oh, riqueza —escribe Sófocles en *Edipo rey*—, dominio, arte vencedor de todo arte! En esta envidiosa vida, qué envidias provocáis a quienes os poseen [...] mi más viejo amigo ocultamente se arrastra en mi contra, artífice de fraudes, que sólo ve claro su propio provecho».

Por cuanto corresponde a la comedia, tómese en consideración la figura de Paflagonio, hombre de poder corrupto, protagonista de *Los caballeros* de Aristófanes. El personaje Demos despotrica contra él: «¡Malvado! —acusa—. Tienes la bolsa llena, mira cuántas cosas, está rebosante. Te guardaste la torta más grande. A mí me diste sólo un

trocito. ¿Así que me engañaste robando? ¡Y yo que te ofrecí regalos!». Y Paflagonio, confuso: «¡Pero yo robaba en interés del Estado!». El ejemplo es perfecto, ayer como hoy: la defensa de los líderes de partido, implicados en el caso de financiación ilícita, ha utilizado argumentos de naturaleza análoga: «He robado, sí. Pero sólo para el partido». Como si el partido no estuviera formado por corrientes. Y las corrientes, de hombres, funcionarios y parlamentarios. Como si líder, secretarios, tesoreros, consejeros provinciales y diputados no obtuvieran (o no hayan obtenido en el pasado) ventajas más o menos directas del sistema de financiación oculta de los partidos.

«El oro lo abre todo, incluso las puertas de bronce», escribía Menandro, autor de *El misántropo*, en el que se inspiraron los latinos Terencio y Plauto. Entre los protagonistas de los *Diálogos* del escritor satírico Luciano de Samosata está Lampico, tirano de Siracusa, que se presenta a Hermes, el cual le interpela así: «¿Por qué te presentas con tanto ropaje y adornos?». Y él contesta: «¿Por qué? ¿Acaso debe venir desnudo un tirano?».

El retórico y filósofo Gorgias sostenía nada menos que la imposibilidad de enseñar la virtud: «El que engaña —afirmaba— es más justo que el que no engaña». Y más tarde, Plutarco, que también fue político en Roma, nos dejará fragmentos de este tenor: «Si nuestros enemigos, adulando, robando o corrompiendo, parece que van a procurarse un poder infame e innoble en la corte o en el Gobierno, no sentiremos fastidio, sino más bien alegría...».

«No se alabe el parecer de Temístocles ni el de Cleón», advertía el propio Plutarco, «cuando éste decidió entregarse a la política, reunidos sus amigos, renunció a su amistad con ellos... Hubiera hecho mejor en destruir en su ánimo la avidez por el dinero... Temístocles, a su vez, a quien intentaba demostrarle que habría gobernado mejor si se hubiera comportado de manera imparcial con todos, contestó: “Que no pueda yo nunca acceder a un cargo con el que mis amigos no puedan obtener más que mis no amigos”, no

comportándose rectamente ni siquiera él al consagrar la política a la amistad y sometiendo los asuntos comunes y públicos a los favores y a los intereses privados».

Del general Calicrátidas, auténtico símbolo de la «frugalidad» espartana muerto heroicamente en batalla, se cuenta que, a pesar de padecer gran penuria de dinero para sí y para su ejército, rechazó secamente una oferta de cincuenta mil monedas: «No me vendo por una causa injusta». «Si fuese Calicrátidas habría aceptado», le dijo Cleandro, uno de sus oficiales. «Yo también —le rebatió, al parecer, el general—, si fuera Cleandro».

Una moral opuesta, por lo tanto, a la preconizada por el francés Michel Onfray, que hace algunos años retomó y actualizó, con cierto éxito, la moral y el pensamiento de los cínicos, desde Antístenes a Crates de Tebas, una tradición olvidada y anulada por el platonismo que habría ocultado las crueles verdades a las que, según Onfray, sobre todo hoy, haría falta abrir de par en par las puertas del pensamiento, domesticado por una imperante hipocresía: «Se podría llamar síndrome de Hecatón [...]. Hecatón predicaba que, entre la salvación de un tercero y la salvaguardia del propio interés, se debe preferir siempre la segunda solución».

El estudioso del clasicismo y del Renacimiento Jacob Burckhardt hizo coincidir la desolación del individualismo con el fin de la Grecia clásica y la llegada de la era helenística. Es la decadencia objetiva de la polis, «después de la muerte de Demóstenes y de Foción, la ciudad está afectada por una sorprendente carestía de personalidades políticas y de todo tipo», que coincide con el nacimiento del concepto helenístico de «reino» y la llegada de Alejandro III de Macedonia. Como señalará Adorno, llevando la reflexión a sus extremas consecuencias, se inicia «el proceso que logra su cumplimiento con los Estados dictatoriales». Escepticismo, epicureísmo y estoicismo, entre las principales corrientes de la filosofía clásica griega, eran ya quizá una reacción a la disgregación progresiva del mundo antiguo y a la decadencia de la polis, ya que presentaban un fin común, el de ofrecer un conjunto de valores

teóricos y prácticos que dependiesen de la conciencia individual del hombre, pero sosteniendo también la necesidad de integrarse en las nuevas estructuras estatales y luego imperiales que suplantaron a la ciudad-Estado.

«Esa ciudad que quieres tomar es inconquistable», le dijeron, según el relato de Plutarco, a Filipo II de Macedonia sus consejeros. «¿Cómo, acaso no es posible hacer entrar en ella a un asno de oro?», se dice que contestó, no sin ironía, el padre de Alejandro Magno. Filipo II había conseguido quitar a Atenas el control de las minas de oro y plata de Tracia, explotándolas bastante más de lo que se había hecho hasta entonces. Sin embargo, cuando Alejandro Magno tomó el poder en el 334 a.C. se encontró con una escasa liquidez, y ésta fue una de las principales razones de su intento de ensanchar los confines de su imperio, aunque no consiguiera nunca reunir y atesorar las riquezas de los países que iba conquistando, ya que el oro recogido era puesto en circulación de inmediato para pagar a las tropas y sostener las necesidades del nuevo reino.

2. ROMA. ASCENSIÓN Y CAÍDA DE UN IMPERIO

«*timeo Danaos et dona ferentes.*»

Virgilio, *Eneida II*, 49

El acróstico ROMA (*Radix Omnium Malorum Avaritia*) probablemente se remonta al siglo IV d.C., pero la codicia en la vida política de la antigua Roma tenía dimensiones gigantescas desde mucho tiempo atrás; sin embargo, las estructuras del Estado romano resistieron durante siglos sin sufrir grandes contratiempos. De manera notoria, el gran Julio César recurrió a cualquier medio (también financiero, y no sólo violento) para acceder al consulado, abatir al Senado corrupto y convertirse en el refundador de Roma. Plutarco relata: «Cuando el tribuno Metello trató de impedirle que tomase dinero de las reservas del Estado, citando algunas leyes que vetaban tocarlo, él respondió que el tiempo de las armas es distinto del de las leyes... Y se encaminó hacia las puertas del Tesoro. Pero no encontraban las llaves. Mandó a buscar a unos herreros, a los que ordenó romper las puertas». Y así se apoderó de 15.000 lingotes de oro, 30.000 de plata y treinta millones de sestercios. Para hacerse elegir contrajo numerosas deudas y financió su campaña recurriendo a manos llenas de fondos puestos a su disposición por personajes como Craso, rico constructor, recompensado después con contratos públicos. Montesquieu escribió que fue César, junto a Craso y Pompeyo, quien introdujo «la costumbre de corromper al pueblo a un caro precio».

Y «no es una paradoja —como escribe Luciano Perelli en una reconstrucción de la corrupción de la época— afirmar que los beneficios ilícitos de políticos y negociantes contribuyeron, aunque fuera indirectamente, al desarrollo económico y a la creación de riqueza, no sólo para los pocos privilegiados corruptos sino también para el pueblo». Como cuenta Plutarco, Marco Licinio llegó a ser uno de los hombres más ricos del mundo «especulando con el fuego y

con la guerra, utilizando las calamidades públicas como fuente de inmensas ganancias». No por casualidad, el nombre mismo del triunviro y procónsul de Siria, muerto en Partia, se ha convertido en sinónimo de una riqueza disparatada y de sospechosos orígenes. Como también ha pasado a la historia el célebre episodio del oro de Breno, aunque por un motivo opuesto a la presunta incorruptibilidad de la gente de Roma: en el 390 a.C. la ciudad fue invadida y saqueada por los galos, que impusieron un altísimo rescate en oro para abandonarla. Fue entonces cuando, frente a las protestas por amañar las balanzas en las que los galos pesaban el oro, su jefe Breno pronunció la célebre frase *Vae victis!* (¡Ay de los vencidos!).

La convivencia entre buenos propósitos y acciones poco virtuosas es un síntoma tradicional de una sociedad corrupta. Licinio Calvo Estolón, tribuno de la plebe con Lucio Sestio, introdujo una notable limitación a la acumulación de tierras por parte de un único propietario y una severa reglamentación de las situaciones deudoras. Pero el propio Estolón fue después acusado de haber violado sus propias leyes. El historiador romano Salustio ilustró y condenó con severidad las costumbres más licenciosas de Roma y sus gobernantes. «Los poderosos —se lee en las *Historias*— comenzaron a transformar la libertad en licencia. Cada cual cogía lo que podía, saqueaba, robaba. El Estado era gobernado por el arbitrio de unos pocos. Tenían en sus manos el tesoro, las provincias, los cargos, las glorias y los triunfos. Los demás ciudadanos estaban oprimidos por la pobreza, cargados con el servicio en las legiones. Los jefes repartían los botines con pocos, mientras las personas eran expulsadas de sus tierras si, por desgracia, éstas eran deseadas por un vecino poderoso». Al buscar, acorde con su tarea, la causa de los acontecimientos en los vicios o en las virtudes de los individuos, Salustio indagó también acerca de la conjuración de Catilina: «Los jefes de los partidos en el poder lo profanaban y lo devastaban todo; nada les importaba, nada tenían por sagrado. Hasta que se hundieron en el abismo que habían preparado con sus propias manos».

Debía tratarse de una realidad que Salustio conocía muy bien desde el momento en que, tras haber ocupado un cargo de relevancia en una provincia, dejó de él (al menos bajo este aspecto) un pésimo recuerdo. De hecho explotó hasta el final un país rico, a base de concusiones y extorsiones, y lo hizo hasta el punto de escandalizar a sus contemporáneos, que estaban, sin embargo, malacostumbrados a tales usos. Procesado, Salustio tuvo que recurrir a la protección de César, quien intervino en favor de su amigo ante los jueces, hasta el punto que finalmente el tribunal lo absolvió. El dinero que había extorsionado fue en parte empleado en comprar una villa a César cerca de Tivoli y en parte en instalar unos espléndidos jardines en torno a su propia villa romana.

«Asignar a la conjuración de Catilina un lugar en la historia romana equivalente al que justamente ocupan en la literatura las obras maestras de Salustio y las *Catilinarias* sería realmente hacerle demasiado honor», ha afirmado el historiador francés Jérôme Carcopino. No piensan así otros estudiosos que han visto en Catilina al inventor del golpe de Estado, a un romántico idealista revolucionario y en cualquier caso a un personaje de grandes ambiciones en lucha contra la oligarquía del Senado romano. Admitiendo incluso que su importancia (entre acusaciones de malversación y promesas de cancelación general de deudas en caso de victoria electoral) sea inferior a la de Salustio o Cicerón (y que buena parte de la luz que ilumina a estos últimos no provenga en realidad del propio Catilina), no se entiende el motivo por el que deba negársele un puesto en la historia.

En la antigua Roma, el tesoro del Estado, el erario, tenía su sede en el antiguo templo de Saturno. El nombre venía del latín *aes, aeris* y hacía mención a la «cámara de bronce», pero el nombre permaneció así incluso cuando el dinero se hacía en plata y en oro. Fue a partir de César (y en particular con Augusto) cuando el erario fue perdiendo importancia e independencia, sustituyéndolo de hecho con el *fiscus*, la caja privada del soberano. Los ingresos del erario se

redujeron a los provenientes de contratas municipales y al fruto de la recaudación de tributos de las provincias senatoriales. Pero los mayores ingresos de las provincias del imperio acababan en el fisco.

El sedicente e integérrimo guardián del erario romano Catón el Censor —entre algún que otro baño moral— sufrió más de cuarenta procesos por corrupción. Todos recordarán la frase *Delenda est Carthago*, «Cartago ha de ser destruida». Pero ¿por qué estaba Catón tan obsesionado con Cartago? Ha habido quien ha sostenido que estaban en juego intereses particulares del censor, dado que Cartago exportaba aceite y Catón era gran productor de ese bien.

La retórica, de la que Catón fue maestro, nunca ha sido, por otra parte, un espejo particularmente fiel de la realidad: se ha nutrido con avidez de mitologías y ha gastado sin ton ni son grandes palabras, pero en el fondo no ha hecho sino esconder, en muchos casos, especulaciones y proyectos cuando menos sospechosos. Tomemos el ejemplo de Cicerón, el implacable acusador del corrupto Verres: quería una casa que perteneció a Craso que costaba, se decía, tres millones de sestercios. Su elocuencia y sus buenas relaciones tenían un precio y, bien consciente de ello, no mostró reserva especial alguna en pedir un ingente préstamo a Publio Sila, acusado de homicidio, garantizándole, se dice, la impunidad.

Cicerón además elogiaba sin término medio la eficacia política del sistema clientelar: la práctica de las recomendaciones y la tutela apasionada de los intereses particulares, las donaciones calculadas y la defensa «sindical» de las categorías: «Los beneficios que se obtienen con la acción, no con la dádiva, se confieren bien al Estado en su conjunto, bien a los ciudadanos particulares. De hecho, prestar asistencia en las cuestiones jurídicas, ayudar con el consejo y ser útiles al mayor número de personas en este género de ciencia contribuye mucho a acrecentar el propio poder y a granjearse favores. Por lo tanto, entre las muchas instituciones egregias de los antiguos, ésta es la más digna de alabanza, y fue considerada siempre con sumo honor...». Una costumbre censurada de palabra pero profundamente arraigada en los hábitos civiles, como lo

demuestran los nombres dados por el retórico griego Alcifrón (que vivió en el siglo II) a parásitos y a cortesanos holgazanes: Persigue-almuerzo, Admira-plato, Estrangula-vino, Barre-comedores, Caza-comida, Yo-me-invito, Lame-sartenes y otros más por el estilo; personajes que podemos encontrar también en las sabrosas descripciones de más de cien comedias de Plauto (desde *Miles gloriosus* a *Mostellaria*).

En la antigua Roma la recomendación no era considerada con ningún matiz negativo, como por otra parte era natural en una sociedad que se fundaba en las relaciones de clientela y de amistad. En consecuencia, no había ninguna hipocresía: hasta el punto de que las recomendaciones rara vez aducían las razones y los méritos profesionales del «candidato». Cicerón escribía así a Bruto en el año 46 a.C.: «Lucio Castronio Peto, el hombre sin duda más eminente del municipio de Lucca, es honrado, acreditado, solícito, absolutamente irrepreensible, si esto puede tener algún valor; además es muy amigo mío, como que no tiene mayor consideración con ningún otro de nuestra categoría. Por ello te lo recomiendo como amigo mío y como digno de tu amistad. Cualquiera que sea el modo en que le favorezcas, harás algo de lo que habrás de alegrarte y que a mí me será grato. Adiós».

El gobernador de Sicilia Verres (propretor en aquella región entre los años 73 y 70 a.C.) se ha convertido de alguna manera en el arquetipo originario del «corruptócrata» impenitente: se ha calculado que robó al erario romano más de cuarenta millones de sestercios y depredó la provincia de manera científica, aunque no constituyó por ello una verdadera excepción. El mismo Cicerón, que tenía un interés manifiesto en presentarlo como un caso ejemplar de avidez de poder, afirmó, por el contrario, que su conducta representaba la norma en buena parte del imperio romano (Plutarco relata además que Verres consiguió corromper al propio Cicerón, al lograr que su sanción quedase limitada a una multa de «sólo» tres millones de sestercios).

En Roma la clase de los publicanos (de *publicare*, que significaba «poner en público» pero también «confiscar», «depredar»; *publica* se utilizaba también para llamar a una prostituta) era la que disponía de buena parte de las contratas estatales, en particular del jugoso negocio de la exacción de impuestos. Pero otra posición envidiada por sus posibilidades de fácil enriquecimiento era la de los banqueros que eran al mismo tiempo especuladores y concesionarios de préstamos con usura (como Catón y Séneca).

La ausencia de un auténtico aparato burocrático, en efecto, comportaba necesariamente la delegación de numerosas funciones administrativas: desde la exacción de impuestos a la gestión de las concesiones para la construcción de obras públicas. Así que estaba admitido que los magistrados se enriquecieran gracias al propio cargo. Aunque en el caso de Verres, defendido por el célebre orador romano Quinto Ortensio Ortalo, se cuenta que los cohechos ofrecidos a los miembros del jurado no fueron suficientes para absolver al imputado.

La fortuna de Cicerón comenzó a declinar con el caso del patricio Publio Clodio Pulcro, protagonista de un gran escándalo en el 62 a.C. cuando, travestido de mujer, entró en casa de Julio César durante la celebración de los misterios. Cicerón mantuvo la acusación de sacrilegio, pero Clodio, probablemente gracias a una poderosa corruptela, ganó el pleito, lo que provocó el divorcio de César de su mujer y le hizo ganarse el odio de Cicerón, enviado al exilio en el 58.

El historiador Tácito, senador y austero sostenedor de la moralidad republicana, fue adversario del despotismo y hostil a la corrupción del poder imperial. «En Roma —escribió lapidariamente— confluyen todos los pecados y todos los vicios para ser glorificados». En el año 100 d.C., junto a Plinio el Joven, Tácito desempeñó el papel de acusador en el procedimiento por malversación contra el procónsul de África Mario Prisco, pero, sobre todo, fue el fundador de la historiografía «moderna», que hizo de la relación entre ética y poder uno de los motivos fundamentales de su obra e inició su propia fortuna política gracias a la influencia del general Julio

Agrícola, con cuya hija de catorce años se había casado en el año 77. Es el propio Tácito, en el preámbulo de sus *Historias*, quien nos proporciona algunos datos sobre su carrera, «iniciada bajo Vespasiano, incrementada bajo Tito, continuada bajo Domiciano». Fue *tribunus militum* en torno al 76, *quaestor* en el 81-82, *praetor* en el 86. En este mismo año fue elegido *quindecinvirum* en el colegio sacerdotal *sacris faciundis* (encargados de la custodia de los libros sibilinos, de los cultos de origen extranjero y de la celebración de los *ludi saeculares*). Una elección que revela sin duda la estima de que gozaba Tácito en el Senado y en el pueblo, no tanto por los favores del suegro como por sus dotes personales de magistrado y de orador. Después de la pretura, en todo caso, vivió un periodo difícil hasta que accedió al consulado en el 97. Entonces, al gozar de una cierta tranquilidad, comenzó a escribir sus mejores obras, sin interrumpir, no obstante, sus actividades.

La *augusta meretrix* Mesalina, descrita como mujer corrupta y cruel en los *Anales* de Tácito, y la figura de Tigelino, que ha representado quizá por antonomasia al cortesano lujurioso y cruel, son dos típicas figuras de una ciudad, Roma, «donde todo se compra».

Que el dinero no huele (*pecunia non olet*) era un lugar común del mundo latino y, en particular, parece haber sido una afirmación del emperador Vespasiano. «El olor del lucro es bueno, de dondequiera que proceda», sostendrá también Juvenal. «Estamos en un siglo de oro y la mayor parte de los honores vienen del oro», escribía el poeta Ovidio, a quien Augusto envió al exilio precisamente como consecuencia de un escándalo. Y, por lo demás, vicio y poder imperial coinciden casi inevitablemente, como en el caso de Nerón, hasta el punto que «la vulgar opinión de que Nerón fuese deshonesto y cruel —como señaló muchos siglos más tarde Gerolamo Cardano— está tan difundida en la mente de todos que ésa es ya la imagen de Nerón aceptada por todos».

Pero los ejemplos de corrupción o de derroche del dinero público que se podrían citar son muchos y en algún caso poco conocidos. Plinio el Joven fue gobernador de Bitinia en torno al 110 d.C. Propietario de tierras, senador, experto en economía, había alcanzado los más altos cargos del imperio pasando indemne del periodo de Domiciano al de Nerva y Trajano. Este último lo mandó a Bitinia como administrador después de una desastrosa y corrupta gestión de los precedentes gobernadores. Algunas de las cartas que ambos se intercambiaron nos presentan un cuadro interesante de la vida política de una provincia romana en la época imperial. Obras inacabadas, ideadas de modo equivocado, «catedrales en el desierto» que requerían recursos ingentes a menudo mal gastados. Trajano ordenaba que se reemprendieran los trabajos, pero quería también que se indagasen las gestiones precedentes. Un ejemplo entre los muchos que emergen de la relación epistolar: los habitantes de Nicomedia, capital de Bitinia, no tenían agua corriente. Se gastaron más de tres millones de sestercios en hacer un acueducto, pero la obra quedó incompleta, incluso fue abandonada y finalmente demolida.

A propósito de Roma, un capítulo aparte contempla a lo que podríamos definir «esfera militar»: los jefes del ejército no eran objeto de castigo alguno si se enriquecían con botín de guerra, que era considerado una posesión legítima del general victorioso. Ciertamente no se trataba, en sentido estricto, de corrupción sino más bien de un «lícito porcentaje» sobre el negocio, un hábito que sin duda constituyó, además de un modo de pagar a los ejércitos, un excepcional incentivo al expansionismo de Roma. El mismo Catón no se atrevía a lanzar sus feroces saetas con dirección a los populares generales del ejército, consciente del hecho de que los éxitos del imperialismo romano tenían su causa primigenia en el apetito de los particulares. La política exterior, estaba claro, no se hacía sólo con los centuriones y las trirremes. Y el dinero, por lo demás, tenía también una posición absolutamente privilegiada en las relaciones

internacionales. El oro extranjero fue siempre una gran tentación y una justificación natural cuando se trataba de llevar al mundo la *pax romana*.

Los ejemplos no faltan: la competición entre los númidas Aderbal y Yugurta a la muerte de Masinisa (148 a.C.) se decidió merced a la astucia y a la «generosidad» del segundo. Inicialmente Roma había apoyado la causa de Aderbal, pero el oro de Yugurta hizo que los senadores cambiaran pronto de idea. «Así —recuerda Salustio— pocos días después Yugurta envía a Roma embajadores con mucho oro y plata, a los cuales ordena en primer lugar colmar de dones a los viejos amigos, luego adquirir otros nuevos y, finalmente, no dudar, mediante dádivas, en procurarse toda la ayuda posible [...]. Yugurta, antes odiado, pasó a gozar del favor de la nobleza». Es verdad, ello no impidió una guerra contra el hijo adoptivo de Masinisa, pero también en este caso la proverbial «generosidad» de Yugurta fue la garantía de su sustancial impunidad. Incluso cuando finalmente este último acudió a Roma para defenderse de las «acusaciones infamantes» que le habían sido hechas desde el Senado, se vio obligado a emprender velozmente el camino de la fuga. «Pero cuando había salido ya de Roma, se dice que después de volverse a mirarla en silencio, finalmente dijo: “¡Oh, ciudad venal y destinada a perecer en cuanto encuentre un comprador!”».

Otro caso ejemplar tuvo lugar en el 187 a.C., como cuenta el historiador de Roma Tito Livio: Lucio Escipión Asiático, hermano de Escipión el Africano, fue acusado de haber pactado por dinero un tratado de paz con el rey sirio Antioco: «Por hacer que Antioco obtuviera una paz en mejores condiciones, Escipión habría obtenido seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta de plata [...]. Ésta es la suma que dicen que fue adeudada al propio Publio Escipión, quien se habría hecho traer por su hermano Lucio el libro de cuentas, que destruyó con sus manos ante los ojos del Senado, puesto que mientras él había aportado al erario doscientos millones, se le pedían cuentas de cuatro millones».

«Solamente el dinero lo rige todo», escribía Petronio, que dedicó una parte del *Satyricon* a la cena de Trimalción y a la sátira de los libertos enriquecidos. Petronio relata cómo Eumolpo y un amigo de los libertos preguntaron a un campesino al que encontraron en el curso de un viaje «qué gente habitase aquella noble tierra». El campesino respondió: «Queridos forasteros, si sois mercaderes tendréis que cambiar de oficio. Si sois hombres que saben mentir, tendréis fácil obtener ganancias [...]. Los hombres que encontraréis allí se dividen en dos grupos, los que roban y los que se dejan robar». Eumolpo tuvo en gran aprecio aquellas informaciones, confesando que aquel modo de enriquecerse no le desagradaba en absoluto.

«El vicio, si no causa daños, se acaba llamando virtud», observaba el filósofo Séneca con una frase que recuerda los juegos de palabras de algunos moralistas del siglo XVII. Originario de Córdoba y admirador de Cicerón, Séneca no se distinguió sólo como campeón de la retórica, sino también por haberse visto envuelto en algunos episodios de corrupción y en conjuras. Y, aunque defendiera de palabra los intereses de la plebe, fue más tarde descrito como «moralmente repugnante [...], el prototipo del intelectual al servicio del poder».

«¿Por qué os maravilláis entonces, gentes inútiles, bestias de carga —amonestaba Apuleyo, autor de *El asno de oro*— si ahora todos los jueces venden por dinero sus sentencias en el mercado, cuando desde el inicio del mundo la corrupción determinó el resultado de un pleito en el que estaban implicados los dioses y los hombres? Era la primera sentencia que se daba, y un pastor del campo, elegido por decreto del gran Júpiter, vendió su opinión por codiciar el placer». Se trataba del veredicto de Paris, que sancionó la primacía de Venus, vendiendo su juicio a cambio de la posesión de la espléndida Elena y desencadenando la épica guerra de Troya. Un veredicto precipitado, quizá, aunque la rendición moral frente a una realidad ineluctable se encuentra en muchos autores, como el ya citado Petronio: «¿Qué pueden las leyes donde sólo el dinero reina y

la pobreza en ningún caso puede vencer? Incluso aquellos que se pasan la vida arrastrando la alforja de los cínicos a veces suelen vender la verdad por dinero. Así que la justicia no es sino mercancía expuesta al público».

En el siglo III el jurista Ulpiano escribía: «Un procónsul no necesita abstenerse totalmente de los dones hospitalarios (*xenia*), sino que debe sólo poner algunos límites, no abstenerse enteramente de modo descortés». Las cosas, señala Giordano Bruno Guerri, «empeoran en el siglo IV, cuando, según el retórico Libanio, los más ávidos con la concusión eran los funcionarios adscritos a su control, los cuales era prácticamente imposible que respondieran, ya que habían comprado el puesto con el dinero ganado deshonestamente en otros cargos públicos». El mismo Libanio recuerda además cómo de hecho las provincias llegaron a ser consideradas no como territorios que administrar sino que depredar, «haciéndose cálculos sobre la suma de dinero que se podría obtener de ellos».

La entrevista para pedir el voto fue desde siempre una de las ocasiones más propicias para que surgiera la práctica del cohecho y el mercado de favores. En Roma, relata Horacio, el candidato a una magistratura acostumbraba a visitar a sus electores, acompañado generalmente de un buen número de simpatizantes y de «parásitos», además de algún personaje influyente, con el objeto de agenciarse el mayor número posible de sufragios. El candidato, además, solía estrechar la mano a todos los electores, saludándoles familiarmente con ayuda de un oportuno apuntador.

El cónsul Murena (siglo I a.C.) fue acusado de haber pagado a una multitud que le hacía de séquito durante la campaña electoral, pero Cicerón le defendió brillantemente, exaltando con éxito la función tradicional de la humilde categoría de los partidarios electorales: «No quitéis —¡oh Catón!— a los hombres de rango inferior el fruto de ese servicio. Ellos no pueden hablar en los tribunales, ni ofrecer garantías en nuestro favor, ni invitarnos a sus

casas. Todo eso nos lo piden a nosotros, y por los beneficios que de nosotros reciben de ningún otro modo piensan pagarnos si no es con su actividad electoral».

La preparación de un banquete electoral era un momento crucial en la promoción de un candidato. Quinto Cicerón lo recuerda con insistencia a su hermano Marco Tulio en su *Manual del candidato*: «La generosidad se puede manifestar de varios modos: se manifiesta en el uso del patrimonio familiar [...]. Y se manifiesta en los banquetes, que debes ofrecer personalmente tú mismo o hacer que los ofrezcan tus amigos, ya sea a personas invitadas aquí o allá, ya sea tribu por tribu». En la oración *Pro Murena*, Cicerón se declara absolutamente de acuerdo con su hermano: «Catón se comporta conmigo con estoica austeridad, dice que no es serio ganarse el favor con la comida, que en la asignación de las magistraturas el juicio de los electores no debe corromperse con los placeres. Entonces, ¿cualquiera que invite a alguien a su casa porque aspira a un cargo debiera ser condenado? Ni los espartanos, que tanto han inspirado su vida y sus palabras, y que hacían sus comidas cotidianas tendidos sobre dura madera, ni los cretenses, ninguno de los cuales tocó comida alguna estando acostado, supieron mantener a sus Estados mejor que los romanos, que dividen su tiempo entre el placer y la fatiga».

Los gastos electorales, en definitiva —incluso sin inserciones publicitarias ni apariciones televisivas—, eran ya entonces de un enorme volumen. Incluso los más ricos se veían obligados a endeudarse y, como decía Cicerón, «quienes compran la elección a un cargo se afanan por desempeñar ese cargo de manera que pueda colmar el vacío de su patrimonio».

«Los vestidos de los gobernadores estaban hechos sólo de bolsillos», se lee en el *Julio César* de Brecht. «Con el transcurso del tiempo, nuestros señores del Senado se acostumbraron a los procesos como quien se acostumbra a la lluvia: poniéndose una capa». Largos tenedores, grandes cucharas, largos cuchillos: saprofitas de toda calaña, líquenes de todo poder, los cortesanos

han hecho tanto la historia que al final ésta misma ha acabado por olvidar sus vicios. Pero ¿quién habría sido el Rey Sol sin su corte? ¿Qué habría sido Roma sin el ejército de quienes abrevaban en las fuentes de los poderosos? Los oportunistas han salvado a los pueblos, ha sostenido Cioran, y así el de extorsionar, adular, corromper, reír e intrigar junto al fuego del poder (lo suficientemente cerca como para calentarse pero no tanto como para quemarse) es un arte inmundo que todo buen inmoralista cultiva con pasión.

3. DEL MEDIOEVO A LA REFORMA

«Si el honor fuese rentable todos serían honorables.»

TOMÁS MORO

La historiografía predominante considera que la progresiva corrupción de la «clase dirigente» de Roma y de sus provincias fue una de las causas que favorecieron el hundimiento del Imperio de Occidente frente a las presiones de las hordas bárbaras, instaladas inicialmente en los confines del Rin y del Danubio y destinadas a ocupar los territorios del Imperio y la península italiana (primero por los visigodos, en el 401, seguidos de los alamanes, burgundios, francos, vándalos, suevos, hunos y godos). Bajo Valentiniano I, general de integérrima fama, la cuestión moral en el seno de la burocracia imperial se convirtió en una apremiante evidencia, sobre todo por sus repercusiones en las numerosas provincias del Imperio: los funcionarios eran despiadados con sus súbditos pero les gustaba rodearse de comodidades y riquezas, y disponían de un auténtico tesoro en las amplias delegaciones de Gobierno que les eran concedidas. Valentiniano I trataba de intervenir reforzando el aparato administrativo, pero la reorganización de la recaudación fiscal, que aspiraba a limitar la explotación de los súbditos, quedó por lo general fuera de control. La lucha contra la falta de honradez no fue sencilla: el general romano responsable de la investigación de la corrupción fue a su vez corrompido. Entonces Valentiniano I puso el caso en manos de hombres de su confianza, como el general Teodosio, al que envió a Libia, Trípoli, Leptis y Cartago para poner fin a la corruptela. Teodosio fue firme en la represión del crimen: los corruptos acabaron en el patíbulo o condenados a que se les cortara la lengua, pero al final el propio Teodosio fue acusado de corrupción y condenado a muerte por el hijo de Valentiniano I. La crisis del Imperio romano de Occidente era ya evidente, mientras los

territorios de Oriente asumían una identidad y un relieve crecientes, gracias también a su situación estratégica y a un sólido aparato central guiado por el emperador de Constantinopla.

De hecho el Imperio bizantino fue durante largo tiempo la extrema defensa oriental de la Europa cristiana frente al islam, pero es portador todavía hoy de una valoración negativa determinada por la progresiva decadencia que caracterizó la última fase de un dominio lacerado por las luchas dinásticas y obligado a defenderse de los continuos ataques de los otomanos, hasta su definitiva capitulación en 1453. Una connotación negativa que se remonta hasta Montesquieu, que consideraba el Imperio de Constantinopla una deriva corrupta y decadente del Imperio romano, y que sigue siendo localizable en *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, de Edward Gibbon.

Según el estudioso norteamericano Noonan, el verdadero y auténtico periodo de la corrupción entendida como reciprocidad, del intercambio de favores para el mantenimiento de una relación con los vecinos o con los poderosos, termina con el inicio de la difusión de la moral cristiana y en particular en los siglos sucesivos al final del Imperio romano: con la «época de los bárbaros» y el primer Medioevo. Sin embargo, el mecanismo de la reciprocidad siguió cimentando las relaciones sociales también en los tiempos sucesivos: baste pensar en el intercambio de derechos y protección, y en la cultura de la sumisión a cambio de vivir con tranquilidad, que están en la base de la relación de vasallaje entre súbditos y señores, es decir, del sistema feudal, destinado en el Medioevo, durante centenares de años, a caracterizar la organización de las relaciones sociales y de poder en el Viejo Continente. Es una fórmula política que se había ya asentado en la sociedad romana tardoimperial y que tenía sus raíces en la práctica preexistente de los *clientes*. Una costumbre que es el fruto de una evidente confusión entre el derecho público y el privado que caracteriza a todo el periodo del Medioevo, y según la cual el propietario de la tierra se sentía investido de derechos soberanos sobre los habitantes de sus

propiedades. «La feudalidad europea, nacida en una sociedad poco cohesionada, en la que los intercambios eran insignificantes y el dinero escaso» ha observado Marc Bloch en su ensayo sobre *La sociedad feudal*, «se alteró profundamente apenas las mallas de la red humana se hicieron más densas y la circulación de bienes y de dinero se hizo más intensa».

La ascensión demográfica que siguió al fin de los grandes miedos del año 1000 ha sido señalada por el historiador francés como la causa del resurgir económico posterior al siglo XI, tras el cual comienza a delinearse «una sociedad desigual, más que jerarquizada; de jefes, más que de nobles; de siervos, no de esclavos». Si bien la misma presuponía «la rígida sujeción económica de una gran multitud de humildes a algunos poderosos», faltaban, sin embargo, castas regulares rigurosamente constituidas y el «vínculo humano característico fue el del subordinado a un jefe próximo». La relación de vasallaje es, por lo tanto, «un auténtico contrato», de carácter bilateral y «el señor que no atiende a sus compromisos pierde sus propios derechos». Así que será sólo después del año 1000 cuando se asista, con la revolución agrícola en las tierras y el consiguiente aumento de la productividad, al desarrollo de las ciudades como centros de evolución económica (con las primeras actividades de la clase burguesa) y sociopolítica (con la formación de los municipios y su sucesiva transformación en señoríos entre los siglos XIII y XIV).

Pero, más allá de las mutaciones sociopolíticas, en el ámbito de toda la historia medieval el conflicto entre el ideal de la anticorrupción de la moral cristiana y la realidad del ejercicio del poder es más que un simple momento de paso, hasta el punto de que acabará por tener consecuencias duraderas en las sucesivas evoluciones que el fenómeno de la corrupción y la práctica del cohecho asumirán en el transcurso del tiempo.

San Agustín, quien tuvo mucho que ver con los tribunales durante buena parte de su existencia como juez en Hipona y como querellante en Rávena, amplió la casuística de la posible corrupción

del juez y del funcionario al considerar no sólo los *munera* «clásicos» (oro y plata), sino también los así llamados «presentes de hospitalidad», las ofertas e incluso elogios y adulaciones hacia el que decide en virtud de su autoridad. Sin embargo, ¿cómo podía la Iglesia vivir sin *munera*? Ya en el siglo IV, sobre todo en algunas zonas de Oriente, se había establecido la costumbre mediante la cual los obispos se hacían depositar sumas de dinero por parte de quienes accedían a nuevos cargos eclesiásticos en sus diócesis. Era una forma de cesión de la gracia divina y un fenómeno similar al que, con la venta de las indulgencias y otras prácticas simoniacas, adquirirá con el tiempo una difusión y una dimensión impresionantes. Es conocido el episodio bíblico que tiene como protagonista a Simón, mago de Samaria, que cuando vio llegar de Jerusalén a Pedro y Juan para bautizar a algunos conversos como él «[les] ofreció dinero diciendo: "Dadme a mí también ese poder para que reciba el Espíritu Santo cualquier persona a la que imponga las manos"» (Hechos 8, 18). Palabras que le costaron una dura acusación por parte de Pedro y una extraordinaria «celebridad» póstuma. El IV Concilio Ecuménico de Calcedonia del año 451 condenó expresamente la venta de cargos eclesiásticos, y en el 790 también Carlomagno condenó a quienquiera que aceptase dones y ofertas manchándose con «la herejía de Simón el Mago». Sin embargo, después de mil años de cristianismo aquella herejía se había convertido en la regla; las instituciones religiosas eran ampliamente explotadas con fines personales y la urgencia de una reforma se hacía cada vez más evidente.

En la época del Sacro Imperio Romano tuvo además gran relieve la figura del obispo-conde, un cargo al que a menudo se accedía pagando. Al reunir en sí poder temporal y espiritual propios, aquel cargo acabó por ser un modo de explotar, como ha escrito Giordano Bruno Guerri, los recursos existentes «manteniendo a los italianos bajo ambiguas leyes morales y las rígidas estructuras burocrático-financieras de la Iglesia». Así, algunas estructuras vitales de la

península italiana se transformaron, mientras el hábito de la corrupción burocrática se había ya difundido ampliamente y parecía destinado a mantener una inmutable «fortuna».

Sobre los hechos sucedidos en la corte pontificia da cuenta en su *Historia de los papas* Juan de Salisbury, alumno de Abelardo, quizá más conocido por su correspondencia con Eloísa que por su obra teológica o por su denuncia del uso desenvuelto de consagraciones, dedicatorias de iglesias o bendiciones como ocasiones para recaudar dinero. El propio Juan escribió, entre otras cosas, sobre el célebre «asesinato en la catedral» de Thomas Becket, consejero de Enrique II y arzobispo de Canterbury que, acusado por sus detractores políticos y religiosos de recurrir con excesiva liberalidad a la indebida influencia de las ofertas pecuniarias, trató de convencer a los altos funcionarios llamados a juzgar su causa contra el monarca inglés con la secreta esperanza de poner término a su forzado exilio en Francia. Pero el de Becket es un caso más complejo (en el que se mezclan conjuras y casos de corruptela), que llevaba implícita una «noble causa», al menos desde el punto de vista del protagonista y del de la Iglesia de Roma: de hecho él luchó con intransigencia (hasta la muerte) no sólo para defenderse a sí mismo sino sobre todo para reafirmar los privilegios de la Iglesia frente a las injerencias de la corona inglesa.

Bien distinto fue el caso de otra célebre figura ligada a los escándalos vaticanos: el de Teodora de Roma, que vivió en el siglo X (menos conocida que su homónima, la emperatriz bizantina del siglo VI), patricia romana y mujer del senador Teofilato, la cual utilizó su atractivo para corromper a la corte pontificia y que, junto a su hija Marozia, tuvo un papel predominante en las intrigas políticas que caracterizaron los papados de Sergio III y Juan X. Un enésimo caso que demuestra cómo el *protoitaliano* de los siglos sucesivos a la caída del Imperio romano, como observa Guerri en su *Antistoria degli italiani* [Antihistoria de los italianos], tuvo éxito en una difícil empresa, cual fue la de «combinar romanos con bárbaros, los símbolos del bien y del mal, de la civilidad y de la incivilidad [...]».

Sobre estas bases nació de hecho nuestra nueva alma, que se haría célebre no ya por los éxitos militares y la eficiencia administrativa, sino por sus aptitudes mercantiles y artísticas, el espíritu de aventura, la parcialidad innata, la crónica falta de honradez, la característica de privatizar lo público y de hacer público lo privado». Guerri insiste, en suma, en la influencia ejercida por la Iglesia sobre el pueblo italiano, «que hubiera podido hacer de los italianos un ejemplo de virtud, pero que, por el contrario, hizo de ellos un pueblo de tibios espiritualistas, practicantes de la doble moral».

Los vicios eclesiásticos, sin embargo, se ven acompañados de manera cada vez más frecuente por la condena de los mismos, como en el caso de la predicación de san Francisco de Asís, hijo de un rico comerciante, quien se convirtió a la pobreza después de una experiencia de armas y de cautiverio. Otro ejemplo de revuelta moral contra la Iglesia es el del «joaquinismo», que se desarrolló en torno a la mitad del siglo XIII siguiendo la estela de las teorías de Joaquín de Fiore, al tiempo que de aquel espíritu de revuelta se puede también recoger un eco en los *Carmina burana*, una colección de 300 poemas (en latín, alemán y francés) recopilada en el mismo periodo: quizá uno de los mayores documentos de la poesía goliárdica, que, cantando al juego, al vino y al amor, satiriza la corrupción de la Iglesia.

Bonifacio VIII, inventor del jubileo, fue uno de los papas que con mayor fuerza y convicción trató de imponer el poder temporal de la Iglesia y consideró prácticamente de familia los asuntos del Vaticano, hasta el punto de ser colocado por el mismo Dante en el infierno, clavado en la tierra y con las plantas de los pies en llamas. Relatará Montaigne que «Bonifacio VIII accedió a su dignidad como un zorro, se condujo en ella como un león y murió como un perro». Dante es sin duda uno de los hombres que mejor compendian el espíritu de su tiempo. En *De Monarchia* alude no casualmente a un dualismo similar «al horizonte, que es una línea intermedia entre dos hemisferios [...] sólo el hombre está en medio, entre las cosas

corruptibles y las incorruptibles», y ello explica quizá el «doble fin» del hombre dividido entre felicidad terrena y ambición de vida eterna.

Los siete círculos infernales descritos por Dante en la *Divina comedia* se corresponden con los siete pecados capitales de la moral cristiana (soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza) a los que se suman pecados «menores» como la cobardía, el engaño, la idolatría, la inconstancia, la infidelidad, la injusticia, etcétera. En el descenso a los infiernos en compañía de Virgilio, llega al octavo círculo, donde son castigados los pecadores fraudulentos. El engaño es para Dante el vicio típico del hombre, es el pecado que se opone con mayor descaro a la justicia universal y al amor de Dios. Los pecadores que sufren castigo en la quinta fosa del octavo círculo son caracterizados en los célebres versos del canto vigésimo primero: «Todos son allí barateros, salvo Bonturo/ del *no*, por el dinero, hacen un *ita*»^[7] (*Infierno* XXI, 41-42). Y el baratero es en este caso el funcionario que por dinero transforma su *no* en un *sí*. Su delito es por lo tanto el de concusión (Bonturo Dati, un político de Lucca, fue el más notorio de los barateros de su época. La frase dantesca es, pues, irónica). En esta escena dantesca, junto a los fraudulentos, los barateros están inmersos en una colada de pez negra que les devuelve a la oscuridad de sus ocultos negocios y les embadurna de modo indeleble, señalándoles para siempre para su público escarnio. Mientras, sus diabólicos guardianes mantienen a raya a los pecadores blandiendo afilados garfios.

Una forma diferente de corrupción, como ya se ha visto, era la de la simonía, ligada a la convicción general de que los pecados se podían lavar con una oferta. Y Dante se dirige así a los secuaces de Simón el Mago: «Os habéis hecho dioses de oro y plata» (*Infierno* XIX, 112). Pero el imaginario infernal dantesco no esconde el hecho de que el mismo insigne poeta, durante su priorazgo en Florencia, fue acusado precisamente de concusión. El episodio, a grandes rasgos, tuvo lugar así: en el verano del año 1300, la ciudad toscana, amenazada en su independencia por Bonifacio VIII, condenó en

rebeldía a tres banqueros papales. Y, a pesar de la contrariedad del pontífice, los seis priores florentinos (sus más altos magistrados, entre ellos Dante, que pertenecía a la facción de los güelfos moderados) se ratificaron en su juicio sobre los amigos de Bonifacio. Cuando al año siguiente el pontífice se apoderó de la ciudad gracias a su alianza con Carlos de Valois, Dante, junto a sus colegas de Gobierno, fue declarado culpable de haber recibido dinero a cambio de la elección de los nuevos priores, de haber aceptado porcentajes indebidos por la emisión de órdenes y licencias a funcionarios del municipio y de haber obtenido del tesoro de Florencia más de lo correctamente debido. Ninguno de los imputados se presentó para defender su causa y Dante no fue una excepción; el nuevo *podestà* (alcalde) emitió entonces una sentencia sin apelación: si alguno de ellos volvía a entrar en territorio florentino sería enviado a la hoguera. Así fue como Dante, con treinta y siete años, emprendió el camino del exilio.

También Geoffrey Chaucer, el mayor escritor inglés del siglo XIV, aborda en sus *Cuentos de Canterbury* el tema de la práctica fraudulenta de los barateros. Y cuando habla de baratería se refiere principalmente a los casos de extorsión y de simonía. En uno de los primeros relatos del fraile Huberto, un «aparecido» amenaza a una pobre viuda con la excomuni3n si ella no le hace entrega de doce peniques: el hombre, sin embargo, no est1 dotado de poder efectivo alguno para poder excomulgar y justamente por ello acabará por ser condenado al infierno, con el buen viático de la sincera maldici3n de la mujer. El compa1ero de viaje de fray Huberto, cuenta la historia del hermano Juan, predicador incansable: «Pagad —decía a los parroquianos—, liberad de inmediato un 1nima del purgatorio [...]. Vamos, liberad r1pidamente a las 1nimas: es muy duro ser lacerado con leznas y garfios cuando no quemarse y asarse. Daos prisa, sin m1s tardanza, por amor de Cristo».

Pero son muchos m1s los episodios de simonía narrados por Chaucer: uno de los personajes mejor caracterizados es el del vendedor de indulgencias, venido directamente de Roma para

venerar las reliquias de Thomas Becket. Su bolsa está llena de indulgencias «llegadas calentitas desde Roma». Y no solamente: con él lleva una serie de reliquias absolutamente extraordinaria, desde una funda, que presenta como una parte del velo de María, a una pieza de tela que asegura ser una pequeña parte de la vela de la barca de pesca de san Pedro. Inútil decir que los hombres y mujeres arengados por el mercader de indulgencias ceden por lo general al engaño y se muestran felices de honrar los vestigios de los santos, convencidos de redimir así sus pecados y congraciarse con el Señor.

Son pocos los que de verdad se rebelan contra la praxis simoniaca, y el motivo es evidente: adquirir con moneda contante y sonante la absolución de los pecados era un negocio para todos, ricos y pobres. Será Martín Lutero quien atacará con fuerza esa costumbre eclesiástica, al fijar sus *Noventa y cinco tesis* contra las indulgencias en la puerta de la catedral de Wittenberg: «Se debe enseñar a los cristianos que si el Papa conociera las extorsiones de los predicadores de indulgencias, preferiría que la basílica de San Pedro se convirtiera en cenizas antes que ser edificada con la piel, la carne y los huesos de sus ovejas [...]. Los tesoros de las indulgencias son redes con las que se pescan las riquezas de los hombres».

Erasmus de Rotterdam dedicó a Tomás Moro su *Elogio de la locura* (1509), una apología de la verdadera fe cristiana contra todo exceso racionalista, pero también una poderosa sátira de la inmoralidad de la Iglesia de la época, de la corrupción y de la superstición del clero. Desilusionado de la política y del compromiso activo con la Reforma (que sin embargo le fue solicitado por los seguidores de Lutero) escribió que es una equivocación «exaltar el famoso dicho de Platón de que afortunados serán los Estados si a regirlos son llamados los filósofos, o si quienes los rigen se entregan a la filosofía». Si, en vez de ello, se consultara a los historiadores, se vería que concentrar el poder en manos de un filósofo o de un literato es la peor desgracia que pueda sucederle a un Estado. Y creo que lo atestiguan bien los dos Catones, uno de los cuales turbó la paz de la República romana

con sus locas denuncias; el otro, al tiempo que defendía con un exceso de sapiencia la libertad del pueblo romano, la desbarató completamente. Añádanse a ellos los Brutos, los Casios, los Gracos, el mismo Cicerón, que hizo tanto daño al Estado romano como Demóstenes al ateniense.

La decadencia de la corte papal fue notable en tiempos de Alejandro VI (Rodrigo Borgia). El maestro de ceremonias Georg Burckhardt recuerda en su diario que en 1501 cenaron en el palacio apostólico cincuenta cortesanas que, después de la cena, bailaron desnudas delante del Papa. Su elección como Papa el 11 de agosto de 1492 no fue sino el lógico epílogo de un camino construido con arrogancia. Para entonces tenía siete hijos (de los que cuatro los había tenido con su amante «oficial» y tres con otras mujeres). Y fue con él cuando la venta de las indulgencias y beneficios tuvo un desarrollo tan exagerado que suscitó el escándalo en una sociedad que parecía dispuesta a absorber cualquier infamia. Incluso se estableció una institución al efecto, la Dataría, con el objeto de poner orden en aquellos asuntos. Y a los fondos de la Dataría podía acceder directamente Alejandro VI, debiendo hacer frente a sus ambiciones personales y a las de sus propios hijos, en particular a las de César Borgia, el «Valentino», decidido a crear un Estado en Italia central. El dominico Girolamo Savonarola, famoso por sus apocalípticas prédicas antipapales, procesado y condenado a la hoguera tras ser acusado de herejía, solía decir: «¡Quien tenga dinero que vaya corriendo, que allí se vende de todo!». Pero más allá de los comentarios sucesivos, de la literatura de la época o de la predicación antipapal de figuras como Bernardino de Siena, se registran también singulares silencios, como en el caso del teólogo dominico Tomás de Aquino, quien a pesar de conocer bien las costumbres de la corte papal, no hizo nunca una referencia explícita el problema de la corrupción imperante.

No bastaron las iniciativas tomadas por algunos pontífices para frenar la desbordante corrupción (sanciones específicas, fundación de órdenes religiosas, recuperación de enseñanzas teológicas): la

Reforma protestante y su «éxito» serán por tanto una respuesta natural a la decadencia de la Iglesia.

Además de la condena de la corrupción, la Reforma conduce a la ruptura con la predominante cultura católica y al nacimiento de la ética protestante y del impulso al lucro que Max Weber considerará como la base de la figura misma del mercader del último Medioevo, del primer capitalismo y, en cierto modo, de la sucesiva aparición de la burguesía. Los mercaderes van siendo, según convenga, comerciantes, artesanos, empresarios, chanchulleros y hombres de negocios. Y Francesco Petrarca, en una de sus *Cartas*, escribía: «Para nosotros, buen amigo, todo es de oro, las astas, los escudos, las cadenas, las coronas [...] El oro convierte en esclavo al que es libre y en libres a los esclavos, absuelve a los reyes [...]. Gracias a él, los hombres consiguen fama de valerosos, de sabios, de bellos.»

De hecho, si Marco Polo fue la encarnación del espíritu emprendedor y negociante del siglo XIV, hay que decir que en 1238 había ya en Londres una Lombard Street y operaban allí catorce bancos italianos, y que en París los bancos italianos eran más de veinte pocos años después. Hay toda una tradición de recuerdos mercantiles y familiares que se han impuesto, tal como recuerda Vittore Branca en una antología preparada por él, «como una fascinante y original tradición de escritura entre la más madura civilización municipal y el pleno Renacimiento: hasta Guicciardini y Cellini». Una auténtica mina de informaciones, cuyos argumentos son: «La mercancía y la ganancia, la casa y la familia, lo privado y lo público, la persona y el Estado, el ansia de poseer y dominar, pero también la conciencia de que todo es caduco [...]. Aquellos burgueses entre el Medioevo y el Renacimiento abordan estas eternas realidades del hombre no intelectualmente o literariamente sino desde el vivir y el actuar más cotidianos, desde la tarea misma de cada hora. Son, de todos modos, escritores como lo serán más tarde los Edison, los Krupp, los Pirelli, los Mattioli, los Rusca, los Jacocca, los Agnelli y los Floriani».

La mayoría de aquellos mercaderes escribe «en la atmósfera procelosa del ocaso del municipio libre florentino de las artes» hasta la llegada de la familia ya todopoderosa de los Medici. «Muy bella y grande cosa es saber ganar el dinero, pero más bella y mayor es saberlo gastar», escribía Giovanni Rucellai. El mínimo común denominador de las memorias de Paolo da Certaldo, Giovanni Morelli, Buonaccorso Pitti, Domenico Lenzi, Donato Velluti, Lapo Piccolini (miembro importante de la poderosa Arte de la Lana) o también de Bernardo Machiavelli y Francesco Datini (quien declaraba poseer él solo más de 1.500 florines) es la carrera hacia la riqueza hasta la audacia, la arriesgada valoración del capital, la confusión cada vez mayor entre esfera pública y privada, la ambición por los cargos públicos, la prevalencia de la razón del mercado y de la familia por encima de cualquier otra cosa. Incluso si un cierto toque moralista y un punto «beato» que caracteriza ese masivo esfuerzo autobiográfico («en nombre de Dios y del dinero») se justifica por el hecho de que, como escribe Paolo da Certaldo, siempre está bien «tus secretos no manifestar a persona de la que no estés bien seguro».

En este sentido, el *Decamerón* de Boccaccio ofrece una perfecta galería de retratos de la burguesía italiana: mercaderes hábiles y timadores (como Ser Cappelletto) o timados por todos (como Andreuccio da Perugia), además de nobles aburridos, campesinos estúpidos y gente por el estilo (el mismo Boccaccio era hijo de un funcionario de los Bardi y alguien ha reconocido en sus metáforas el mismo lenguaje de los hombres de negocios de la época).

Como ha estudiado Yves Renouard, ya en el siglo X Venecia y Amalfi comerciaban con Oriente y en ese periodo aparecen las primeras figuras de «hombres de negocios» como Mauro y Pantaleone da Amalfi; a partir del siglo XII, en cambio, el comercio se convierte en monopolio de las Repúblicas marítimas italianas y el propio Renouard describe Génova como un «foco de individualismo» (pensando en particular en personajes como el especulador Benedetto Zaccaria). En Florencia y Venecia nacen los bancos, el

préstamo a interés fijo y las cartas de crédito, hasta que en el siglo XIV las técnicas de negocios se desarrollan con la letra de cambio, la partida doble, la cuenta corriente, el talonario de cheques y las primeras formas de seguros.

«Dentro del marco de la unidad medieval —como escribe Giuseppe Galasso—, en la Italia de los siglos XI y XII tiene lugar el gran florecimiento municipal», que conducirá a una Italia «en la que el banco del comerciante ha sustituido a las armas como símbolo de estatus y como vía para la promoción social; una Italia en la que el oro vale como instrumento para la producción de nueva riqueza». Y que en realidad cambiará bien poco con los señoríos, que «lejos de ser una emanación libre y directa» del pueblo, se caracterizaban siempre por «una aristocracia compuesta sobre todo por grandes hombres de negocios».

Entre los primeros capitalistas, por consiguiente, hay banqueros florentinos que conceden créditos a reyes y señores que deben mantener ejércitos y guerrear entre ellos, en varios frentes y con los más diversos pretextos. Los Riccardi, de Lucca, financian a Eduardo I y la conquista de Gales; los Frescobaldi, de Florencia, sostienen la guerra contra Escocia de Eduardo II; los Bardi y Peruzzi de Florencia permiten que Eduardo III inicie la Guerra de los Cien Años contra Francia (y como prenda o garantía de la restitución del dinero gastado había incluso bienes de la corona). No es que el préstamo con interés de los banqueros fuera una novedad: ya con Solón, en la segunda mitad del siglo VII a.C., estaba difundida la usura, aunque entre los antiguos israelitas, como en muchos otros pueblos, se trataba de una práctica si no prohibida al menos moralmente condenada, igual que lo fue después por los cristianos.

La centralidad de la usura en Occidente durante ocho siglos, entre el XII y el XIX, ha sido reconstruida por Jacques Le Goff en *La bolsa y la vida*, que la describe como una mezcla explosiva de economía y religión, de dinero y salvación. Es el auténtico «parto del capitalismo». Pero es un parto difícil. Baste citar, como hace el

historiador francés, los versos de Ezra Pound «El mal es usura, neschek / la serpiente neschek cuyo nombre se conoce, profanador / más allá de la raza y contra la raza [...]. Sífilis del Estado, de todo reino, / verruga del bien público / tumor que todo estropea». Es fundamental, por lo tanto, el tema de la difícil pero necesaria distinción entre interés y usura, y es importante que Karl Polanyi retome el tema ya mencionado anteriormente del «regalo» en relación con la usura, para entender en profundidad cómo «el único objetivo del intercambio sea estrechar la red de las relaciones, reforzando los vínculos de reciprocidad» (aunque sea superfluo subrayar que la economía de la Europa del siglo XIII tenga poco que ver con la de las sociedades primitivas o la de las aborígenes actuales, a las que se ha hecho referencia brevemente en capítulos precedentes).

Como puede observarse en el célebre cuadro de Quentin Metsys *El prestamista y su mujer*, la práctica de la usura podía tener una valoración positiva, hasta el punto de que las monedas de oro aparecen en primer plano junto a un libro de oraciones.

A pesar de una firme condena a lo largo de los siglos por parte del poder temporal y espiritual (Jesús mismo echó a los mercaderes del templo, y las normas de conducta hebreas prohibían el interés en el préstamo, como en el caso del islam y como en el de la condena por parte de los padres de la Iglesia y de buena parte de los concilios de la Iglesia cristiana), «en la perspectiva de su larga duración —sigue observando Le Goff— el historiador de hoy reconoce en la usura la cualidad de precursor de un sistema económico que a pesar de sus injusticias y de sus defectos se inscribe en Occidente en la trayectoria de un progreso que luego será el del capitalismo». Y en este sentido «el usurero hebreo, cada vez más forzado a tal función por la sociedad cristiana, si bien no cometía pecado en relación con la ley hebraica ni con la cristiana, padeció, sobre la base de una hostilidad latente hacia los hebreos, el crecimiento del antisemitismo, cuyas llamaradas eran atizadas por la lucha de la Iglesia contra la usura».

4. DE MAQUIAVELO AL ORO DEL NUEVO MUNDO

«*Vicina sunt vitia virtutibus.*»

SAN JERÓNIMO

El príncipe, escribe Maquiavelo, «que no se preocupe de incurrir en la infamia de estos vicios, sin los cuales difícilmente podrá salvar al Estado; porque si se considera bien todo, se encontrará alguna cosa que parecerá virtud, y que si la sigue sería su ruina, y alguna otra que parecerá vicio, y que si la sigue conseguirá su seguridad y su bienestar». Maquiavelo, según Giuseppe Prezzolini, «descubrió que el mal es inherente a la acción política dirigida al bien común. A los retratos ideales de los estadistas dotados de angélica pureza y de habilidad superior, él contrapuso la dura y penosa realidad de un jefe político que asume los pecados de los hombres para aumentar su bienestar, sin temor a caminar por los senderos del mal». Guicciardini pertenece en cierto sentido a la misma escuela: para el historiador y consejero de los Medici la acción política aparece siempre determinada por algún impulso de interés o de bajeza. «En los *Recuerdos* es un verdadero maestro del olfato, del éxito y de la oportunidad», escribe también de él Prezzolini. La suya es una sabiduría que roza la corrupción. Se confiesa culpable de haberse ocupado de su bien particular, pero encuentra su justificación en la condición humana general y en la particular de su tiempo. También Indro Montanelli parecía pensar del mismo modo: «Guicciardini es el verdadero maestro de los italianos. Un monstruo de egoísmo y de oportunismo que ni siquiera se toma la molestia de disimularlos».

El escenario político renacentista «maquiavélico» es descrito así por Giuseppe Galasso: «La política es fuerza y astucia; toda tensión moral está excluida de ella; y ser portador de ella es de ingenuos. Aquellos que hacen la política y giran en torno al poder, a cualquier nivel del mismo, ejercen una actividad que se traduce en arbitrio,

prepotencia y ocasión de ilícita fortuna». «Una política —escribe el historiador Gioacchino Volpi en *Momenti di storia italiana* [Momentos de la historia italiana]— que confiaba más en la fuerza del oro que en la del hierro».

Por lo tanto, si bien es cierto que el concepto burkhardtiano de «individualismo» aplicado sobre todo al completo periodo «maquiavélico», que va de finales del Medioevo al siglo XVI, está gastado y es algo simplificador, no se puede olvidar sin embargo que la teoría política de Maquiavelo se funda sobre una oposición entre «vivir civil y político» y corrupción, en el sentido que el uno excluye siempre a la otra y que el tema recurrente en los escritos del florentino es siempre la búsqueda de remedios institucionales políticos y morales para prevenir y erradicar la corrupción política (no está en discusión, por claridad, el hecho de que también para Maquiavelo la corrupción sea, precisamente, falta de virtud).

«El moralista, como se viene configurando a través de Maquiavelo y de Guicciardini —ha escrito Giovanni Macchia— es ciertamente un destructor de mitos. En eso consiste su valor y su razón. El moralista no se aplica a la construcción de un modo de pensamiento: se limita a tomar nota del carácter contradictorio del existir [...]. Olvidémonos de los que anhelan una “sociedad perfecta”, de los utopistas, de los miserables optimistas, que son a menudo los peores moralistas y que escapan, por exceso de idealismo o por cobardía, a la visión del hombre concreto».

Un fraile corrupto es uno de los protagonistas mejor caracterizados en *La mandrágora* de Maquiavelo, que es también la demostración concreta del fundamental teorema político del autor. En el punto culminante del drama, el parásito Ligurio, al servicio del joven Calímaco, convence «finalmente» a la fiel y púdica Lucrecia, casada con micer Nicias, de la necesidad de ceder a «razones superiores»: tendrá que yacer una noche con un «desconocido» para curar su esterilidad y salvar su matrimonio. En las palabras de Ligurio está la primacía del fin sobre los medios: «En cuanto a la

conciencia, tenéis que tener claro este principio general, que donde hay un bien cierto y un mal incierto no se debe nunca dejar ese bien por miedo a ese mal».

Una de las voces relevantes del Renacimiento es la de Baltasar Castiglione, que sirvió en la corte de los Montefeltri en Urbino y fue diplomático y nuncio apostólico en la corte de Carlos V: la auténtica grandeza de su *Cortesano* está en el hecho de que la vida social, cuyas convenciones están descritas con gracia por el autor, está basada en la falsedad y el engaño, y todos saben que sin la hipocresía las relaciones no serían posibles. Su libro es, en conclusión, un código de premeditaciones disimuladas. El mundo que describe no existía y quizá nunca existirá, y el autor lo sabía, habiendo sido en el fondo un hombre de mundo, de armas y frecuentador de cortes, y conociendo bien las relaciones entre los gobernantes de Italia, las diatribas entre cortesanos, la decadencia moral de los linajes y las incorrecciones de la corte papal. En el mismo sentido puede leerse también el *Galateo* de monseñor Giovanni Della Casa (literato y secretario de Estado bajo Pablo IV) que, a pesar de delinear un modelo utopista de conciliación de los asuntos públicos y privados y de comunicar a Europa la finura y el arte de vivir en sociedad, subrayaba que junto a la necesidad de las buenas maneras «la justicia, la fortaleza y las otras virtudes más nobles y mayores se ponen en práctica más raramente...». También porque, añadía, «los hombres odian en otros hombres sus propios vicios».

Más explícito en ese sentido será *El proxeneta*, erudito manual de política escrito en latín poco después de la mitad del XVI, al referirse a la homónima figura del diplomático, intermediador o intrigante, y destinado tanto a poner explícitamente en guardia a cada cual frente al carácter disoluto y aprovechado de los individuos como a indicar concretamente algunos consejos prácticos sin escrúpulos de «conducta maquiavélica», que nos reflejan indudablemente la naturaleza, el carácter y la vida misma de su autor, Gerolamo Cardano. La tesis del libro (que no difiere de la de *La disimulación*

honesto, de Torquato Accetto o del *Breviario de los políticos*, de Giulio Mazarino) de hecho trata sobre la licitud de engañar a los deshonestos en un mundo donde el bien y el mal nunca se distinguen con nitidez.

La simbología artística de la época es indicativa: en el *Triunfo de la muerte* Pieter Brueghel muestra un esqueleto a caballo dispuesto a atacar a todos los que gozan de privilegios, lucro y poder. En *La loca Meg*, un hombre con el trasero en forma de cáscara de huevo expele excrementos, probablemente monedas de oro, que la multitud se apresta a recoger. En los *Proverbios flamencos* Brueghel vuelve a denunciar el caos moral y político de su tiempo dibujando un mundo vuelto del revés. Mientras en *El país de Jauja*, un campesino, un clérigo y un soldado representan los tres estados de la sociedad de la época: pueblo, clero y nobleza, todos incluidos en la metáfora del pecado.

En *El Bosco* volvemos a encontrar el tema del vicio y de la corrupción, como en *Los siete pecados capitales*, encargado por Felipe II, donde la avaricia está representada por un juez corrupto en el acto de recibir una bolsa mientras que con la mano libre parece pedir otra como limosna. Entre alegoría y realidad se afirma la obsesión de una extraordinaria decadencia moral a la que es preciso poner remedio. Una decadencia que, por lo demás, provoca el florecimiento en buena parte de Europa de una extensa literatura sobre la nobleza contrapuesta a las nuevas clases mercantiles: es el caso de la *Civil conversazione* de Stefano Guazzo pero también de la *Jerusalén liberada* de Torquato Tasso, que respondía a la exigencia de recordar la acción moral y religiosa cumplida por la nobleza con las cruzadas en Tierra Santa.

El de la corrupción es un tema central en la obra de Shakespeare: baste pensar en *Medida por medida*, o en dramas políticos como *Julio César*, donde el poeta inglés da voz a las dos razones, en pro y en contra de la corrupción. Después del asesinato del augusto emperador, Bruto y Casio disputan por los presentes bajo cuerda de los sardianos a Pela y por la venta de cargos, que

Casio no tiene ninguna intención de escatimar. Bruto reprocha ásperamente a su compañero: «Acordaos de marzo —implora—, acordaos de los idus de marzo; ¿acaso no corrió la sangre del gran Julio en nombre de la justicia? ¿Qué desalmado tocó su cuerpo y lo hirió que no fuera por justicia? ¡Cómo! ¿Habremos nosotros de ensuciar nuestras manos con viles dones y vender el elevado ámbito de nuestros vastos honores por tanto vil metal que así pueda obtenerse? Preferiría ser un perro y ladrar a la luna antes que un romano semejante». Por no hablar de *El rey Lear*: «Bendito el tiempo en el que prerrogativas, títulos y otros cargos no procedían de la corrupción, sino que se adquirían por el mérito del que los recibía».

La bolsa llena —escribía Ben Jonson, un autor contemporáneo de Shakespeare— hace el corazón ligero. Su obra más traducida y conocida es *Volpone*, historia de ricos (como el propio Volpone), parásitos y cortesanos (como el personaje de Mosca), que tiene lugar en una Italia rica, codiciosa y corrupta, bien descrita por los versos puestos en boca de uno de los protagonistas: «Ya ha informado al Senado / que le habían encargado tener listo un complot / para vender el Estado de Venecia al Turco».

Christopher Marlowe escribe en torno al año 1590 *El juicio de Malta*, que narra el drama provocado por la decisión del gobernador de la isla de Malta de hacer pagar a los ricos judíos los tributos que recaudaban a los turcos. Uno de los judíos, Barrabás, que ve con ello el fin de su patrimonio, urde una venganza: hace asesinar a los invitados a una orgía, entre los cuales está el amante de su hija Abigail. No sólo eso: cuando Malta es asediada por los turcos (lo fue realmente en 1565), Barrabás ayuda a la conquista extranjera y se convierte así en el jefe de la isla. Pero la venganza de Barrabás también caerá sobre los turcos: invitará a los capitanes a un banquete y los hará precipitarse por un abismo, pero él mismo será traicionado y acabará de igual modo. Las dos claves principales de la lectura de la obra conducen al maquiavelismo según su interpretación característica en la Inglaterra del siglo XVI (no por

casualidad el drama es introducido por un personaje que lleva el nombre de Maquiavelo: «Diabólica quintaesencia de toda la corrupción italiana»), así como al antisemitismo surgido en la época, muy probablemente ante la prosperidad de las actividades comerciales hebraicas.

Barrabás es el primer judío presente en el escenario inglés con un papel relevante, bastante menos humano y patético que el shakesperiano Shylock, del que es, muy probablemente, el prototipo. Su pasión por el dinero alcanza acentos poéticos. Barrabás, en su doble condición de judío y de abierto seguidor de Maquiavelo, cuyo nombre, para los biempensantes súbditos de Isabel simbolizaba entonces corrupción y doblez, debía ofender y turbar a los espectadores.

Toda forma de vicio público de la época nos la encontramos también descrita en la *Alegre sátira de los tres estados*, escrita «en alabanza de la virtud y vituperio del vicio», un drama alegórico del escocés sir David Lindsay, en el que los tres estados son Espiritualidad (los eclesiásticos), acompañada por Codicia y Sensualidad; Temporalidad (los señores), acompañada por Opresión Pública; y Mercader. Una sátira de aire chauceriano de la corrupción política, eclesiástica y social de Escocia que podría ser válida para buena parte de los países europeos de la época.

«Al vicio lo llaman virtud —escribía el francés Rabelais—; a la maldad, bondad; a la traición, lealtad; al latrocinio, liberalidad; su divisa es la rapiña: y todo esto lo hacen con soberana e irrefutable autoridad». La historia de su época nos habla de Carlos VIII, rey de Francia, que en 1494 atacó Florencia y pidió un rescate altísimo. Fue entonces cuando el incorruptible Piero Capponi rechazó pagar el rescate exigido, rompiendo el folio que contenía las demandas de los invasores. Sin embargo, la misma historia a menudo descuida recordar que, con el ajuste de la cifra y un descuento aplicado a la

exorbitante suma reclamada por los franceses, al final los florentinos pagaron, consintiendo al soberano continuar su marcha a lo largo de la península.

En 1519, a la muerte del emperador Maximiliano I de Habsburgo, su nieto Carlos de España heredó los antiguos dominios de la casa de Austria y parte de Borgoña, al tiempo que presentaba su propia candidatura a la dignidad imperial apoyándose, para poder corromper a sus electores, en los enormes créditos que le garantizaban banqueros tales como los Fugger y los Welser. Su oponente en la elección era Francisco I de Francia. El 27 de junio Carlos será elegido por los grandes electores alemanes, previa promesa del pago de 850.000 florines, batiendo a la candidatura francesa y superando también la hostilidad del papa León X. No se hizo esperar el estallido del conflicto entre el emperador Carlos V y Francisco I de Francia, rodeada ya por los dominios austriacos. Francisco fue capturado y hecho prisionero en la batalla de Pavía, en 1525, y se vio obligado a firmar el oneroso tratado de Madrid (el enfrentamiento entre las dos grandes potencias europeas se alargará, fuera ya de la escena sus dos protagonistas iniciales, hasta la paz de Cateau-Cambrésis en 1559).

Con el hijo de Francisco I, Enrique II, se inician en Francia las persecuciones más duras contra los hugonotes, y si en 1594, el jefe de los protestantes, Enrique IV, puede ser coronado rey de Francia y entrar en París será sobre todo debido a que las fuerzas de la Liga Católica se dispersaron progresivamente, en buena parte por la imponente labor de corrupción con la que el Borbón compró la sumisión de sus adversarios. «Un documento falso, si se tiene por verdadero durante tres años, puede ser de gran utilidad al Gobierno». Así escribía Catalina de Medici, reina de Francia, hija de Lorenzo, duque de Urbino, y mujer de Enrique, duque de Orleans, cuyo más típico retrato histórico es el de una mujer dispuesta a todo para conservar y acrecentar su poder. Regente durante la minoría de edad de su hijo Carlos IX, influyó en el reinado de Enrique III y no escatimó golpe alguno en la lucha contra las facciones aristocráticas

y religiosas que minaban el poder de la corona, ordenando la famosa e infausta masacre de los hugonotes en la noche de San Bartolomé (entre el 23 y el 24 de agosto de 1572).

También fue una mujer la que ligó su nombre al Renacimiento inglés y a las fortunas del Imperio británico. Pero sobre la reina Isabel I es necesario recordar también que su fortuna política fue en parte financiada por la piratería y por los botines y conquistas de corsarios como sir Francis Drake.

Con los viajes de los grandes exploradores, a raíz del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, da comienzo la conquista de las «tierras vírgenes» y la exportación de las peores costumbres del Viejo Continente. «El oro, cual cosa maravillosa — escribía Colón—, quienquiera que lo posea es dueño de conseguir todo lo que desee. Con él, hasta las ánimas pueden subir al cielo». Tras la apertura de las grandes rutas oceánicas, portugueses, holandeses e ingleses ocuparon extensas áreas de Extremo Oriente, de Sudamérica, de África, dando vida a una excepcional explotación de las poblaciones indígenas y a un siniestro comercio esclavista que durará siglos.

«El almirante Colón, cuando descubrió la isla de La Española [Haití y Santo Domingo] se encontró con un millón de indios y de indias. De todos ellos, y de los que vinieron después, yo creo que, en el presente año 1535, no quedan más que 500. Por cuanto a mí concierne, pienso que nuestro Señor ha permitido que estas gentes salvajes, toscas y bestiales fuesen eliminadas y extirpadas de la superficie terrestre a causa de sus enormes y abominables pecados». Esto relataba Fernandez de Oviedo, hombre de corte al servicio de la monarquía española, contribuyendo a construir así el estereotipo del «distinto» al que hay que eliminar.

Bien diferente es la imagen de los indios que nos ofrece fray Bartolomé de las Casas, quien se opuso junto a unos pocos más al espíritu de rapiña que caracteriza a la conquista del Nuevo Mundo. «Toda esta gente de todo género fue creada por Dios sin maldad y sin doblez, obedientísima a sus señores naturales y a los cristianos, a

los que prestan servicio. Son también gente pobrísima, que no posee, ni quiere poseer, bienes temporales; y que por ello no es soberbia, ni ambiciosa, ni codiciosa. Su inteligencia es limpia, despejada y viva: son muy capaces y dóciles a toda buena doctrina, muy apropiados para recibir nuestra fe católica, y para asumir costumbres virtuosas; es más, es la gente más adecuada a lo que Dios creó en el mundo. Entre estas mansas ovejas, dotadas de su pastor y creador de las cualidades descritas, entraron de repente los españoles, enfrentándose a ellas como crueles lobos, tigres o leones con hambre de muchos días».

Un humanista español del siglo XVI, Juan Ginés de Sepúlveda, justificaba sin embargo las atrocidades de los españoles tomando como pretexto la costumbre de los sacrificios humanos que practicaban los indígenas y por la violencia existente en las sociedades locales: «¿Qué podría esperarse de hombres abandonados a todo tipo de intemperancia y de nefasta lujuria, muchos de los cuales se nutrían de carne humana? No creáis que antes de que llegaran los cristianos vivieran en el ocio, en el estado de paz de la edad de Saturno cantada por los poetas, sino que por el contrario guerreaban entre ellos continuamente, con tanta rabia que no se consideraban victoriosos si no conseguían saciar su hambre portentosa con las carnes de sus enemigos...».

Organizados según una rígida jerarquía que hacía «general» a su superior, los misioneros jesuitas representaron sin duda uno de los instrumentos más eficaces de la difusión del cristianismo más allá de los confines del Viejo Continente, además de una de las bases de la Contrarreforma. La orden, la Compañía de Jesús, había sido fundada por san Ignacio de Loyola con el fin de formar una milicia al servicio del Papa para la difusión del cristianismo y la defensa de la Iglesia, cuya regla fue aprobada verbalmente por Pablo III en 1540. «A los confesores de príncipes y magnates por los nuestros», prescribía el anónimo autor de un conocido texto jesuítico, *Monita privata societate Iesu*, «no es raro que se inculque que mientras éstos les confieran bienes espirituales no tengan pereza en pedirles bienes

temporales por el bien común de nuestra sociedad [...]. Si las viudas tienen collares o cosas preciosas similares, se les persuade de que serán consagradas a la eternidad si los dieran a los sepulcros de nuestros beatos». «A la mirada de lince, un interior de tinta de calamar», observaba otro jesuita, Baltasar Gracián. En sus obras (como *El político don Fernando el Católico*), representó modelos de hombres ejemplares, como Felipe IV, príncipes y políticos de cumplida perfección, capaces de cualidades excelsas como la «prudencia» y la «agudeza». A los cuales se dirigía de esta manera: «No manifiestes el engaño, aunque hoy sea imposible vivir sin él. Haz que tu mayor astucia consista en esconder lo que pueda parecer astucia». Fue precisamente a causa de la notable influencia que habían alcanzado en diversas cortes de Europa por lo que los jesuitas acabaron por ser objeto de persecución, hasta el punto de ser expulsados durante el siglo XVII de casi todos los Estados (antes de que la orden fuese suprimida en 1773 y luego definitivamente rehabilitada por Pío VII en 1814).

«Al comienzo de la aventura colonial española en el Nuevo Mundo —ha escrito Carlo Cipolla—, el oro del que se apoderaron los conquistadores fue exclusivamente el producto de robos y saqueos [...]. Con toda aquella riqueza a su alcance fue natural que luego los españoles se lanzasen, con toda pasión y entusiasmo por el oro y la plata, a la actividad minera». Fue así como en el curso del siglo XVI las colonias «enviaron a España 16.000 toneladas de plata que primero se propagó por España y luego de un país a otro», dando vida a un imponente desarrollo comercial repleto de consecuencias para todo el Viejo Continente.

5. DEL ABSOLUTISMO A LA REVOLUCIÓN

«El abad de Périgord vendería su alma por dinero. Y haría negocio, porque cambiaría estiércol por oro.»

HONORÉ GABRIEL RIQUETI DE MIRABEAU

El siglo XVII es, sobre todo en Francia, el siglo en el que el arte de la corrupción política alcanza su punto culminante, o cuando menos conoce por vez primera algo bastante parecido a una teorización científica, pero es también el siglo del moralismo por excelencia. «Si es cierto que no es posible aniquilar el vicio, la ciencia de los que gobiernan es la de hacer que contribuya al bien público», escribía el moralista Vauvenargues. Como nos recuerda Giovanni Macchia, de hecho existen «dos tipos principales de moralistas [...] el moralista “práctico”, cuya ciencia se dirige a defenderse o a conquistar el mundo en el que vive [...] y el moralista “puro”, que al placer frecuentemente amargo de la observación une la voluntad de dar sentido al espectáculo al que asiste».

Entre los siglos XVI y XVIII, el concepto de interés llega a ser no solamente el principal paradigma de las experiencias y de las costumbres colectivas e individuales, sino también una de las principales formas de legitimación de los actos de gobierno, aprobado o combatido por los más notables autores de la época: de Maquiavelo a La Rochefoucauld, de Guicciardini a Hobbes, de Spinoza a Rousseau, de Montaigne a Voltaire, de Montesquieu a Botero. Los protagonistas del siglo, en la Francia del Rey Sol, fueron en particular los poderosísimos superintendentes de las finanzas. Personajes como Nicolas Fouquet, que fue procesado por corrupción y traición por Luis XIV, y su sucesor Jean-Baptiste Colbert, destacan en los retratos de Paul Morand. La explicación de la necesaria acumulación patrimonial personal parece casi irreprochable: «Fouquet —escribe Morand— había creído que todo se compra, incluso el destino...». Estaba atrapado, como los otros y no más que

ellos, en el círculo infernal de sus predecesores: d'Effiat, del cual dicen las *Historiettes* de Gédéon Tallemant des Réaux que enseñó a robar a los que vinieron tras él; Bullion, el creador de los *Jardins des plantes*, cuya más bella planta de toda su colección fue su propia fortuna, que él mismo cuadruplicó; Bouthillier, que puso en juego las recompensas (es decir, se confió a los «partisanos», por comodidad, preocupándose de recaudar los impuestos a un precio global); Particelli, lleno de recursos y vacío de escrúpulos, uno de los innumerables y sospechosos italianos que Mazarino llevaba en su séquito: los Cantarini, Conami, Goldi, todos aquellos hombres llegados del otro lado de los Alpes «para dar lecciones de civismo a los franceses...».

«El mal —sigue ilustrándonos Morand— no provenía de la pobreza del país, sino de la ausencia de un Ministerio de Finanzas. A falta de un Banco de Francia, el Estado recurría a los banqueros privados. Pero los banqueros no le prestaban al rey si el superintendente no era lo suficientemente rico como para servir de garante del rey pedigüeño; si el superintendente era poderoso, y además parlamentario como Fouquet, los financieros se fiaban. De modo que Fouquet prestaba como privado y reembolsaba como administrador». Creado por Richelieu, el mago de las finanzas Colbert entró en el Ministerio de la Guerra para cifrar los despachos de Mazarino. No obstante su notable codicia, uno de sus primeros gestos, que más tarde habrían «encantado» a Stendhal, fue el de rechazar una gratificación de mil escudos, ofrecidos por el cardenal. Pero tres meses después Colbert ya era candidato a todo: «Compra un cargo y lo revende más caro de inmediato; necesita un regimiento para un hermano, la dirección de los botines corsarios para un primo, un beneficio para uno de sus hijos. Lo veremos incluso como candidato al cargo de superintendente de las pajareras de las Tullerías; los que no puede ocupar los negocia para él o para Mazarino, al que escribe: “Para vuestros cargos de intendente no he encontrado ningún adquirente que haya querido cerrar a doce mil escudos; lo hago pregonar por todas partes”».

Entre el siglo XVI y el XVII se consolida, con el nacimiento del Estado moderno, el principio del absolutismo, fundado sustancialmente sobre la práctica de la centralización del poder político y militar, y caracterizado por un cambio de equilibrio radical en favor de una creciente e ilimitada potenciación de la monarquía. Su teorización más célebre es la que se encuentra en los *Seis libros* de Jean Bodin, según el cual la voluntad del príncipe no tiene límite sino en la ley de Dios y de la naturaleza, y él «no está obligado ni siquiera a observar las leyes de él mismo emanadas». Lo opuesto de lo que sostiene Grocio (Huig Van Groot) en *De jure belli ac pacis*, según el cual los Gobiernos no son instituidos para utilidad del que reina, sino para la de sus súbditos: lo que hace necesario poner límites «*de jure potestatis*» con el fin de construir un régimen válido para cada país en tiempo de guerra y de paz. La encarnación tradicional de la teoría de Bodin es la de Enrique IV, la de Richelieu y, posteriormente, la de Luis XIV. Proveniente de una familia de la nobleza venida a menos, Richelieu acumuló, gracias a sus propios cargos, una fortuna enorme que a su muerte se estimó en «veinte millones de liras». Luis XIV, inmediatamente después de su coronación, nombró una comisión para investigar las cuentas de «la eminencia gris», cosa que aprovechó para incautarse de parte de ellas. Esto no bastó para que Mazarino volviese sobre los pasos de su antecesor y doblase (por lo menos) su botín al término de su propio mandato.

En la Europa absolutista del siglo XVII, el problema ético se deja sustancialmente de lado: prevalece el realismo político y cada Estado se mueve según el criterio del interés, que a fin de cuentas equivale al del soberano, como escribía el propio Luis XIV en las *Reflexiones sobre las ocupaciones del Rey*: «En primer lugar están los intereses del Estado. Cuando uno respeta estas prioridades, trabaja en su propio bien. El beneficio del Estado redundará en favor de su gloria». Y añade: «No hay gobernador de provincia que no cometa alguna injusticia, soldado que no viva de modo disoluto, señor de tierras que no actúe como tirano [...]. Incluso el más honrado de los

oficiales se deja corromper, incapaz de ir a contracorriente. Así, en vez de un solo soberano, el pueblo tiene miles». De modo no muy distinto, Étienne de la Boétie consideraba que el interés (juntamente con la mistificación y el hábito) es uno de los motivos fundamentales de la «servidumbre voluntaria» de los pueblos frente a los tiranos: los que consideran agradable la sumisión, en definitiva, son tantos, si no más, que los que desean la libertad.

El ya citado autor de *La disimulación honesta*, Torquato Accetto, sostenía que «el engaño es un mal del hombre, siendo la razón su bien, de la que aquél es abuso». Y añade que «sólo un día no será necesario usar el disimulo. Es tanta la necesidad de usar ese velo que solamente el último día se podrá prescindir de él. Entonces se habrán terminado los intereses humanos». En un texto anónimo español del mismo periodo, *El arte de robar*, se lee: «En el año en el que Herodes mató a los inocentes, el diablo cogió un catarro tan fuerte que vomitó veneno y de ello [...] se generó un monstruo que los críticos llamaron "Razón de Estado". Esta señora se fue haciendo muy presuntuosa, pretendió casarse y su padre la dio en matrimonio a un joven robusto pero de malas costumbres, que tenía el nombre de "Amor propio", hijo bastardo de la primera desobediencia. De ambos nació una hija a la que llamaron "Doña política" [...]. Fue educada en las cortes de los grandes príncipes, y a todos les enredó». En esos mismos años vivió Giovanni Botero que, en contraste con Maquiavelo, elaboró su propia doctrina política con la intención de demostrar la posible conciliación entre la razón de Estado y la primacía religiosa, y que sin embargo entendía que el interés personal del príncipe coincidiera por lo general con el propio interés del Estado.

A lo largo del siglo XVII, filósofos como Baruch Spinoza, Thomas Hobbes (padre de la filosofía política moderna, según el cual «el interés y el miedo son los principios de la sociedad») y John Locke viven y reflejan el clima de los movimientos políticos que conducirán a las llamadas «revoluciones burguesas», con la consolidación de la independencia de las Provincias Unidas (Países Bajos) y la Gloriosa

Revolución de Inglaterra. Gran Bretaña se convierte así en el primer país donde el proceso de formación de la burguesía llega a su madurez y donde se ponen en práctica formas políticas adecuadas a la nueva realidad, como el constitucionalismo y la separación de los tres poderes, ejecutivo, legislativo y judicial (teorizada en Francia por Montesquieu).

La novedad mayor, como se pone en evidencia en los *Tratados sobre el gobierno civil* de Locke, fue la afirmación del derecho de propiedad adquirido mediante el trabajo, porque para la burguesía ése era un derecho fundamental que sostener frente a la idea de propiedad aristocrática entendida como investidura por parte del soberano y de hecho como un privilegio inalienable. En ese contexto, Spinoza, en los Países Bajos del «Siglo de Oro», si bien no puso directamente en cuestión el Estado absoluto, cuando menos puso el acento en la *libertas philosophandi*, «ya que no está en el poder de los hombres vivir según el solo dictamen racional, y el mismo poder de Dios viene definido no tanto por la razón, cuyas reglas son seguidas por pocos, sino por la *cupiditas*». «El florecimiento de Amsterdam —se lee en el *Tratado teológico-político*— se debe a una concordia de hombres de todas las naciones y de todas las religiones, los cuales para confiar sus bienes a alguien se preocupan de saber sólo si éste es rico o pobre y si suele actuar de buena o de mala fe».

Sólo de las pasiones depende todo el bien o todo el mal de la vida, escribió Descartes. El jansenista de Port-Royal, Blaise Pascal, observó que «el hombre no es más que disimulo, mentira e hipocresía, consigo y con los demás [...] y todas esas inclinaciones tienen una raíz natural en su corazón. Ciertamente es un gran mal estar llenos de defectos; pero es un mal aún más grave estar llenos de ellos y no quererlo reconocer, porque se les añade el de una ilusión voluntaria».

El remedio no consistiría precisamente en un platónico gobierno de filósofos, observaba cáusticamente La Rochefoucauld, escritor partidario de la Fronda (primero contra Richelieu y luego contra

Mazarino): «El menosprecio de la riqueza era un deseo disimulado de reivindicar sus méritos contra la injusticia del destino, mediante el desprecio de los mismos bienes de los que ese destino les privaba». «Lo que a menudo confundimos como virtud —añadía en sus *Máximas*— no es otra cosa que un conjunto de intereses diversos que la fortuna o nuestra habilidad saben conciliar». Y Jean de la Bruyère, preceptor del duque de Borbón y observador de los «caracteres» de la nobleza francesa, pensaba en el fondo del mismo modo: «Todo prospera en una monarquía en la que se confunden los intereses del Estado con los del príncipe».

En Sevilla, en la España del Siglo de Oro, Mateo Alemán, autor de la novela picaresca *Guzmán de Alfarache*, cuenta cómo todos compraban los cargos «con el único fin de sacarles provecho, ya fuera lícito o ilícito. Para afanar prebendas todos están dispuestos a derrochar miles de escudos, pero antes de dar ni un cuarto de limosna a un mendigo le hacen procesar». Después de la Reconquista de la Península del dominio árabe, que sólo finaliza con la rendición de Granada, que resistió hasta 1492, y después del reinado de los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, y del inicio de la expansión colonial española, que condujo a la conquista de México y de Perú, subió al poder Carlos V de Habsburgo, con el cual dio comienzo el periodo de mayor esplendor de la historia de España.

Uno de los protagonistas del Siglo de Oro español, Francisco de Quevedo, escribía lo siguiente en sus *Sueños*: «Probad a vivir y a pensar según los cánones de la lealtad: sobre la cabeza no os quedarán más que las grises arcadas de un puente». «Debes saber», advierte uno de sus personajes, testigo de la accidentada persecución de un malhechor, «que ese alguacil no sigue a ese ladrón por el provecho particular o general de nadie, sino que como sabe que aquí le mira todo el mundo, se avergüenza de que haya alguien que, en materia de hurtar, le aventaje, y por eso se multiplica para alcanzarlo». «Yéndome desnudo, como me estoy yendo, está claro que he gobernado como un ángel», dice

irónicamente Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria en el *Quijote* de Cervantes. Militar además de escritor y protagonista de una vida aventurera (fue encarcelado tras ser acusado de irregularidades administrativas durante el periodo en que fue recaudador de impuestos en Sevilla), Cervantes refleja la crisis de los más altos idealismos renacentistas frente al desengaño emergente de la edad barroca. Igual que su héroe, destinado a luchar contra los molinos de viento persiguiendo sus ideales de justicia y nobleza.

En *Los novios*, de Alessandro Manzoni, en la reconstrucción de la dominación española en la Italia del siglo XVII, entre atropellos de los poderosos y matrimonios fallidos emerge la figura de Bartolomeo d'Aquino, uno de los primeros intrigantes modernos, un financiero que se enriquecía prestando dinero al Estado y haciéndose recompensar con privilegios de diversa naturaleza: títulos, tierras públicas y servidumbres feudales. Sólo en 1646, cuando el virrey español se percató de que el Estado estaba al borde de la bancarrota, ordenó la detención de Aquino que, por otra parte, nunca se produjo, debido a inesperadas «complicaciones burocráticas».

Quizá se pueda distinguir —aunque un poco arbitrariamente— entre ilustrados ingleses, que fueron en parte promotores y partícipes de los cambios sociales y políticos, e ilustrados franceses, que intervinieron ya en el curso de lo que después se llamó *ancien régime*. De hecho, ninguno de los *philosophes* de Francia elaboró un programa revolucionario concreto, pero no cabe duda de que la nueva concepción de la filosofía como instrumento para alcanzar la felicidad social, la crítica de la superstición y de la intolerancia religiosa, y el filón «materialista» del llamado pensamiento «libertino», los escritos de Voltaire y Montesquieu, y la experiencia de la *Enciclopedia* de Denis Diderot y Jean-Baptiste d'Alembert fueron todos ellos elementos que contribuyeron a crear el clima que llevó al violento derrocamiento de aquel régimen con la Revolución de 1789. Si se excluye a Francia, en efecto, sólo algunos de entre los

principales soberanos europeos admitieron una parte de los programas de los *philosophes* y las nuevas exigencias de la burguesía en ascenso (el «Tercer Estado»): por ejemplo, Federico II de Prusia, en cuya corte trabajó el propio Voltaire, los austriacos María Teresa y José II, y en cierta medida Catalina de Rusia. Tal «absolutismo ilustrado» conducirá a una primera y tímida adhesión a las teorías del liberalismo y, en el frente económico, al abandono del proteccionismo mercantilista en favor de un liberalismo proclive al desarrollo del comercio. Entre los ilustrados italianos, Cesare Beccaria, inspirándose en el *iusnaturalismo*, dio a la imprenta el célebre *De los delitos y las penas*, libro que propone un auténtico cambio de los conceptos de delito y de culpa, que sustituyen por vez primera al de «pecado», exaltando el papel del juez en el ámbito de un nuevo ordenamiento normativo de referencia. «La moral — escribió Beccaria— ha estado compuesta por sentimientos primitivos fuertes y útiles [...]. Después, con las modificaciones, se ha adaptado como ha podido al estado peor».

En 1716 John Law fundó la Banque Royale, destinada a resolver, al menos en la intención de su promotor, el problema de las deudas dejadas por Luis XIV. La Banque Royale emitía unos billetes convertibles en moneda metálica, que se podían utilizar para los gastos corrientes, cuya convertibilidad debía ser garantizada teóricamente por los yacimientos auríferos de la colonia americana de la Luisiana, explotados por la Compañía del Mississippi, cuyas acciones se vendieron como rosquillas una vez colocadas en el mercado. Sin embargo, cuando se difundieron las primeras sospechas sobre la existencia misma de las ricas minas y comenzó la demanda de convertir en oro los billetes, la convertibilidad se bloqueó y gran parte de los ahorradores acabó arruinándose. «La combinación billetes-acciones —como ha señalado Guido Rossi— se parece mucho a los más arriesgados instrumentos financieros hoy de moda, y desde luego tiene en común con ellos una característica típica de los colapsos financieros: la falsificación. Lo mismo que no existía el oro de la Luisiana, tampoco había trazas de las deudas de

las sociedades *offshore* controladas por Enron mientras la gran compañía auditora Arthur Andersen, más tarde insolvente, hacía desaparecer los documentos esenciales, ni tampoco existían los depósitos de Parmalat en el Bank of America o en el fondo Epicurum en las Islas Caimán». Una locura especulativa que en los años treinta del siglo XVII había arrastrado a los Países Bajos a la llamada *tulipmanía*, haciendo que los bulbos de tulipán alcanzasen precios semejantes a los de los diamantes más valiosos (incluso si la falsificación tuvo características diversas y en cualquier caso no de papel).

Voltaire describió así el logro de John Law: «En los últimos veinte años, el comercio se ha entendido en Francia mejor que en todo su pasado, desde el reinado de Faramondo hasta Luis XIV. Antes de este periodo era un arte secreto, una especie de alquimia en manos de tres o cuatro personas que efectivamente producían oro, pero que no comunicaban a nadie el secreto gracias al cual se habían enriquecido [...]. El destino quiso que un escocés tuviera que venir a Francia a poner patas arriba toda la economía de nuestro Gobierno para amaestrarnos».

En su *Código de la naturaleza*, publicado en 1755, Morelly escribía: «Conozco un solo vicio en todo el universo: la avaricia. Todos los demás, cualquiera que sea el nombre que quiera dárseles, no son sino formas y grados de aquélla. Analizad la vanidad, el orgullo, la ambición, la falta de honradez, la hipocresía, la maldad; descomponed la mayor parte de nuestras sofisticadas virtudes y se disolverán en este sutil y pernicioso elemento: el deseo de poseer». Sobre el mismo tema de la virtud encontramos un ejemplo de la crítica racionalista del siglo XVII en la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert: «El cristianismo, predicando el espíritu de sacrificio y la renuncia a toda vanidad, introduce en su lugar la pereza, la miseria, la negligencia, en pocas palabras, la destrucción de las artes». Un punto de vista llevado al exceso por el inconformista y escéptico Bernard de Mandeville que, a comienzos del mismo siglo, escribió una instructiva *Fábula de las abejas. Los vicios privados hacen la*

prosperidad pública: un Gobierno cínico —sostenía Mandeville— es el mejor Gobierno posible. Al mando de «estafadores, parásitos, rufianes, carteristas, falsarios, charlatanes, adivinos, chismosos», un Gobierno corrupto produce riqueza y ocasiones ventajosas para todos. El egoísmo y las pasiones que se derivan de él constituyen el impulso del bienestar, mientras que las virtudes del hombre inhiben por lo general el progreso civil. Subvertir este orden puede ser fatal: «Cae el precio de la tierra y de las casas, el arte de construir ya se acabó, los artesanos están sin trabajo y ha desaparecido hasta el cortesano que en dos horas se gastaba con su dama lo que basta a un escuadrón de caballería en un día». La riqueza —y la moral de Mandeville— es hija del vicio, no de la virtud. Para mover una sociedad son precisas la corrupción y la falta de escrúpulos, la difamación y la prostitución. Las civilizaciones que proscriben el latrocinio y la codicia están destinadas a perecer y a languidecer durante siglos hasta extinguirse para siempre.

La economía, mantiene Mandeville, tiene necesidad de continuos incentivos artificiales, debe corregir los balances y sostener la ocupación. ¿Por qué despreciar entonces la contribución de la corrupción al progreso social? ¿Por qué hacer disminuir el papel de la corrupción como motor del mundo? Una lección que fue más tarde reconducida hacia una mayor suavidad por un historiador y estadista liberal como Alexis de Tocqueville: «El interés bien entendido —escribía el autor de *La democracia en América*— es una doctrina poco elevada, pero que alcanza sin mucho esfuerzo aquello que se propone. Por ello no temo decir que entre todas las teorías filosóficas me parece la más apropiada a las necesidades de nuestro tiempo y constituye la mejor garantía que tenemos contra nosotros mismos. Y por eso mismo los moralistas de hoy debieran tenerla en cuenta [...]. Me resisto a creer que todas las personas religiosas actúen solamente por la recompensa final [...]. Pero el interés es siempre el medio que las propias religiones usan para guiar al hombre y para hacerse populares».

Según el mito del buen salvaje de Rousseau, lo que no conduce al desarrollo y a la educación ideal según el estado de naturaleza originario es mal y corrupción. El vicio de la imperfección originaria quedó así resuelto para algunos con la ficción del «contrato social», pero la historia, bajo este aspecto, todavía habrá de reservar decepciones, dando lugar a una repetición monótona de conflictos, donde, más que los ideales, parecen contar el dinero, la fuerza y la astucia. Y donde las revoluciones aportan quizá más un recambio cruento de la clase dirigente que no la invocada (cada vez) liberación de las masas.

Y, en efecto, la Revolución francesa de 1789, más allá de toda interpretación o reconstrucción histórica, demostrará no poder cancelar la corrupción real ni la del Primer y Segundo Estado si no es dando lugar a nuevas formas de turbio quehacer público y privado y al nacimiento de nuevos sujetos interesados en el mismo fenómeno. El incorruptible Robespierre acabó guillotinado cuando el Terror había devastado París y Francia. Y produce una cierta impresión leer cómo describía la hermana de Robespierre el ingenuo moralismo de su hermano frente a un conocido oportunista: «Fouché fue recibido en casa y nos frecuentábamos. Estaba lleno de atenciones y me parece que incluso sentía por mí un interés particular. No era atractivo pero sí muy amable; mostraba una inteligencia fascinante acompañada de una cultura sorprendente por la variedad de los argumentos sobre los que sabía disertar. Él habló de matrimonio y yo no descarté la idea, vista también la amistad y la estima de mi hermano. Es verdad que no podía imaginarme que de allí a poco tiempo se revelaría como un impostor y un hipócrita capaz de cualquier cosa con tal de satisfacer sus ambiciones políticas. Hasta tal punto se hizo pasar por amigo de todos nosotros que Maximiliano no era contrario al matrimonio».

«Tú no te has llevado dinero —le hace decir el dramaturgo alemán Georg Büchner a Danton, dirigiéndose a Robespierre—, tú no has dejado deudas, tú no te llevas mujeres a la cama, siempre llevas un vestido decente, no te has emborrachado nunca [...].

Robespierre, eres de una rectitud repugnante, yo me avergonzaría de haber pasado treinta años entre cielo y tierra siempre con la misma fisionomía moral, sólo por el gusto de encontrar a los demás como peores que yo [...] eres tan virtuoso que para ti la vida misma es un vicio. ¡Quédate con tu virtud, Robespierre!».

«El vicio y la virtud —decía el propio Robespierre— deciden los destinos de la Tierra: son los dos genios contrapuestos que se la disputan». Y no cabe duda de que para el jefe revolucionario el mal absoluto estaba encarnado por la monarquía absoluta. Citando el ejemplo de Richelieu, escribía: «Con qué impudicia hacen leyes contra el hurto, mientras invaden la fortuna pública. Se condena a los asesinos en su nombre y ellos asesinan a millones de hombres con la guerra...». Condorcet, el filósofo que fue diputado girondino en la Asamblea Legislativa y en la Convención, antes de ser arrestado durante el Terror y de darse muerte él mismo, contaba que Mirabeau le propuso un día al financiero Jacques Necker gobernar Francia juntos. Pero Necker declinó la propuesta: «Tu fuerza es la política —le contestó—, la mía es la moral; como ves, nunca podríamos estar de acuerdo».

Pero las revoluciones pasan y los hombres siguen siendo los mismos. Bonaparte solía decir a sus ministros que les estaba concedido robar un poco, siempre que administrasen con eficiencia. Charles-Maurice de Périgord, más conocido como el príncipe de Talleyrand, no pasó a la historia por haber vestido a lo largo de su vida casacas de color bien diverso (fiel de Luis XVI, ministro del Exterior en el Directorio, consejero de Bonaparte y su acérrimo enemigo como plenipotenciario francés en el Congreso de Viena). Al contrario, su dedicación a la causa de la política y la generosidad con la que supo sacar fruto a su capacidad diplomática al servicio de causas diversas sigue siendo aun hoy objeto de admiración. «Talleyrand —dijo el propio Napoleón—, es el más vil de los especuladores, un vil adulator, un hombre que ha traicionado a todos, hombres y partidos; prudente, circunspecto, siempre falso, pero siempre conchabado con la fortuna [...]. Es un hombre de

talento, pero el único modo de obtener algo de él es pagándolo». Príncipe de las negociaciones internacionales, Talleyrand siempre consiguió birlar dinero hábilmente a las potencias extranjeras a cambio de una posición flexible durante las negociaciones. Y el juego funcionó tanto con las viejas monarquías europeas como con la naciente democracia estadounidense. Chateaubriand enumera así alguno de sus «éxitos»: «El millón que recibió de Portugal, con la esperanza de una paz con el Directorio, paz que nunca llegó a firmarse; la adquisición de bonos de Bélgica antes de la paz de Amiens, de la que Talleyrand estaba enterado antes que los demás; la construcción del provisional reino de Etruria; la secularización de las propiedades eclesiásticas en Alemania; el mercado de sus opiniones en el Congreso de Viena...». Pero fue probablemente un «ilustrado», más que muchos revolucionarios si es verdad que fue un incansable defensor de la instrucción pública obligatoria y asiduo defensor de la libertad de prensa (en particular en el periodo de la Restauración). El jacobino Saint-Just tuvo al menos la sinceridad de admitir que «nadie puede gobernar sin culpas». Como el abate Sieyès, que fue presidente de la Asamblea Nacional, entró en el Directorio pero apoyó el golpe de Estado napoleónico del 18 de Brumario, y no tuvo dificultad en recordar que «sería un mal conocedor de los hombres quien vinculase el destino de la sociedad a los esfuerzos de la virtud». «La aristocracia y la democracia — escribirá Tocqueville— se acusan recíprocamente de facilitar la corrupción. Es preciso distinguir: en los Gobiernos aristocráticos, los hombres que acceden a los asuntos públicos son ricos y sólo anhelan el poder; mientras que en las democracias los hombres de Estado son pobres y tienen que hacer su fortuna. Pero entre los hombres que han estado en el poder en Francia en los últimos cuarenta años muchos han sido acusados de haberse enriquecido a cuenta del Estado. En Francia, sin embargo, no sucede casi nunca que se compre el voto de los electores, como sucede en Inglaterra. Nunca he oído decir que en Estados Unidos se emplee la propia

riqueza para ganarse a los gobernantes [...]. Por eso me parece que la corrupción existe en ambos regímenes, cada vez más notoria y evidente».

El escritor francés Nicolas de Chamfort, autor de unas célebres *Máximas y pensamientos*, retoma el argumento por completo con un aforismo cínicamente irónico: «He conocido a un misántropo que, en los momentos de buen humor, decía "No me sorprendería que hubiera un hombre honrado escondido en algún rincón, desconocido de todos"». Por otra parte, la literatura y la dramaturgia habían ya puesto en escena, bastante antes y con éxito, personajes como el Harpagón negociante y adorador del dios dinero del *Avaro*, o el *Burgués gentilhomme* de Molière, aunque «sustraído» a Plauto y, a su vez, antepasado de algunos personajes de *La comedia humana* de Balzac. O también algunos personajes como los de Carlo Goldoni o como *El sobrino de Rameau* que, en el célebre diálogo escrito por Diderot, es un parásito encaminado por su tío al estudio de la música, pero incapaz de adaptarse a la regularidad de un oficio; es maestro en el arte de «gorronear» comidas y regalos a los ricos anfitriones a los que entretiene con su agudeza. Las nociones de honradez y de falta de honradez deben de estar extrañamente enredadas en su cabeza. A través de ese personaje Diderot ilustra brillantemente una parte de la sociedad del siglo XVIII, la sociedad de los *salons*, de los *philosophes*, de las damas intelectuales, pero también de las ideas en boga sobre la política, el gobierno, la moralidad y la inmoralidad y, sobre todo, el dinero; pues Diderot capta de lleno la capacidad de una riqueza dispuesta a hacer la travesía desde el Antiguo Régimen al siguiente.

«La palabra dinero», observa Le Roy Ladurie en *El dinero, el amor y la muerte en Occitania*, analizando la *Histoire de Jean-l'ontpris*, una novela campesina en occitano del siglo XVIII escrita por el abate Jean-Baptiste Castor Fabre, «se puede aplicar a menudo a realidades monetarias existentes, pero yo la uso generalmente para designar riquezas o como símbolo material de un rango del personaje en la sociedad. Puede tratarse de dinero, pero también de

ganado, de tierras (raramente); o de otro estatuto social, traducible en valores reales. El héroe también puede mejorar su presentabilidad, proceder a una revaluación de su activo, mediante algún truco. Puede tratarse de la transferencia o de la contratransferencia de un capital de honor (pérdida de la virginidad de una doncella, consiguiente embarazo y alegre y obligatoria reparación mediante matrimonio)». Y de hecho esta famosa investigación del historiador francés sobre el imaginario popular del siglo XVIII en la Francia meridional analiza en realidad una historia de pequeños engaños cotidianos entre sus cuatro principales personajes.

6. LA REVOLUCIÓN ECONÓMICA Y EL IMPERIO COLONIAL

«El que quiera volver a la Edad de Oro debe aceptar, además de la honradez, también las bellotas, alimento de los cerdos. La virtud no basta.»

BERNARD DE MANDEVILLE

Se ha dicho que los padres fundadores del poderío inglés, Francis Bacon, filósofo y hombre de gobierno, Samuel Pepys, organizador de la marina militar, y Warren Hastings, uno de los creadores de la India colonial, recibían tranquilamente sobornos y, en privado, no se avergonzaban de ello en absoluto. Y sin embargo el Imperio inglés, en su vasta y progresiva ramificación, ha sido probablemente el principal «instrumento» de difusión de la ética contra la corrupción, si bien la misma, como ya se ha dicho, tiene unos orígenes predominantemente religiosos (y aquí tienen un papel importante las oleadas migratorias puritanas hacia Norteamérica, con la consiguiente exportación de su credo).

En 1621, Francis Bacon, considerado uno de los padres de la filosofía y de la ciencia modernas y lord canciller del reino, fue acusado de corrupción por el Parlamento inglés. Bacon hizo pública enmienda de sus culpas ante la Cámara de los Lores, pero no dejó de recordar a los jueces que los «vicios de la época» eran distintos de los «vicios del hombre». Quería decir con ello que la práctica de las «propinas» de hecho estaba aceptada por la sociedad británica, aunque, en teoría, evidentemente no estaba recogida en el corpus jurídico entonces vigente. Cada época, en suma, tiene sus propias costumbres, sostenía Bacon, quien también recordaba cómo «uno de los siete sabios solía decir que las leyes son como las telarañas que, si bien atrapan las moscas, son reventadas por los moscardones».

Ese «*così fan tutti*», por otra parte, ha seguido siendo la principal defensa de los pecadores pillados con las manos en la masa. Financiación clandestina de los partidos, práctica de la recomendación, nepotismo, codicia, usura, decadencia, lascivia e ilicitud de varia naturaleza: desde Cicerón a Nixon, en el fondo el problema siempre es el mismo, mientras que las costumbres solamente cambian con las tradiciones locales, la latitud geográfica y el sucederse de Gobiernos, nuevos regímenes y banderías especialmente atentos a saber por dónde sopla el viento de la mayoría. Y ello a pesar de un efervescente florecer moralista y en particular de una abundante producción de la literatura utópica que surge entre los siglos XVI y XIX, entre la que podemos citar la *Nueva Atlántida* del citado Bacon, la *República de Oceana*, del inglés James Harrington, considerada un punto de referencia para la futura Constitución americana, así como la *Utopía* del canciller de Enrique VIII Tomás Moro (que fue a colisionar con el soberano por su oposición al divorcio y por su sucesivo rechazo a prestarle juramento como jefe de la Iglesia de Inglaterra, y ajusticiado por ello en 1535, habiendo sido declarado patrón de los políticos por Juan Pablo II) y *La ciudad del Sol*, de Tommaso Campanella, de quien vale la pena recordar la sentencia que resume la desilusión de un hombre perseguido por sus ideas durante buena parte de su vida: «Son tres los instrumentos para tomar, gobernar y mantener los imperios: la lengua, la espada y el tesoro». La *Oceana* de Harrington es la Inglaterra de la época, que recibe una constitución perfecta del legislador Olphaus Megaletor, bajo cuya apariencia el autor en realidad se refiere a Oliver Cromwell. Con abundantes citas, extraídas en particular de Maquiavelo, Harrington propone que su república ideal sea gobernada por un Senado elegido por sufragio directo, inspirándose en la República de Venecia, donde había vivido: «El Gran Consejo de Venecia —escribe—, como la estatua del Nilo, se apoya en una urna o ánfora desde la que se vierte el Senado en una corriente tan pura y perenne que nunca puede estancarse, por lo cual éste nunca será susceptible de corrupción»; visiones

utópicas, en definitiva, que chocaban con el realismo de filósofos como Thomas Hobbes. Su *Leviatán*, que sustancialmente anticipaba la tesis de una renuncia de los hombres a sus derechos individuales reservados por contrato originario al Estado, fue atacado porque defendía la necesidad del fraude y la violencia en tiempo de guerra, además de por su más general y realista concepción según la cual ni las personas ni las cosas están seguras y cada uno debe precaverse de la violencia, ya que todo hombre es un lobo para sus semejantes (*homo homini lupus*).

Si el de los dogos de la Serenísima fue señalado a menudo como ejemplo de buen gobierno, hay que decir en cualquier caso que no faltan «excepciones a la regla»: sobre Agostino Barbarigo, que ascendió al trono ducal cuando tenía 66 años después de una brillante carrera militar, tenía quizá razón su hermano cuando avisó de sus desenfrenadas ambiciones. Su gobierno pronto revelaría sus ansias de poder, su amor por la pompa y la atención a sus intereses privados. Las cajas del erario se resintieron hasta el punto que se hizo necesaria una disminución de los salarios estatales, la reducción de los diezmos al clero y la emisión de un préstamo forzoso. Todo esto mientras en la ciudad se desbordaban la prostitución, la inmoralidad y la corrupción ante la aparente indiferencia del dux, que incluso no dejaba de favorecer la mala vida ni de proteger a amigos y parientes. Una decadencia que también pareció imparable con algunos de los sucesores de Barbarigo como Leonardo Loredan y Antonio Grimani, de quien se escribió en la época «en todas las cosas era felicísimo, y lo que era tierra y fango en su mano se tornaba oro», o también como Andrea Gritti, del que se dijo que fue elegido dux gracias a fraudes electorales.

En 1668 Samuel Pepys, secretario del Almirantazgo británico, fue objeto de una investigación parlamentaria que se proponía poner bajo control su actividad. Pepys era un funcionario relevante y de notable eficiencia, expertísimo en los asuntos burocráticos, auténtico maestro en el arte de las contrataciones y de las relaciones con

proveedores de diversas materias primas, capaz de resolver problemas allí donde se produjeran y particularmente acostumbrado a recibir regalos de distinta naturaleza (animales, vestidos, comida, plata, dinero); pero lo que le convierte en un interesante caso de estudio es la impresionante meticulosidad con la que registró día a día su trabajo y sobre todo los numerosos dones que engrasaban la maquinaria administrativa que él mismo gestionaba (ostras, guantes rellenos de oro, esturiones o, sencillamente, dinero en efectivo). «Esta tarde ha venido el capitán Grove para arrendar naves para Tánger —escribe en su diario—, le he hecho saber que desearía poder sacar de ello alguna ganancia lícita. Él me lo ha prometido, me dirá todo con lo que se queda y yo obtendré una parte...». En este fragmento, que lleva la fecha de 3 de abril de 1663, queda claro cómo el sistema de «arancel ambiental» estaba difundido y aceptado de tal modo que pareciese completamente legítimo: Pepys actúa según la línea maestra indicada por su protector, el almirante lord Sandwich, y desafía la acusación de haberse embolsado realmente algo indebido por sus servicios. El juicio público a Pepys se resolvió a su favor, ya que los hechos recogidos en su diario, aunque se hubiesen hecho públicos, no hubieran nunca sido confirmados por los interesados; y además Pepys tenía amigos poderosos y contaba con la defensa del rey Carlos II, quien de hecho actuó de manera que el caso se resolviera con una absolución. Una absolución acompañada probablemente por la convicción del propio Pepys acerca de lo justo de la misma, ya que consideraba el cohecho como una comisión lícita, un simple porcentaje sobre el negocio conseguido.

El hombre, escribía Jonathan Swift, es como un palo de escoba: «Con todos sus errores [...] hurga en todos los rincones sucios de la naturaleza, sacando a la luz la corrupción escondida y levantando mucho polvo donde antes no lo había; va participando profundamente de todas las porquerías que pretende barrer». Una metáfora que ilumina el feroz gusto por la paradoja del inmoral autor de *Una modesta proposición*, pero que desvela sobre todo el feroz

realismo cuando en el fondo admite que, igual que los pecadores, los hombres testarudos que hurgan en el polvo no podrán (o no deberán) faltar nunca, a riesgo de romper el propio palo de escoba contra un muro de inmundicia, o de descubrirse salpicados, antes o después, por la porquería ajena o incluso por la propia. Y no puede decirse que el irlandés Swift no conociese la realidad de la que hablaba, ya que fue una figura de primer plano en la vida política y literaria británica, y militó no sólo en el partido de los *tories* (conservadores) sino también en el de los *whigs* (liberales).

Su contemporáneo, el autor de *Robinson Crusoe*, Daniel Defoe, fundador de *The Review* (periódico que escribía prácticamente él solo ocupándose de casi todos los temas y viviendo más o menos encubiertamente de los subsidios de los *tories*), figuró en el libro de pagos de variados partidos políticos, sin preocuparse mucho, a lo largo de su aventurada vida, de mantener alto el pabellón de su propia conciencia. En el *Perfecto mercader inglés* escribía, no obstante, que para quien haya ganado veinte mil esterlinas sería justo que se retirase de los negocios: «¿Qué otra razón si no es la de la codicia podría inducir a ese hombre a incurrir en nuevas aventuras?». «En Inglaterra, la riqueza, no importa cómo se haya conseguido, hace Pares a los obreros y gentilhombres a los bribones».

Una imagen realista y eficaz de la corrupción en la sociedad inglesa del siglo XVIII se puede obtener de los espléndidos grabados realizados por un padre de la caricatura como William Hogarth, entre otros los de las escenas de una campaña electoral en Guzzletown («la ciudad de las juergas») inspiradas en el episodio real de la inesperada victoria *whig* de 1754 en un feudo de Oxfordshire de tradicional predominio *tory*. La sátira de la aristocracia y de los gobernantes no carece de ejemplos; uno de ellos es la *Ópera del mendigo*, de John Gay, que tiene en su punto de mira a los poderosos que se revisten de buenos principios, y como protagonistas a ladrones, receptadores, mujeres de mala vida,

abogados y policías conchabados para sacar un dinero allí donde sea posible. Un drama que posteriormente también se hizo célebre gracias a la libre adaptación que hizo Brecht de la obra con su *Ópera de los tres centavos*, en la cual el autor alemán conservó los nombres de los personajes originales (el bandido Macheath, el jefe de los mendigos Jonathan Jeremías Peachum, la hija de Peachum, Polly) aunque trasladó la acción al Londres de principios del siglo xx, en un universo igualmente abundantes en miserables, malhechores y prostitutas, donde el usurero Peachum trata de entregar al verdugo, sin éxito, a su desagradable yerno Mackie Navaja, entre golpes de efecto, traiciones y fugas.

Pero la figura originaria que inspiró tanto a Gay y a Brecht como a Henry Fielding y a Daniel Defoe fue la auténtica y extraordinaria de Jonathan Wild, probablemente el malhechor inglés más conocido del siglo xviii. De hecho, durante muchos años consiguió, mientras capitaneaba tranquilamente a su banda de ladrones en golpes increíbles, manipular a la prensa y llevarse bien con la policía, a la que pasaba con regularidad los nombres de delincuentes menores o de adversarios, garantizándose así por largo tiempo su propia impunidad.

El diputado y ministro de la Guerra *whig* Robert Walpole fue acusado de corrupción y expulsado del Parlamento en 1712. Pronto volvió, bajo Jorge I, a ser ministro del Tesoro y luego de Finanzas y de la Cancillería (encarnando por primera vez el cargo de *premier*). Tuvo entre sus más fieros adversarios a William Pitt el Viejo, a su vez primer ministro, que le acusó de haberse desinteresado, por incompetencia, de los asuntos de la nación para cultivar sus intereses privados, y que contribuyó con sus arengas a la caída del Gobierno de Walpole. «Ningún diputado escapa a la venalidad más siniestra», le dijo un día a Walpole un amigo. «¿Y me lo dices a mí —le respondió— que tengo el monopolio de la tarifa? Te diré más, en mi bodega guardo una droga prodigiosa que siempre me ayuda a sedar el efervescente espíritu de la oposición [...], la esterlina».

Un acérrimo opositor de la política de Walpole fue también lord Bolingbroke, exponente del partido *tory* y ministro de la Guerra y de Exteriores. Como hombre político no carecía de cierto realismo, como demuestra al escribir que «el gran error de todos es el de ver a los hombres como seres virtuosos. O pensar que puedan volverse tales por las leyes».

En los veinte años de su «reinado», Walpole se enriqueció inmensamente precisamente gracias a su política un tanto pragmática de gran equilibrista entre el exterior y el interior. Hasta el punto de que muy probablemente podamos reconocerle en las páginas de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, en el personaje de Flimnap, el gran tesorero del imperio de Lilliput, donde los grandes cargos se atribuyen en razón de la capacidad de los cortesanos de bailar sobre una cuerda bastante fina. Y Flimnap, naturalmente, «siempre sabía hacer una cabriola más que los otros sobre la cuerda». Es cierto que se cayó, pero para aterrizar suavemente sobre el almohadón del rey.

Un inquisidor integérrimo de la inmoralidad en el poder fue también (y por excelencia) Edmund Burke, historiador del conservadurismo y ardiente polemista de la época. Una de sus víctimas fue el célebre Warren Hastings, gobernador de la East India Company, que en la segunda mitad del siglo fue acusado de malversación y corrupción y que en 1785 retornó a Inglaterra para ser procesado públicamente. Hastings no tuvo dificultad en admitir la percepción de conspicuos cohechos, pero explicó cándidamente que aquel dinero había sido utilizado fundamentalmente en beneficio de la compañía. El proceso duró muchos años y concluyó con la absolución por parte de la Cámara de los Lores, por no decir que con la glorificación del propio imputado. Además, como consecuencia del fracaso de la acusación, el «censor» Burke fue considerado por una parte de la opinión pública como un hombre enfermo, roído por el clavo de la persecución. Así, desencantado por la experiencia procesal, él mismo acabó por pensar que la única solución era la de confiar, tanto él mismo como Hastings, en la justicia divina, la única

destinada a durar «después de que este globo sea reducido a cenizas», cuando «el Gran Juez vendrá a preguntarnos si nuestra vida ha estado bien empleada». Al final, acabó por sostener el propio Burke, deberemos «rebajarnos al nivel de la cándida inocencia de la infancia para creer que todos los hombres son virtuosos [...], puesto que la edad de la caballería ya ha pasado, habiéndola sucedido la de los sofistas, los economistas y los calculadores». Reflexiones no muy distintas de las del escocés David Hume, vagamente irónicas, para quien «hay una cierta dosis de generosidad, por pequeña que sea, infusa en nuestro pecho, una tenue luz de amistad por la especie humana, una partícula de paloma mezclada en nosotros con elementos del lobo y de la serpiente». Puesto que, siempre según el filósofo escocés, «la pasión por el dinero es una pasión universal que actúa en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las personas».

Otro ilustre escocés, Adam Smith, que en *La riqueza de las naciones* sostiene que los sujetos económicos que actúan en el mercado operan siempre en su propio interés, proponía, no sin ironía, esta desapasionada definición de los gobernantes: «Es vulgarmente llamado estadista o político aquel indigno y astuto animal cuyas decisiones están condicionadas por circunstancias momentáneas o por intereses personales».

Y es precisamente en el periodo en el que escriben Hume y Smith, en torno a la mitad del siglo XVIII, cuando empieza a afirmarse en Inglaterra y a difundirse en los mayores países de Europa el fenómeno de la Revolución industrial, que desplaza progresivamente el centro de la producción de la tierra a las fábricas, acelerando como consecuencia todos los procesos que conducen a la circulación del dinero. Toda forma de transacción pasa ya, incluido el campo, necesaria y definitivamente por la moneda: el campesino se convierte en mercancía y en fuerza de trabajo, y se impone definitivamente la ética del beneficio. La revolución económica conducirá así al enriquecimiento de un número limitado de personas, mientras que desde el punto de vista de la corrupción

de la clase política, dirigente y emprendedora, se asiste en este periodo a un salto de calidad del fenómeno por el simple hecho de que las ocasiones de lucro fueron mayores y que bastantes de ellas se convirtieron en costumbres y estrategias para hacerlas fructificar.

A caballo entre los siglos XVIII y XIX, el clima político posterior a la caída del Imperio napoleónico y la Restauración sancionada por el Congreso de Viena de 1815 está bien recogido en los textos de conservadores como Bonald y De Maistre. «Una fuerza al mismo tiempo oculta y palpable —escribía este último— ha elegido a un cierto número de animales, encargándoles de devorar a los otros: así que existen aves de presa, insectos de presa, reptiles de presa, peces de presa y cuadrúpedos de presa. No hay un solo instante en el que un ser vivo no sea devorado por otro».

Son años que reviven eficazmente en las páginas de un libro como *De la vida de un holgazán*, escrito en 1826 por Joseph von Eichendorff, cuando acababa de perder el antiguo castillo de su familia. El protagonista, después de haber afrontado un vagabundeo y variadas aventuras al límite de la fábula, es devuelto a la realidad política y social de la Europa de la Restauración, que por otra parte sitúa al propio Eichendorff frente al definitivo declive del feudalismo, al asentamiento de la industrialización y al ascenso de una nueva y rica clase burguesa. Y con la burguesía nacía la «nueva» moral burguesa, la cual más que recurrir a la religión y a la Biblia parece nacer del núcleo mismo del individuo, en el momento en que se enfrenta al nuevo sistema de valores sociales. Aparentemente indiferente a las pequeñas necesidades de la vida, la moral burguesa parece defender la individualidad en cuanto tal, la posibilidad de conquistar una posición social gratificante por razones que van más allá de la esfera puramente económica.

Nancy Armstrong, en *How Novels Think*, cita a personajes defensores de un individualismo no reconocido y en cierto modo «desadaptados» (respecto a la escena social en la que se mueven) que van del Robinson Crusoe de Defoe al Dorian Gray de Oscar Wilde, de la Jane Eyre de Charlotte Brönte al Stephen Dedalus de

James Joyce. En particular, *Robinson Crusoe* pone en escena el modelo del contrato social tal y como lo teorizó Locke, dirigido a limitar la individualidad de cada uno pero defendiéndola al mismo tiempo de los excesos de los otros.

La moral cristiana es progresivamente sustituida por la de la razón, como sucede con otros personajes de Defoe, como Moll Flanders y Lady Roxana, que aprenden a controlar su trabajo comerciando con el deseo sexual y adquiriendo así un resarcimiento que habría de proporcionarles mayor autonomía y consciencia. Pero en los casos de las dos heroínas no se da una definición tan nítida, porque si bien la corrupción de la vieja sociedad aumenta paralelamente el ascenso social de las protagonistas de Defoe, sobre todo Roxana, que de ramera se convierte en madre disoluta, al final acaba por parecerse a las mismas personas que la han corrompido.

Con el siglo XVIII irrumpen en la escena literaria francesa e inglesa nuevas ideas y nuevos protagonistas, para quienes los propios efectos de la revolución industrial asumen un papel decisivo. «No más pícaros andrajosos inmersos en peripecias de supervivencia, ni tampoco príncipes dispuestos a conquistar nuevos reinos, sino burgueses movidos por la ambición, jóvenes que parten de lo más bajo sólo para ascender a las más altas cimas de las jerarquías sociales». Es el caso de John Willoughby, personaje creado por la pluma de Jane Austen, joven libertino cuya ligereza le perjudica a él y a los otros. Corteja a una mujer joven y perteneciente a su misma clase, pero desaparece repentinamente para casarse con una mujer rica con el único fin de restablecer su fortuna. Un modelo novelesco que se convertirá en tradicional, y en el que la propia autora parece encontrar justificaciones en las convenciones sociales de su tiempo. Desde este punto de vista, el carácter de Willoughby es interesante porque se anticipa al héroe romántico, egoísta pero atractivo, que no renuncia a ser un gentilhombre aun protagonizando acciones contrarias a la moral común. Otro afortunado personaje literario es el huérfano Tom Jones, protagonista de la novela homónima de Henry Fielding: la

historia es la del hijo adoptivo del rico filántropo Mr. Allworthy, un modelo de virtudes, que educa a Tom junto a su sobrino y legítimo heredero, figura opuesta, egoísta e hipócrita por interés. Tom, calumniado por el hermanastro, es expulsado y se entrega al vagabundeo pero finalmente será reconocido como heredero del tío al casarse con su amada Sofía (y la moral del autor parece sugerir que «la grandeza consiste en llevar a la humanidad todo tipo de mal y la bondad consiste en alejarla»). Es también el caso de la *Historia de Pendennis*, de William Makepeace Thackeray, que dibuja un protagonista débil, egoísta y falso, no muy distinto en la grisura de su mediocridad de la heroína de la *Feria de las vanidades* (del mismo autor): «Los malvados indudablemente son malvados y se extravían [...], pero ¿quién puede explicar el mal cometido por los muy virtuosos?».

«La corrupción —había presagiado Alexander Pope—, al final, como un diluvio universal, / lo arrasará todo y la rastrera codicia / (largamente frenada por los prudentes ministros) / se difundirá, como niebla por la tierra, y oscurecerá el sol. / El estadista y el patriota trafican con las acciones, / la mujer del lord comparte el palco del teatro con el carnicero, / el juez trabajará y el obispo engañará a su ciudad, / y los poderosos duques jugarán a las cartas por media corona: / he aquí a Britannia que se hunde en el sórdido embrujo del lucro».

7. DE LA RESTAURACIÓN A LA DECADENCIA

«La mosquita sigue girando obstinadamente en torno a la lámpara hasta que se quema las alas. El hombre observa y dice: ¡Qué ceguera! Y, sin embargo, la humanidad, con los ojos bien abiertos ante los males que ocasiona, sigue cayendo en ellos.»

GIUSEPPE RENZI

Se dice que el duque de Wellington no hubiera podido pagar a su ejército en la batalla de Waterloo sin la ayuda, por no decir sin la cartera, de los Rothschild. Después de esta victoria, el banco alemán de Nathan (nacido bajo las alas protectoras de un águila rodeada por un escudo rojo que el fundador de la dinastía había colocado sobre su propia tienda de orfebrería) obtuvo el contrato para el pago de tributos a los aliados europeos. El mismo Cavour preparó la segunda guerra de la independencia italiana obteniendo de la Casa Rothschild los fondos para combatir a Austria con la excusa de utilizarlos para construir el ferrocarril del Ceniso. Y, por otra parte, hasta 1880, la casa Rothschild subvencionó la construcción de buena parte de los ferrocarriles de Europa.

En el siglo XIX el dinero está, quizá más que antes, en el centro de las ciencias económicas y de la política de Estados y gobernantes. El principio de cualquier actuación económica es la falta de escrúpulos, escribe Werner Sombart, autor de *Der Moderne Capitalismus* [El capitalismo moderno], y el dinero hace mucho más fácil la corrupción porque deja rastros cada vez más lábiles. «En el dinero —anota— los burgueses vislumbran el verdadero, incluso el único, factor de poder, porque no conocen otro poder fuera del de la riqueza». En la esencia del dinero, escribe Georg Simmel en la *Filosofía del dinero*, «se percibe algo de la esencia de la prostitución. La indiferencia con que se presta a cualquier utilización [...]. La

objetividad que excluye cualquier relación de afecto y lo hace adecuado para ser un puro medio, todo ello determina una analogía fundamental con la prostitución».

En 1918, en la víspera del derrumbe de la Alemania imperial, cuando era aún un desconocido, Oswald Spengler publica el primer volumen de *La decadencia de Occidente*, en cuyas apocalípticas páginas profetiza el fin de la civilización europea. Su éxito es inmediato, y las polémicas, furibundas. Los «trazos de una morfología de la historia mundial» indicados por el filósofo idealista alemán confieren un rostro literario a la crisis de la civilización burguesa, que coincide con la última parte del ciclo de cuatro estaciones de toda civilización y de la vida misma del hombre: infancia, juventud, virilidad y vejez; es el fresco de una civilización en declive que tendrá su más elaborada representación artística en *El hombre sin atributos*, de Robert Musil. «Al Estado» escribió, en *Leben und Meinungen des Herrn Andreas von Balthesser* [Vida y opiniones del señor Andreas von Balthesser], Richard von Schaukal —que fue funcionario ministerial en Viena y uno de los exponentes del Jugendstil (nombre alemán del Modernismo)—, «sólo puede garantizarle auténtica libertad un gran hombre de gobierno aristocrático que sepa desenmascarar la mentira de la falsa libertad, el dogmatismo idiotizante del más fácil liberalismo [...]. No el político profesional, el hombre de las comisiones, de las investigaciones, de los debates y los banquetes: un engranaje que arrastra sin pausa a una aguja alrededor de un cuadrante carente de horas. ¡Qué lejos estamos de aquella palabra poderosa: la política es destino!». Para otro escritor austriaco, Joseph Roth, el fin del imperio austrohúngaro y el de la «vieja» Europa en general coincide de algún modo con la de los Trotta en *La marcha Radetzky*: el conde Chojnicki «era diputado en la Cámara desde hacía muchos años, regularmente reelegido por su circunscripción, donde siempre conseguía derrotar a los candidatos adversarios a fuerza de corrupción, de violencia y de cacicadas, a pesar de ser un favorito del régimen y de despreciar a la institución parlamentaria». Otra célebre familia de la literatura es

la de los Buddenbrook, una dinastía industrial cuya ineluctable línea descendente es diseñada por Thomas Mann: «El pesado marco de nogal esculpido contenía los retratos de cuatro titulares de la firma Johann Buddenbrook [...]. Una espiga de trigo estilizada y dorada se insinuaba entre los retratos [...]. Sobre el cuadro se leía la máxima: “Oh, hijo, pon todo el ánimo en tus negocios de día, pero concluye sólo aquellos que te permitan estar tranquilo de noche”».

En el periodo del positivismo social, el filósofo francés Auguste Comte admitía que «los individuos consideran ya verdaderamente sólidas y eficaces las operaciones determinadas por el interés privado». En un *Appel aux hommes gens* [Llamamiento a la gente honrada] publicado después de la revolución de 1848 que había abatido el régimen de Luis Felipe y había vivido una de las primeras expresiones de los nuevos ideales socialistas, el francés Louis Blanc describe la sociedad en su sistema corrupto precedente a aquella fecha y lo compara con las tendencias humanitarias y colectivistas del socialismo como remedio a los males del individualismo. Sobre los mismos acontecimientos del 48 se «ejercitó» en particular Karl Marx: «Así como Cristo media entre Dios y los hombres, así media el dinero entre un hombre y otro —escribía—. La voracidad por el dinero, el anhelo de riqueza llevan necesariamente consigo el declive y el fin de las antiguas comunidades, de las que son la antítesis». Y ciertamente el propio Marx, junto a Engels, como ya se ha dicho y escrito tantas veces, propone en la primera parte del *Manifiesto del partido comunista* una de las más brillantes apologías de la clase burguesa, aunque preconizando la superación de la misma, que la evolución de la historia hace «necesaria».

En los mismos años, junto a la crítica socialista y a la utopía de Saint-Simon, autor del *Catecismo político de los industriales*, y de Robert Owen, fundador de la comunidad New Harmony, se afirma en el mundo anglosajón la filosofía utilitarista, primero de Jeremy Bentham y luego de John Stuart Mill. Entre ambos compendian de modo paradigmático la búsqueda del bienestar por los hombres:

toda ilusión deontológica es sustancialmente rechazada. La acción moralmente recta es la que conduce a las mejores consecuencias: la justificación moral de una acción depende exclusivamente de su utilidad, es decir del valor de las consecuencias relacionadas con ella. Por lo tanto el placer es intrínsecamente bueno, mientras que el dolor es intrínsecamente malo. La única obligación moral parecería la de maximizar el placer y minimizar el sufrimiento. Claro que el placer y la bondad también están en el amor, en el conocimiento, en la experiencia estética, en la igualdad, y no sólo en la satisfacción hedonista de los sentidos. El utilitarismo, en cualquier caso, es un principio de justificación moral de la actuación tanto individual como política. De tal manera que la acción política es moralmente buena si garantiza la maximización de la utilidad (ya sea en términos de felicidad individual como de satisfacción colectiva), y la corrupción debería estar justificada según el mismo principio.

En plena era positivista en Francia e Inglaterra, figuras como los ya citados Saint-Simon y Owen, o como Charles Fourier, sostenedor de la realización de la equitativa distribución de la riqueza en el ámbito de los falansterios, teorizan y experimentan el socialismo utopista, mientras en Italia se difunde la utopía anarquista de figuras como Errico Malatesta o Mijaíl Bakunin quienes, frente a la corrupción de la sociedad contemporánea y la «ficción» de la democracia representativa, pretenden una sociedad libre de todo predominio autoritario, una sociedad en la que el hombre pueda afirmarse exclusivamente en virtud de su propio arbitrio. *El único y su propiedad* es el título del célebre libro del filósofo alemán y teórico de la anarquía Max Stirner, mientras Pierre-Joseph Proudhon se pregunta *¿Qué es la propiedad?*: es 1840 y se empieza a utilizar el término *anarquía* con un significado positivo. La revolución de los anárquicos nace de una «revuelta moral contra las injusticias»; para sus sostenedores no existe justificación moral de ningún tipo para imponer la propia voluntad o la del Estado y doblegar la de los demás.

«Las instituciones son más corruptas y podridas que los individuos porque tienen más poder para hacer el mal y están expuestas al deshonor y al castigo», señalaba el escritor William Hazlitt. En el fondo, una idea de la política no muy distinta de la que cultivaron muchos estadistas ingleses: «No hay acto de engaño o de insensatez de los que no sea capaz un partido; dado que en la política no hay honor», observó Benjamin Disraeli, conde de Beaconsfield. Y la posición de este último asume un relieve nada indiferente considerando el papel que desempeñó incluso fuera de la política doméstica británica. Si el siglo XIX es de hecho el siglo en el que el imperialismo logra su máxima expresión, sin duda Disraeli se encuentra entre sus mayores teóricos (antes de las sucesivas y numerosas interpretaciones en clave económica de John Hobson, Joseph Schumpeter o Lenin, que en 1916, en plena Gran Guerra, publica *El imperialismo, fase extrema del capitalismo*). Como diputado conservador, como canciller del Exchequer (ministro de Hacienda) y finalmente como jefe del Gobierno de 1874 a 1880, Disraeli sostuvo el expansionismo británico que llevó a la proclamación del Imperio de las Indias en 1876 (y de la reina Victoria como emperatriz).

El escritor Multatuli, en ese clásico de la literatura holandesa que es *Max Havelaar*, denunció, como otros autores y testigos de su tiempo, la violencia del colonialismo de las potencias europeas y, en particular, de la holandesa en Oriente. «No hay individuo —escribía Multatuli— que no pasaría por criminal si se le permitiera lo que se permite al Estado». Y es en la segunda mitad del siglo XIX cuando alcanzan su punto culminante el colonialismo occidental, la expansión territorial y la intensa explotación económica de países de América, de Asia y de África. Un colonialismo motivado tanto por exigencias comerciales como militares, y acompañado por teorías raciales y religiosas que sostenían la superioridad civil del Viejo Continente respecto a las culturas de los pueblos colonizados y, en consecuencia, a «la obligación moral» de gobernar y cristianizar a

las poblaciones consideradas inciviles. Es un auténtico reparto del «resto del mundo» por parte de las potencias europeas, sancionado oficialmente en el Congreso de Berlín de 1884-1885.

Las consecuencias del colonialismo serán de un alcance enorme: desde el punto de vista político, con la tentativa de la imposición de modelos políticos occidentales; desde el económico, principalmente a causa de la difusión y la redistribución de los cultivos agrícolas en el mundo; y, más en general, desde el punto de vista cultural y demográfico, con la corrupción de las costumbres, de los usos y de las estructuras sociales indígenas. Un ejemplo bastante significativo fue el de la radical explotación de los recursos minerales y humanos en la colonia del Congo belga bajo Leopoldo II. O el de Cecil Rhodes, saqueador de buena parte del África ocupada por el Imperio británico, cuya siniestra máxima, no por casualidad, era: «Cada uno tiene su precio».

«Si nuestro representante diplomático en Chile no hubiera sido un inútil, hubiera comprado a todos los del servicio telegráfico», escribía en 1915 John Fischer, lord del mar, al entonces jefe del almirantazgo Winston Churchill cuando se localizó al crucero *Dresden* en las costas de Chile (por otra parte se atribuye al propio Churchill el dicho: «Corrupción en la patria y agresión fuera de ella para disimularla»). La práctica de comprar la aquiescencia de una persona o su silencio estaba lejos de ser condenada, incluso en las declaraciones públicas. Y esto fue así especialmente en el caso de las ramificaciones del Imperio británico y de las colonias europeas en buena parte del globo. En *Nostramo*, Conrad describe al personaje del director de una mina en el no excesivamente ficticio Estado de Costaguana en América Latina: «Charles Gould sabía lo que hacía, porque no tenía ilusiones. La concesión Gould debía luchar por su supervivencia con las armas que pudiera encontrar, siempre que fuera de prisa, incluso en el fango de la corrupción, que era tan universal que hasta casi había perdido su significado [...]. Yo

deposito mi fe en los intereses materiales [...]. Así es como aquí queda justificada la carrera por las ganancias frente a la ilegalidad y el desorden».

El «complejo del dinero», como se ha visto, está presente en gran parte de la literatura europea, de *El mercader de Venecia* de Shakespeare a *La maravillosa historia de Peter Schlemihl* de Von Chamisso hasta el ciclo de *La comedia humana* de Balzac. En su fundamental *Filosofía del dinero* Simmel confirma que la economía monetaria tiene el mérito de liberar a los individuos de las relaciones feudales y de la esclavitud de las tierras y de las cosas. El nacimiento de la sociedad capitalista parece capaz de ofrecer una cantidad ilimitada de bienes y servicios creando como consecuencia nuevas necesidades y alimentando al propio tiempo un mercado desprecio por el «dios dinero». «El empresario, el consumidor, el trabajador, cada uno a su manera, siguen la idéntica Magia que seduce a Fausto —ha escrito Geminello Alvi—, y le hace olvidarse de sí mismo en una *Streben* [aspiración] que nunca tiene fin y en la que todo se confunde con prepotencia. El capitalismo es este Fausto, seducido por una manipulación negativa de todo».

Si el siglo XIX es el siglo que da gran relevancia al dinero como medio de afirmación social, Vautrin, quizá una de las creaciones con más fuerza de Balzac, parece sintetizar de algún modo el espíritu del tiempo. El antiguo forzado que se convierte en jefe de la policía secreta (para el que Balzac se inspiró en el personaje real Eugène-François Vidocq, que inspirará también a Victor Hugo) tiene en sí una cierta grandeza y representa un pensamiento constante de su autor (y no es casualidad que presente características similares a las del protagonista de *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas): el poder es necesario porque es el último recurso frente a una moralidad asechada por la decadencia y la corrupción. Balzac parece ver en él y en Rastignac las únicas expresiones positivas y, en cierto

modo, triunfantes de la sociedad que representa y en la que vive un triunfo, sin embargo, personal, ambiguo, sufrido y provisional, nunca definitivo.

«Cuando se trata de elecciones, ¿pueden darse los sentimientos?», se preguntaba también Balzac. Naturalmente, no. Y así lo pensaba también su contemporáneo Hugo: «¿Quién ha votado a Napoleón III?», se preguntaba el novelista francés. «El señor Bonaparte tuvo por la suya a la muchedumbre de funcionarios, el millón doscientos mil parásitos del presupuesto estatal y a sus dependientes y vecinos, los corruptos, los compromisos, los pillos; y en su estela los cretinos, una masa considerable. Contó con los cardenales, los obispos, los canónigos, los párrocos, los vicarios, los archidiaconos, diáconos y subdiáconos, los prebendados, los fabriqueros, los sacristanes, los porteros de las iglesias y, como suele decirse, los religiosos. Sí, no tenemos dificultad alguna en convenirlo, el señor Bonaparte tuvo de la suya a todos los obispos y a todas las personas religiosas que rezan de esta manera: ¡Dios mío, haz que suban las acciones de Lyon! ¡Dulce señor Jesús, hazme ganar el veinticinco por ciento de mi Nápoles-Certificado-Rothschild! ¡Santos apóstoles, vendedme el vino! ¡Beatos mártires, duplicad mis alquileres!».

En la época de la Tercera República, el general francés Georges Boulanger se hizo célebre, siendo ministro de la Guerra, por denunciar el sórdido mercado de las condecoraciones. Pronto fue el hombre más popular del país, entró en política y fundó un movimiento. Pero su aventura política resultó meteórica y terminó tan rápidamente como la había comenzado: el general fue acusado de haber urdido un golpe de Estado y murió, suicidándose, en el exilio. Siempre en la Francia de la segunda mitad del siglo, se hizo preocupante el creciente endeudamiento del Estado, comprometido en arriesgadas empresas de política exterior y en una gestión de las finanzas públicas que dejaba tan amplio espacio al arbitrio personal y a la corrupción que el propio Napoleón III fue inducido a transferir algunos de sus poderes personales al Parlamento. Más tarde, en

1889, estallaría en una atmósfera no muy distinta el escándalo del canal de Panamá. Ferdinand-Marie de Lesseps, que había sido uno de los artífices del Canal de Suez, se empeñó en una gigantesca campaña promocional para lanzar y financiar su nueva empresa: se ha escrito que llegó a distribuir más de cuatro millones de francos de la época entre la prensa y los políticos para que se aprobaran leyes favorables al proyecto.

Cuando la compañía se declaró en quiebra, miles de pequeños ahorradores lo perdieron todo, pero los grandes responsables, que gozaban de fuertes apoyos políticos, no llegaron a ser perseguidos y el escándalo concluyó en 1893 con el archivo del caso, provocando con ello una fuerte oleada de indignación de la opinión pública.

En la literatura más difundida de esa época el periodista a sueldo fue una de las máscaras habituales de la corrupción (y lo será a partir de entonces tanto en la ficción literaria como en la cinematográfica): piénsese en la excepcional figura del *Bel-Ami* de Guy de Maupassant (una novela definida por Henry James como «la historia de un canalla escrita por un canalla») que, gracias al encanto que ejercía sobre las mujeres, que lo adoraban, sube todos los peldaños de la escala social, pasando del periodismo a la política y a las finanzas.

«Entonces —se lee en la novela *El dinero* de Émile Zola—, Madame Caroline tuvo una iluminación repentina: comprendió que el dinero era el abono con el que crecía la humanidad del futuro [...]. Si allá su hermano era feliz, si cantaba victoria entre las obras que se organizaban, entre las construcciones que surgían del suelo, era porque en París el dinero corría a ríos y corrompía todo, en la fiebre del juego y de la especulación. El dinero que envenena y que destruye es el fermento de toda vegetación social, es el abono necesario para las grandes obras, cuya ejecución aproxima a los pueblos y pacifica la tierra. Había maldecido el dinero, ahora se postraba ante él con una admiración aterrorizada». El protagonista de la novela de Zola es un estafador de primera magnitud, que llega a París decidido a resarcirse de las desaventuras padecidas en el

pasado: conquista rápidamente la Bolsa fundando nada menos que una Bolsa universal y seduce a hombres y mujeres gracias a las promesas de expandir sus negocios por Occidente y Oriente. Y precisamente Caroline es uno de los personajes que cederá al encanto del estafador hasta la inevitable bancarrota que arrollará a Saccard al final de la historia.

Otro personaje célebre es el de *El Nabab*, de Alphonse Daudet, ambientado en el París de la segunda mitad del siglo XIX, donde un charlatán médico irlandés se ve rodeado por una auténtica corte de los milagros, aventureros sin fortuna, pobres empleados, banqueros o ricos negociantes como Jasoulet, que, gracias a especulaciones y negocios de toda laya, se ha hecho millonario en Túnez. Una artificiosa red de intereses que acabará por derrumbarse: su elección a diputado se convierte en humo, y lo mismo gran parte de sus riquezas y su mismo matrimonio. Un relato que tiene las características de un enésimo fresco de la época y de una requisitoria contra la degeneración moral y política del Segundo Imperio.

La fortuna de los Rougon, publicado en 1871, es el primer libro del ciclo homónimo ideado por Zola con el intento de ilustrar la historia francesa de la época a través de las vicisitudes de una familia. En el centro del relato, en una provincia caracterizada por la caza del poder y por la codicia de éxito y de riqueza, brota el odio entre dos ramas familiares, los Rougon, legítimos, y las Macquart, bastardos y ávidos de dinero, que se agudiza con el estallido de la revolución de 1848. Una novela que, a través de los acontecimientos que conducen al nacimiento del Segundo Imperio, revela la intención del autor de poner el acento en el paso incluso violento de la riqueza agrícola a la pequeña y a la gran burguesía de los «negocios». Por otra parte *Los negocios son los negocios*, como reza el título de una *pièce* de Octave Mirbeau. Con toda su codicia, el protagonista es la típica figura del intrigante que descuida los afectos por sus inmediatos intereses: Isidore Lechat, al igual que el célebre Scrooge dickensiano, pese a haber acumulado una fortuna considerable,

insiste en sus manejos de ambiguo comerciante, y, tras llegar a director de periódico, siente la ambición de ser elegido diputado, sin detener su codicia ni siquiera ante la muerte de su hijo.

En la Viena de comienzos del siglo xx, Karl Kraus fue un perseguidor implacable de la corrupción desbordante (hasta el punto de conseguir alejar de la capital austriaca al tristemente célebre intrigante Bekessy), pero tenía una concepción de la moralidad, digamos, «ilustrada»: «Quien tenga el valor —escribió el autor de *Los últimos días de la humanidad*— de frotarse bien los ojos por una vez y ver de qué modo ha llegado a este mundo la inmoralidad, quedará deslumbrado al descubrir que el mal lo ha causado toda la moral de este mundo».

También en el mundo británico muchos autores muestran una vocación parecida por la denuncia social en un periodo de difícil transformación y caracterizado por la gran pobreza que la industrialización había provocado en las clases más débiles. Anthony Trollope, hijo de un abogado, asistió a la ruina de su familia antes de encontrar un empleo en correos y una cierta fortuna en su fertilísima redacción de novelas. La sociedad victoriana y sus vicios son los protagonistas de sus numerosos relatos, desde *El custodio* a *Phineas Finn*. Esta última pone en escena a un joven ambicioso que llega a ser parlamentario conquistando fácilmente los favores de su colegio electoral, en el que «los residentes estaban tan alejados del mundo y tan desinformados del bien de Dios que ofrece el mundo, que nada sabían de la corrupción». Sin embargo, cuando el propio Trollope optó a un escaño en el Parlamento fue superado por su adversario conservador capaz de satisfacer a un colegio donde «las clases trabajadoras juzgaban la prerrogativa del voto sólo como un medio para obtener dinero». Una experiencia relatada en *El primer ministro* y en *Los hijos del duque*, donde en el imaginario colegio de Silverbridge los candidatos están obligados a pagar 500 esterlinas a los procuradores locales y los votos de los ciudadanos se pueden comprar por quien más ofrezca.

Pero el verdadero y primer enemigo de Trollope era probablemente otro, más antiguo: «El primer mal —escribía— es la posesión por parte de la Iglesia de ciertos fondos guardados para propósitos de caridad [...] destinados a convertirse en ingresos para algunos dignatarios eclesiásticos». El escritor Thomas Love Peacock, que en su condición de súbdito de las posesiones de la corona británica tuvo ocasión de servir personalmente a su soberano como secretario de la Compañía de las Indias, en su sátira *Crotchet Castle* [El castillo de Crotchet] describe con maestría a hombres de ciencia y de Iglesia, cartógrafos, damas arribistas y otros personajes más o menos probables, dispuestos a discutir sobre el porvenir y el progreso del mundo y los máximos sistemas sociales, económicos y políticos del universo, bien conscientes del hecho de que lo importante es que dentro del castillo todo permanezca como está. Que se pueda seguir disfrutando de la generosidad del enriquecido anfitrión y atiborrarse de salmón y capones mientras el progreso avanza a mucha distancia del privilegio de unos pocos.

El ocaso de la sociedad victoriana será ampliamente satirizado por George Bernard Shaw, pero lo encontramos también en *La musa trágica* de Henry James, donde el personaje de Nick Dormer elige hacerse diputado a pesar de su pasión por la pintura. La familia le apremia, ya que debe resolver problemas «burgueses» tradicionales, como el matrimonio y el mantenimiento de sus hijas; ¿cómo pensar que Nick pueda rechazar la propuesta de un «arreglo» con Julia Dallows, rica y bella viuda, y la de un colegio electoral seguro en Inglaterra?

Viene a la memoria el largo ciclo de la *Saga de los Forsyte*, de John Galsworthy, un clásico retrato de las costumbres de la sociedad inglesa a través de la historia de una familia de la alta burguesía que comienza en la época victoriana. La primera novela, *El propietario*, tiene entre sus protagonistas al fundador de la prosperidad de la familia en tiempos de la gran expansión comercial inglesa: pero es sobre todo el hijo el verdadero representante de la mentalidad de Forsyte: el propietario dispuesto a cualquier compromiso con tal de

incrementar la fortuna de la familia. «Si va al paraíso no se quedará mucho tiempo», escribió Herbert George Wells a propósito del negociante Max Beaverbrock. «Le echarán fuera porque habrá intentado hacer una fusión entre cielo e infierno [...], después de haberse asegurado el control de las más importantes sociedades asociadas a ambos lugares, naturalmente».

Thomas Carlyle, defensor de una historia de los héroes y de la presencia de un genio de la historia, admitía que hay épocas «en las que el pago en metálico es la única relación entre un hombre y otro». Y esta «dura ley» demostró ser válida en la búsqueda del consenso político, sobre el cual se puede leer una admirable sátira en los *Papeles póstumos del club Pickwick*, en el que los protagonistas de Charles Dickens se encuentran en la pequeña y risueña ciudad de Eatanswill en medio de una campaña electoral (un desafío ejemplar, sin exclusión de golpes, entre los «grises» y los «azules»): «Durante todo el tiempo que duró el escrutinio —escribe Dickens— una febril excitación se apoderó de la ciudad. Todo se hacía del modo más grandioso y agradable para todos. Las bebidas alcohólicas más tasadas se encontraban a precios bastante bajos en las tabernas; unas bien mullidas carrozas se exhibían por las calles, para comodidad de aquellos electores que se vieran afectados por un momentáneo mareo. Un pequeño grupo de electores se abstuvo de votar hasta el último día. Se trataba de personas moderadas y reflexivas, que no habían sido convencidas por las razones de una y otra parte, aunque hubiesen mantenido con ellas numerosas discusiones. Una hora antes de que se cerrara el escrutinio, Mr. Perker solicitó tener el honor de mantener una entrevista privada con estas personas nobles e inteligentes. Le fue concedida, sus argumentos fueron expeditivos, pero eficaces. Se dirigieron en masa hacia las urnas, y cuando salieron también el honorable Samuel Slumkey había salido victorioso de la lucha».

De la ficción a la realidad el paso es breve cuando en el Londres a caballo entre los siglos XIX y XX se encuentra una típica figura de corruptor y estafador como el político y financiero inglés Horatio

Bottomley, conocido por haber fundado el *Financial Times* y por haber elevado la estafa a la categoría de arte, sin por ello poder evitar acabar encarcelado por fraude en 1922. Fue descrito así en *The New Statesman*: «Poseía ese tipo de genio que más de una vez apartaba nuestra mirada de las víctimas, e incluso los moralistas habrían podido suspender en alguna ocasión su sentido moral para admirar aquella brillante demostración de descaro».

El poeta y pintor prerrafaelita William Morris escribirá en *Noticias de ninguna parte*: «Los partidos sólo fingían tener serias convergencias de opinión, porque si tales divergencias hubieran existido de verdad, cómo hubieran podido sus representantes ponerse de acuerdo [...], cómo hubieran podido comer juntos, traficar juntos, estafar a la gente juntos». Y, ante la transformación del Parlamento en mercado del estiércol, añadía: «Ciertamente, el estiércol no es la especie peor de corrupción; puede ser fuente de fertilidad, mientras que de aquel otro tipo de estiércol, que antes se alojaba en aquel palacio, tan sólo nos llegaba pobreza».

En definitiva, separar los vicios de las virtudes podría parecer un juego destinado a estrellarse contra una realidad bastante más compleja de lo que nos suele gustar diseñarla. Tomemos como ejemplo al presidente norteamericano Abraham Lincoln: fue un estadista ejemplar, pero convencido como muchos otros del hecho de que en política no se pueda excluir utilizar todos los medios necesarios para alcanzar un objetivo, ya que «el éxito es un deber». De hecho, cuando se trató de introducir la enmienda constitucional para la abolición de la esclavitud, que requería una mayoría de dos tercios del Congreso, el presidente no tuvo dudas: ya que faltaban dos votos para la aprobación de la enmienda, explicó a los suyos que aquellos votos debían conseguirse: «Os dejo a vosotros que decidáis cómo hacerlo, pero recordad que yo soy el presidente de Estados Unidos, investido de gran poder, y que cuento con que

obtendréis esos votos». La conclusión estaba descontada: la Constitución fue efectivamente reformada y la esclavitud definitivamente abolida.

En todos los países y en todos los tiempos «el abuso y la desobediencia a la ley no pueden ser impedidos por ninguna ley», escribía desalentado Giacomo Leopardi. Pero todavía más claramente «se ve por las cosas antedichas que Italia está, en orden a la moral, más desprovista de fundamentos que quizá ninguna otra nación europea y civil» (*Discurso sobre el estado presente de las costumbres de los italianos*).

Su país es el mismo que el de Ugo Foscolo, el cual admitía, más prosaicamente, que «mientras se viva en una sociedad en la que el dinero es el representante de todas las necesidades y comodidades de la vida, y es además el instrumento de la independencia individual, no se puede despreciarlo sin estar divinamente dispensados de toda necesidad o ser estólidamente negligentes con la propia independencia».

Las excepciones son pocas y, precisamente por eso, parecen confirmar la regla: el Carlino protagonista de las *Confesiones de un italiano*, de Nievo, a pesar de atravesar la historia del país en momentos borrascosos (desde las campañas napoleónicas a las revueltas del 48), parece querer desmentir el lugar común del italiano medio, siempre dispuesto al compromiso. El sobrino adoptivo del conde de Fratta invita a «defenderse contra la seducción de los falsos amigos, los engaños de los viles y las tropelías de los poderosos». O sea, lo opuesto al personaje de *Mastro Don Gesualdo*, protagonista de la segunda novela del ciclo de los «vencidos» de Giovanni Verga y perfecta encarnación del *parvenu*. Pasado de la condición de albañil dispuesto a la «revolución» a la de propietario terrateniente, decidido a salvaguardar sus intereses contra cualquier cambio social, Gesualdo Motta es un tacaño oportunista que al «asunto» ha sacrificado toda pasión, al beneficio todo afecto auténtico; condenándose así a un final árido y solitario.

«Ahora que Italia está hecha, debemos ocuparnos de nuestros asuntos», como afirmaba exento de dudas el duque de Oragua en *Los Virreyes* de De Roberto.

Es la Italia que se abre al Risorgimento, al proceso de unificación nacional, un país donde, como recuerda Angelo Panebianco, el mismo Cavour decía «que si hubiera realizado con fines de interés privado sólo una mínima parte de lo que había hecho para conseguir la unidad de Italia habría debido ser considerado como el peor de los malhechores».

En la misma época, el estadista alemán Otto von Bismarck ponía en práctica la que se llamó *Realpolitik*: una conducta política poco escrupulosa respecto a los fines y los medios para conseguirlos, de la que el propio Bismarck fue considerado (de manera quizá algo forzada) la encarnación viviente.

Pero la corrupción afecta tanto a la gran historia como a la menor y cotidiana. Es suficiente leer *Monsû Travet*, de Vittorio Bersezio, o la sátira *Los señores chupatintas*, del francés Georges Courteline: «Nuestras prácticas navegan como lágrimas desesperadas por el pantano irreal de la administración pública: sólo puede venir en nuestra ayuda la astucia, el conocimiento del mundo y una pronta lubricación de la maquinaria administrativa». Lo cual parece ser válido también a «niveles superiores». «Quizá le hayan dicho —se lee en *Los virreyes*, de De Roberto— que ahora una elección cuesta unos cuartos; pero recuerde lo que dice Mugnòs del virrey Lopes Ximenes, que debéis ofrecer treinta mil escudos para permanecer en el puesto».

Estamos a final del siglo cuando Felice Cavallotti compone estos versos: «En tiempos menos gratos, más feroces / los ladrones se colgaban de las cruces / En tiempos menos feroces y más gratos / se cuelgan las cruces en el pecho de los ladrones». De hecho, en 1895, el ministro del Reino Francesco Crispi fue acusado por el diputado Cavallotti de haber conseguido una compensación ilícita, por la atribución de una alta condecoración —el cordón de San

Mauricio y San Lázaro— para el intrigante Cornelio Hertz. Una imputación aparentemente perdonable que ocupó el centro de una áspera polémica parlamentaria y de una vehemente «Carta a los honrados de todos los partidos», que suscitó en la época un cierto alboroto. Con un expediente no muy distinto de los que se emplean hoy en día, Crispi trató de demostrar que las cincuenta mil libras embolsadas correspondían al pago de una parcela por prestaciones profesionales debidas desde hacía algún tiempo.

Francesco De Sanctis, que fue diputado del Reino de Italia y varias veces ministro de Instrucción Pública —y escribió un memorable *Viaggio elettorale* [Viaje electoral] a lo largo de la península, a modo de diario—, distinguía en su *Storia della letteratura italiana* [Historia de la literatura italiana] el fenómeno de la corruptela del de la corrupción: la primera, explica De Sanctis, aparece como una especie de «metapecado», de «metadelito», es decir «una disponibilidad genérica a la ineluctabilidad del engaño». La segunda, la forma más concreta y directa de corrupción, en cierto modo está ilustrada en 1881 por el líder de la derecha histórica italiana Marco Minghetti, que publicó un estudio titulado *Los partidos políticos y su injerencia en la justicia y la administración*, una auténtica denuncia *ante litteram* de la partitocracia y de sus tentáculos en la administración de la justicia, centrada sobre los males que producía ya entonces el llamado «Gobierno de notables liberales», tendiendo «a favorecer a los amigos y a oprimir a los adversarios».

Entre los muchos relatos que parecen anticipar los fraudes de hoy se encuentra *Il cappello del prete* [El sombrero del cura] de Emilio De Marchi, de 1888, y naturalmente, *Las aventuras de Pinocho* (1883), de Carlo Collodi, a cuyo protagonista, una vez enterradas sus cuatro monedas en el «campo de los milagros» por indicación del gato y de la zorra, se le hace la boca agua calculando cuántos miles de monedas encontrará colgadas de las ramas del árbol crecido donde había sembrado su dinero, «invertido» con gran confianza. «A ese pobre diablo le han robado cuatro monedas de

oro. Cogedlo y metedlo en la cárcel". El títere se quedó estupefacto y quería protestar, pero los gendarmes le taparon la boca y le condujeron al calabozo». La culpa del ahijado de Gepetto es evidente para todos: en el país de los gatos y de los zorros que hacen carrera ha cometido el error imperdonable de hacerse robar.

Giosue Carducci, a su vez, entregó a la posteridad algo que, leído hoy, podría ser un clásico relato de crónica política actual: «Después de tantas charlas crueles sobre la instrucción elemental, se acabó con una limosna a los maestros mártires, que arrojada a la disolución de la Cámara, tuvo el aspecto de un intento de corrupción electoral».

Es en 1876 cuando Agostino Depretis inaugura en Italia una política basada en el cambio metódico de las mayorías parlamentarias, pasado a la historia como «transformismo», y destinado según buena parte de las interpretaciones históricas del periodo a facilitar la difusión de la corrección política. Tanto en la administración central como en las periféricas.

«Garibaldi, Mazzini, Cavour, Gioberti, Ricasoli, Minghetti: el elenco de los "padres" de la patria —ha escrito Mario Pacelli— podría ser muy largo. La retórica oficial los ha descrito a menudo como individuos preocupados sólo por el bien público [...]. Demasiado hermoso para ser cierto: de hecho no lo era. Junto a la Italia oficial rebosante de públicas virtudes existe otra empapada de vicios públicos y privados, de corrupción, de vejaciones grandes y pequeñas, de verdades cuidadosamente ocultas».

«Si tú supieras —escribía Massimo d'Azeglio a su mujer— qué conjura de embaucadores y de intrigantes se extiende sobre Italia también tú tendrías miedo». Son los años en los que está en el poder la derecha y en los que madura el célebre escándalo de los tabacos. Entre 1868 y 1869 era presidente del Consejo Luigi Menabrea, que en una difícil coyuntura económica, en el intento de reducir el déficit público y ante la incapacidad de encontrar masivas inyecciones de crédito por parte de banqueros italianos y extranjeros, se vio «obligado», además de a imponer la odiosa tasa

sobre la molienda, a privatizar el monopolio de los tabacos. Dirigió la operación Domenico Balduino, administrador delegado del Crédito Mobiliario: una sociedad anónima gestionaría durante veinte años el monopolio y aportaría al Estado 180 millones de liras-oro. Las sospechas de que la operación habría acabado por procurar a políticos e intermediarios un porcentaje sobre el negocio fueron inmediatas y probablemente bastante fundadas: se dijo que el propio Vittorio Emanuele II fue el posible destinatario de una comisión de seis millones de la época. Pero entre jaleos parlamentarios, el misterioso herimiento de un diputado e investigaciones periodísticas, el escándalo acabó en nada (aunque es casi seguro que 50 de los 180 millones de liras abonados por los concesionarios acabaron en bolsillos distintos de los del Estado) y tuvo el único efecto de contribuir a la caída del Gobierno Menabrea.

Otro escándalo fue el de los ferrocarriles: los planes reguladores de las ciudades y de los territorios interesados por el desarrollo de la red ferroviaria de hecho eran manipulados de tal modo que hicieron que se incrementaran los negocios de un grupo de poderosos financieros, aristócratas propietarios, políticos y cardenales, encabezados por Pietro Bastogi, que en 1862, siendo ministro de Finanzas, cedió los ferrocarriles meridionales a una sociedad privada y no olvidó guardarse para él una tajada de 14 millones de la época. Pero el escándalo mayor fue el de la Banca romana, constituida en 1835 por capitales belgas y franceses y que acabó en 1893 en el centro de un proceso penal que implicó a muchos de sus dirigentes y a algunos miembros del Gobierno presidido por Giovanni Giolitti. En medio del asunto aparece la figura de Bernardo Tanlongo, negociante con pocos escrúpulos que había encontrado un modo práctico de hacer carrera y de obtener favores para el banco que presidía: concedía letras y dispensaba propinas a un grupo de negociantes de la época. Entre los destinatarios estuvo Crispi, que primero utilizó los favores de Tanlongo apropiándose de sumas cuantificables de hasta un millón de euros actuales, y después trató de desacreditar con las mismas artes a Giolitti, en un intento patoso

de hacer caer su Gobierno. Lo que le salió muy mal, pues el mismo Giolitti no dudó en sacar a la luz la verdad sobre Crispi, descreditando además su conducta privada.

Son pocos los que recuerdan que fue Cristiano Lobbia, diputado por Asiago, uno de los más decididos acusadores del escándalo del Monopolio de Tabacos. Y su nombre, si aún lo recuerda alguien, no está ligado a la intransigencia del parlamentario liberal de izquierda sino al sombrero que llevaba. Fue víctima de una emboscada en Florencia (donde tenía su sede entonces el Parlamento del reino): fue atacado a bastonazos y puñaladas. Salió vivo, pero desde entonces su sombrero, magullado en el centro —también gracias a la iniciativa comercial de un artesano milanés—, dio su nombre a un nuevo tipo de modelo, con un pliegue en medio y con un ala levantada. Por lo demás, ni la denuncia ni la emboscada consiguieron superar la encrucijada de intereses y de connivencias que acabó por evitar cualquier pronunciación de condena.

En 1882 se podía leer en la *Gazzetta piemontese* una crónica política de este tenor: «Si hacemos caso de algunos diputados, los electores se dirigen a ellos lo mismo para obtener un puesto como peón caminero que para un puesto de embajador en París; para un frasco de agua de colonia o para una reliquia de un santo; para un tocado de novia o para un vestido de un baile de disfraces de beneficencia; para una provisión de licor de eucalipto febrífugo o para un mosaico con la representación de la Sagrada Familia...». Como ha escrito Giovanni Belardelli, «en la Italia de finales del XIX las relaciones de *patronage* que se ocultaban tras la elección de un diputado garantizaban bien que mal la representación de peticiones provenientes de la sociedad que de otro modo habrían quedado destinadas a no ser tramitadas. El notable, figura clave de la política de aquellos decenios, aseguraba el sostén del aspirante a diputado a cambio de favores para su clientela». Sin embargo, no faltaban las excepciones que clásicamente confirman la regla: el patriota Benedetto Cairoli era notoriamente rectísimo y orgulloso de su propia rectitud. Cuando era ministro pagaba de su bolsillo la carroza

y las comidas diplomáticas hasta el punto de llevar por ello a la ruina a su propia familia. Pero se trataba de una excepción, y lo era también en el resto de Europa: en 1875 William Gladstone adquirió 40.000 esterlinas del préstamo del tributo egipcio al imperio otomano. En el transcurso de pocos años ganó personalmente 12.785 esterlinas gracias a su propia decisión de ocupar Egipto.

«El final del siglo XIX representa la culminación de un proceso de tormento evolutivo que parecía tener que durar eternamente». Como escribe Mario Silvestri en *La decadenza dell'Europa occidentale* [La decadencia de Europa occidental], «la I Guerra Mundial (todavía más que la II Guerra Mundial) supone un acontecimiento destructor de naturaleza irreversible, una verdadera explosión que arrasa con los precedentes equilibrios políticos, económicos, sociales y militares, que ya no pudieron volver a restablecerse. Desde entonces [...] Europa occidental empezó a decaer en el plano material y en el moral».

Es la hora de la crisis que atraviesa el Viejo Continente a caballo entre los dos siglos, la hora del fin de los imperios y de la sintomática emergencia de personajes como el Des Esseintes de Huysmans (1889), el Dorian Gray de Oscar Wilde (1892) y el Andrea Sperelli, protagonista de *El placer* de D'Annunzio (1889), héroes decadentes que hacen del hedonismo y del esnobista desapego «del gris diluvio democrático» su razón de existir.

Es emblemática la ya citada *La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, en la que el joven protagonista, para hacer su ingreso en el mundo acomodado y respetable de la burguesía y redimirse de la pobreza de sus orígenes, está dispuesto a vender su propia sombra a cambio de la inagotable bolsa de Fortunatus. Se dará cuenta demasiado tarde de su error *fáustico*: «La ciencia de las finanzas nos da suficientes pormenores sobre la importancia del dinero», recuerda Chamisso, «la de la sombra generalmente es menos reconocida. Mi imprudente amigo ha anhelado el dinero, del que conocía el precio, y no ha pensado en la parte sólida».

8. EL SIGLO XX DE LOS TOTALITARISMOS

«La excitación colectiva es una deliciosa ebriedad que nos hace olvidar fácilmente sabiduría y humanidad, e incluso el instinto de conservación, y que convierte en igualmente fáciles las más atroces masacres y los más heroicos martirios.»

BERTRAND RUSSELL

En la Francia de los primeros años treinta del siglo pasado, afectada por una grave crisis inflacionista, se asiste a la explosión de un escándalo financiero ligado al nombre de Serge-Alexandre Stavisky (inmortalizado como gran estafador por Jean-Paul Belmondo en una película): el hombre era un inmigrante ucraniano que de la nada fue capaz de crear un instituto de crédito con el que se burló de millares de ciudadanos franceses (después de haberlo ya intentado en plena I Guerra Mundial con los alemanes a las puertas) y de desaparecer más tarde de un modo más bien misterioso. Fue la ocasión que las derechas esperaban para acusar de corrupción al Gobierno y para hacer que estallasen graves desórdenes públicos en París.

En Europa son los años en que se afirman o se consolidan los mayores regímenes totalitarios del siglo xx. «Siempre que los hombres vislumbran en la historia trazas de ese genio maligno que forma parte del poder no quiere decirse que de inmediato deban advertirlo como algo malvado. Lo demoniaco no es la pura y simple oscuridad que se contrapone a la plena luz, sino que es lo propio de la media luz crepuscular, de la ambigüedad de lo incierto.» Así lo dejó escrito Gerhard Ritter en *Die Dämonie der Macht* [El rostro demoniaco del poder], describiendo una parábola de la política europea que con Adolf Hitler —a cuyo régimen se opuso el autor como miembro de círculos clandestinos— alcanza la suprema degeneración del poder político. Al interrogarse sobre el eterno problema de las relaciones entre moral y política, Ritter busca una

«solución al moderno problema del poder que nos conduzca más allá del eterno contraste entre el pensamiento maquiavélico y el erasmista, entre el pensamiento continental y el insular. Puesto que sin un sistema realmente satisfactorio de ética política ninguna forma de despliegue del poder por parte del Estado podrá convencer por mucho tiempo a los hombres de su derecho a existir». Entre la *Utopía* de Moro y el demoniaco maquiavelismo, para Ritter tiene que haber una posible solución alternativa, «una aspiración a hacer que el poder sea susceptible de *ethos*».

John Locke, que desconfiaba de manera decidida de los criterios éticos enarbolados con excesivo fervor, solía decir que en ellos se esconden los gérmenes del totalitarismo. Es una sentencia que vale más que una oración cotidiana. No es casual que bajo las grandes dictaduras que promovían el «nuevo orden de la honradez» la corrupción se convirtiera en arte de gobierno. En el Tercer Reich, el jerarca Hermann Göring acumuló enormes riquezas gracias a su posición y en particular gracias a sus razias en el periodo bélico y a la ocupación de países enemigos. Según Jean Ziegler, que ha dedicado numerosos trabajos al asunto, sin los banqueros suizos centenares de miles de seres humanos habrían salvado sus vidas y la II Guerra Mundial se hubiera terminado probablemente antes de 1945, ya que esos banqueros suministraron miles de marcos a la Alemania hitleriana, permitiéndole así adquirir las materias primas necesarias para continuar el conflicto. Una tesis que Ziegler basa en numerosos documentos de los servicios secretos, sobre todo norteamericanos, en los que sale a relucir la complicidad de las instituciones de crédito suizas —y junto a ellas las de marchantes de arte, joyeros, intermediarios, intrigantes—, receptoras y «limpiadoras» del oro que los nazis habían depredado en media Europa, en buena parte sustrayéndolo a los judíos enviados a los campos de exterminio.

En los años del Tercer Reich también se enriquecieron, acaparando poder y privilegios, Rudolf Hess, Joseph Goebbels, Heinrich Himmler y muchos otros jefes y hombres de la corte

hitleriana. Hannah Arendt, estudiosa de la totalitaria banalidad del mal —y del fracaso de toda ética fundada en la obediencia de la ley, como en el caso paradigmático de Adolf Eichmann—, recuerda que para estos regímenes los aspectos utilitarios no son esenciales, ya que aspiran a algo infinitamente más ambicioso: la transformación misma de la realidad según las tesis de la ideología imperante.

En este sentido se podrían distinguir los regímenes auténticamente totalitarios, como el hitleriano y el estalinista, de los regímenes autoritarios, como el mussoliniano. Más allá de las distinciones teóricas, de todas formas no hay duda de que, de manera no muy distinta, los enriquecimientos ilícitos, favorecidos por los privilegios de unos pocos, fueron una constante tanto bajo Hitler y Stalin como con Mussolini y Franco. Incluso la neutralidad española en el segundo conflicto mundial (por otro lado no absoluta, desde el momento en que una división de voluntarios, la División Azul, fue a combatir a la Unión Soviética) fue probablemente una posición comprada a alto precio por Churchill y por los aliados (recientemente se ha evidenciado el papel del banquero Juan March como eficaz intermediario de las presiones inglesas). Naturalmente Franco fue enemigo de la política y de los partidos republicanos, acusados de ser una de las causas de la decadencia española y protagonistas de numerosos escándalos (como el denunciado a las Cortes por el ex inspector general de Colonias, Antonio Nombela, que fue uno de los episodios que llevaron a la disgregación del Partido Radical, entonces en el Gobierno) pero su régimen acabó inevitablemente por precipitarse en un clima de corruptela todavía mayor, con la implicación de funcionarios y jerarcas del régimen que por lo general quedaban protegidos (como en el caso de la quiebra de Manufacturas Metálicas Madrileñas, en el que estuvo implicado el hermano de Franco). La política autárquica del régimen del Caudillo —que desde luego contribuyó a empobrecer el país— se vio acompañada además por una organización del mercado negro que dejaba en manos del propio Gobierno la concesión sistemática de licencias comerciales ilegales mediante pago. También fueron

muchos los casos de corrupción en el periodo fascista en Italia: desde los Ciano hasta el presidente de la Obra Nacional Balilla, Renato Ricci (que hacía negocios con las minas de mármol de su ciudad, Carrara). Si desde el principio de la dictadura el fascismo se había significado precisamente denunciando la corrupción de la democracia parlamentaria y de sus protagonistas, como era previsible, la fase moralista del movimiento se transformó pronto en la del fascismo depredador. El horrendo homicidio del parlamentario Giacomo Matteotti se produjo a continuación de sus denuncias en el Parlamento, y en particular de sus acusaciones acerca de los abusos económicos, los favores, las contrataciones trucadas y los beneficios ilícitos. Entre otras, denunció una grave irregularidad del Ministerio de Finanzas en la importación del azúcar, que costó cara a los consumidores italianos e hizo ricas a las azucareras (y es sabido lo pródigo que fue ese sector industrial con la financiación del fascismo de la primera hora) y la concesión para la construcción de dos importantes tramos ferroviarios (por mil millones de liras de entonces) a empresarios amigos del Gobierno y a una compañía de la que formaba parte un miembro del Consejo de Obras Públicas. Pero la era fascista no había hecho más que empezar. Después todo discurriría con mayor facilidad. Es bien sabido, por ejemplo, que Roberto Farinacci, como abogado, utilizó sin reservas su peso político para ganar pleitos y recolectar nuevos clientes. «Su excelencia Farinacci», se podía leer en los informes remitidos al Duce, «se ha creado una riqueza tal que le permite irse de juerga en busca de los placeres más refinados en los hoteles más lujosos...». Pero el jerarca de Cremona también tenía gustos particulares en materia sexual, lo que nos trae a la mente ciertas costumbres de jefes de Gobierno de hoy día: «Ha llevado a su apartamento a la estudiante de Filosofía A.R., virgen. Resulta que él quiere esas chicas, incluso menores de edad, con uniforme de jóvenes italianas». Al parecer, en la intimidad se hacía llamar «Papi».

Balbo rebautizó la localidad que se hizo luego célebre con el nombre de Punta Ala, haciendo construir allí una carretera provincial (de hecho privada) y dotando a su propiedad de todas las comodidades a cuenta de la Administración Pública. Por otra parte, el mismo final del fascismo coincidió, lo que es un tanto simbólico, aunque no especialmente original, con la fuga del Duce con el botín de la República Social Italiana (algo así como seiscientos millones de liras de entonces, según algunas fuentes) y con el misterio que acompañó a la desaparición del «tesoro de Dongo» tras la ejecución del propio Mussolini y la exposición de su cadáver en el *piazzale* Loreto de Milán.

A los largos siglos de servidumbre y tiranía conocidos por Italia, como escribía Calamandrei, se añadió la «corruptela de los jefes que practicaban el libre ejercicio del peculado y la malversación». La corrupción se transformó en un «fisiológico *instrumentum regni*» reforzado por la «solidaridad recaudatoria que se establecía entre los cómplices». Un aspecto histórico de tanto relieve que ha hecho afirmar a historiadores como Salvadori y a constitucionalistas como Pizzorusso que, si el tránsito del liberalismo al fascismo ha representado un hecho de «drástica discontinuidad», viceversa, desde el punto de vista de la corrupción, la impresión es la de una sustancial continuidad garantizada en buena parte por la permanencia de la burocracia y de la pública administración.

«Yo afirmo —había escrito Mussolini en su introducción a una edición de *El príncipe*— que la doctrina de Maquiavelo está hoy más viva que hace cuatro siglos, porque si los aspectos exteriores de nuestra vida han cambiado en gran medida, no se han verificado profundas variaciones en el espíritu de los individuos y de los pueblos». (Y es curioso recordar, como ha hecho Filippo Ceccarelli, cómo han «concedido» su propia introducción a la obra maquiavélica en el transcurso del tiempo tanto Bettino Craxi como Silvio Berlusconi, que ha vuelto a publicar *El príncipe* en su propia casa

editorial. También el socialista Kamenev hizo imprimir una edición del autor florentino, y no es un misterio que también para el nazismo los escritos del secretario fueran un punto de referencia).

De todos modos, más allá de las inspiraciones maquiavélicas, el cuadro descrito por Pietro Badoglio sobre el estado de un país que había sobrevivido al Ventenio es quizá más realista y eficaz que cualquier reconstrucción histórica sucesiva: «El fascismo ha caído no por fuerza externa sino por crisis interna», afirmó el mariscal de Italia, en calidad de nuevo jefe de Gobierno, en un discurso a los oficiales que tuvo lugar después de la caída del régimen y la firma del armisticio. «Yo no os diré todo lo que he podido ver en este breve periodo de gobierno. Os diré sólo algunos hechos salientes. La Agip, la famosa agencia del petróleo, órgano paraestatal, que sabéis que tenía un déficit de noventa millones de liras y de la que no se han encontrado siquiera los documentos contables. La GIL (Gioventù Italiana del Littorio) costaba al Estado mil setecientos millones. La OND (Opera Nazionale del Dopolavoro), mil doscientos millones. El Ministerio de la Cultura Popular se había convertido en un auténtico lupanar: tenía en sus dependencias a un número infinito de señoras romanas con estipendios que algunas veces oscilaban entre las ocho y las diez mil liras con encargos [...] que dejo a vuestro buen entender [...]. Ésa es la razón por la que nos encontramos en guerra con fusiles de 1891».

Por lo demás, entre las tesis históricas predominantes sobre la llegada del fascismo, se cuenta precisamente la de una progresiva corrupción del sistema político liberal nacional. Pero «si el género de corrupción imputable a la era giolittiana (1901-1913) excluye el área de los beneficios financieros y de la trampa bancaria —como ha señalado Sergio Turone—, sin embargo, el hecho de que el Gobierno tuviera necesidad de mantener con las administraciones periféricas una relación de complicidad (que utilizaba en las ocasiones electorales) acababa siendo el canal a través del cual los notables y los alcaldes deshonestos adquirían la impunidad por sus malversaciones». La imposibilidad de poner en juego sus tácticas

políticas en una confrontación nunca demasiado dura con los adversarios marcaron el progresivo declive de Giolitti (que presidió su último Gobierno en 1920-1921) y del sistema político del Risorgimento, cuyo final coincidirá precisamente, tras la Gran Guerra, con el advenimiento del fascismo. Un análisis de los motivos de la grave crisis del Reino de Italia se recoge en los escritos de Antonio Gramsci, en los cuales se subraya la débil naturaleza democrática del Estado «risorgimental» —la ausencia de una efectiva unidad popular-nacional— y la ineficacia de la acción de los Gobiernos liberales incapaces de afrontar adecuadamente la compleja situación social y económica heredada de la I Guerra Mundial (irredentismo, formación de los partidos de masas, reivindicaciones sindicales); y sobre todo de captar la naturaleza subversiva del fascismo, en la cual, sin embargo, inicialmente se replanteaban las esperanzas para un retorno definitivo al orden y a la estabilidad. En las páginas de Gramsci se encuentran también las célebres *Notas sobre Maquiavelo*, cuyo *Príncipe* está considerado como el «primer jacobino italiano», es decir, como el teórico de un nuevo tipo de Estado, que aún esperaba ver la luz en Italia. Para Gramsci, el «moderno Príncipe» era de hecho el partido político de la clase obrera, el partido llamado a fundar el nuevo Estado socialista.

En su *Codice della vita italiana* [Código de la vida italiana], Prezzolini escribió que «los ciudadanos italianos se dividen en dos categorías: los listos y los tontos». El segundo artículo del «pandectas» prezzoliniano precisa, además, que no existe una categoría específica del tonto. «Pero: si uno paga el billete completo del tren; no entra gratis en el teatro; no tiene un tío *commendatore*, amigo de su mujer y con influencia en la magistratura, en la instrucción pública, etcétera; no es masón o jesuita; declara al agente de impuestos sus verdaderos ingresos; mantiene la palabra dada incluso a costa de salir perdiendo, etcétera: ése es un tonto [...]. Para hacer que avance un expediente como para conseguir un vagón, para tener noticias de una sentencia, como para hacer descargar un vapor, siempre hace falta la propina. Ésta va desde la

vulgar calderilla puesta en la mano de la autoridad que haya que conmovier, o de la botella que haya que descorchar en honor del negocio que se cierra, hasta el sobre de rigor en las oficinas de Roma o la emisión de acciones para el gran negociante o el periodista».

El nuestro es el país del compromiso, de la constante pesadilla de un *governissimo*, de la tentación invencible de un acuerdo entre posicionamientos opuestos y del transformismo como insondable regla de la política: desde la desenvuelta práctica parlamentaria de Depretis hasta el prepotente «reciclaje» de los hombres de la Primera República, y con una relación nunca resuelta entre política y dinero. El mismo Don Sturzo, fundador del Partido Popular, escribía: «Tenemos ya una estructura de partido cuyos gastos aumentan de mes en mes de manera tal que superan todo lo que pueda imaginarse. Tales sumas pueden venir de fuentes impuras; no son nunca ofertas libres y espontáneas».

«Italia —ha señalado justamente Sergio Romano— es todavía, no obstante su desarrollo, una constelación de familias, y el italiano, a pesar de su inmerecida reputación, no es individualista sino corporativo. Las familias o corporaciones pueden ser políticas, económicas, judiciales, empresariales, profesionales, sindicales o incluso, como en el caso de la mafia, criminales. Como los huevos del orfebre de San Petersburgo, Fabergé: cada corporación contiene otras más pequeñas y cada italiano puede ser miembro al mismo tiempo de numerosas corporaciones». Nada de exasperado individualismo, por lo tanto, sino mezquino gregarismo de familia. El modelo originario de la corporación parece ser precisamente el núcleo familiar: una suerte de modelo corrupto de la sociedad contemporánea.

Tal y como sugería Leo Longanesi, sobre la bandera nacional debiera ondear el lema «Tengo familia». Uno se defiende del Estado pecador y hostil con amistades, favores, compromisos, alianzas y solidaridades familiares, que permiten sortear los obstáculos, saltarse las normas y obtener como sea el permiso, la licencia o el

favor considerados indispensables. «Ya en los años treinta —ha escrito uno de los «padres fundadores» de la Bolsa de Milán— se pagaba a la Guardia de Finanzas en toda Italia. Si no pagabas no trabajabas. No veo por qué, *porca miseria*, tenga que ir a la cárcel quien haya pagado. Antes tendría que ir el que haya recibido el dinero». Sin contar con el hecho de que el país presentaba ya para entonces una fuerte diferencia entre el desarrollo y las condiciones de vida en el norte y en el sur de la península.

En cualquier caso, con la multiplicación de las defensas corporativas y del recíproco intercambio de favores, con la instauración de sistemas de interés personal, familiar y privatista, la corrupción ha acabado por institucionalizarse como sistema corriente en todo el país. La corrupción es la normalidad, no la excepción. El regalo estacional, el sobre, la propina, el porcentaje metódico sobre el negocio o la comisión ocasional, representan la norma, no un comportamiento excepcional. Por otra parte, la figura del delito de corrupción actualmente en vigor en Italia es todavía la prevista en el código penal de Rocco (1930). Y es hasta tal punto amplia que puede transformarse en un instrumento totalmente discrecional en manos del magistrado. Tal y como es hoy, la norma relativa al abuso de autoridad no produce efectos de moralización pública, considerando que un altísimo porcentaje de los encausados queda absuelto antes de la vista o al final de un proceso.

«La verdad —escribía Alberto Rossi— es que toda fuerza económica es también siempre una fuerza política, especialmente en los países que se rigen con el método democrático. El fin último que todos persiguen con la búsqueda del máximo beneficio no es el de servir a la colectividad, sino conseguir la mayor disponibilidad posible de medios para alcanzar sus fines particulares». La reflexión del siglo xx sobre el liberalismo arranca en buena parte de la crítica del utilitarismo. De hecho desde el siglo anterior la cuestión es si «el respeto de la libertad individual se obtiene simplemente aplicando los principios morales generales de la acción política o si es necesario un cambio más radical, o una separación de la moral para

adecuarse al contexto político». Como ha sugerido José Ortega y Gasset, opositor del fascismo franquista y crítico del marxismo, el liberalismo es un «pensamiento político que antepone la realización de la idea moral a todo cuanto exige la utilidad de una parte de la humanidad, ya sea ésta una casta, una clase o una nación». El problema, al menos en la forma de gobierno, es siempre el relativo a las bondades y a las debilidades del sistema representativo: Raymond Aron sostendrá que las garantías de la democracia contra los riesgos de la arbitrariedad en el ejercicio del poder político residen esencialmente en el individualismo crítico y autónomo de la persona, y también Von Hayek escribirá que «el bien general consiste principalmente en facilitar la consecución de fines individualmente reconocidos». Benedetto Croce, que veía la realización del liberalismo en el ámbito de un proceso histórico en el curso del cual no dejan de desplegarse la razón y el espíritu humanos, desde la edad infantil del mundo oriental, pasando por la viril de Roma, hasta la senil del mundo cristiano-germánico, admitía que en el fondo el avance de ese proceso no podía ser lineal, ya que en su ámbito encuentra amplio espacio la política, que se mueve inevitablemente en un plano distinto del ético.

La crítica del liberalismo y del individuo como «medida de todas las cosas» fue a su vez el punto de partida de algunos de los principales pensadores de la derecha antidemocrática, desde Carl Schmitt y Donoso Cortés a Maurice Barrès. Mientras que en un frente diferente, como el del irracionalismo, Friedrich Nietzsche, en su personal «campaña contra la moral», escribió que, «si dentro de un organismo el órgano menos importante renuncia, aunque sea por poco, a imponer con total seguridad su autoconservación, la renovación de su propia fuerza, su egoísmo, el conjunto degenera». «En defensa de la corrupción», escribirá Cioran algunas páginas memorables: «Si se pusiera en un platillo de la balanza el mal que los puros han vertido sobre el mundo y en el otro el mal provocado por los hombres sin escrúpulos, la balanza se inclinaría hacia la parte del primer platillo [...]. Los desastres de las épocas corruptas son

menos graves que los flagelos causados por las épocas de fanatismo; el fango es más agradable que la sangre y hay más dulzura en el vicio que en la virtud, más humanidad en la depravación que en el rigorismo. El hombre que reina y que no cree en nada: ése es el modelo de un paraíso de la decadencia, de una suprema solución a la historia. Los oportunistas han salvado a los pueblos, los héroes los han hundido. Sentirse contemporáneos no ya de la Revolución y de Bonaparte, sino de Fouché y de Talleyrand [...]. Es a las épocas disolutas a las que corresponde el mérito de traer al mundo la esencia de la vida, de revelarnos que ningún evento merece ser embellecido [...]. La verdad no se hace transparente sino cuando los hombres, olvidándose del delirio constructivo, se dejan llevar a la disolución de las morales, de los ideales, de las creencias».

En una «sociedad abierta» —ha escrito Karl Popper— el problema no es tanto quién debe mandar, sino cómo controlar al que manda, «cómo podemos organizar las instituciones políticas de manera que impidan que los gobernantes malos o incompetentes causen demasiados daños». Dado que no existe un método infalible para evitar la tiranía y la corrupción de los poderosos «el precio de la libertad ha de ser la eterna vigilancia». Según Bertrand de Jouvenel, es el desarrollo histórico del poder lo que ha conducido a una progresiva emancipación moral: «Nada es más natural —escribe De Jouvenel—. Preso de sus propios fines, el hombre gasta todas sus fuerzas por conseguirlos; trata de movilizar en su favor las fuerzas de los otros. Es su costumbre considerar toda fuerza que le sea accesible como un eventual instrumento para sus planes y, en consecuencia, se inclina a considerar también bajo ese perfil a la fuerza pública que le ha sido confiada. No digo que el hombre no pueda resistirse a la tentación de utilizar de manera egoísta la fuerza pública, pero sí que esa tentación existe y que no es una cosa monstruosa, sino natural».

«No consideramos al león un utilizador arbitrario de su propia fuerza; no creemos que el zorro sea un urdidor de engaños. El león puede enseñar al político la fuerza noble, el zorro puede adiestrarlo en la habilidad discreta». Eso escribía Azorín, representante de la llamada Generación española del 98, a la que también pertenece el autor de *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset. En toda sociedad —sostienen los elitistas— quien detenta el poder es siempre y sólo una minoría, frente a una mayoría privada de él. «Ahora tenemos —señaló Vilfredo Pareto— un nuevo feudalismo, que en parte reproduce la sustancia del antiguo [...]. Hoy en día los politicastos, los jefes de los sindicatos, actúan del mismo modo y reúnen a sus tropas en las elecciones para realizar actos de violencia contra los adversarios y conseguir de ese modo bienes de los que disfruta la parte victoriosa».

Para Pareto, quien por otra parte llegó a ser senador del Reino en 1922, un año antes de morir, no hay alternativa posible: la máquina social de la uniformidad aplasta cualquier perspectiva de seguir comportamientos no basados en el fraude o en el engaño. «Tales medios fueron empleados en todos los tiempos, desde los de la antigua Atenas y la Roma republicana hasta los nuestros [...] las innumerables tentativas hechas para reprimir su uso han sido y siguen siendo vanas: se puede cortar cuanto se quiera la mala hierba, pero volverá a crecer lozana si su raíz sigue incólume». En este sentido, sería absurdo hablar de «democracia degenerada», puesto que nunca se ha dado el caso de una democracia capaz de prescindir del fenómeno corruptivo.

Es verdad que algunas veces se descubren los engaños y se vuelven en contra de quien los ha cometido, admite Pareto, «pero los afectados son un número pequeñísimo [...], por lo que todo este ordenamiento les parece a los sagaces politicastos como el de una gran lotería, en la que desgraciadamente se da el riesgo profesional de que te cacen; pero al final ese riesgo no es mayor que el que hay en la mayor parte de las profesiones». No hay que olvidar —recuerda en fin el estudioso— que las clases gobernantes proceden

a la apropiación ilícita de los frutos de la riqueza nacional, no sólo para su propio uso y consumo, sino también para hacer partícipes de ellos a amplios estratos de las clases gobernadas, con el objetivo evidente de adquirir su consenso. «La corrupción no se da sólo en los altos niveles, sino que aporta beneficios al conjunto del sistema».

Los seguidores de la teoría de las élites contraponen a la concepción idealista de la política —de inspiración dantesca— la de la *Realpolitik* maquiavélica y describen una sociedad dominada por una aguerrida *ruling class*, «que tiene en mayor medida el control del acceso a los instrumentos de producción y ofrece un tratamiento preferencial a la distribución de los productos». La revolución social de nuestro tiempo, para discípulos de Pareto como Daniel Burnham, consiste en el tránsito de una clase dominante a otra donde hoy el papel de *ruling class* es detentado principalmente por el estamento de los ejecutivos. Las tesis elitistas son, desde luego, seductoras, pero la refutación liberal de Gaetano Mosca y de Pareto es cuando menos igualmente compartible: no se corresponde con la verdad —se objeta— que en la sociedad contemporánea el poder esté reunido monóticamente en las manos de un único grupo autárquico, hasta el punto de que el mismo Mosca admitió que existen modos distintos de formación de las clases políticas. La oscilación del péndulo del poder no se produce sólo horizontalmente, a favor de las clases privilegiadas, sino también verticalmente de arriba abajo: y ése es el núcleo de una sociedad auténticamente meritocrática y liberal, donde cada uno persigue su propio interés y donde la competición es precisamente la garantía de la democracia y de la igualdad. La verdad —sostiene un *liberal* como Schumpeter— es que la teoría de las élites es perfectamente compatible con la forma de gobierno democrático, por lo que la garantía de igualdad y democracia es ofrecida precisamente por la perenne contraposición que caracteriza a una sociedad compleja como la actual, en la que grupos rivales luchan entre ellos por su propia afirmación a través de una competición que tiene por objeto el voto popular y por regla fundamental la ley de la meritocracia.

En realidad ni las élites del poder, ni el gobierno de diversas minorías, ni la poliarquía electiva parecen poder ser expresión de una efectiva capacidad de gobierno, o de una auténtica responsabilidad para la consecución del interés público. La misma e importante *Teoría de la justicia* con la que John Rawls ha revolucionado el liberalismo sustituyendo el apriorismo de los derechos fundamentales y el contractualismo por el consecuencialismo utilitarista (desviando los temas de reflexión de los de la obligación política a los de la justicia, el estado social y la ética) ha sido sometida a duras críticas, en particular por parte de liberales como Robert Nozick, que ha demostrado cómo un coherente liberalismo no puede sino sobreentender un «estado mínimo». Los pensadores neocomunitarios como Michael Walzer y Charles Taylor también han puesto de manifiesto los límites del liberalismo en la versión de Rawls: Walzer está dispuesto a aceptar los principios de justicia pero no cree que en una comunidad democrática el discurso de los príncipes sea de gran utilidad. Alasdair MacIntyre sostiene, en cambio, que el abandono de la ética aristotélica está en el origen de la decadencia moral de la época y de la cultura modernas, una decadencia debida al subjetivismo exasperado y a la consiguiente «separación entre esfera pública y privada». En su conjunto son reflexiones que conducen al nuevo realismo de Hans Morgenthau o de Henry Kissinger y más tarde al neoconservadurismo de los primeros años del nuevo milenio.

Los estados socialistas, nacidos con la intención de crear nuevas sociedades donde la corrupción fuese naturalmente desterrada, tuvieron que rendirse a la realidad: basta con echar un vistazo a la historia de la Unión Soviética para encontrarnos con un sistema inevitable de sobornos y de intercambio de favores que se iniciaba en el nivel más bajo de los koljoses hasta llegar al jerárquicamente más elevado del proceso administrativo (un sistema «ayudado» de modo no indiferente por la misma vastedad de la maquinaria pública). En su *Rebelión en la granja* (1944) George Orwell escenifica, como es sabido, una alegoría de la revolución rusa, y en

realidad de toda utopía absolutista destinada a transformarse en régimen totalitario: la historia es la de los animales de la Granja Manor, maltratados y explotados, que se rebelan contra el granjero Jones después de conocer el sueño del Viejo Major, el sabio cerdo. El sueño hablaba de un tiempo en el que los animales conquistaban la libertad. Y así parece que sucede: los animales cambian el nombre de la granja y se dan a sí mismos unos nuevos mandamientos, pero pronto nacen los conflictos y, como siempre, se impone la ley del más fuerte, que en este caso es la de los cerdos, que empiezan a comerciar con los humanos y no tardan en hacerse cada vez más corruptos hasta acabar por recuperar los usos del granjero y de cumplir cada vez menos con sus propias reglas. Incluso se cambian los mandamientos en caso necesario y a la regla según la cual «todos los animales son iguales» se le añade una apostilla decisiva: «Pero algunos son más iguales que otros». El sueño del Viejo Major se ha convertido en pesadilla.

En la *Quinta plaga*, del escritor ruso Aleksei Mijailovich Remizov, el procurador Bobrov sirve escrupulosamente a la ley desde hace veinte años y es el terror de los malhechores de la región. Pero un día empieza a dudar de su propio papel y de la justicia que él representa, empieza a beber y acaba fulminado por un ataque de apoplejía. Sin embargo, deja un revelador cuaderno verde en el que enumeraba las miserias de la tierra rusa, los pogromos, las inútiles violencias de los policías, el bandolerismo a gran escala, el terrorismo de los nihilistas, la corrupción de la magistratura, las violencias y obscenidades de las clases superiores con el pueblo indefenso. «La vida del país había cambiado con el trascurso de los siglos, pero las calles eran las mismas de los tiempos míticos», se comenta amargamente en *El becerro de oro*, de los escritores Ilia Ilf y Evgeni Petrov. La historia es la de un embaucador que, habiendo sabido que en el periodo de la NEP (Nueva Política Económica) un pequeño empleado (el «becerro de oro» del título) había conseguido ahorrar algunos millones de rublos, trama un plan para robarle. Una historia que es en realidad un pretexto para describir un viaje a

través del país y arrojar el descrédito sobre individuos e instituciones grotescas. En realidad la verdadera protagonista es la Rusia de los años siguientes a la I Guerra Mundial, llena de parásitos, explotadores, burócratas y dirigentes de partido dispuestos a todo. Personajes que ya se podían encontrar en una clásica comedia como *El inspector general* (1836) de Gogol, donde los habitantes de una pequeña ciudad confunden a un modesto funcionario con el enviado del Gobierno central, con lo que acaba recibiendo, y aceptando desenvueltamente, los regalos y las ofertas en dinero que le son extendidas por los funcionarios locales para que mantenga un ojo cerrado.

Pero si hay un momento cumbre de falta de liberalidad antidemocrática en la historia del régimen soviético ése se da probablemente en los años de Stalin, cuando el gran terror, las purgas, los homicidios políticos y las deportaciones de disidentes afectaron tanto a políticos como a intelectuales y a simples ciudadanos (a la clase completa de los *kulaks*, por citar sólo el ejemplo principal), «culpables» de haberse alejado de la línea ortodoxa de Moscú. Se dice que quien aconsejó a Stalin basar el gulag en una constante carencia de alimentos fue un miembro «ejemplar» de la corte de *Koba el terrible*, Naftali Frenkel, el cual, como escribe Martin Amis, «al parecer no tenía ideología alguna (deseaba sólo dinero y poder), pero su pedantería, su aplicación y su indiferencia al dolor hicieron de él un excelente bolchevique».

Para comprender mejor los perfiles y las dimensiones espeluznantes de la dictadura soviética hubo que esperar, en cualquier caso, a los años de Jruschev y de la llamada «desestalinización». Y no menos (sobre todo después del paréntesis brezneviano) a los de la *perestroika* y la *glasnost* de Mijail Gorbachov para atisbar los resultados de una serie de reformas que aspiraban a superar la decadencia y la corrupción escondidas piadosamente por la propaganda precedente con un proceso de modernización económica, pero que en realidad, después de un entusiasmo inicial, nunca consiguieron frenar el declive económico y político del país.

No sólo eso: después de Gorbachov y Yeltsin, en toda el área de los países socialistas, hasta la reunificación alemana en 1990 y la disgregación de la URSS después de 1991, el mismo proceso de reconversión al capitalismo ha determinado tales mutaciones incontroladas que el efecto de las reformas ha terminado por difundir una corrupción general que la nueva *desregulación* no ha hecho más que aumentar, haciendo del fenómeno una emergencia todavía hoy. En este sentido, una drástica reducción generalizada del nivel de vida y los nuevos escándalos delictivos han acabado por sustituir (aunque sea de modo evidentemente no parangonable) a las vejaciones, a los favoritismos del sistema y a los horrores de los regímenes precedentes, despertando a menudo nuevos descontentos e incluso resucitando una nostalgia del pasado impensable en otro tiempo. El último escándalo sucedido es el de Yukos, la primera compañía rusa del sector energético: sus dirigentes fueron arrestados con la acusación de haber reciclado dinero proveniente de actividades criminales y de haber contribuido a hacer desaparecer casi cinco millones de dólares del préstamo concedido a Rusia por el Fondo Monetario Internacional.

Pero el siglo xx de los totalitarismos no es, naturalmente, sólo el de los años treinta, el del Este europeo, de Asia y del Sudeste Asiático, sino también el de Centroamérica y Sudamérica de molde fascista y en algún caso comunista. Con *El otoño del patriarca* Gabriel García Márquez ha descrito al perfecto protagonista de un régimen común a otras formas de tiranía, por los aspectos represivos provocados por la acción personal y mezquina de los personajes que han estado al frente de ellos. El patriarca de García Márquez es el despótico dictador de una perdida isla caribeña. Violento, vengativo y sanguinario, vive en un palacio en ruinas, rodeado de postulantes y aduladores, que sacan a la luz la profunda soledad del poder más disoluto. Pero, más allá de la invención, la misma biografía de América Latina puede ser leída a través de las vidas y las obras de sus *caudillos* mayores y menores (como lo ha hecho, por ejemplo, Ludovico Incisa di Camerana). Los *caudillos* son figuras que siempre

han encarnado el imaginario de aquella región, y en la categoría están registrados buena parte de los gobernantes iberoamericanos a lo largo de cinco siglos de historia: desde los virreyes españoles a los *libertadores* de las guerras de independencia, como José de San Martín, Simón Bolívar, Bernardo O'Higgins, y desde los condotieros revolucionarios como Emiliano Zapata, Pancho Villa, José Artigas o Juan Manuel de Rosas a los presidentes y a los dictadores de nuestro siglo como Getulio Vargas, Fidel Castro, sin olvidar a los guerrilleros como Camilo Torres y Ernesto *Che* Guevara.

«No existe buena fe, los tratados son trozos de papel; las constituciones, libros, las elecciones, combates», decía Bolívar, el gran héroe de la independencia sudamericana. Los caudillos son personajes que después de la guerra de liberación o las guerras civiles, en cuanto jefes de la nación, han revestido un papel carismático indispensable para acreditarse a sí mismos y su poder a los ojos del pueblo: el general Enrique Mosconi y el democrático Julio María Sanguinetti, el marxista Castro y el «narcocaudillo» Manuel Noriega, el duro Augusto Pinochet y el frívolo Carlos Menem, Juan Domingo Perón y Alberto Fujimori, son personajes tan distintos entre sí, por características biográficas y opuestos colores políticos, como unidos por un aspecto dictatorial que explica el destino dramático de muchas naciones latinoamericanas modernas: el autoritarismo y el sectarismo endémico, el narcisismo y la demagogia siempre han obstaculizado, de hecho, el desarrollo económico y social, generando un círculo vicioso que al final repercute sobre el entero cuerpo social dejando trazas que siguen siendo difíciles de olvidar. Baste pensar en el perfil del «padre de la patria» de la República Dominicana, Rafael Trujillo, cuya fortuna es resumida así por Hans Magnus Enzensberger: «Los datos recopilados por las biografías difieren notablemente, variando desde los 750 millones a los 9.000 millones de dólares. Pero vale la pena preguntarse si un patrimonio de tal entidad pueda ser definido en términos numéricos».

Hijo de un modesto empleado de correos, sucesivamente telegrafista, ladrón de caballos, espía al servicio de los norteamericanos, policía, oficial, finalmente jefe del Ejército y presidente de la República con las elecciones de 1930, que en poco tiempo le llevaron a ser el dueño absoluto del país, Trujillo fue «uno de los hombres más originales de su tiempo: permanecer en el poder durante treinta años fue su empresa más significativa, llevándole a superar a Stalin y Franco, así como a Mussolini...». Entre otras cosas, «Trujillo solía vender sus cuotas de acciones a la República Dominicana en cuanto resultaban poco rentables, y en su lugar adquiría del patrimonio del Estado complejos residenciales más fructíferos». Entre sus intereses preferentes se encontraban sus participaciones en empresas productoras de tabaco, aceite, sal, cerveza, carne, leche, fósforos, cacao, cemento, fármacos, drogas, hierro, seguros y más cosas. Lo que nunca le perdonaron los norteamericanos y lo que facilitó su final fue, sin embargo, su interés por la industria azucarera, que ocupaba a cerca del setenta por ciento de la mano de obra nacional y que fue expropiada por «el benefactor» en 1954.

Un personaje que emerge con fuerza en *La fiesta del chivo*, la novela de Mario Vargas Llosa, donde el centro de la narración lo ocupa precisamente la hija del dictador, que se enfrenta a su pasado reconstruyendo el atentado en el que el Chivo (el propio Trujillo) perdió la vida, pero sacando a la luz un alucinante cuadro de las condiciones humanas del país, cuando la corrupción era obligada y el libre arbitrio poco menos que una quimera. Para comprender plenamente la realidad de algunos países de América Central ayudaría igualmente adentrarse en estudios como el de la Universidad de Miami sobre el *conducator* cubano, que ha revelado un gran número de sociedades en las que el dictador tiene participaciones importantes y ha redactado un elenco de empresas alimentarias de su propiedad (cítricos y carne, sobre todo), de bancos y de sociedades que habría creado para especular en la Bolsa de Londres, en Canadá y otros lugares. Pero no sólo eso: al

parecer Castro habría prestado dinero más de una vez a sus ministros y al propio país, haciéndose pagar luego un interés del diez por ciento sobre los préstamos «generosamente» concedidos. «Sin el poder —ha afirmado el propio Castro— no se pueden realizar los ideales. Con el poder, rara vez sobreviven».

9. DEL NUEVO MUNDO AL NEOIMPERIALISMO

«En la corrupción de aquellos que acceden casi por casualidad al poder se nota algo de vulgar y de popular que acaba por contagiar a la masa; al contrario, en ciertos señores, aunque corruptos, prevalece una finura aristocrática, un aura de grandeza que es difícil comunicar de modo inmediato.»

ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *La democracia en América*

mérica —escribió James Ellroy— no ha sido nunca inocente. «**A** Perdimos la virginidad en el barco durante el viaje de ida y miramos atrás sin lamentación alguna».

Benjamin Franklin, que además de físico, periodista y editor fue hombre de gobierno en Pensilvania y uno de los redactores de la Declaración de Independencia estadounidense, sostenía que una de las mayores virtudes del comerciante y del empresario es la honradez, no entendida en el sentido moralista clásico, sino en términos de utilidad. Puesto que, en efecto, la honradez debería ser sinónimo de fiabilidad y, si ofrece crédito, aporta ganancias y dinero. Es decir, una forma de «honradez interesada» y no fundada sobre frágiles bases de una presunta bondad de espíritu. Así que quizá ésta es una de las claves que pueden contribuir a darnos un marco de referencia de la realidad norteamericana.

El *Diccionario del diablo*, publicado por primera vez en 1906 por Ambrose Bierce, puede ayudarnos a comprender, mejor que cualquier análisis sociológico, el papel crucial de la corrupción al otro lado del Océano a comienzos del siglo xx. Para el escritor norteamericano, la falta de honradez es un «importante elemento para el éxito en los negocios, al que las escuelas comerciales no han reconocido todavía la preeminencia debida entre las materias de enseñanza, sustituyéndola indignamente con el arte de la escritura. La falta de honradez es la mejor línea de conducta».

El legislador —añade Bierce— es «quien acude a la capital de su país para hacer crecer su capital personal, o sea el que legisla ganando o gana legislando». La política —como evidente consecuencia— es un «modo de ganarse la vida similar al de los sectores más sórdidos de la delincuencia habitual. Conflicto de intereses disfrazado de lucha entre facciones opuestas. Arrendamiento de asuntos públicos por intereses privados». ¿Y el presidente? No es otra cosa que «el árbitro temporal, elegido por los líderes de grupos de bandidos y politicastos, con el fin de repartir los despojos entre ellos».

La realidad de la política norteamericana está representada con gran eficacia en algunas novelas de Mark Twain. Él mismo, a caballo entre 1868 y 1869, tuvo la oportunidad de estudiar de cerca el histórico escándalo parlamentario del Crédit Mobilier, hasta el punto de que en un breve relato suyo de título inequívoco (*La edad del oro*) asignó a uno de los protagonistas, Duff Brown, los rasgos y maneras del político e intrigante Oakes Ames: «El gran constructor de vías férreas, que más tarde se convirtió en conocidísimo miembro del Congreso [...], un hombre muy simpático para quien no se aventuraba a dificultarle los negocios. Tenía también contactos con el Gobierno y maniobraba para sacar del Congreso, en trabajos y contrataciones, casi tanto peso en oro como peso había suministrado en piedras».

No sería difícil encontrar un paralelo con algún especulador de hoy día oyendo lo que decía el poderoso accionista norteamericano de una compañía ferroviaria para describir el tumultuoso mundo de los negocios a un joven ansioso por recorrer una fulgurante carrera empresarial: «Una asignación al Congreso cuesta dinero. Reflexione un momento. Para la mayoría del comité de la Cámara, digamos mil dólares por cabeza: son cuarenta mil dólares; un pequeño extra a uno o dos secretarios de uno o dos comités [...]. Y ya se han ido cien mil dólares, sólo para empezar».

La ascensión del país y la de la empresa del crimen corren por caminos paralelos: Estados Unidos ha de pasar por los enormes problemas relacionados con el intento de integración de una inmensa y continua oleada inmigratoria y por los años del gansterismo o de la mafia italoamericana. William Riley Burnett, autor de *El pequeño César*, describe así el Chicago de los años treinta, al que llega directamente desde el estado de Ohio: «Capone era el rey. La corrupción reinaba por todas partes. Los gánsteres se disparaban unos a otros por toda la ciudad». Corrupción con la que nos volvemos a encontrar en el fondo de infinitos guiones hollywoodianos y de una no menos vasta literatura que, desde los comienzos del siglo xx, ha descrito el país de una costa a otra (desde el *Los Ángeles confidencial* de James Ellroy a la corrupta policía neoyorquina de *Serpico* y a las tramas mafiosas de *El Padrino* de Mario Puzo). He aquí, en las palabras de Hans Magnus Enzensberger, una eficaz descripción del gánster más conocido de todos los tiempos: «Cadillac negros, completamente blindados, se detienen delante de un restaurante de lujo, frente al ayuntamiento, donde los asesinos están ofreciendo un banquete en honor de la administración municipal. Al tercer brindis, un individuo con la barba sin cuidar se acerca al fiscal y le ofrece un reloj de oro de bolsillo. Está envuelto en un cheque. A continuación se van todos al hipódromo [...]. Llevan sombreros de paja y polainas blancas. Sus cinturones están cuajados de diamantes y el pañuelo de bolsillo sobre la pistolera es de un blanco inmaculado. Presentarles sería casi una ofensa. Su nombre es conocido por todos: Jimmy Diamond, Dan the Dandy, Vincent the Schemer, Two-Canons-Louis, Jack Greasy Fingers, Hymie the Polack, Quinta the Leaping Frog y en el centro, escoltado por doce "guardias de corps", el incomparable Al Capone, también denominado *Scarface*».

El gran Gatsby, nacido de la pluma de Francis Scott Fitzgerald, reúne en su propia figura a una completa generación de norteamericanos reacia a reconocer los orígenes de su riqueza. A sus treinta y dos años Jay Gatsby es un misterioso y elegante millonario

con una casa fabulosa cerca de Nueva York. Pero con diecisiete años era James Gatz, hijo de un pobre campesino del interior sin recursos. Bajo la corrupta partida que debe jugar vive todavía en él la inocencia del sueño. En su gran palacio, Gatsby ofrece fabulosas recepciones, en las que interviene, no invitada, la caótica multitud de la ciudad: individuos «que sólo tienen en común la agitada disociación moral de animales que no saben qué animales son».

A finales del siglo XIX se empieza a hablar de «darwinismo social», en particular a propósito de las tesis de Herbert Spencer y de su presunta justificación de la desenfrenada concurrencia y del salvaje individualismo dictados por la lucha por la selección social. Concretamente el apelativo de novelista darwiniano se le dio en Estados Unidos a Theodore Dreiser, quien dedicó a la corrupción una poderosa trilogía: *The Titan* [El titán], inspirada en un omnipotente cabecilla de Luisiana, *The Financier* [El financiero], que recrea al auténtico *boss* de Chicago, John Powers, y *The Stoic* [El estoico], dominado por la figura de Franck Algernon Cowperwood, que imita a pies juntillas la vida de Charles Tyler Yerkes, un financiero cuáquero de Filadelfia que llegó a controlar todo el servicio tranviario de Chicago.

Cowperwood era un hombre sin principios morales o religiosos. Un solo ejemplo: con doscientas acciones había recaudado ilícitamente dos mil dólares netos, pero esto «no le perturbaba la conciencia. A decir verdad, realmente no la tenía. Contemplaba un porvenir feliz». Y Dreiser no parece culparle. El juego de fuerzas de la sociedad producirá inevitablemente un equilibrio. El Dreiser «naturalista» parece creer en el papel de la lucha por la evolución y acepta el equilibrio existente, cualquiera que sea el mismo. «El autor —decía— no es un crítico de la moral sino un cronista de la historia».

En 1946, el escritor Robert Penn Warren da a la imprenta una novela destinada a alcanzar un notable éxito: es *Todos los hombres del rey*, historia de la ascensión y del declive de un *boss* político del

profundo sur norteamericano. El protagonista es Willie Stark, que de incorruptible tesorero de una comunidad rural de Luisiana se convierte en poco tiempo en un político escéptico y desilusionado, abierto a todo chantaje moral y dispuesto a cualquier compromiso que le permita conseguir sus objetivos personales y los de su acción de gobierno.

Warren ofrece tres óptimos argumentos para justificar el comportamiento de Willie Stark: en primer lugar, todo juicio sobre los casos de corrupción depende de la clase social a la que pertenezca, y por lo tanto la élite de los gobernantes encuentra su justificación preferentemente en la clase política y dirigente que acepta de buen grado la lógica de la reciprocidad. En segundo lugar, la corrupción es una necesidad, y lo es en particular por la carrera de Willie Stark, que juzga con desprecio a un administrador que ha dimitido por miedo: «Ha dimitido —dice— porque quería mantener sus manos limpias. Quería los ladrillos, pero no sabía que alguien tiene que revolver en el fango para hacerlos. Era como los que les gusta comer bistecs, pero no soportan la idea de ir al matadero porque allí hay unos hombretones que no aman a las bestias y que debieran ser denunciados a la sociedad protectora de animales».

Finalmente —y es la «tercera regla de Warren»— la corruptibilidad es universal y sin excepciones, en las grandes ciudades y en las pequeñas, en los consejos escolares como en las oficinas del gobernador. Uno de los personajes de la novela, el juez Montague, es considerado un símbolo de indiscutida integridad moral, pero Stark no duda: «El hombre es concebido en el pecado, nace en la corrupción y pasa del mal olor de la cuna al hedor del sudario». De hecho Montague, como procurador general, había ofrecido una interpretación decididamente favorable a un contrato «importante» y, poco más tarde, recibió 440.000 dólares de una sociedad interesada en el negocio, siendo nombrado consejero extraordinario del mismo.

Novelas como *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos, o *Todo un hombre*, de Tom Wolfe, son sólo algunos de los testimonios literarios en los que emerge una eficaz descripción de la realidad corruptora de la sociedad contemporánea en el Nuevo Mundo. Con *El gran dinero* (parte de la trilogía *USA*), Dos Passos, utilizando inserciones de diversos materiales —de la publicidad a las noticias llamativas de los periódicos—, ofrece un retrato absolutamente eficaz de la vida multiforme de la metrópolis a través de las existencias entrelazadas de hombres con diversos destinos y un cuadro en el que hormigean la corrupción, el amor y la actividad frenética.

En el centro de las tramas de un filón novelesco de lo más prolífico se encuentra también la corrupción exportada al mundo por el rostro más oscuro de la política exterior estadounidense y en particular de la CIA, que ocupó el puesto de la OSS en 1947 para coordinar las actividades de espionaje y contraespionaje. Una organización que, por decirlo de manera telegráfica, ha acabado por desempeñar un papel más que determinante en la política exterior de Estados Unidos, en particular en el mantenimiento de regímenes filoamericanos en el mundo o en la desestabilización de regímenes no gratos, interviniendo en buena parte del mundo en apoyo a partidos o movimientos «hermanos» y no dudando en recurrir a formas de violencia, corrupción y organización de golpes de Estado. Una «presencia embarazosa» incluso en la política interior, hasta el punto de haberse planteado un profundo redimensionamiento de sus competencias.

Gore Vidal, nieto del senador estadounidense Pryor (del que renunció en su juventud a seguir las huellas políticas para dedicarse a la escritura), ha compuesto a lo largo de más de treinta años un amplio ciclo novelesco en siete volúmenes sobre la historia, la política y la sociedad norteamericanas que aproxima la invención a la documentación realista. La última novela del ciclo es *La edad de oro*, que cubre los años que van de 1939 a 1954, desde el inicio de la participación en la II Guerra Mundial hasta el final de la de Corea. En

Imperio, a través de los ojos de John Hay, secretario de Estado con los presidentes William McKinley y Theodore Roosevelt, se asiste al nacimiento de la política expansionista de Estados Unidos, que decreta el fin de los antiguos ideales sobre los que se fundaba la República de Lincoln, y al inicio del imperio americano. Con la guerra emprendida contra España en 1898 y la consiguiente ocupación de Cuba, acaba la ilusión de que Estados Unidos fuera un país aislacionista y se afirma durante el siglo xx la teoría de la *full spectrum dominance* que parece haberse vuelto a poner de moda durante el mandato de Bush Jr. Son muchos los personajes reales que aparecen en la novela: Henry James, el escritor que denuncia la política expansionista norteamericana; Henry Adams, nieto y biznieto de presidentes, historiógrafo, símbolo de antiguos ideales ya desaparecidos; y, sobre todo, también Roosevelt, el presidente, y William Randolph Hearst, conocido propietario de una cadena de periódicos nacionales, hábil manipulador de noticias y público moralista de vida privada disoluta: dos auténticos arquetipos de la obra de Vidal que encarnan, respectivamente, el denostado imperialismo americano y el inmenso poder de los medios.

Uno de los hitos fundamentales de la reciente historia norteamericana lo representa el escándalo Watergate, que surge al descubrirse la infiltración de cinco personas relacionadas con la administración de Nixon en el interior del cuartel general del rival Partido Demócrata, alojado precisamente en el hotel del que el caso completo acabará tomando el nombre. Iniciado en 1972 con la legendaria investigación de Bob Woodward y Carl Bernstein, del *Washington Post*, el escándalo termina con la confesión de Richard Nixon y su dimisión de la Casa Blanca en 1974. Después del caso Watergate, el Congreso norteamericano aprobó algunas enmiendas decisivas del Federal Campaign Act, introduciendo la financiación pública de las campañas electorales, un límite de gastos para las contribuciones de los particulares y de los grupos de apoyo a los candidatos en las elecciones federales así como la publicidad

generalizada de las fuentes de financiación y de los gastos electorales. Desde entonces, el ciclo completo de las elecciones presidenciales, a partir de las elecciones primarias, está subvencionado también por el erario público. En el formulario de la declaración de la renta, cada ciudadano puede indicar su intención de destinar una parte de sus ingresos al fondo para las elecciones. En Gran Bretaña, los primeros límites a los gastos electorales se remontan a la *Corrupt Practices Act* de 1882, aunque las cosas no parecen haber cambiado mucho respecto a lo que escribía George Bernard Shaw: «Las elecciones son una atrocidad moral: un baño de fango para cualquier alma que se implique en ellas». Porque, como ha señalado Niall Ferguson, los costes de las campañas electorales representan para los políticos un clásico ejemplo del «dilema del prisionero»: si los dos partidos concurrentes cooperan pueden limitar los gastos, pero la tentación de no colaborar es grande, ya que el beneficio de la victoria (el poder) supera al coste de la propia campaña. Lo que también vale, naturalmente, para las empresas y lobbies privados que sostienen a los candidatos: estigmatizar sus donaciones equivale a decir que no se debería permitir a los ricos adquirir más acciones de una sociedad de las que adquiriesen los pequeños inversores.

«Una cosa sí debería admitir —afirmó una vez Nixon—, porque de lo contrario tendrían algo sobre lo que volver a hablar de mí; y es que hemos recibido algo, un regalo después de las elecciones. Un pequeño cocker spaniel [...]. Creo que nos lo quedaremos». «Puedo demostrar —dijo Henry Kissinger— que cuando salí de Washington, tenía el mismo número de circunferencia de la corona [...], perdón, de talla de sombrero que tenía cuando llegué».

«Se puede fingir —ha escrito Rodolfo Brancoli en un libro que propone el paralelismo entre el sistema norteamericano y el “nuestro”— ignorar que la política es cara, y limitarse a algún desahogo moralista, a algún sobresalto de indignación que acompañe a la intervención ocasional de la magistratura por un caso

macroscópico de corrupción que haya salido a la luz. Con raras excepciones, ése es el modo italiano de afrontar el problema, o mejor, de no afrontarlo».

La financiación, en definitiva, quizá no debiera ser pública, sino privada y absolutamente transparente, ya que —como escribió Thomas Jefferson— no hay nada más odioso que obligar a alguien a financiar opiniones que no comparte: es inmoral y tiránico. Aunque en un plano distinto al de la campaña electoral en sentido estricto, el mismo presidente republicano Theodore Roosevelt admite haber recurrido al intercambio de nombramientos con votos del Congreso. Spiro Agnew dimitió como vicepresidente de Estados Unidos en 1973 invocando el *nolo contendere*, por lo tanto sin tener que admitir sus culpas en la acusación de una evasión fiscal de casi treinta mil dólares de la época cuando era gobernador de Maryland. El presunto conflicto de intereses del presidente George Bush Jr. en el asunto que condujo a la quiebra de la multinacional Enron y en el papel de Halliburton y de otras compañías norteamericanas en la reconstrucción consecutiva a la guerra de Irak es sólo el último ejemplo de la implicación de los máximos cargos políticos norteamericanos en escándalos de amplia y varia dimensión. «Especulaciones y estafas dieron origen en Estados Unidos a las Blue Sky Laws a finales del siglo XIX, con el fin de impedir que financieros poco escrupulosos vendieran parcelas de terreno en los cielos azules [...]. Después de la falsificación y de la gran ilusión, el tercer ingrediente, es decir la ética, perennemente indicada para tapar los fallos de un sistema que sigue en la senda de la opacidad y de la manipulación, debe, sin embargo, ser cogido con pinzas, a fin de evitar que se convierta en la clásica hoja de higuera».

«La crisis norteamericana de 1929 —ha recordado Guido Rossi— indujo al legislador, con la famosa Glass Steagall Act, a eliminar a los bancos como financiadores de empresas. El resultado fue entonces benéfico, ya que creó el mayor mercado financiero del mundo y un sistema de controles adjudicado a una autoridad independiente, la Security Exchange Commission (SEC)». Esta última ha llevado a

cabo relevantes investigaciones sobre la corrupción del sistema financiero «con barras y estrellas» aunque sin tener asignado un papel específico en la lucha contra la corrupción, sino ejerciendo su mandato de proteger las inversiones de millones de ahorradores norteamericanos, por lo que pudo así atacar, en los años setenta, el sistema de desembolsos ilegales y de corrupción a nivel mundial de la Gulf (aunque finalmente pagó con la cárcel sólo un abogado acusado de falso testimonio). Y la propia SEC, más recientemente, junto al procurador Eliot Spitzer, ha situado bajo grave acusación a todo un sistema financiero ensayado en medio mundo y caracterizado por conflictos de intereses (entre controladores y controlados) de gigantescas proporciones, y ha acabado por hundir en el fango a blasonadas sociedades de auditoría financiera como Arthur Andersen y Merrill Lynch.

Siempre en el plano de la financiación de la política, un capítulo relevante de la historia norteamericana fue la legitimación de los llamados PAC, los Political Action Committee, que se hicieron protagonistas de la financiación a los partidos y de ese modo artífices sustanciales de la propia vida política nacional: *corporation*, sindicatos y asociaciones profesionales. Es la llamada *pressure community*, como escribe Rodolfo Brancoli, «asociaciones del *business* como la Cámara de Comercio o el equivalente a nuestra Confindustria, que actúan para hacer valer los intereses generales de la patronal, dedicándose generalmente a las orientaciones de política macroeconómica e impositiva. Pero la espina dorsal de la acción política por cuenta del *business* está constituida por las Trade Association, que representan a todas las empresas activas en un determinado sector, y que se dedican principalmente a cuestiones de reglamentación pública que afectan a toda una industria». Son miles los PAC registrados en representación de intereses norteamericanos y extranjeros. En Washington representan una auténtica potencia, con unas actividades económicas derivadas de grandes proporciones, entre abogados, empleados y representantes de cada profesión. Pero son muchísimas también las organizaciones de

participación voluntaria, fundadas en preocupaciones comunes de naturaleza no estrictamente económica, como los *citizens' groups*, los grupos de interés público, que combaten la libertad de abortar, la proliferación del armamento atómico o la discriminación racial. También la política de los lobbies se ha extendido al exterior del país, si nos atenemos a las acciones de presión que Henry Kissinger, Alexander Haig y otros secretarios de Estado llevaron a cabo a favor de China, privatizando así sus competencias públicas. Por el contrario, una reforma aprobada en 2002 (la Bipartisan Campaign Reform Act) ha incidido sobre el llamado *soft money*, las contribuciones teóricamente ilimitadas y nominalmente destinadas a las actividades organizativas de los partidos, que están también reglamentados con una cierta eficacia.

Incluso George Washington admitió que «bien pocos hombres pueden resistirse al mejor ofertante» y, no por casualidad, la Constitución norteamericana, a diferencia de muchas otras, hace una explícita referencia a la corrupción como uno de los posibles casos que pueden llevar al *impeachment* del presidente. Aunque no parece que eso pueda impedir tumores de consecuencias planetarias como en el caso Enron, que ha rozado parcialmente a dos presidentes como George Bush y su hijo. Al contrario, con los años el número de escándalos se ha multiplicado: del Billygate de Jimmy Carter (por cubrir los traspies del hermano menor del presidente) al Irangate de Ronald Reagan (por las relaciones secretas de su administración con Irán y la financiación de la *contra* nicaragüense), pasando por el Travelgate (ligado a la sustitución de la oficina de viajes de la Casa Blanca) hasta el Iraqgate que, surgido más o menos al mismo tiempo que la explosión de la bancarrota de la multinacional Enron que involucró a algunos exponentes del Gobierno y del Parlamento norteamericano, puso en evidencia las colusiones entre algunas empresas petrolíferas y los dos presidentes Bush (padre e hijo), sacando a la luz los negocios del vicepresidente Dick Cheney pero también los vínculos que en el pasado relacionaron a la familia Bush con la de Osama Bin Laden.

Hace algunos años se calculó que un senador norteamericano debe recaudar quince millones de antiguas liras al día para poder competir en la campaña electoral. Y desde ese punto de vista no sorprende lo que se cuenta en relación a la campaña presidencial de Robert Dole y Bill Clinton: un investigador universitario envió contribuciones electorales a ambos candidatos, a nombre de imaginarias asociaciones como «amigos de la pedofilia», «sociedad de amigos de la cocaína» y de entes «para la protección de la necrofilia». Inútil decir que los cheques fueron ingresados por los candidatos sin averiguación alguna sobre la proveniencia del dinero dispensado. «Me encuentro con un montón de cartas así de alto sobre el escritorio», cuenta el protagonista de *Todo un hombre*, de Tom Wolfe. «En cada una hay un cheque a nombre de mi comité electoral. Cada carta era un contrato entre la organización que la había enviado y yo. Una venía de una organización a favor de los derechos de los gays. Debía limitarme a firmar la carta en la que ponía que me declaraba favorable a los matrimonios entre personas del mismo sexo [...]. Llegado a ese punto, el cheque, de veinte mil dólares, hubiera sido mío».

«El miembro de una Asamblea —cuenta Ambrose Bierce— se había comprometido con sus electores a no robar, pero al final de su mandato se había llevado a casa una buena parte de la cúpula del Capitolio. Por eso, los electores, indignados, se reunieron y votaron una moción de censura. “Sois muy injustos”, dijo el miembro de la Asamblea. “Es verdad que os prometí que no robaría; ¿pero acaso os prometí nunca que no mentiría?”». El diputado de Bierce tiene el mérito indudable de contarnos cómo son realmente las cosas: la mentira es la reina de la política. El mal, parece querernos decir, no está en el hurto, sino en su ocultación, en la falta de honradez intelectual que sigue al latrocinio.

Entonces, quizá, la cuestión es sólo ésta: si no es posible impedir el hurto y el tráfico ilegal de influencias, ni siquiera en un régimen totalitario, que al menos se establezcan las condiciones esenciales para que no sea necesario mentir y esconder torpemente la

evidencia. En un sistema de representación democrática, en suma, la necesidad de financiaciones privadas es una realidad ineludible, de la misma manera que el mercadeo de votos resulta ser una regla sin excepciones. El consenso se consigue mediante interacciones clientelares y con la equitativa distribución de favores porque, en el fondo, las reglas económicas gobiernan las relaciones humanas y, con mayor razón, el vínculo de representación que liga a la clase política con los electores.

Charles Wright Mills firmó en los años cincuenta un ensayo con el título de *White Collar* [cuello blanco], que se aproxima mucho a la verdad cuando describe a la sociedad contemporánea como una «gran sala de ventas»: «El mundo del vendedor es hoy el mundo de todos y, en parte, todos se han convertido en vendedores. El mercado, al expandirse, se ha hecho más impersonal y al propio tiempo ha asumido un rostro más íntimo, familiar. Ciencia y amor, virtud y consciencia, dotes y animosidad cultivados con el mayor cuidado: ¿qué es lo que no pasa a través del mercado? El nuestro es un tiempo de venalidad. El mercado penetra hoy en cada institución, en cada relación. En torno a nosotros, por todas partes, nos encontramos con el espíritu del regateo, de la búsqueda petulante del pequeño negocio, la papagayesca teología del dinamismo, la valoración comercial de los tratos personales: el aire, en público y en privado, está saturado de *salesmanship*». Por otro lado, «¿qué tipo de sociedad —se ha preguntado Milton Friedman— no está estructurado sobre la codicia? El problema de la organización social es el de crear una situación en la que la codicia haga el menor daño posible». «Es una paradoja de la sociedad ávida de ganancias en la que vivimos —ha escrito Gore Vidal— que, por mucho que la moral privada esté regulada por la ley, al empresario se le concede una notable libertad de usar y abusar del público para hacer negocios».

Desde la descripción de Mills se llega fatalmente, a finales de los años sesenta, a una crisis de la propia sociedad consumista y del modelo capitalista norteamericano. Por primera vez, la política exterior «imperialista» y la corrupción de la clase dirigente que

representa ese modelo económico son ferozmente criticadas. La protesta política nace en el 68 en los campus de algunas de las principales universidades norteamericanas, alcanza poco después a Europa e incendiará los ánimos de toda una generación. El fenómeno durará años y sus sostenedores agitarán sus «libros rojos» junto a los textos de sus buenos y malos maestros. «La bárbara religión actual del éxito no es simplemente inmoral —escribe Theodor W. Adorno en *Minima moralia*—, sino que habría que decir que con ella Occidente retorna a las venerables costumbres de los padres. Toda forma de moral se ha construido sobre el modelo de la inmoralidad y la ha reproducido, hasta hoy, en cada estadio del desarrollo». Los ensayos de Adorno se unen en esos años a los de Max Horkheimer y al Marcuse de *El hombre unidimensional*, que no sólo exponen las contradicciones entre principios revolucionarios burgueses y relaciones de trabajo capitalistas, sino que evidencian también cómo en la sociedad industrial los principios de la autoridad, del utilitarismo, de la libertad, del hedonismo acaban cambiando de modo definitivo su propio significado.

Más allá de cuanto efectivamente hubiera de cierto en tales reflexiones, no cabe duda de que el sistema norteamericano y su «neoimperialismo» han acabado por volver al banquillo de los acusados en una época que ha visto cómo la situación política internacional cambiaba drásticamente con el fin del sistema de disuasión nuclear propio de la Guerra Fría, la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, hasta el nuevo e imparable enfrentamiento entre el norte y el sur del mundo. Algunos politólogos que han dedicado sus estudios al caso de los países en vías de desarrollo han observado que la corrupción ha tenido un papel esencial en el proceso de evolución democrática. El intercambio de favores habría sostenido el nacimiento de partidos políticos y facilitado el progreso social y económico. La realidad es quizá un poco más compleja: en 1996 los surcoreanos condenaron por corrupción al ex presidente Chun Doo Hwan, quien, por lo demás, no sólo fue un dictador, artífice de sangrientas represiones,

sino también el líder del milagro económico de los años ochenta, que situó al país entre las diez primeras potencias industriales del planeta. Antes de condenarle a muerte, los surcoreanos quizá hubieran podido reconocerle el mérito de haberse lucrado constantemente con negocios excepcionales y contratos públicos corrientes, permitiendo así una formidable aceleración del crecimiento económico del país. Pero esto no vale sólo para los países del segundo y tercer mundo: en el periodo de su máxima expansión económica también Estados Unidos tuvo con la corrupción de la clase política y empresarial una contribución esencial a su propio desarrollo: una forma de cleptocracia aparentemente complementaria a la necesaria acumulación de capital.

Hoy, en la era de *El choque de civilizaciones* (Samuel P. Huntington, 1997), las obras de Tucídides y los escritos de Maquiavelo parecen volver a ser los textos de referencia del llamado pensamiento «neoconservador» o «neoimperialista». Sus criterios consideran el desmontaje del derecho internacional, más o menos inducido por la caza de los recursos petrolíferos o por el potente cártel de la llamada industria bélica, como el mal menor frente a las amenazas globales, como el fundamentalismo islámico, que ponen en duda la validez del sistema civil y económico occidental. «La corrupción es nuestra protección. La corrupción nos mantiene calientes y al resguardo. La corrupción es la razón por la que tú y yo vamos por ahí presumiendo en lugar de pelearnos en la calle por restos de carne. La corrupción... es la razón de nuestra victoria». Esta es la lección de realismo impartida a George Clooney en la película *Syriana*, que cuenta la historia de un agente de la CIA y de las investigaciones del Departamento de Estado de Estados Unidos y de un gran despacho legal sobre dos compañías petrolíferas que se funden para explotar los ricos yacimientos de Kazajistán. «¿Queréis saber la causa de la guerra? —preguntaba Henry Ford—. Es el capitalismo, la codicia, la sucia hambre de dólares. Quitad a los capitalistas y habréis borrado la guerra de la faz de la tierra».

10. EL CASO ITALIANO

«Los italianos no soportan a la autoridad, al Gobierno, a los encargados de la policía y del reglamento civil, por una razón natural y fisiológica: su incoercible narcisismo. La falta total de una lógica asociativa.»

CARLO EMILIO GADDA

y, sierva Italia, del dolor albergue, / nave sin piloto en la gran
«**A**tempestad». Ríos de palabras (como estos versos de Dante) han hecho ya de un pueblo de santos, poetas y navegantes un monstruoso amasijo de asesinos, siervos y mercenarios, «de santos, de poetas, de navegantes, de sobrinos y de cuñados...», como escribía Ennio Flaiano. En este sentido, Italia, que ha sido por excelencia tierra de bandidos, capitanes de mercenarios y aventureros capaces de ponerse al servicio de Estados extranjeros vistiendo, según los casos, ropajes de soldados, de hombres de letras, de artistas, de comediantes, de sacerdotes y demás modelos, ofrece figuras de gran interés, en un arco temporal que va desde Pietro Aretino, a fines del Renacimiento, a figuras del siglo XVIII como el conde de Cagliostro y Giacomo Casanova, cuyas *Memorias* son la auténtica biografía de un estafador capaz de pasar de un país a otro apenas sus fraudes son descubiertos: «El hombre que quiera hacer fortuna en esta antigua capital debe de ser un camaleón, un Proteo capaz de asumir todas las formas».

Aristarco Scannabue (de nombre real Giuseppe Marc'Antonio Baretti), fundador y animador de la dieciochesca «Frustra Letteraria», en *Dei costumi e dei modi d'Italia*, explicando al lector inglés y europeo la facilidad para huir de la justicia de los malhechores causada sobre todo por las numerosas soberanías en las que estaba dividido el país (y por la frecuente fuga de un Estado a otro de los perseguidos) recordaba también que «los de nuestro pueblo, por un erróneo principio de humanidad y por una todavía más errónea

cuestión de honor, no harán de esbirros, es decir de policías, y no concederán ninguna ayuda a los oficiales de la justicia en el cumplimiento de su deber; y podríais hasta convencer a un italiano a padecer martirio antes que obligarle a detener a un hombre en búsqueda». Citando luego el caso del «pobre panadero» condenado a muerte por error en Venecia, explica cómo «desde entonces en Venecia y muchas otras partes de Italia los jueces no se consideran satisfechos fácilmente por las pruebas, por evidentes que sean, cuando se juzga a un hombre; y de ahí la general lentitud de los procesos y la larga demora de las penas...».

«Oh, de todo vicio fétida sentina / duerme, Italia ebria, y no te pesa / que ora de esta gente, ora de aquella / ¿tras de haber sido sierva, te has hecho doncella?», así escribía, hace siglos, Ludovico Ariosto. Es un lugar común, sin duda, pero sobre los hombres y las mujeres del «Bel Paese» persiste también la opuesta e igualmente reprochable leyenda: que los poderosos de la península, sí, han pecado y mucho, pero la sociedad, la civil (la misma que ha querido bien o mal a esos poderosos), ha permanecido virgen en ese marasmo, como por milagro o altísima intercesión. Una Italia, por tanto, país de bandidos como «il Passatore» o el celeberrimo Ghino di Tacco (citado por Dante y por Boccaccio), pero también el país de Bertoldo, el personaje creado por Giulio Cesare Croce, capaz de oponer la sabiduría de la pobreza del mundo rural a la riqueza y a los atropellos de la dominación cortesana. Como escribía Giuseppe Mazzini, enumerando los males de la nación dividida e incitando a la causa republicana, «la monarquía, al introducir el privilegio en la cima del edificio social, amenaza igualdad y libertad, y necesita de un elemento intermediario de aristocracia, que brota de la desigualdad y de la corrupción de la nación entera».

¿Por qué Italia no ha tenido nunca una revolución? Porque, en palabras de Umberto Saba, «los italianos no son parricidas; son fratricidas. Rómulo y Remo, Ferruccio y Maramaldo, Mussolini y los socialistas, Badoglio y Graziani... Los italianos son el único pueblo (creo) que tienen en la base de su historia (o de su leyenda) un

fratricidio. Y es sólo con el parricidio como se inicia una revolución. En vez de ello, los italianos quieren dar al padre, y obtener de él, a cambio, el permiso de matar a los otros hermanos». Tampoco los orígenes mitológicos de Italia parecerían ayudar al carácter nacional. Según Cesare Garboli (*Ricordi tristi e civili*) Eneas «es un héroe pasivo que funda un imperio casi a regañadientes porque la historia ya ha sucedido con la destrucción y el incendio de Troya». Añade Raffaele Simone que Eneas es en realidad el campeón del *familismo* italiano, «que huye llevándose al padre en la grupa y al hijo de la mano» mientras la ciudad se quema. Y el primero en hablar de *familismo* como uno de los mayores males de Italia fue un célebre estudio sobre el sur del país de Edward C. Banfield (*Las bases morales de una sociedad atrasada*) en los años cincuenta del pasado siglo, que hablando precisamente de «*familismo* amoral» teorizaba sobre el predominio de la ética de la familia y de sus intereses respecto al bien común o a las responsabilidades frente a las instituciones. El pueblo de Chiaromonte, en la Basilicata (rebautizado, por «buena crianza» científica, con el nombre de «Montegrano»), cuenta con algunos miles de almas y se jacta de una misión «áurea»: maximizar las ventajas materiales inmediatas propias y de la familia incluso en perjuicio de los de los demás. «En una sociedad de familistas amoral», explica Banfield en las conclusiones de su trabajo, «faltará toda forma de control sobre la actividad de los funcionarios públicos, porque esta tarea corresponde sólo a los superiores jerárquicos de esos funcionarios [...]. El familista amoral, cuando ostenta un cargo público, aceptará sobornos y favores si consigue hacerlo sin tener problemas». Los testimonios aportados por el autor son más que reveladores. Un joven se pregunta: «Si me presentase como candidato a las elecciones, todos me preguntarían: “¿por qué quiere ser elegido?”. Y cada vez que alguien quiere hacer algo nos preguntamos: ¿cuáles son sus fines? [...]. El comerciante más acomodado del centro está construyendo un cine. Pero requiere de un permiso especial de las autoridades competentes... Si consiguiera un sobre con cien mil liras y lo

deslizara en el bolsillo adecuado, obtendría la autorización inmediatamente. “¿Y por qué no lo hace?”, le pregunta el investigador. “Porque no tengo cien mil liras que poder gastar”». Uno de los aspectos sobre los que más insiste Banfield es el aspecto educativo, el de la instrucción familiar y el de la pública. Porque si un joven crece convencido de los valores del *familismo* amoral difícilmente consigue librarse de ellos. Probad a imaginaros a un joven que crece en un país con el ejemplo de un jefe del Gobierno acusado de infamias de diversa naturaleza y que, del modo que sea, trata de evitar que se le juzgue utilizando cualquier instrumento que el cargo ponga a su disposición. Si no tiene la suerte de escuchar un coro distinto del televisivo (controlado, naturalmente, por el jefe del Gobierno) acabaría por creer que cierto comportamiento delictivo y la posibilidad añadida de no responder por él constituyan en el fondo la normalidad.

En la historia italiana, ha escrito Sergio Turone, «desde el nacimiento del Reino unitario hasta hoy, la economía de la corrupción ha corrido el riesgo, en distintas ocasiones, de superar los niveles de alerta, más allá de los cuales, como ocurrió en 1922, el fenómeno amenaza la supervivencia misma del sistema democrático». Y los motivos principales los enumera el mismo Turone: en primer lugar la teocracia que ha regido al menos una parte de la península desde la caída del Imperio romano en adelante, y después, la tradición enraizada, por lo general en algunas regiones del sur, de una fuerte criminalidad organizada que, dependiendo del lugar, ha ido tomando los nombres de «Mafia», «Ndrangheta» y «Camorra», y que, desde el desembarco norteamericano en Sicilia hasta la lucha de las izquierdas por el nombramiento de una comisión antimafia entre 1944 y 1962 por lo menos, hasta el tiempo de los grandes atentados, no sólo ha contaminado el Gobierno del país sino que lo ha manchado con una larga estela de sangre que llega hasta los asesinatos del general Carlo Alberto Dalla Chiesa y de los magistrados Giovanni Falcone y Paolo Borsellino. En uno de sus libros de mayor éxito, Andrea

Camilleri explica el significado de *La bolla di componenda*: «Quiere decir “las cosas que se deben o se pueden componer”, era una antigua tradición siciliana de compromiso, una transacción, entre las instituciones y la delincuencia, y el Estado cuando vino [al Sur] se ajustó a esta práctica tradicional, con el bandidaje, con la Mafia y con los muchos prepotentes... La más simbólica e increíble de todas es la que garantizaba el poder eclesiástico a quien, pagando un óbolo más o menos grande según el delito, adquiría el derecho preventivo a la absolución [...]. Gracias a la componenda, el damnificado podía recuperar la posesión de aquello que le había sido sustraído. A cambio, retiraba toda denuncia... Por esta vía se conformaba una ley, una legalidad distinta».

Antes de resultar una víctima de quienes él mismo acusaba, el magistrado Rocco Chinnici escribía esto: «Hoy más que ayer, la Mafia, insertada como está en la vida económica de la isla, no puede prescindir de sus relaciones con la política. Lo demuestran hechos como que en ocasiones se haya visto a empresas mafiosas adjudicarse contratos por decenas de miles de millones, excluyendo a otros concurrentes. Ello se ha podido verificar como consecuencia de los vínculos existentes entre semejantes empresas y algunos sectores de los poderes públicos». Lo que también es válido para el enorme negocio del tráfico de armas y de estupefacientes que floreció sobre todo en los años ochenta, y sobre el que las investigaciones conducidas por Falcone, en particular, pusieron en evidencia los vínculos de las mafias siciliana, calabresa y napolitana, así como grupos de Italia del norte, con traficantes de heroína y de armas belgas, franceses y de Oriente Medio, confirmando que «las poderosas familias que operan en Estados Unidos y Canadá y que provienen en su mayor parte de Sicilia occidental están en situación de dependencia respecto a las asociaciones mafiosas de los países de origen».

Junto a estos dos factores «históricos» hay otro, más reciente pero de fundamental importancia, como es la ausencia de una auténtica democracia de la alternancia en la segunda posguerra

debida en gran parte a la exclusión de la gestión del poder de uno de los más fuertes partidos comunistas de Occidente (el «factor K», según la definición de Alberto Ronchey). Como ha escrito Giuseppe Maranini en su *Storia del potere in Italia* [Historia del poder en Italia], «la prevalencia de los intereses de las burocracias de los partidos sobre los de la nación revela las complicidades de algunas de esas burocracias, al menos de la democristiana y de la comunista, a favor de un sistema favorable a sus intereses directos [...]. La sinceridad de la lucha política en Italia después de la caída del fascismo siempre ha encontrado un límite en estas solidaridades secretas».

En 1941, en una cueva natural de los bosques de Montenegro, estaban escondidas más de mil cajas de madera con el sello de la banca nacional del Reino de Yugoslavia que contenían en conjunto sesenta toneladas de oro, pero también billetes de banco, moneda extranjera de curso corriente, dinares y monedas valiosas del difunto Imperio otomano. Era el tesoro del rey de Belgrado, que se disponía a la fuga. Unos doscientos mil millones de la época. Algún tiempo después, un tren hospital, con la argucia de un presunto peligro de contagio, salió del puerto de Cattaro hacia Trieste. Entre los bastidores del golpe estaba un joven oficial del ejército italiano, Licio Gelli. ¿Dónde acabaron aquellas cajas de caudales? ¿Y qué relación existe entre aquel episodio y un misterioso encuentro romano entre Gelli y Palmiro Togliatti después de la guerra? De hecho, tras el encuentro, unas veintisiete toneladas de oro fueron restituidas a la Yugoslavia de Tito. ¿Hubo una compensación para Gelli? Y, en cualquier caso, ¿adónde fueron a parar los restantes lingotes de oro? Gianfranco Piazzesi ha tratado de desvelar el enigma en un libro, *La caverna dei sette ladri* [La cueva de los siete ladrones], pero el misterio continúa y está inevitablemente entrelazado, según el autor, con el origen de muchas tramas oscuras de la Primera República, desde el caso de la P2 al homicidio de Mino Pecorelli.

Se dice que en 1942 el conocido gánster italoamericano Lucky Luciano, que estaba encarcelado en Estados Unidos, fue trasladado al sur de Italia porque había aceptado colaborar en una misión importante: ayudar a los norteamericanos tras el desembarco en Italia a tomar contacto con la mafia siciliana, a fin de garantizar el orden público y el gobierno de la isla. Un pacto con el diablo que demostraría hasta qué punto la nueva historia republicana de la posguerra estaba viciada desde su inicio por la ilegalidad y por una relación anómala entre instituciones y criminalidad. Un inicio de posguerra que, por otra parte, no está exento de misterios: los procesos de Viterbo, Roma y Palermo nunca aclararon del todo porqué el bandido Salvatore Giuliano fue inducido a acabar ferozmente con la vida de once personas y ocho cuadrúpedos en la matanza de Portella delle Ginestre el 1 de mayo de 1947. Sobre las motivaciones y sobre los posibles inductores, y en particular sobre el papel del teniente Gaspare Pisciotta, no se ha arrojado nunca luz suficiente. Pero un rápido resumen de los grandes misterios italianos y de sus trágicas consecuencias puede ser útil: «Entre 1969 y 1980 tuvieron lugar en Italia 12.690 atentados y otros episodios de violencia que provocaron la muerte de 362 personas y 4.490 heridos. De ellos, 150 y 551 son, respectivamente, los muertos y heridos en matanzas, 11 en total, la primera en diciembre de 1969 en la Piazza Fontana de Milán, la más grave (85 muertos y 200 heridos) en la estación de Bolonia en 1980. Estas cifras no comprenden las víctimas de mafia. Ninguna otra democracia occidental ha conocido fenómenos de gravedad y dimensiones ni siquiera lejanamente comparables a los italianos» (Alessandro Silj).

El escritor Luciano Bianciardi no escondió nunca su desilusión con el panorama político nacional: «Desde hace mucho tiempo la política ha dejado de ser la ciencia del buen gobierno y en vez de ello se ha convertido en arte de la conquista y de la conservación del poder». «La bondad de un hombre político —añadió en *Vita agra*— no se mide por el bien que consigue hacer a los demás, sino por la rapidez con la que llega a la cima y por el tiempo que se mantiene en ella».

Hay una vieja película de los años cincuenta que no ha perdido actualidad. Su título es *El moralista* y su protagonista es Alberto Sordi en el papel de un hombre conocido por sus costumbres morigeradas, que se ocupa de una fantasmal «Oficina internacional de la moralidad»: en el punto de mira de Agostino (ése es su nombre) están *night clubs* equívocos, películas consideradas obscenas para las buenas costumbres y otras varias presuntas inmoralidades. Pero Agostino no pierde el tiempo y corteja a la hija de su presidente, el cual, para favorecer la carrera de su futuro yerno, lo manda a un congreso en Alemania. Aquí sale a flote la verdadera naturaleza del protagonista, el cual en realidad también es un tipo de pocos escrúpulos dispuesto a demostrar toda su astucia organizando una especie de sórdida gira de «chicas de costumbres fáciles». Así, cuando nuestro personaje vuelve de su misión y el presidente le acusa de sus ambiguas andanzas, a su vez él chantajea a su jefe difundiendo la noticia de una relación adulterina del mismo: una relación que, de todos modos, no será suficiente para salvarle de la acción (más o menos larga) de la justicia.

Son los años del milagro económico, los mismos en los que se abrierán camino personajes como Enrico Mattei, que en el extranjero buscaba nuevas e inéditas alianzas contra las «siete hermanas» del petróleo mundial, y mucho más prosaicamente en el Frente Nacional, como padre y patrón del ENI (Ente Nazionale Idrocarburi), utilizaba, y él mismo lo admitía, a los partidos italianos «como taxis». «Sospechábamos que industriales como Mattei y carromatos como el Istituto per la Ricostruzione Industriale fueran los tesoreros ocultos de algunos partidos. Pero no nos escandalizábamos, pasaba en todas partes», declaró William Colby, hombre de la CIA en Roma de 1953 a 1958. «En los años sesenta —ha dicho Claudio Martelli en una entrevista— no digo robar, pero alimentar de distintas formas y de varios modos las cajas de los partidos no se consideraba una cosa inconveniente». Pero son también los años en que una serie de investigaciones periodísticas ponen en duda la honradez del presidente de la República suscitando el escándalo acerca de

sospechosos negocios de la familia Gronchi. Son los años de los reportajes y los editoriales del *Mondo* de Mario Pannunzio, en el que Ernesto Rossi escribe que «la especulación como método de procurarse ganancias privadas ha encontrado vía libre a través de la somnolencia de los órganos dirigentes». «Desde los años sesenta — ha escrito Silj en su *Malpaese*— los escándalos estallarán cada vez más a menudo deliberadamente para ser utilizados en las disputas entre partidos o entre facciones de un mismo partido. Esta tendencia, ya evidenciada en el caso Montesi, se acentúa con el nacimiento del centro-izquierda. Se ha acabado la época de la corrupción ocasional y por así decirlo artesanal, cuando a los políticos recolectores de dinero público se les llamaba «tragones», y a las comisiones, «azucarillos». Se entra en la corrupción elevada a sistema, en el cual las cúpulas de los partidos se hacen cómplices de la ley del silencio y empantanar las investigaciones».

En 1961, el escándalo del nuevo aeropuerto de Roma (cuyas obras duraron quince años, con costes diez veces superiores a los presupuestados) salpica también a Randolpho Pacciardi; la investigación, sin embargo, excluirá sus responsabilidades. Junto al fenómeno de las comisiones dispensadas preferentemente a los partidos gobernantes por empresarios y lobbies interesados, está también lo que Valerio Riva ha definido como «el oro de Moscú», es decir, las diversas formas de financiación oculta que el Partido Comunista soviético concedió en abundancia a los partidos hermanos y en particular al PCI bajo la dirección de Togliatti y de Berlinguer: «Una máquina que ha funcionado ininterrumpidamente durante un siglo moliendo dinero y desparramándolo por las cuatro esquinas del globo [...]. Dinero que no se ha usado con la fastuosidad delirante de nuevos nerones, sino con la tacañería de chupatintas de la mafia, para comprar a políticos, sobornar a movimientos y partidos, pagar a espías, comprar a intelectuales, catequizar a las multitudes». El de la financiación de los partidos durante la Guerra Fría, ha dicho Giovanni Pellegrino, era un sistema del que el PCI era de algún modo partícipe... Es decir: las

financiaciones de la CIA y de las industrias del Estado a los partidos del Gobierno, y las de los soviéticos a los comunistas, a los que también se les reconocía una «tangente» por su intermediación en los negocios entre las industrias italianas y los Gobiernos del Este, era un sistema aceptado tanto por unos como por otros. Hasta el punto de que cuando más tarde disminuyeron las ayudas del exterior se buscó una compensación a través de las contrataciones públicas, de las que nunca se excluía a las cooperativas rojas.

Por su parte, entre el final de 1946 y el inicio del año siguiente, Alcide de Gasperi, gracias a un viaje a Estados Unidos, llevó como dote a Italia (y de hecho a quien la gobernaba) un gran préstamo del Export Import Bank. Para la campaña electoral de 1948, si los comunistas recibieron, entre otras cosas, centenares de toneladas de papel muy útiles para la propaganda, De Gasperi obtuvo del Departamento de Estado estadounidense, prácticamente de manera directa, 25.000 dólares (y 300 toneladas de papel). Es quizá el fin de las ilusiones de la Resistencia, como la vemos retratada en *El reloj*, de Carlo Levi, donde la protagonista es una Roma burocrática y corrupta, de algún modo en el origen de la que nos es tan cercana.

Es en otoño de 1973 cuando Berlinguer, secretario del Partido Comunista Italiano, pone en marcha el «compromiso histórico» (con muchos disidentes dentro de su propio partido). El líder del mayor partido de la oposición propone una política de *austerità* e invita a apoyar la lucha contra el derroche y a poner freno al consumismo más exasperado. De hecho es el inicio de la llamada «cuestión moral» de la que habla el secretario comunista en una célebre entrevista de 1981 con Eugenio Scalfari: «¡Los partidos ya no hacen política! Se hacía en el 45, en el 48, y hasta finales de los años sesenta. Hoy ya no es así: los partidos se han degenerado. Los partidos de hoy son sobre todo maquinarias de poder y de clientela; ideas, ideales y programas, pocos o vagos; sentimientos y pasión civil, cero. Gestionan intereses, de lo más dispares, de lo más contradictorios, a veces incluso equívocos, en todo caso sin ninguna

relación con las exigencias y con las necesidades humanas emergentes, o bien las distorsionan, sin perseguir el bien común. Su misma estructura organizativa ya se ha adaptado a ese modelo, ya no son organizadores del pueblo, formaciones que promueven su maduración civil y la iniciativa: son más bien federaciones de corrientes, de camarillas. Los partidos han ocupado el Estado y todas sus instituciones, empezando por el Gobierno. Han ocupado los entes locales, los entes de previsión, los bancos, las empresas públicas, las instituciones culturales, los hospitales, las universidades, la RAI, algunos grandes periódicos [...]. Muchos italianos se dan cuenta perfectamente del tráfico ilegal que se hace con el Estado, de las prepotencias, de los favoritismos, de las discriminaciones. Pero gran parte de ellos están bajo chantaje. Han recibido favores (obtenidos mediante los canales de los partidos y de sus corrientes) o esperan recibirlos, o temen no recibir más». La cita es algo larga pero es una imagen que no cambiará en mucho tiempo y, por otra parte, sigue conservando hoy una inevitable actualidad.

Como escribe Giorgio Galli, reconstruyendo los acontecimientos políticos y financieros de aquellos años, la gran crisis energética derivada de la guerra del Yom Kippur de 1973 «fue utilizada por la burguesía financiero-especulativa de la Italia subterránea para ulteriores intereses ilícitos», desencadenando en los primeros meses de 1974 la efímera «primavera de los honrados» que, por ejemplo, verá a un periodista como Piero Ottone defender la línea del *Corriere della Sera* contra los ataques de una parte de la clase política y del Gobierno.

Uno de los escándalos italianos más conocidos y con mayores consecuencias tiene lugar algunos años después: es en 1977, cuando la comisión parlamentaria que entiende sobre los procedimientos de acusación pide la autorización al Parlamento para que se juzgue a los ex ministros de defensa Luigi Gui y Mario Tanassi, acusados de corrupción en relación con las comisiones pagadas por la industria aeronáutica Lockheed (durante mucho tiempo el mayor proveedor norteamericano de la Defensa). El 10 de

marzo el Parlamento concede la autorización; el proceso ante la Corte Constitucional concluirá dos años más tarde con la condena de Tanassi (pero el escándalo condujo a la dimisión del Quirinal del presidente Leone, como consecuencia de las acusaciones que lo identificaban, según el código de los mensajes interceptados, como el «antílope cobbler» y destinatario de comisiones de la multinacional norteamericana). Pero podríamos recordar muchos otros episodios, como el del asesor Vito Ciancimino en Palermo o el del armador y político Achille Lauro, fundador de la mayor compañía de navegación privada de Italia, que fue además alcalde de Nápoles en los años cincuenta, en un periodo caracterizado por difusos fenómenos de corrupción y degradación urbanística. Condiciones de decadencia que también se ven retratadas en la película *Le mani sulla città* (1963), de Francesco Rosi.

En los años setenta, Leonardo Sciascia puso en escena en *Todo modo* un seminario de un grupo de notables democristianos, reunidos para unos ejercicios espirituales, que se ve afligido —en una atmósfera ya turbia y ambigua— por una serie de homicidios entre los convocados: el honorable Michelozzi, después el abogado que ha prometido hacer revelaciones y finalmente el sacerdote propietario de la ermita en la que se han reunido ministros, dirigentes, banqueros y eclesiásticos. En un momento dado, el comisario les dice que ha encontrado una pista: «¿Un hilo? Digo mal: miles de hilos, y todos amontonados... Un montón hasta aquí de fotocopias de cheques. Todos firmados por Michelozzi, a cuenta de fondos secretos o especiales de los que disponía». «Pero ¿hay cheques a nombre de alguno de los que están aquí?», se le pregunta. «¿De alguno? De todos. No hay ninguno que no haya tenido su parte... Y por lo tanto de esos cheques pueden salir centenares de pequeños procesos por malversación, concusión, peculado; o sólo un gran proceso. Pero un proceso por homicidio, nunca».

Quizá tenía razón Italo Calvino cuando en marzo de 1980 firmó en *La Repubblica* un «Apólogo de los honrados en el país de los corruptos». En ese país «todas las formas de lo ilícito, desde las más indolentes a las más feroces, se unían en un sistema que tenía su estabilidad, compacidad y coherencia [...]. Un sistema en el cual muchísimas personas podían hallar su ventaja práctica sin perder la ventaja moral de sentirse con la conciencia tranquila». Inútil, pues, esconderse detrás de un dedo, el país de los corruptos no es sólo el fruto de la ferviente imaginación de un escritor de excepción: el país de los corruptos es probablemente en el que vivimos y en el que vive buena parte de los habitantes del planeta, donde la de los honrados es precisamente una minoría. Los ciudadanos que se resistían al latrocinio —para Calvino— lo hacían «no por alguna razón especial (no podían referirse a grandes principios, ni patrióticos, ni sociales, ni religiosos, que ya no estaban en boga); eran honrados por hábito mental, condicionamiento del carácter, tic nervioso. En consecuencia, no podían hacer nada si eran así, si las cosas que contaban para ellos no eran directamente valorables en dinero, si su cabeza funcionaba siempre en función de los anticuados mecanismos que relacionan ganancia y trabajo, el aprecio con el mérito, la satisfacción propia con la satisfacción de otras personas».

Alessandro Galante Garrone habla sin medias tintas de una tradición italiana «portadora de ilegalidad», una tradición que tuvo origen —sostiene— en la ausencia de una depuración de los dirigentes públicos y de los profesionales conniventes con el fascismo.

En este sentido, la literatura nacional no carece de ejemplos sobre esa tradición de difusa legalidad. Se le atribuye esta anécdota a Vitaliano Brancati: «Un empresario propone un negocio a un alto funcionario, que le responde así: “He escuchado atentamente su propuesta. ¡Tenga un poco de paciencia! Espere un momento. La honradez se me pasa pronto. Debo estrujarme la cabeza y pensar en mi padre, que murió con un pijama zurcido. Y la honradez se me

pasa. Espere aún un minuto y su propuesta, que me está revolviendo el estómago y que me da ganas de echarle a usted a patadas, la aceptaré”».

Sobre el mismo tema escribió Luigi Pirandello en *El placer de la honestidad*, donde, como ha observado Giovanni Raboni, junto al acostumbrado tema de la contradicción entre realidad y apariencia se introduce otro: «El de la relación entre la responsabilidad de los corruptores y la del que se deja corromper». Por un lado está el rico aristócrata Fabio que trata de ocultar una historia de amor que ha producido un fruto no esperado (un hijo); por otro, el pobretón y tramposo Baldovino, que acepta hacerse pasar por padre del futuro niño pero pide que todo parezca correcto en público, al menos formalmente, por el solo placer de parecer honrado en una sociedad que no facilita ciertamente las cosas. ¿Quién es entonces el mayor culpable de los dos, contando con que se pueda señalar a uno? «Pirandello no tiene dudas en que lo sea el primero —sobre todo porque, señala Raboni— el corrupto tiene la atenuante de actuar en condiciones de grave necesidad material [...]. Pirandello va a contracorriente respecto a la moral establecida; baste pensar en cómo en la Italia de esos años el desprecio de la opinión pública se dirigiera bastante más contra los perceptores que contra los dispensadores de “tangentes”».

El ex profesor y diputado Frangipane —el *onorevole* de una breve obra de Leonardo Sciascia— es otro «ejemplo literario» que se aproxima bastante a la realidad: «Durante los dos primeros años me comporté a la manera de Ambrosini: pensaba que mi único deber, en una asamblea legislativa, era el de participar en la elaboración de las leyes; y que bastaría, en relación con la circunscripción de la que directamente provenía mi mandato, mi preocupación en orden a problemas generales de la comunidad. Pero cuando me di cuenta de que dentro de mi propio partido había quien se dedicaba a cavar mi tumba, ah, no, entonces me pongo a combatir con vuestras mismas armas [...]. El moralismo, querido Monseñor, es una especie de filoxera de la práctica política».

El conciudadano Scimeni le propone un negocio a Frangipane: «Este plan tan bueno lo deben llevar al consejo, se necesita la aprobación del consejo: ¡que no escape! Y ahí entramos nosotros en liza. Usted, Sinatra y, modestamente, el que suscribe [...]. Yo ya he empezado a trabajar a algún consejero [...]. Y les decimos: ¿y por qué este pueblo tiene que extenderse hacia el cementerio, hacia abajo, hacia el valle, si su expansión natural es hacia arriba, hacia el Casale?». Frangipane todavía no le entiende: «¿Y por qué lo decimos?». Scimeni no podría ser más claro: «Usted me entiende al vuelo [...]. Lo decimos porque los terrenos del Casale son míos y de mis amigos». Frangipane se muestra inamovible: «¡Ni hablar del asunto!». Scimeni insiste: «Entonces hagamos lo siguiente [...]. Su hija ha tenido una niña, la tercera si no me equivoco [...]. De modo que la familia de Fofò va creciendo [...]. ¿Y acaso Fofò no se merece que le echen una mano?». Frangipane finalmente cede: «Entiendo, entiendo [...]. ¡Con usted no hay manera de ganar!».

Las cosas no cambian mucho en el Turín de los años setenta. En *La mujer del domingo*, al término de una investigación bien construida, los comisarios De Palma y Santamaria enfrentan a la señora Tabusso ante sus responsabilidades. Los autores, Carlo Fruttero y Franco Lucentini, desvelan así el móvil del doble homicidio con una reconstrucción inspirada y puntual. De Palma describe en estos términos la hipótesis de la acusación: «Sabemos que usted quería parcelar su finca. Óptima idea, óptima especulación: vivir de las rentas debe haberse hecho bastante difícil al día de hoy...». Pero había un problema: un vínculo urbanístico de 1824 sobre un lavadero público destinado a desencadenar toda una serie de manejos, pagos ocultos, aparejadores dispuestos a todo. Trabas y más trabas de la Administración Pública, por lo demás, que si ciertamente no justifican un doble homicidio, desde luego han motivado, y siguen motivando en la vida real, intervenciones de naturaleza corruptiva, prestos a solicitar la satisfacción de intereses de la más variada naturaleza.

Los ex ministros Franco Bassanini (de la Función Pública) y Antonio Di Pietro (de Obras Públicas) presentaron a finales de los años noventa un doble proyecto anticorrupción no del todo exento de tentaciones fantasiosas. Era una propuesta lineal en su cándida simplicidad: preveía la institución de un registro de los dependientes públicos, una especie de supervisión general y puntual de las rentas de los funcionarios públicos, sin excepciones. Lo que naturalmente comportaría la formación de una mastodóntica e incorruptible fuerza de choque controladora, capaz de mantener bajo estrecha observación los ingresos personales de miles y miles de personas. Pero —con toda su buena voluntad— la idea, francamente, parece una tarea desmedida. Incluso si se limitase al control de los llamados «indicios reveladores de riqueza» —como se ha propuesto—, una supervisión completa de los títulos mobiliarios, viajes, vacaciones, propiedades inmobiliarias, cuentas bancarias, uso telefónico y cuadros de valor no parece ciertamente factible de realizar. Sobre todo considerando que un funcionario público no tendrá dificultades en eludir los controles sobre los bienes de lujo, ocultando sus ganancias ilícitas en cuentas bancarias extranjeras e invirtiendo con discreción los ingresos por comisiones.

El terremoto en Irpinia en noviembre de 1980 facilitó, como es sabido, una ocasión de oro para un gigantesco fraude (el llamado *Irpiniagate*) en perjuicio del erario público y por lo tanto de los bolsillos de los ciudadanos con una reconstrucción que, según la acusación, fue pilotada en sus líneas maestras por personajes como Cirino Pomicino, Antonio Gava y Ciriaco De Mita.

En 1988 será el turno del escándalo de los ferrocarriles por el suministro de sábanas contra el pago de comisiones (el escándalo de «las sábanas de oro»), gastos de representación no justificados y otras irregularidades administrativas por las cuales acabó en la cárcel el mismo presidente de las FS^[8] Ludovico Ligato, democristiano. Es verdad que ya treinta años antes Pier Paolo Pasolini acusaba a la DC «de manipulación del dinero público, trama con los petroleros, con

los industriales, con los banqueros, connivencia con la mafia, alta traición a favor de una nación extranjera, colaboración con la CIA, uso ilegal de entes como el SID»[9].

El dinero es la leche materna de la política, sostienen los estadounidenses. La competición política democrática tiene un alto coste pecuniario, es inútil negarlo. En el pasado Bettino Craxi habló sobre el asunto con bastante claridad. «Todo costaba. La máquina burocrática, con sus gastos, sus servicios, sus exigencias. Costaba la actividad en cuanto tal, con sus reuniones, sus convenciones, sus conferencias, sus manifestaciones, los seminarios, los congresos. Costaban en trabajo, esfuerzo y dinero. Costaban los periódicos, los boletines, la documentación de las actividades, los actos de las convenciones, las conferencias, los congresos, las revistas culturales e históricas. Costaban las sedes, que se multiplicaban. No eran lujos. Eran estructuras plenamente adecuadas a las exigencias funcionales, representativas, sociales. Estructuras democráticas para las sociedades avanzadas».

«Lo que hay que decir», proclamó el hombre de la «vía del Corso» en un célebre discurso parlamentario, que tenía todas las características de una llamada a la complicidad de todo el sistema de partidos, «es que buena parte de la financiación política pública es irregular o ilegal. Si gran parte de esta materia ha de ser considerada puramente criminal entonces es que gran parte del sistema es un sistema criminal. Un sistema en el que han participado y concurrido de formas diversas los principales grupos industriales del país, privados y públicos. Y de éstos se puede decir todo excepto que hayan sido víctimas de una prepotencia o de una imposición».

Como escribió irónicamente Indro Montanelli, «quizá Craxi ha confundido las finanzas del partido con las suyas personales y las de su familia, entendidas en el sentido, más amplio, de camarilla. Y quizá ni siquiera se ha dado cuenta. Porque los "imanes" no manejan dinero. Su contabilidad, de la que se ocupan subordinados, no conoce más que una partida: los gastos del culto. El culto del

imán. En ellos se engloba todo: el mantenimiento de la mezquita, con sus oficiantes y el muecín, el parque de camellos, la custodia y la gestión del harén...».

El único intento orgánico (aunque también frustrado) de respuesta al problema de los costes de la política y del precio exagerado de las campañas electorales se produjo probablemente con la aprobación de la Ley de Financiación Pública de los Partidos en mayo de 1974. Es verdad que se introdujo un régimen de publicidad para las contribuciones electorales particulares recaudadas por los candidatos, pero la normativa era manifiestamente orillable y la verificación del respeto a las disposiciones no se servía de un sistema fiscal de controles cruzados, como el que está en vigor en Estados Unidos (donde además, para quien evade al fisco también está prevista la cárcel, mientras que con los evasores el código italiano es más bien indulgente, como lo demuestran las condonaciones aprobadas periódicamente por Gobiernos de distinto color político).

Como sucede normalmente en Italia, también en este caso la aprobación de una ley se produce por la repercusión de acontecimientos de acuciante actualidad: el escándalo del petróleo primero, y el asunto Lockheed después. La urgencia y la ocasionalidad han sido siempre los estímulos más eficaces de la producción legislativa del Parlamento: no es una novedad. En las intenciones del legislador, la nueva normativa —aprobada por todo el arco parlamentario de todas las fuerzas políticas representadas salvo el Partido Liberal— debía contribuir de manera sustancial a la moralización de la vida pública, haciendo frente a las necesidades de gasto de los partidos y eludiendo definitivamente la «falsa trama de relaciones ambiguas entre parlamentarios y potentados económicos de pequeñas y grandes dimensiones a través de la mediación de oscuros personajes pululantes en el sotobosque político romano».

En todo caso, la veleidad de las irrepreensibles proposiciones parlamentarias sobre la financiación pública de los partidos en Italia fue evidente poco después de su aprobación. Arturo Carlo Jemolo no

tuvo dificultad alguna en prever que la financiación ciertamente no hubiera puesto un dique creíble al río de «comisiones pagadas por aspirantes a concesiones o contrataciones, puesto que los partidos son órganos con exigencias económicas ilimitadas». Y, en efecto, llegó la era de Mani Pulite y con ella —para indignación del pueblo— la abolición de la financiación pública de la política mediante el referéndum de 1993, que el Parlamento ha orillado sucesivamente, promulgando una forma de «financiación pública voluntaria» de los partidos a través del desembolso facultativo del cuatro por mil de la renta.

1993 será un año crucial para los destinos del país. La actividad de la fiscalía de Palermo conduce al arresto de Salvatore Riina, capo de Cosa Nostra y fugitivo durante 24 años, de Nitto Santapaola y Giuseppe Pulvirenti; el 23 de marzo, la misma fiscalía pidió la autorización para el procesamiento por asociación mafiosa del senador vitalicio Giulio Andreotti (por lo demás, absuelto hasta ahora de toda acusación); en Nápoles, las investigaciones sobre las relaciones entre política y Camorra salpican a los ex ministros Antonio Gava y Paolo Cirino Pomicino y a otros exponentes de la DC y el PSI. Mientras tanto, prosigue la indagación sobre la corrupción puesta en marcha por la fiscalía de Milán: son imputados, entre otros, el ex secretario democristiano Arnaldo Forlani, el ministro de Justicia Claudio Martelli (PSI) y el ministro Franco Reviglio (PSI), que dimiten por análogas razones; también dejan sus cargos respectivos el secretario del PRI, Giorgio La Malfa, del PLI, Renato Altissimo, y del PSDI, Carlo Vizzini. Son arrestados el ex ministro de Correos Oscar Mammì, el presidente del IRI, Franco Nobili, y el del ENI, Gabriele Cagliari, el cual se suicidará, como poco tiempo después el patrón de Ferruzzi Montedison, Raul Gardini, implicado en el escándalo de la «maxitangente» Enimont: 140.000 millones pagados por Ferruzzi en favor de los principales partidos del Gobierno, del presidente del ENI y de los vértices de los entes de control Comit y Consob, para garantizar una fusión entre el ENI y la Montedison que

habría llevado al Estado a pagar más de cuatro billones de liras para controlar una empresa destinada a perder alegremente otros miles de millones en los años sucesivos.

En abril, el gobernador del Banco de Italia, Carlo Azeglio Ciampi, es llamado a formar Gobierno, al que pertenecen tres exponentes del PDS y un verde, que sin embargo dimiten poco después, tras la negativa de parte de la Cámara a autorizar el procesamiento de Craxi. El escándalo de la sanidad implica al ex ministro Francesco De Lorenzo; con el arresto de Massimo Broccoletti se propaga el escándalo de los fondos negros del SISDE, los antiguos servicios de inteligencia, que involucra a casi todos los ministros del Interior del decenio precedente. Es literalmente un cataclismo para la clase política y dirigente del país. Y es el momento de «saltar al ruedo» del empresario Silvio Berlusconi, que aprovecha el vacío y la parálisis creados para anunciar su candidatura con el sostén de los clubes Forza Italia. Tras ganar las elecciones de 1994, será el presidente de la República Oscar Luigi Scalfaro quien le confíe el encargo de formar el nuevo Gobierno.

Prosiguen entretanto las investigaciones judiciales, en las cuales asciende a figura símbolo de la lucha contra la corrupción el fiscal Antonio Di Pietro: se llevan a término los primeros procesos de «Tangentópolis» (entre los condenados, los ex alcaldes Paolo Pillitteri y Carlo Tognoli, y el financiero Sergio Cusani). Mientras, se va perfilando una contraposición cada vez más acusada entre Gobierno y magistratura, alimentada por la creciente resonancia de las investigaciones de la fiscalía de Milán.

A final de año, a Berlusconi le llega un aviso de inculpación durante una «cumbre» internacional y dimite para evitar el voto de censura del Parlamento, que se da por descontado dado el disenso manifestado entre los socios de Gobierno Forza Italia y la Liga Norte.

Se agudiza el contraste entre los exponentes del mundo político y los magistrados que prosiguen con los casos de Tangentópolis; la fiscalía de Milán —el llamado «*pool*/ Mani Pulite», que mientras tanto ha perdido a su miembro más célebre, Antonio Di Pietro, que ha

dejado sus funciones de magistrado— solicita y obtiene enviar a juicio a Berlusconi por la corrupción de funcionarios de la Guardia de Finanzas. El *pool* milanés es objeto de una acción disciplinaria por parte del ministro de Justicia Filippo Mancuso, pero éste deja el cargo, tras prosperar una moción de censura contra él, polemizando con el presidente del Consejo y con el jefe del Estado. Di Pietro, que ha dejado la magistratura, es a su vez objeto de indagaciones por parte de la fiscalía de Brescia.

En diciembre de 1996 —sin demasiado ruido y con sospechosa rapidez—, las dos coaliciones principales, y opuestas, de partidos, Polo y Olivo, se encontraron sorprendentemente en el mismo lado de la barricada, en el intento perfectamente logrado de eludir la votación en referéndum y reintroducir un nuevo sistema de financiación pública de la política. De hecho, desde 1997, cada ciudadano podrá desembolsar, si lo desea, el cuatro por mil de su renta a los partidos. La recaudación de esta «limosna» es destinada a un fondo que se reparte proporcionalmente entre las fuerzas políticas presentes en el Parlamento.

En *Nel costo della democrazia* [El coste de la democracia] Cesare Salvi y Roberto Villone han censado una población de medio millón de personas que han decidido hacer de la política el instrumento de su carrera. Con costes que «se dilatan sin freno, mientras se echan en falta los mecanismos que debieran garantizar la transparencia de los balances y la participación democrática de los inscritos en la elección de la gestión de los fondos». Los costes totales de la que los autores llaman «Política S.p.A.» sumarían 1.000.850.000 euros, por remitirnos solamente a las fuentes oficiales.

La política parece en el fondo una industria como cualquier otra: una solución plausible para evitar el pago de favores entre grupos de presión y parlamentarios, se ha dicho, podría ser la de suprimir sin más la furtiva ilegalidad y reconocer un «honesto» porcentaje de mediación de las partes en la aprobación de un proyecto de ley, o en vista de la obtención de cualquier otro objetivo, transformando de hecho a los grupos de presión y a los defensores de intereses

organizados en entidades legalmente reconocidas. Naturalmente, se puede seguir haciendo como que no pasa nada e ignorar el juego de las presiones y el flujo de dinero introducido en el proceso político. Pero es evidente que el problema real sigue siendo el de aplicar las reglas de la democracia representativa a una sociedad dominada por las necesidades económicas.

Norberto Bobbio se ha mostrado absolutamente realista al respecto: «Guste o no guste —ha escrito—, el mercado político en el sentido preciso de la relación generalizada de intercambio entre gobernantes y gobernados es una característica de la democracia real, que se nutre de este continuo intercambio entre productores y consumidores de consenso (o, inversamente, entre productores y consumidores de poder). El mercado político en un estado democrático está hecho de tantos acuerdos bilaterales como electores haya. En estos acuerdos, la prestación por parte de los electores es el voto, la contraprestación por parte del elegido es una ventaja (bajo la forma de un bien o de un servicio) o bien la exoneración de una desventaja».

Lo que hasta ahora se echa en falta, por lo tanto, es una regulación de las actividades de los grupos de presión. Entre los pocos y tímidos intentos en tal sentido se cuentan una proposición de ley presentada por los diputados Pietro Ichino y Nicola Sanese en 1987 y un anteproyecto de ley, que lleva la firma del socialista Aldo Aniasi, presentado a la Cámara en julio de 1989. Ambas propuestas —como puede fácilmente imaginarse— quedaron abortadas tras haber cumplido sus primeros y tímidos pasos en la comisión. El democristiano Nino Cristofori, cuenta el senador de los Verdes Luigi Manconi, se rebeló: «¿Y si regalan un abrigo de pieles a mi mujer tengo que venir a decíroslo a vosotros?». La verdad, escribe Manconi, es que «los lobbies están demonizados porque se consideran inalcanzables (Fiat, Mediobanca, Confindustria, Farmindustria) o censurados porque tenerlos en cuenta equivaldría a considerarlos —en determinadas condiciones— lícitos y equivaldría a aceptar sus actividades». Los mismos empresarios, por otra parte,

siempre se han mostrado hostiles a una financiación a la luz del sol, por miedo a ser etiquetados como «filodemocristianos», «filocomunistas» o lo que corresponda, y padecer, en consecuencia, las reacciones de los partidos excluidos. Como ha contado el ex secretario administrativo de la Democracia Cristiana, Severino Citaristi: «Nosotros quisimos apuntar aquellos fondos en el balance de cuentas del partido, pero los empresarios, en tales condiciones, se negaban metódicamente a pagar».

El objetivo de la propuesta de Aniasi, de todos modos, era el de introducir una «regulación de las actividades de relaciones públicas», de instaurar una relación informativa manifiesta entre los sujetos o los grupos de presión interesados y los órganos constitucionales capaces de aceptar y de promover las instancias. El anteproyecto de ley definía sobre todo la obligación de la transparencia, imponiendo la inscripción de los lobbies en un registro al efecto, instituido en la presidencia del Consejo. Los que operan con las instituciones y las administraciones públicas habrían tenido que depositar una declaración en la que se indicarían los sujetos encargados de llevar a cabo tal acción, por encargo de quién se realizaba, además de los instrumentos elegidos y el presumible tiempo de realización del asunto encargado.

El camino elegido ha sido, por ahora, sólo el de hacer vigente la nueva normativa de las «erogaciones liberales» con las que se pueden aportar a los partidos, por simples ciudadanos, sociedades de capitales y entidades comerciales, sumas de dinero comprendidas entre los 25 y los 250 millones de euros mediante un abono bancario o postal; además —y éste es el aspecto más innovador e interesante de la normativa— por las erogaciones liberales se han previsto deducciones del 22 por ciento (aunque los ingresos derivados de tales deducciones no pueden superar los 25 millones de euros).

«Temo mucho a las sociedades sin fines de lucro», afirmó un campeón de la *Realpolitik* como Andreotti. Difícil contradecirlo: en boca de los grandes moralizadores y de los arrepentidos de turno siempre hay grandes palabras e indiscutibles motivaciones ideales,

nunca una admisión de las bajas, aunque auténticas, razones del tendero. Con ocasión de la reforma de la ley 86 de 1990 —que redujo la posibilidad de un uso instrumental de las normas penales contra los administradores públicos— se hizo bien en suprimir la hipótesis destinada a perdonar al corrupto y al corruptor arrepentidos que denuncien con prontitud el hecho ilícito. De hecho, si el objetivo de la propuesta era el de romper el vínculo de silencio que une a corrupto y corruptor, es cierto por otra parte que así se habría acabado por aumentar probablemente la frecuencia del delito, garantizando una injustificada serenidad al portador de comisiones o a quien las reciba.

En 1968 Alberto Ronchey habló por primera vez de «parcelación». Camilla Cederna, que escribía en el *Espresso* en 1975, acuñó la palabra *cleptocracia*; en el mismo periódico, en 1983, Nello Ajello habló por primera vez de *tangentocracia*: sin embargo la impresión es de que se trata de vocablos que han estado siempre en uso, como la expresión «mala costumbre» o la palabra «escándalo» (del griego *skandalon*: «piedra con la que se tropieza», es decir, «obstáculo», «impedimento»). No obstante, sin duda la fortuna de aquellos neologismos aumentó en los años de Mani Pulite, cuando se multiplicaron las acciones penales. Aunque, como es sabido, los episodios de corrupción surgidos en ese periodo son sólo una parte del total, como han admitido Sabino Cassese, Alessandro Pizzorno y Luigi Arcidiacono, los tres «sabios» de un comité de estudio nombrado al efecto por el presidente de la Cámara tras la emergencia suscitada con Tangentópolis. «Las investigaciones y los procesos han desvelado un sistema en el cual el pago de comisiones para obtener subvenciones o para cerrar contratos, la donación de dinero a los órganos de control, la financiación ilícita de los partidos, los fondos de reptiles de las empresas y las rentas ilícitas de los administradores eran a menudo considerados como regla general, por lo que es posible juzgar que los casos descubiertos no sean excepciones, sino una parte quizá pequeña de una patología bastante más amplia». La tradicional punta del iceberg, en definitiva.

«Los episodios más recientes —prosigue la relación— han demostrado que escándalos y procesos, lejos de mitigar la patología corruptiva, en muchos casos sólo han vuelto las comisiones más arriesgadas y la corrupción más sofisticada y, por lo tanto, más difícil la lucha contra ella [...]. La cifra de 1,15 billones relativa a las investigaciones sobre la Guardia de Finanzas es ciertamente mucho más baja de la real, como lo demuestra el hecho de que en algunas regiones no se haya comprobado ningún episodio de corrupción».

Uno de los últimos episodios de las investigaciones del *pool* de Milán, iniciado en 1996 con el arresto de Renato Squillante, un destacado juez del tribunal de Roma en el caso que implicaba a Silvio Berlusconi, sacó a la luz un vasto sistema de corrupción en el seno del Palacio de Justicia de la capital (conocido en el imaginario periodístico como «puerto de las nieblas»). Pero ya en 1993 el magistrado Diego Curtò fue incriminado por un soborno de centenares de millones recibido a cambio de favores en el asunto Enimont. Al final, en su punto culminante, la lucha contra la corrupción enfrentó a magistrados contra sí mismos, a jueces contra jueces. ¿Es la demostración de que una redención es posible, incluso dentro de la propia «casta»? Sin embargo, según Calamandrei, el verdadero riesgo para los magistrados «no viene del exterior, de la corrupción, de las presiones políticas, sino que es un lento agotamiento interno de las conciencias, que las vuelve aquiescentes y resignadas: una creciente pereza moral que prefiere la solución acomodaticia a la justa... La peor desgracia que puede sucederle a un magistrado —para Calamandrei— es la de contraer esa terrible enfermedad de los burócratas que se llama conformismo: una enfermedad mental, el terror de la propia independencia, una obsesión que no atiende a las recomendaciones externas sino que las previene».

Algo parecido a como sucede en el drama *Corruzione a Palazzo di Giustizia* [Corrupción en el Palacio de Justicia], donde Ugo Betti, a través de la metáfora de una investigación judicial, pone en escena

no sólo las prevaricaciones de un juez sino a toda la sociedad, de la que, en el fondo, el protagonista es la expresión, al menos en parte.

En los años noventa del siglo pasado, el fiscal Di Pietro debía de ser el profeta de la incorruptibilidad cuando fue a resbalar banalmente bajo las ruedas de un Mercedes blanco demasiado costoso para su sueldo de magistrado. Y ésta es sólo una prueba más de que ninguna revolución tiene los números necesarios para liberarnos de la plaga endémica de la cleptocracia. El nuestro es ahora, de todas formas, el país en el que Silvio Berlusconi puede afirmar: «El conflicto de intereses es una invención de mis adversarios». O mejor, «lo hay, es verdad, en el sentido de que el empresario que asume cargos de Gobierno perjudica a sus empresas, como me ha pasado a mí. La gente sabe que no se me podrá comprar y que no pensaré en buscarme garantías precisamente porque ya soy suficientemente rico». Una afirmación que recuerda (al menos en su primera parte) a la de un protagonista de *La feria de las vanidades* de Thackeray: «Un consejero comunal, a la vuelta de un banquete en el que ha comido sopa de tortuga no bajará de su carroza para robar una pierna de carnero, pero hacedle pasar hambre y veréis si no robará un pan».

La verdad es que los contribuyentes del «Bel Paese» ya han perdonado o, más sencillamente, han aceptado la corrupción como un dato incontrovertible: y ésa es la razón por la que no ha habido manifestaciones en la calle en favor de los magistrados cuando el ministro de Justicia del Gobierno Prodi anunció una solución política a la gran hoguera de Mani Pulite o, más tarde, cuando los sucesivos Gobiernos Berlusconi han amenazado con pasar la esponja por todos los delitos de corrupción, sino también una reforma constitucional de la magistratura, dirigida en realidad a situar al poder judicial bajo el control del poder ejecutivo. En el fondo, Tangentópolis fue también un reparto de los frutos de la corrupción que garantizó beneficios para todos. Pero no hay duda de que la «ley de la *tangente*» fue «más igual» para algunos. «Podemos comprender —ha dicho el ex jefe de la fiscalía de Milán, Francesco Saverio Borrelli— que quien

detenta el poder, el poder verdadero, el poder real, el poder económico y a veces el poder de gobierno no esté fácilmente dispuesto a dejarse controlar por otras instituciones del Estado».

«Cuanto más pronta y más próxima al delito cometido sea la pena, tanto más será ésta justa y útil», escribía Cesare Beccaria. Pero en Italia parece ocurrir lo contrario, observa Raffaele Simone, donde «el escaso temor al castigo domina el comportamiento de los italianos, desde los delitos más sencillos a los más complicados. La idea de la punición se ha debilitado y agotado hasta casi disolverse, ya sea en la conciencia de la gente, ya sea, poco a poco, en la de los que se ocupan por su profesión, de modo directo o indirecto, de garantizar la observancia de las leyes... El castigo es extemporáneo, discontinuo (a ti sí a mí no, hoy sí mañana no, en una ciudad sí en otra no), retrasado e intermitente y siempre puede anularse con una subsanación, una condonación, un concordato, una ley de indulto u otras formas de justificación o de absolución preventiva o póstuma. De tal modo que cada día se erosiona una nueva cuota de legalidad. En el intersticio que así se ha producido en las conciencias se han infiltrado empresarios, políticos, cortesanos e intrigantes que han comenzado a corromper, difamar, rechazar al juez y a la jurisdicción». Y cuánto haya contado en ese sentido la cultura clerical siempre ha sido puesto de relieve por Gaetano Salvemini: «El clerical nunca llegará a entender», explicaba, «la distinción entre pecado y delito [...]. Castiga el pecado como si fuese delito y perdona el delito como si fuese pecado. No ha salido nunca de la atmósfera de los Diez Mandamientos, donde el robar y el matar se sitúan al mismo nivel que el desear a la mujer del prójimo». Una cultura del perdón que tuvo un pasaje histórico particular en la Contrarreforma y que dejó una clara herencia. Mucho antes del año 1968, con sus dos almas, marxista y católica, ha creado a su vez las bases del llamado perdonismo, un concepto decididamente «italiano» (de algún modo, a su vez, ligado al fenómeno del *pentitismo* («arrepentidismo») que parece corresponder a una rica legislación justificativa, que va de los perdones a los indultos, a las

leyes que exculpan, suspenden la ejecución de la pena, prescriben o autorizan a pocos o a muchos. Como ha escrito el sociólogo véneto Ilvo Diamanti, existe «la convicción de que todo es lícito. Basta con no dejarse descubrir. La evasión fiscal, el recurso a la sumersión, a las relaciones informales y amistosas en cualquier campo. En la realidad política, como en la vida cotidiana, el sentido cínico ha envuelto y consumido al sentido cívico [...]. Un país en el que no hay confines, distancias ni distinciones. Entre los salones y las Cámaras, entre las televisiones y las instituciones, entre controlados y controladores. Donde las reglas son consideradas vínculos fastidiosos. Donde los conflictos de intereses son negados y eliminados. No vivimos en una nueva Tangentópolis. Como mucho en Cinicópolis. La “ciudad cínica”, regida por la tribu de los más listos. Porque no se les puede indignar hasta el infinito. Y no se puede invocar, por mucho tiempo, la acción purificadora del “terror”».

Así que no es casual que hoy sean pocos (o cuando menos de modo algo remiso) los que se atreven a escandalizarse por la rehabilitación *post mortem* del ex líder socialista italiano Bettino Craxi, cuyos mentores olvidan recordar que es difícil hablar de un «gran» estadista en el caso de un primer ministro huido de su país (conducido por él al récord de déficit público) para evitar las condenas de corrupción, que le llegaron puntualmente en rebeldía («por las tangentes» de Enel, Enimont, Eni-Sai, Conto Protezione y Metropolitana de Milán). Por otro lado no faltan los que preferirían el exilio de su sucesor Silvio Berlusconi, quien, para evitar las condenas de corrupción que le persiguen desde hace años, trastorna la agenda política y legislativa de todo un país hasta llegar a proponer un decreto que le defiende de la ley del Estado en cuanto ciudadano «más igual que los otros». Esa es la expresión orwelliana —*copyright* de *Rebelión en la granja*— utilizada por su abogado y fiel compañero del partido... De manera que ya han prescrito los procedimientos por el Laudo Mondadori (corrupción de jueces), All Iberian 1 (financiación ilícita de partidos) y el Proceso Lentini (falsedad en

balance para el fichaje de un jugador del Milán); se ha amnistiado la falsedad en balance para la adquisición de los terrenos de Macherio; se ha dispuesto la absolución para el caso All Iberian 2, el proceso SME, «tangentes» a la Guardia de Finanzas, fraude fiscal de Telecinco y falsedad en balance de Medusa cinematográfica; ya se han archivado los procedimientos por el reparto publicitario RAI-Fininvest, por los estragos de 1992-93, por el concurso externo en asociación mafiosa y por el caso Saccà. Y también por la hipótesis de corrupción del abogado David Mills (al que se le pagaron 600.000 dólares por callar acerca de presuntas sociedades *offshore*). ¿Estamos seguros de que tanto encarnizamiento de jueces de toda Italia sea el fruto de un gran y astuto complot de togas izquierdas en evidente acuerdo entre ellas? Viene a la mente el país de *Erewhon* (es decir, *Nowhere*: «en ningún sitio»), inventado por Samuel Butler en el siglo XIX, donde «quien falsifica un cheque, pega fuego a la casa, roba o comete una acción cualquiera considerada criminal por nosotros, es llevado al hospital y asistido con todos los cuidados a cargo del Estado; o bien, si tiene dinero, advierte a los amigos de que ha sido objeto de un ataque de inmoralidad... y los amigos acuden a buscarlo presurosos... De hecho, para los erewhonianos, una mala acción, aunque sea deplorable, sólo es el resultado de una desgracia prenatal o postnatal».

11. CRACS, BURBUJAS Y CORRUPCIÓN ECONÓMICA

«Se siguió hablando de contabilidad durante largo tiempo en aquella oficina. Guido se afanaba por encontrar el nuevo modo que pudiera protegerle mejor de eventuales insidias (así las llamaba él) de la ley.»

ITALO SVEVO, *La conciencia de Zeno*

A finales de los años treinta del pasado siglo, Edwin H. Sutherland, profesor de Sociología en la Universidad de Indiana, introduce la expresión *white collar crimes* [«delitos de cuello blanco»], es decir, delitos cometidos por personas de elevada condición social en situaciones de abuso del cargo. Se trata de «personas de la clase socioeconómica superior que violan las leyes emanadas para regular su trabajo» y que son estudiadas por Sutherland en el ámbito de una investigación desarrollada sobre un cierto número de empresas (General Motors, Philip Morris, Chrysler, etcétera) implicadas en procedimientos de fraude financiero, casos de corrupción, violaciones de leyes antitrust y otros ilícitos administrativos, civiles y penales, conectados con el trabajo y con la actividad productiva en la que tales empresas están especializadas. Ya Cesare Lombroso, en un ensayo dedicado a los procesos bancarios de sus tiempos en Roma y París, había señalado que «el fraude es una transformación evolutiva, civil, si se quiere, del delito que ha perdido toda la crueldad, la dureza del hombre primitivo de la que el reo-nato es la imagen, sustituyéndolo por esa codicia, ese hábito de la mentira que, desdichadamente, se están convirtiendo en costumbre, en tendencia general».

La tesis de Sutherland es que no se daba una predisposición natural a delinquir por parte de los «cuellos blancos» empleados en esas empresas, sino que el suyo era más bien un modo de delinquir «aprendido» en el mismo ambiente de trabajo. Como ha observado Pierpaolo Martucci en un ensayo sobre la criminalidad económica,

«se crea una especie de doble moral que por lo general es aquella del biempensante que convive con la del miembro de la comunidad de negocios, que esencialmente persigue el objetivo de la maximización del beneficio empresarial. Donde la bancarrota, la falsedad del balance, o el fraude económico son vividas de manera evidente como menos graves que un común latrocinio, aunque a menudo las consecuencias que se deriven de aquéllas sean más graves. Por dar un solo ejemplo, el fraude del petróleo, al final de los años setenta, con la falta del pago de los impuestos sobre los hidrocarburos devengó una cifra próxima a los dos billones y medio de liras de la época. Pero las víctimas fueron numerosas: el Estado, los ciudadanos, los accionistas, los acreedores, los competidores, etcétera, porque hablamos ya de corrupción económica, de corrupción de los negocios y de las finanzas».

Doctor Mabuse, de Fritz Lang, film de 1922, ya prefiguraba un retrato espeluznante del encuentro entre criminalidad y capitalismo. Con una capacidad camaleónica para adaptarse a cualquier ambiente, el psicoanalista ideado por el cineasta expresionista alemán se encuentra sucesivamente a sus anchas en la piel del especulador en bolsa dispuesto al fraude (que provoca pánico y pérdidas entre los accionistas), del jugador de azar en casinos ilegales, del falsificador, del jefe de una banda de criminales o de cabecilla subversivo. Un manipulador de la mente ajena que acabará por perderse en sus propias pesadillas, dejando para nosotros las peores de cierta finanza capitalista.

En general, cuando se afronta el tema de la corrupción se tiende predominantemente a señalar con el dedo a la política y a sus protagonistas, desde el momento en que ellos son, en efecto, nuestros representantes en las instituciones y gozan de una visibilidad, cuando no de una popularidad, mayor. Pero, junto a la política, hay en casi todos los casos una empresa pública o privada, una sociedad, un lobby o un grupo de personas interesadas (con ocasión del apoyo a una campaña electoral o con vistas a la adjudicación de suministros para servicios públicos) en asegurarse

privilegios más o menos lícitos gracias a la mediación del propietario de la sociedad o de un dirigente u hombre de negocios suyo. La reciente crisis internacional ha puesto en primer plano de manera muy visible a la otra mitad del matrimonio corruptivo: en parte gracias a la enormidad de los fraudes financieros perpetrados contra los ahorradores.

En el origen de los muchos males no sólo italianos está sin duda el capitalismo asistencial asentado a partir de los años cincuenta. «Los bancos, en gran parte bajo el control público —como ha escrito Giorgio Galli— han puesto a disposición de aventureros sin escrúpulos el dinero de los ahorradores para asumir el control de sectores importantes de la economía nacional [...]. Un hecho que tendrá momentos de gran importancia en la conquista de Montedison por parte del grupo Cefis, en la creación de otros efímeros imperios químicos» y otros muchos casos. Es el cáncer nacional contra el que se ensañarán las denuncias de Ernesto Rossi en los años sesenta, citando la «ingenuidad» de un gran economista liberal como Luigi Einaudi, que decía esto en sus *Prediche inutili* [Prédicas inútiles]: «El banquero que facilita el dinero de los depositantes a quien no está en condiciones de devolverlo, malversa los bienes ajenos y debe acabar en la cárcel...».

Por lo tanto no es una novedad que el gobierno efectivo de muchas empresas esté en manos de entidades de crédito que, a menudo sin informar a sus clientes, disponen de los ahorros de éstos con gran desenvoltura ayudando a empresas al borde de la ruina con unas conexiones políticas y económicas que les garantizan coberturas financieras a situaciones de deuda al límite de la sostenibilidad (al menos hasta la explosión pública o el eventual crac definitivo). Es cierto que asoma con fuerza el tema de la responsabilidad social, además de penal, de la empresa económica, que se vuelve determinante en la definición de la oferta de productos financieros, sobre todo frente a la creciente demanda de ética por parte de clientes, consumidores y empleados. Sin embargo, el mundo de la finanza ética y el de la finanza tradicional todavía son

percibidos, en el debate sobre los males de la globalización económica, como alternativos y, a menudo, opuestos. Es interesante señalar que ya en los tiempos de Mani Pulite el político Roberto Mongini confesó que «las empresas pagaban gustosamente a los partidos una prima aseguradora contra los riesgos de la competencia y los partidos les aseguraban contra los siniestros del libre mercado, justo como hacen las aseguradoras reales con los siniestros normales», y que un juez como Piercamillo Davigo haya parangonado a los partidos con las sociedades anónimas «donde uno compraba las acciones con las comisiones ilegales para asegurarse la posibilidad de ser elegido».

La politóloga y estudiosa del fenómeno corruptivo Donatella Della Porta ha puesto de relieve la continua «transmigración de hombres políticos desde cargos electivos en órganos representativos a cargos en los entes públicos por designación de los partidos». Como ya señalaba Don Sturzo en 1949, «hay diputados que tienen hasta catorce despachos en varios consejos de administración públicos y privados; hay funcionarios que tienen veinte [...]. No se puede ser interventor y tutor del dinero público y, a la vez, despilfarrador del mismo. *Quis custodiet ipsos custodes?* [¿Quién vigilará a los propios vigilantes?]

La cuestión es que, desde la perspectiva de una empresa, toda prestación capaz de reducir los riesgos de la actividad y de acrecentar sus ganancias está justificada con tal de que la operación económica puesta en marcha tenga éxito. Éstas son las palabras de un constructor anónimo, entrevistado por un diario nacional: «Los empresarios nos hacemos las víctimas, pero en realidad siempre estamos dispuestos a ofrecer una comisión cuando hay un encargo público que pueda cogerse. Construir carreteras no es muy complicado, y es difícil ganar los concursos gracias a unas mayores capacidades. Por lo tanto se paga la "tangente": tanto más cuando

las subastas parten de una base que garantiza un margen de ganancia del 35-40 por ciento, y naturalmente los políticos lo saben».

De manera no muy distinta, el profesional liberal vincula el éxito de su actividad a su capacidad para cuidar las relaciones sociales y cooptar la clientela. Y, desde ese punto de vista, difícilmente puede sustraerse a la férrea lógica de la oferta y la demanda, contribuyendo con cualquier medio a su alcance a incrementar el nivel de sus negocios. Esto es válido para los abogados, los médicos y los arquitectos que puedan obtener ventajas de los encargos públicos y de la asignación de ventajosas prebendas. A su vez un diputado o un consejero municipal debe financiar su propia actividad política y pagar costosas campañas electorales. Y no es incorrecto, según algunos, afirmar que la financiación ilícita de los partidos facilita de hecho el intercambio político e integra por doquier la institución de la representación democrática, sobre todo allí donde esta última no es capaz de expresar con concreción todas las necesidades del cuerpo electoral.

Según este punto de vista, el vínculo entre empresarios y políticos resulta casi inevitable, y no sólo en el sector de las empresas de participación estatal. Como ha señalado Alessandro Silj, «esta nueva burguesía financiero-especulativa (la "raza patrona", como desde entonces fue definida), que es emprendedora solamente de nombre, y que de hecho saquea los recursos del país sustrayéndolos a inversores productivos, no puede dejar de identificarse con los partidos que gestionan el poder. Los instrumentos de ese poder son las financiaciones públicas, la política fiscal y el acceso privilegiado al crédito bancario, estando los bancos en su mayor parte bajo control público y siendo los nombramientos de los máximos cargos bancarios pertinentes al Gobierno. En realidad sin estos instrumentos ciertas operaciones serían completamente inconcebibles». Fue el caso, en los inicios de los años setenta, del ascenso de un personaje como Michele Sindona, al que probablemente es necesario hacer remontar las primeras

conexiones orgánicas entre la mafia, por una parte, y, por otra, el empresariado y el mundo de la política. Que banqueros como Sindona y Calvi hayan reciclado dinero y gestionado inversiones de la mafia no puede sorprender. En los años setenta la mafia controlaba una buena parte del mercado internacional de la droga, con un volumen de negocio de miles de millones de liras, y se había hecho ya «empresaria», por usar la definición de Pino Arlacchi. Una clase empresarial hija, en cierto modo, de la ya descrita por Italo Calvino en los años cincuenta en *La especulación inmobiliaria*, en la que el escritor hablaba de una «nueva clase de la posguerra, de empresarios codiciosos y sin escrúpulos» responsable de la «desolada invasión del cemento», que «tenía el rostro chato e informe del hombre nuevo».

«La economía de los años noventa ha sido un cóctel adulterado: tres cuartos de mentiras y un cuarto de codicia. El conjunto, agitado por la célebre “mano invisible”». Esto es lo que sostiene el ex jefe de los asesores económicos de Clinton y premio Nobel de Economía Joseph E. Stiglitz, autor de *El malestar en la globalización*. «Todos mentían a todos. Los máximos ejecutivos daban informaciones intoxicadas sobre las compañías que gestionaban, los analistas fingían creérselo revendiendo aquellas descripciones entusiastas a los inversores, las compañías auditoras certificaban esas milongas y tampoco la Reserva Federal hacía mucho para domar lo que el propio Greenspan denunciaba como exuberancia irracional. Pero la voracidad también fue la de los inversores que querían creer en la fábula de que todos pudiesen hacerse millonarios de un día para otro. Se habían acumulado demasiados capitales, demasiado dinero a colocar, que funcionaron como incentivos de la falta de honradez para todos los protagonistas». Los conflictos de intereses de los analistas que, en vez de aconsejar bien a los pequeños ahorradores, pensaban en el negocio de los que les daban trabajo, son una prueba más. Los escándalos Enron y Worldcom confirmaron la inmoralidad de manera clamorosa, como en Italia los casos de las obligaciones de la Cirio, dirigida por Sergio Cragnotti, y de la

bancarrotas de Parmalat de Calisto Tanzi, o también de la Banca 121, que afectaron a todo el sistema crediticio nacional, al de los controles y los sistemas de calificación de las agencias internacionales, apoderándose del patrimonio de millones de inversores y pequeños ahorradores.

La «mano invisible» de Adam Smith debería garantizar que cuando el individuo persigue sus propios intereses sirve al mismo tiempo a los de la colectividad. Pero, por desgracia, eso no es así: el liberalismo absoluto es probablemente tan utópico como el socialismo, una vez realizado concretamente, y precisa ser regulado con sanciones severas para evitar (por ejemplo) la tendencia natural de los empresarios a crearse situaciones monopolistas en el mercado. Pero junto a los delitos económicos de los principales actores del mercado es necesario recordar también la extraordinaria credulidad de tantos ahorradores; un fenómeno tan cíclico y repetitivo como sorprendente e irracional. Basta recordar en el tiempo la histórica burbuja de los tulipanes (la tulipomanía del siglo XVII), la burbuja de los Mares del Sur (del XVIII), la Railway Mania del XIX, el dramático hundimiento de Wall Street de 1929 (seguido por la Gran Depresión de los años treinta), el Lunes Negro de 1987, la crisis financiera de «los tigres asiáticos» de los primeros años noventa, la del «punto com» (o de la Nueva Economía) en el 2000, hasta el caso Enron de 2004 y la gran crisis financiera de 2008, que todavía afecta a buena parte de los países del planeta. En todos estos casos, la mala fe de un aventurero de las finanzas (como en el caso de Bernard Madoff al frente de un científico sistema fraudulento) o de un completo sistema financiero insostenible (como el de los préstamos *subprime* y su comercio) y la cándida esperanza de fáciles ganancias de los ahorradores confluyen mágicamente.

Como cuenta el historiador del dinero Alexander del Mar, «en 1613, la Compañía de las Indias Orientales obtuvo una concesión que le otorgaba mayores poderes [...]. Más tarde, con la caída de Carlos I, la Compañía estuvo a punto de quebrar. Su agresividad y codicia le habían procurado muchos enemigos y la habían hecho tan

impopular que en 1655 Cromwell anuló sus exclusivos privilegios y declaró abierto el comercio con Oriente a todos los ingleses. Pero [...] en 1662 Carlos II confirmó la exclusiva y con inmorales motivaciones instituyó la presencia estable en la Compañía de ávidos cambistas, prepotentes aprovechados y filibusteros. En aquel año Inglaterra inició un nuevo orden entre los hombres. Antes los poderes estaban constituidos por la Corona, la Iglesia, los lores y los comunes. A éstos, en esa fecha, se les añadieron los financieros, o millonarios, que desde entonces han fagocitado a los otros».

Tomemos el caso de Isaac Newton. En 1695 abandonó sus estudios científicos, dejando Cambridge por Londres, donde asumió el cargo de inspector de la Real Casa de la Moneda. Una responsabilidad que ejerció con eficiencia durante años, contribuyendo a la realización de una reforma monetaria y distinguiéndose en la represión de los falsificadores. A menudo era él mismo el que indagaba, frecuentando de noche los barrios de peor fama de Londres: su víctima más ilustre fue William Chaloner, personaje de origen humilde que se había hecho rico y poderoso gracias al tráfico de falsificaciones, hasta el punto de ejercer su influencia sobre algunos miembros del Parlamento y de intentar, una vez acusado, perjudicar al propio Newton haciendo recaer sobre éste sospechas de corrupción. Es entonces cuando el mismo Newton se encuentra en su camino (como muchos otros) con la «Burbuja de los Mares del Sur», que estalla en 1720 cuando la compañía del mismo nombre, que contaba con obtener grandes ganancias por el tráfico con las regiones sudamericanas, se propone adquirir la deuda del Gobierno británico, dando acciones a cambio a los acreedores. Por parte de los ahorradores, bajo la acción conjunta de la banca y de la South Sea Company, se desencadena una carrera por adquirir acciones, cuya disponibilidad alcanza precios cada vez más altos. Pero el dinero afluyó hasta que se comprobó que las acciones de la propia South Sea Company estaban sobrevaloradas. Entonces se produjo la quiebra y la inevitable ruina para mucha gente. Se llegó a pedir el cierre de los mercados y, después, en junio de 1720, emanó

de la Corona la *Bubble Act*: que prohibía que se formasen sociedades accionariales que no fueran expresamente autorizadas por el rey. Entre los inversores había por cierto un nombre ilustre, el de Isaac Newton, quien dejó a la posteridad este amargo y altivo comentario: «Estoy en condiciones de calcular los movimientos de los cuerpos celestes, pero no la locura de la gente».

Según Francesco Merlo, es preciso reconsiderar la «relatividad de la idea de delito que, ciertamente, es perseguido con la severidad de la ley, pero también entendido y estudiado laicamente por los historiadores como motor de la historia, que es una secuela de delitos económicos en busca de legitimación».

«En esta sociedad de la desigualdad creciente —ha escrito Josep Ramoneda— la corrupción es al mismo tiempo un síntoma y una estrategia. Algunos teóricos sostienen que el factor corrupción debe ser incorporado al estudio de la democracia. Es verdad que no se puede presentar como un factor insólito —una ocasional desviación de la norma— lo que, por el contrario, es un elemento de rutina, algo que sucede en todos los países y en todos los Gobiernos. Una vez más echamos la culpa a los defectos de la naturaleza humana: en toda sociedad se da un porcentaje de individuos que respetan la ley, y no se entiende por qué en política las cosas debieran ser muy distintas. Es cierto que la corrupción ha existido siempre y que si antes no era tan manifiesta es sólo porque la ideología política la ocultaba. Bajo el franquismo todo el régimen era corrupto, y en las democracias europeas la corrupción fue un tabú hasta que la disolución del enemigo no eliminó también las viejas prioridades ideológicas. Pero hay algo más. En la medida en que la vida política se somete a las meras exigencias del poder económico los territorios se confunden, lo público y lo privado se mezclan y se generan mecanismos de transferencia constante de un poder a otro. Los procesos de privatización de las empresas públicas son un ejemplo paradigmático: el político transfiere poder del Estado a un poder empresarial amigo, ampliando su poder personal».

«La corrupción —ha observado de modo parecido Barbara Spinelli en un artículo titulado “La banalidad de la corrupción”— es mental antes de hacerse financiera, se insinúa en las costumbres antes de corroer los valores consagrados y ascender a la categoría de crimen. Afecta no sólo a los representantes de la política o de la industria, sino al ciudadano. En cada uno de nosotros están los gérmenes del mal que sufren las clases políticas en Italia y en parte de Europa. En cada uno de nosotros hay un conjunto de reglas que están aquejadas de descomposición y necrosis. Es el mal que ante la falta de sentido moral nos hace decir, dentro y fuera de los confines domésticos: no importa, hagamos como si no pasara nada. Mantenemos una actitud impermeable a posibles crisis de conciencia o reprobaciones públicas [...]. Era inevitable que también nos volviéramos indiferentes a la corrupción de los gobernantes. Con su ayuda y con su benévola negligencia, la corrupción ha acabado por ser nuestro sosias: sosias íntimo, inofensivo a primera vista, e infinitamente banal».

Y no sólo eso, «mientras el hurto de pequeñas cantidades es considerado degradante y miserable por la conciencia social dominante, el de grandes y grandísimas sumas está visto con admiración y a menudo se considera si no reprobable por lo menos inconveniente perseguirlo», sugiere Massimo Fini. Viene a la mente, a este propósito, el caso de la fallida condena de Nelson Rockefeller por haber pasado a un funcionario público de Nueva York un sobre con medio millón de dólares, considerado formalmente una «propina excesiva».

Si para algunos, por lo tanto, la corrupción sólo es un modo particular de ejercer la influencia individual y de reivindicar los propios derechos al bienestar de forma diversa en el tiempo y de diversa entidad, en todo caso, su condena permanecerá ligada esencialmente a la percepción por parte de los ciudadanos del comportamiento corrupto. Pero, en términos generales, vale la pena añadir que han recurrido predominantemente al instrumento de la

«influencia indebida» los grupos sociales «que no gozan de una adecuada representación y que no tienen acceso directo a los llamados *decision makers*». El fenómeno de la corrupción, en consecuencia, estaría agudizado «por la existencia de un sistema imperfecto de representación y de un discriminatorio acceso al poder de decisión», como escribe Gianfranco Pasquino. Y por esa razón es el único comportamiento compartido transversalmente por ciudadanos de todas clases y de todos los partidos.

A pesar de los límites del sistema democrático, es interesante hacer notar, por otra parte, que un reaccionario como Charles Maurras fuera siempre hostil a la hipótesis de la abolición del sufragio universal, que es el fundamento de tal sistema democrático. Éste representa en el fondo, según su opinión, el más conservador de los sistemas políticos. El mismo Maurras escribía en 1937 que sólo un «dato es cierto: es el dinero el que hace el poder en democracia. Lo elige, lo crea y lo genera». En el pasado «el que mandaba podía ser un político ávido y codicioso, pero no era necesariamente una criatura del dinero». Para Aristóteles y Platón el interés general debe siempre prevalecer sobre el particular y la economía no es el fin último, porque de otro modo el espíritu y la ciudad se corrompen. En este sentido, el primero de los dos prefiere un Gobierno «mixto», que tenga el valor de establecer un equilibrio entre la fuerza del número y la del dinero. Pero como ya expuso en el pasado Benjamin Constant, y han subrayado los autores del *Federalist* y los padres de la Constitución estadounidense, como James Madison, el sistema representativo es un descubrimiento de los modernos en la imposibilidad de dar lugar a una arriesgada participación directa del pueblo en la gestión del poder político. En la Atenas de Solón todavía estaba vigente, por lo demás, un criterio de censo para la participación en la actividad pública igual al de la mayor parte de los primeros sistemas parlamentarios del siglo XIX. Sólo es en la Atenas de Pericles cuando se da una democracia directa plena y una introducción creciente de las clases pobres en la participación política. Fisichella, a este propósito, cita el *Contrato*

social de Rousseau, en el que el pensador ginebrino escribe que «apenas el servicio público cesa de ser el principal interés de los ciudadanos y apenas éstos prefieren servir con su bolsa en vez de con su persona, el Estado está ya próximo a la ruina».

La verdad es que no existe virtuoso alguno indiscutiblemente fuera de toda sospecha: hasta la madre Teresa de Calcuta fue acusada de haber cobrado sin demasiados remilgos varios cientos de miles de dólares de un estafador de fama como Charles Keating, autor de uno de los mayores fraudes financieros de la historia de Estados Unidos. Indira Gandhi decía que «es difícil, pero no imposible, hacer negocios absolutamente honrados. Lo que es verdad es que la honradez es incompatible con la acumulación de una gran fortuna».

Hace algunos años, se descubrió que el autor norteamericano del *best seller* antológico *El libro de las virtudes*, el ex ministro William Bennett, se gastó ochocientos millones de dólares jugando al vídeo póker y, sobre todo, impuso el silencio a las casas de juego para que no se manchase su fama de moralizador de América. No deberíamos sorprendernos cuando se sabe que ya no hay lugar del mundo ni sector de la vida pública y privada indemne al fenómeno de la corrupción, de la apropiación indebida, de las prácticas ilícitas. Por ejemplo, más allá de las apuestas más o menos clandestinas, de las carreras trucadas y de los jugadores comprados, en Estados Unidos causó cierto efecto en 1919 el escándalo que sacudió al deporte nacional, el béisbol, cuando se investigó a ocho jugadores de los Chicago White Sox, acusados de haber aceptado sobornos para perder las World Series a favor de los Cincinnati Reds, o del bastante más reciente e italianísimo escándalo de «calciópolis» en 2006, que solamente ha venido a añadir una tesela a un mosaico que parece no querer dejar ningún campo de la vida nacional fuera de los peores hábitos corruptivos. Con la siguiente pregunta, que se sigue quedando sin una respuesta convincente: si el que numerosos dirigentes de sociedades futbolísticas de serie A (de entre los cuales, según las investigaciones, destaca Luciano Moggi), y con ellos

algunos árbitros, hayan sido acusados de haber trucado los resultados de algunos encuentros interviniendo en las designaciones arbitrales o corrompiendo a los dirigentes de la competición es un asunto que concierne solamente a la justicia deportiva o también a la ordinaria, que en definitiva debiera regular la convivencia civil de nuestra comunidad. La respuesta es ambigua. En el fondo, el del balón es un juego, pero estamos hablando de Italia, de España, de Europa: países donde el fútbol es una cosa seria (más seria que mucha política cuando las dos no van directamente del brazo), y no se ve cómo puede escapar a la práctica y a la lógica de los grandes negocios.

«La cuestión —ha escrito el historiador Franco Cardini— es establecer si, en qué sentido, en qué medida, y hasta qué punto la corrupción (como en un plano distinto la violencia) es realmente un elemento patológico y no, si acaso, fisiológico de la convivencia humana y de la organización pública, y si para eliminarla y corregirla el camino a elegir debe ser el del cambio de las costumbres individuales o el de la elaboración continua de las instituciones y de la laboriosa construcción de sistemas políticos cada vez más transparentes y de controles cruzados cada vez más eficaces. Porque en el primer caso el riesgo es el de una nueva caída en la utopía de la perfectibilidad humana y en la ya gastada búsqueda del *hombre nuevo* en el que han gastado tanta saliva tantas revoluciones regularmente fallidas y que acabaron en sangre. Y, en el segundo, su efectiva puesta en juego coincide con el abandono de una teología abstracta de una democracia perfecta y la aceptación del desafío de la realidad...».

En 1909, estimulado por el caso real del estafador rumano Georges Manolescu, Thomas Mann empezó a escribir una novela que quedó inconclusa: *Las confesiones del estafador Félix Krull*. Es la historia de un gran impostor capaz de destacar sobre el amplio muestrario de especuladores y timadores, la auténtica apoteosis de un artista del latrocinio en perjuicio del prójimo, que lleva a su autor

a representarlo (en clave potencialmente autobiográfica) como un protagonista sustancialmente positivo, un Proteo capaz de engañar a cualquiera cambiando camaleónicamente su propio aspecto. De muchacho se adjudicaba el papel de rey, más adelante, en sus viajes por Europa será sucesivamente sirviente, ayuda de cámara y marqués de Venosta, haciendo amplio uso de un arma que ahora demuestra ser decisiva también en política: la de cambiar la propia apariencia mediante un *lifting* de la propia identidad. También a comienzos de siglo, pero por méritos bien distintos, sale a la luz Guglielmo Marconi, el científico y Nobel italiano que con el tiempo se convirtió en brillante hombre de negocios en Gran Bretaña (un caso *ante litteram* de «fuga de cerebros» fuera de Italia): su compañía está dispuesta a ocuparse de las transmisiones radiofónicas para todo el Imperio británico. Pero en 1912 algunos miembros del Gobierno, empezando por Lloyd George, se aprovecharon de las noticias de que disponían, gracias al hecho de que el ministro de finanzas era hermano del administrador de la sociedad, para adquirir 10.000 acciones de la Marconi Corporation estadounidense. Todos lo negaron (lo que bastó al Parlamento para absolverles) pero en realidad obtuvieron opíparas ganancias. En este asunto Gilbert K. Chesterton apoyó a su hermano Cecil, que, con su periódico *The Eyewitness*, fue uno de los que denunciaron lo sucedido: «Un hombre como Lord Murray manejaba los hilos, especialmente los de los sacos de dinero, pero la cuestión central de su posición es que todos esos hilos se habían enredado. La fuerza secreta de su dinero no residía en el hecho de que aquel dinero era suyo sino en el hecho de que nadie tenía claro que el dinero fuera suyo, de su sucesor, de su hermano, de la sociedad Marconi, del partido liberal o de la nación inglesa». Y más adelante: «El señor Lloyd George gana cuatrocientas esterlinas al año en calidad de diputado, pero además de ganar muchas más por su condición de ministro, podría ganar más, en medida inconmensurable, especulando con los secretos de Estado de los que necesariamente tiene conocimiento».

En este sentido, especulación y política, escándalos políticos y financieros, tienen a menudo protagonistas análogos. Dario Fo, que denuncia desde hace más de cincuenta años la propagación de la inmoralidad y de la corrupción (desde *Poer nano* hasta *El diablo con tetas*, historia de un juez incorruptible que acaba ineluctablemente en el fango), llevó a la escena una reinterpretación personal de un clásico como *Ubu rey*, de Alfred Jarry (1873-1907), en la que se trata «de un hombre dispuesto a todo para conquistar el poder y de sus andanzas: desde tangentópolis a la imparable ascensión».

«Los balances —como ha escrito con ironía Cyril Northcote Parkinson— son como los bikinis: las partes más interesantes quedan siempre ocultas». Y como ha señalado el ex secretario de la CONSOB, Salvatore Bragantini, «el dirigente itálico se despierta de su pesadilla empapado en sudor, pero se tranquiliza enseguida. Nada de miedos, estamos en Italia. El accionista que ejerce su poder por cuenta de la empresa, aunque controlando en realidad una mínima parte de ella, ¿qué podría reprocharle? ¿Quizá haber cerrado un ojo sobre un contrato nada ventajoso para la empresa pero que, a cambio, causa enormes beneficios para el tal accionista, quizá en el extranjero? ¿Quizá el haber mantenido cuidadosamente oculto a los accionistas cuántos millones cuesta a la empresa cada año el dispendioso tren de vida de su capitán? Nuestro dirigente se da la vuelta del otro lado y recobra tranquilamente el sueño».

Lo importante en las estafas financieras y en los engaños políticos de ayer y de hoy es conquistar a las multitudes en favor de sus propios sueños, como en el caso de *El hombre de confianza*, de Herman Melville, donde un hombre con una pierna de madera asume sucesivamente los papeles de vendedor ambulante, de especulador, de mago sanador, logrando increíblemente culminar sus negocios vendiendo las acciones de una sociedad naturalmente inexistente pero con un nombre suficientemente fascinante: «La compañía carbonífera de los rápidos negros». Desde luego, dar una respuesta a las numerosas preguntas aquí expuestas es una ardua labor para cualquiera, pero, si es verdad que la indignación moral,

como ha escrito McLuhan, es una técnica utilizada para dotar de dignidad al idiota, lo único cierto es que no afrontar el problema de la corrupción o hablar de él solamente con hipócritas declaraciones de buenas intenciones son, ambas, soluciones pésimas ante un fenómeno del que es difícil negar la importancia en el curso de nuestra historia. Sobre todo, si no estamos del todo convencidos, como decía Longanesi, de que «la moraleja sea la conclusión de las fábulas».

EPÍLOGO

«Como decía el príncipe de Salina, éstos son tiempos de zorros y garduñas, la época de los leones y los gatopardos ha terminado.»

EUGENIO SCALFARI

La corrupción es el único modo de aligerar las diligencias y, por lo tanto, de incentivar las iniciativas. La corrupción, podemos decir paradójicamente, es ella misma progreso». Eso decía Vittorio Gassman en la película *En nombre del pueblo italiano*. Difícil pensar hoy que la corrupción haya muerto con Tangentópolis cuando la Segunda República no ha salido aún de las brumas de la Primera. Pero naturalmente esto vale un poco para todos y no sólo para la clase política: respecto al 17 de febrero de 1992, fecha inaugural del gran «auto de fe» sobre la ilegalidad *tangentizia*, la realidad no ha cambiado un ápice. Por el escándalo que afectó a Enipower se ha vuelto a hablar de una posible nueva Tangentópolis. El poder de las principales compañías farmacéuticas sigue orientando las informaciones sobre pequeños y grandes temas de la salud, como en los tiempos de Poggiolini y De Lorenzo (y quizá es inevitable que así sea, considerando que la investigación privada en el terreno médico y su necesidad de financiarse siguen siendo puntos de referencia difícilmente sustituibles). Tanto en el norte como en el sur los fajos de billetes se pagan y se reciben tranquilamente, como en los «felices» años ochenta, con la única diferencia de que el sistema del reparto de los ingresos ilícitos ya no está codificado por los «manuales Cencelli» de antes. Hay una mayor prudencia, de acuerdo, pero se sigue pagando, como antes y quizá más. No se verá cómo cambian de manos unos nutridos sobres en el Círculo Piragüista de Roma, frecuentado, entre otros, por Cesare Previti, pero en estos años todo género de «parcela» de la política (y no estrictamente de la política) ha dado con el modo de engrosar extraordinariamente. Los casos se han ido multiplicando: desde el

intrépido asesor de Anacapri, acusado de haber recibido cincuenta millones destinados a financiar un exótico viaje a la isla de Cuba programado en perfecta coincidencia con un periodo de ausencia laboral por enfermedad, a los escándalos de la sanidad, que se han producido más o menos en todas las regiones italianas, desde las gratificaciones de las farmacéuticas a los médicos hasta otros numerosos ejemplos de mala administración o despreocupada gestión de la cosa pública o de los favores privados (como se ha visto nuevamente en el «diario» de uno de los investigados en el caso Enipower).

Decía Prezzolini que «la democracia es la forma de gobierno más fácilmente corrompible y especialmente la parlamentaria ofrece la ocasión y la tentación a los diputados de aprovecharse del dinero público, ya sea directamente, para ellos y su familia, ya sea indirectamente, para comprar algún puñado de votantes de su ciudad o de algún determinado estrato». Pero la corrupción no es sólo la de los políticos y la de los administradores públicos, de los jueces y de los empresarios. La corrupción atraviesa, como se ha dicho, de modo democrático la entera escala social, y aporta sus frutos al sistema en su conjunto: junto a los miles de millones de la maxicomisión de Enimont, coexiste la corrupción de pequeño cabotaje. «El cohecho es democrático —ha dicho Di Pietro—. Aquí en Milán, por ejemplo, estamos investigando desde ministros a sepultureros». «En Milán —añadía Mario Chiesa (el primer indagado por Mani Pulite)— se pagaba a todo el mundo. Había multitud de gente dispuesta a pagar cualquier cifra». Por otra parte, como escribe el politólogo Josep Ramoneda, «el parecer de la mayoría no es parámetro de verdad ni de moralidad», como, en el fondo, se ha señalado a partir del capítulo introductorio de este libro.

Naturalmente, hay quien roba para el partido y quien roba para sí mismo (aunque para muchos el partido sea su primera casa); hay mediaciones millonarias del gran *brasseur d'affaires* y los untos más discretos del funcionario público. Pero, de hecho, en la geografía de la corrupción y del abuso, cada cual ocupa su sitio. La corrupción

implica a políticos y a funcionarios públicos, pero no prescinde del mundo de la prensa ni del mundo sindical, de los profesionales liberales ni de los empresarios. La corrupción sobrevive en cualquier tiempo y bajo cualquier régimen. A menudo representa incluso un esencial *instrumentum regni*, aunque el régimen y su ordenamiento jurídico se basen en los principios de la ética tradicional y denuncien con convicción sus ilicitudes. Como ha señalado Piergiorgio Bellocchio, hasta el juego de mesa que lleva el nombre de Monopoly «está inspirado en valores de un sistema económico-social concreto en una fase de su desarrollo [...]; bastaría poner al día los “imprevistos” y las “probabilidades”: “Has sido nombrado asesor o ministro: todos los jugadores tendrán que pagarte una comisión en cada turno”». Francesco Merlo recuerda: «El *Monopoly*, en su versión más simple fue inventado en 1904 (*The Landlord's Game*) por una cuáquera, Lizzie Magic, una moralista triste y fantasiosa, con el objeto de mostrar la inmoralidad de la ley de la oferta y la demanda... El *Monopoly* tiene como filosofía de base no tanto la de enriquecerse (dominar las cosas) como la de empobrecer al adversario (dominar la persona), humillarle con cada lanzamiento de dados, reducirlo a una vida perra en barrios miserables del Callejón Corto».

Franco Cazzola ha dedicado un estudio a *L'Italia del pizzo* [La Italia del *pizzo*[10]]. Favores, regalos y sobornos, afirma el autor, son la norma. La ilegalidad estaba antes concentrada en el sector de la construcción, entre licencias, planes de parcelación y cambios de calificación. Luego ha ido ganando terreno: y así ha sido como han ido apareciendo el *pizzo* por existir (para obtener certificados de residencia y permisos de estancia), el *pizzo* por la ciudadanía (para saltarse el servicio militar y favorecer el voto de intercambio), el *pizzo* por un techo (de cara a la asignación de viviendas populares o de la inminencia de un desahucio), el *pizzo* por un título (desde los exámenes de bachillerato a los universitarios), el *pizzo* por trabajar (altas por concurso, autorizaciones para ejercer actividades comerciales y licencias para profesionales liberales), el *pizzo* para

sobrevivir (pensiones y fármacos de emergencia), y, por fin, el *pizzo* para descansar en paz (obtener un lugar en el camposanto es una tarea cada vez más ardua). Se paga por la calle, en las obras, en las oficinas públicas y en el ministerio, en pleno día y al anochecer. «Hay quien es perentorio y apresurado (pase a ver a mi secretario para cuantificar el problema), quien es brutal (todo y ahora), quien es más comprensivo (con pagos diferidos), quien es amable (sabemos que ya ha dado, pero ahora estoy yo), y quien roza el ridículo hablando de modo convencional por teléfono (mándeme veinte kilos de manzanas)». El secretario del primer ministro japonés escribía esto al representante estadounidense de la Lockheed: «Todo bien. He recibido cien cacahuetes».

«El hábito de la corrupción permea nuestra misma cultura — decía Sciascia en *La corda pazza* [La cuerda de los locos]—. Quizá por ser más astuto, quizá por verse favorecido por la agitación de esperanzas y energías que en Sicilia provocan los cambios en la cúpula, el virrey llevó la defensa del privilegio desde un plano puramente jurídico a un plano cultural». Pero sin incomodar al caso siciliano, el estudioso Maurice Duverger recordó que «durante mucho tiempo los ministros ingleses se aseguraban las mayorías comprando los votos cuando no las conciencias de los diputados. La cosa era casi oficial: existía hasta una ventanilla en la cámara donde los parlamentarios iban a negociar el precio de su voto. Y en 1714 se creó el cargo de secretario político de la tesorería, precisamente para dirigir estas operaciones financieras». A la cuestión central de las relaciones entre el sistema representativo y potentados económico-financieros se ha enfrentado, por ejemplo, Domenico Fisichella, que recuerda cómo hoy el problema de la oligarquía no es ya sólo el propuesto por Platón y Aristóteles o por la existencia de una originaria aristocracia del dinero, sino también el de una oligarquía de burócratas, de partidos o sindicatos (como ha sido expuesto por el estudioso de doctrinas políticas Roberto Michels). Por consiguiente, hoy es preciso defenderse de un extrapoder que, en la

época industrial y luego en la posindustrial (en la segunda mitad del siglo xx), es el de la burocracia, el de los tecnócratas o el de los dirigentes de las grandes multinacionales. Un aspecto tenido bien en cuenta por el escritor Giuseppe Berto, quien en su *Modesta proposta per prevenire* [Modesta propuesta para prevenir] escribía, bastante antes de la llamada Segunda República, contra la partitocracia, el declive del Parlamento y la falta de una reforma burocrática: reforma posible sólo si «los italianos hubiesen ya adquirido en política la amplitud de miras que gloriosamente han alcanzado ya, por ejemplo, en pornografía».

«Si se considera que entonces el cúmulo de leyes promovidas a favor de fines propios (como si dijéramos “privados”) por los distintos escalafones, grados, grupos, categorías, clases, facciones, entes, personas particulares y sindicatos cubría más de un tercio del calendario de los trabajos parlamentarios y absorbía a la flor y nata de las fuerzas de presión de los notables de todas las carreras; y que a pesar de ello la ley en cuestión se abría camino entre aquella muchedumbre, hay que reconocer que el secretario del secretario tenía ese día las más sólidas razones para ser feliz». Así escribía Augusto Frassinetti en *Lo spirito delle leggi* [El espíritu de las leyes], en uno de sus textos satíricos sobre la burocracia, ironizando sobre una fantasmagórica, aunque realista, ley «con validez inmediata y con efecto retroactivo, que aseguraba a los secretarios de los subsecretarios —derogando las normas vigentes— el paso a labores orgánicas en caso de cesación del servicio por sobrevenida crisis de Gobierno como consecuencia del surgimiento de conflictos bélicos, tanto clásicos como nucleares...». «¡Cuenta de gastos, qué hermosa eres!», escribió Silvano Ambrogi en *Canti d’amore e morte ministeriali* [Cantos de amor y muertes ministeriales], «pareces más fresca y delicada / ahora que estás falsificada».

El caso es que, si la cuestión de la corrupción pudiera resolverse gracias a disquisiciones teóricas y a algunas lecciones de sentido civil, naturalmente que todo sería más sencillo. Una solución a los excesos del fenómeno, como ha sugerido Mauro Magatti en un texto

sobre el asunto, debería buscarse «creando las condiciones institucionales capaces de conseguir convivir con nuestros peculiares caracteres, haciéndolos también madurar». Una regulación de la corrupción no será quizá posible, y si lo fuera, no es seguro que pueda representar una panacea infalible al drama de la cuestión moral, sino que afrontar el tema fuera de una clásica división entre el bien y el mal sería ya un paso adelante. Piercamillo Davigo añade, confirmando la importancia del espíritu de servicio de quien endosa *La giubba del re* [La casaca del rey] (ése es el título de un libro del magistrado de Mani Pulite) que el simple hecho de hacer menos espeso el actual amasijo normativo probablemente ayudaría a disminuir los abusos de ley, y que redimensionar el sistema de las autorizaciones y de las licencias iría en la misma dirección. Quizá no sería mala idea si no fuera porque, al contrario, ejemplos más recientes han visto multiplicarse los esfuerzos del Parlamento en ulteriores y a menudo confusas intervenciones legislativas en las más diversas materias conexas a la administración de la justicia, con frecuencia dictadas por intereses de parlamentarios particulares (es preciso recordar al menos la ley sobre la «inmunidad» de los altos cargos del Estado, aprobada por el Parlamento en 2003, que ve situarse a Italia en el mismo camino y en compañía de países como Kirguizistán). «En un Estado corrupto se hacen muchísimas leyes», sostenía con razón Tácito. Pero las leyes no son la única solución, como demuestra el hecho de que la Parmalat de Calisto Tanzi fue una sociedad que pasó por la criba de todos los instrumentos de control previstos por las reglas y los códigos jurídicos nacionales, mientras las leyendas urbanas narraban desde hacía tiempo los vínculos con la «finanza blanca» y las relaciones privilegiadas del empresario de Collecchio con la Democracia Cristiana y con los políticos de periodos posteriores.

Una cuestión ineludible al hablar de corrupción es la del ejercicio de la justicia, de sus posibilidades, de sus límites, de su papel institucional y social.

François Rabelais, en *Gargantúa y Pantagruel*, hacía que el juez Bridoye resolviera los litigios en función del peso de los expedientes de la acusación y de la defensa. En caso de ulterior indecisión, la suerte del imputado se jugaba a los dados. Montesquieu sostenía en sus *Cartas persas*, paradójicamente, justo lo contrario: el juez no necesita ojos, es un artefacto inanimado, es, en suma, la «*Bouche de la loi*». Pero Calamandrei disenta de ambos: para aplicar fielmente la ley —sostenía— es preciso interpretarla, es decir remontarse a su *ratio*, a la inspiración que la hace socialmente actual. Que es como decir que en toda interpretación jurídica hay un margen de opción política.

Sin embargo, mientras la política es por excelencia una relación entre dos, mayoría y oposición, la justicia debería ser esencialmente una relación entre tres, con un tercer sujeto capaz de resolver el conflicto entre las partes. Incluso si el tercero puede deslizarse hacia el lado de un «proceso al enemigo» o, en el exceso opuesto, aferrarse al llamado «garantismo interesado», es decir, la aplicación pedestre de los códigos a favor del imputado, que en el pasado ha producido otras tantas peligrosas aberraciones. El miembro del Tribunal de Casación Corrado Carnevale fue acusado de haber favorecido a la mafia como «Azzecagarbugli»^[11], contribuyendo de manera sustancial a crear falacias jurídicas formales capaces de anular numerosas sentencias condenatorias ya confirmadas en primer y segundo grado. ¿Pero existe una «justicia sustancial» que sea preferible a veces a la literalmente «formal»?

En otoño de 1994, como se ha recordado, Berlusconi recibió un aviso de inculpación por financiación ilícita de partidos mientras asistía en su condición de primer ministro a una reunión internacional sobre problemas de criminalidad. ¿Deben los actos de la magistratura prescindir completamente de las circunstancias o deben considerar sus posibles consecuencias políticas?

En *Historia de la columna infame*, Manzoni propone no sólo una minuciosa reconstrucción histórica, sino una verdadera requisitoria contra los jueces que condenaron a muerte a los ungidos de la

peste milanesa en 1630. Tales jueces fueron, para Manzoni, culpables de haber secundado el prejuicio popular y de haber enviado a la muerte a cinco inocentes respondiendo al impulso justiciero de las multitudes de Milán que pedían un chivo expiatorio por el flagelo que había padecido trágicamente la ciudad. ¿Existe todavía ese riesgo, sobre todo en las investigaciones políticas y en los procesos de fuerte implicación popular? ¿O los años de las manifestaciones en la calle ya se han acabado y la desilusión general ha vuelto a dominar a la opinión pública, aunque, como en el caso del crac Parmalat, se vean directamente afectados los intereses de un número bastante elevado de ciudadanos y ahorradores? ¿O bien prevalece en la opinión pública una cínica absolución de los «grandes ladrones» por la convicción de la posibilidad de obtener nuevas oportunidades en la «corte» de esos «grandes»?

En 1994 Borrelli declaró: «De alguna manera hemos encauzado y traducido judicialmente algo que estaba sucediendo. Algo que obviamente iba más allá de lo que podía ser nuestro poder...». ¿Cuánto han contado entonces el nuevo clima político (los primeros grandes éxitos electorales de la Liga Norte) y el evidente sostén popular en el éxito de las indagaciones sobre la corrupción de la clase dirigente de nuestro país (impensables hasta pocos años antes del 92)? En los años setenta, Leonardo Sciascia se inspiró precisamente en *Historia de la columna infame* de Manzoni para denunciar el fenómeno expansivo del arrepentimiento entre los terroristas de las Brigadas Rojas. Lo mismo que el inspector de sanidad Giancarlo Piazza trató de sustraerse a las acusaciones de difundir la peste denunciando al barbero Gian Giacomo Mora, eso sostenía Sciascia, los brigadistas buscaron la semiimpunidad confesando los nombres de los «compañeros de lucha». Una forma de acusación de complicidad estudiada también por Carlo Ginzburg en *El juez y el historiador*, donde el autor traza algunas consideraciones a propósito del proceso de Adriano Sofri[12]. Estudia las actas y la sentencia del procedimiento en primer grado y llega a la conclusión de que las analogías con los procesos por

brujería (que Ginzburg ha estudiado toda la vida) son ciertamente muchas: la presencia de un imputado que es al mismo tiempo acusador de sí mismo y de otros, el clima de caza de brujas, las escasas garantías de defensa de los imputados, el molde inquisitorial del proceso.

Hablando del caso de la «extraña muerte» de Wilma Montesi en 1953, Enzensberger escribe: «Las leyes italianas son similares a las alemanas. Pero la justicia no vive solamente de ellas, sino en lo que yace, no escrito, en el fondo del corazón del pueblo. Y la justicia, para el pueblo italiano, no es otra cosa que la ejecutora de sus propios veredictos. Por eso desconfía de ella, como se desconfía del sirviente. La justicia es una aliada pero también una eterna adversaria de la que hay que protegerse». «Por su naturaleza accesible a la mayoría —escribió Ernesto Galli della Loggia—, el poder italiano se constituyó como algo naturalmente alejado del pueblo, igual que el lenguaje de la autoridad estaba alejado y era distinto de la lengua cotidiana. La ley se separó de la vida. Se convirtió en cosa de especialistas, en algo tan intelectualmente refinado y coherente, tal vez, como marcado por un elevado coeficiente de abstracción».

Pero las preguntas abiertas siguen siendo numerosas: ¿las investigaciones de Mani Pulite hubieran sido posibles sin las confesiones y los «arrepentimientos» o, más probablemente, habrían encallado en las prácticas «tangencias» del fullero presidente del Pio Albergo Trivulzio[13]? El suicidio en la cárcel del presidente del ENI, Gabriele Cagliari, y el del número uno de Ferruzzi, Raul Gardini, fueron probablemente los más clamorosos de los suicidios excelentes de Tangentópolis (al menos tanto como los del socialista Sergio Moroni y el de uno de los directivos de Parmalat, aún no implicado en las investigaciones, y el del alcalde de Roccaraso en 2004, implicado en un caso de concusión), y más que nada obligaron a magistrados, periodistas y opinión pública a preguntarse sobre el poder de los medios de comunicación y sobre la «vergüenza de la cárcel». El *pool* de Milán, en particular después de la muerte

de Cagliari, fue acusado de utilizar de manera impropia el instrumento de la custodia cautelara para arrancar confesiones sobre el sistema de corruptelas entonces vigente. El caso del 007 del SISDE[14], Bruno Contrada, acusado de asociación para delinquir de tipo mafioso, reactivó nuevamente el debate: contra la criminalidad organizada, en tierra de mafia, ¿es lícito hacer excepciones a las reglas más garantistas en materia de colaboradores con la justicia? ¿Cómo se pueden evitar en el futuro casos emblemáticos como el del presentador televisivo Enzo Tortora, acusado y encarcelado por una acusación reconocida posteriormente como injusta? ¿Son los cotejos objetivos y cruzados de las declaraciones de los arrepentidos suficientes para verificar la fiabilidad de las acusaciones de complicidad? Si detrás de las confesiones y de las acusaciones de un testigo se esconden más o menos claramente batallas políticas y venganzas personales (como en el caso de Stefania Ariosto, ex novia de Vittorio Dotti y acusadora del compañero de partido de éste, Cesare Previti), ¿esas confesiones están irremediabilmente «viciadas» o siguen siendo relevantes en el caso en que la información del delito resulte exacta?

El código de procedimiento penal introducido en 1989 ha abandonado definitivamente el modelo inquisitorio y ha adoptado el de tipo acusatorio. ¿Pero cuánto ha cambiado en sustancia? Gerardo d'Ambrosio ha subrayado que el nuevo código permite indagar durante seis meses sin que la persona sometida a averiguaciones sea avisada y que además las fuentes del delito pueden ser recabadas directamente por la fiscalía y no principalmente por la policía judicial (más fácilmente controlable por el poder político). ¿Dónde estaría entonces la reforma del código Pisapia? Muchos penalistas denuncian la preocupante centralidad de la fiscalía en el nuevo procedimiento, en detrimento de la defensa: ¿es realmente un temor fundado?

La separación de las carreras de los magistrados fue una vieja batalla de los socialistas. Hoy lo es de Forza Italia, de la Casa de las Libertades y del ministro Roberto Castelli. ¿Es realmente necesario

separar la carrera de la magistratura juzgadora de la de la magistratura inquiridora? ¿Es cierto que la figura del juez y la del Ministerio Público en lo tocante a las investigaciones preliminares son demasiado «cercanas» y que ello no supone una garantía para la defensa? En 1987 tuvo lugar un referéndum, promovido principalmente por los socialistas (pero de hecho apreciado por una parte consistente del arco político) sobre la responsabilidad de los jueces. ¿Es justo que el juez pague si se equivoca? En Francia los jueces están sustancialmente bajo el poder del ejecutivo (como lo estuvieron en Italia al menos hasta 1946) y sin embargo no faltan las investigaciones contra la corrupción de las clases dirigentes. ¿Son esas investigaciones sólo el fruto de batallas políticas o el modelo francés funciona y es exportable, siempre que se preserve el principio de obligatoriedad de la acción penal?

Desde el inicio de la historia de Tangentópolis ha habido principalmente dos tentativas de parar a Mani Pulite: el decreto Conso, en 1993, con Giuliano Amato como primer ministro, y el decreto Biondi (rebautizado «Salvaladrones»), en 1994, bajo el Gobierno Berlusconi. En los dos casos, los magistrados del *pool* de Milán intervinieron directamente en el debate político, en la batalla política, para detener (con éxito) ambos torpes «pases de esponja». En ambos casos —es obligado añadir— salieron a manifestarse en la calle miles de italianos. ¿Fue lícita aquella intervención de las togas de Milán o minó —como alguien ha dicho— los fundamentos de la democracia parlamentaria italiana y el principio de la separación de poderes? ¿Una nítida toma de postura de la fiscalía de Milán sería admisible y popular también hoy o los tiempos y las condiciones han cambiado? ¿Es fundado el temor de un «gobierno de los jueces» al que tantas veces ha hecho referencia Berlusconi?

Hace doscientos años Saint-Just teorizó sobre el papel de la justicia en el proceso revolucionario: «El poder judicial —escribió— es el nervio de la libertad, de todos los engranajes políticos es el que se corrompe y el que se gasta menos, porque actúa al descubierto y no se detiene nunca». Se ha dicho que la de Mani Pulite fue una

revolución judicial que condenó a toda una clase dirigente, y que los magistrados del famoso *pool* fueron unos jacobinos. Quizá sería más correcto hablar de una restauración democrática, de un restablecimiento de la legalidad, desde el momento en que de hecho no se dio ningún cambio violento de régimen: en cualquier caso, ¿es lícito que el poder judicial haya entrado en la batalla política, sustancialmente por la admisión en ella de algunos de sus representantes, obligando de hecho a buena parte de los protagonistas políticos de la Primera República, acusados de corrupción, a salir de la escena?

Pero junto a los temas de la justicia y de la ley como posibles remedios del fenómeno corruptivo es preciso recordar la importancia que deberían tener los deberes de todo ciudadano y la honradez de la sociedad civil, de las clases dirigentes y de los operadores económicos. Gian Antonio Stella, autor de libros como *Lo spreco* [El derroche], *Schei y Chic*, retratos implacables de la Italia contemporánea, ha firmado con Sergio Rizzo dos bestseller, *La casta* (2007) y *La deriva* (2008), que han suscitado un intenso debate en todo el país sobre la intocabilidad de la clase política y sus privilegios. Pero, frente a una nueva ola de malestar popular motivada por el marasmo de enfrentamientos y divisiones en su interior, por los despilfarros y comportamientos irresponsables de los líderes y sus peones en el Parlamento, en los consejos municipales o en otras asambleas públicas, la «casta» (como ya ha sido rebautizada la política) se ha recluso en sí misma como una tortuga en su propio caparazón (con pocas excepciones) y ha rechazado enmendar los comportamientos y las ventajas oprobiosas de las que disfruta, implantados desde hace tiempo y convertidos ya en costumbre. ¿Por qué privarse de los privilegios que un trabajo en la política o «en torno al palacio» puede garantizar de aquí a la eternidad? Y, sobre todo, ¿cómo encontrar una mayoría dispuesta a «cortarse las uñas» si ya es difícil llegar a un acuerdo sobre la presunta necesidad de unos aseos para travestidos en la Cámara? En

el fondo es un caso comprensible, propio de la natural tendencia al enriquecimiento personal, agravado por el hecho de que quien se empeña en llegar a ocupar los escaños de Montecitorio o de Palazzo Madama (sedes, respectivamente, de la Cámara de Diputados y del Senado) quizá debiera de estar motivado por alguna tensión ideal que el termómetro de la política parece registrar muy raramente. Ha sucedido, a fin de cuentas, lo que dijo Indro Montanelli que sucedió con Mani Pulite: «Lo que podía haber sido una revolución pacífica», escribía Indro en 1993, «era una simple desinsectación a llevar a cabo con todas las bendiciones de la legalidad. Por desgracia, nadie se movió, porque la situación destapada les venía bien a todos: quiero decir a todos los que, políticos y no, estaban implicados y que encontraban más cómodo compartir los provechos que asumir los riesgos de una denuncia». Hoy, casi veinte años después de la explosión de Tangentópolis, el maletín de Mario Chiesa se ha subastado para la beneficencia pero no han quedado trazas de amaestramiento ni entre las víctimas ni entre los verdugos. Ha vuelto a la palestra la vergüenza de la «casta» política y, con ella, ha vuelto la alarma de un complot de la que ha sido definida como la «antipolítica». El sistema de las comisiones ilícitas y, más generalmente, el de la corrupción política y administrativa, inevitablemente ligada a la de los negocios y a las conexas ventajas económicas de la «esfera privada» (desde empresas a particulares), está cualquier cosa menos extinto, a pesar de años de investigaciones, procesos públicos y batallas moralizantes que han suscitado mucha publicidad, gran sensación nominal, pero pocos efectos verificables desde el punto de vista de la prevención del fenómeno (ni en el centro ni en la periferia del sistema político y administrativo) e incluso desde el punto de vista del castigo de los casos destapados. «Hay países de alta y larga tradición democrática», ha escrito Stefano Rodotà, «que conviven desde siempre con una no indiferente corrupción política y administrativa [...]. En esos países las clases dirigentes saben que deben mantener una legitimación, aunque sea mínima, frente a la opinión pública, de

manera que, quizá por puro instinto de conservación, reaccionan expeliendo de su seno al menos a los responsables de los comportamientos más escandalosos». Por el contrario, «nuestra clase gubernamental se ha dedicado más a su propia cohesión interna que a su respetabilidad pública. De este modo ha hecho piña en torno a sus propios ladrones, malversadores, comisionistas, procuradores y financiadores».

Los magistrados punteros de entonces (al menos los del «*pool* de Milán») han dejado ya de combatir la corrupción política (unos por haber alcanzado la edad límite, otros por cansancio, otros por comprensible deseo de «cambiar de aires» o de seguir nuevos caminos en el ámbito de las instituciones parlamentarias, de la misma magistratura o en otro lado) y la clase dirigente —pillada nuevamente con las manos en la masa— entre prebendas injustificadas, escamoteos más o menos astutos orientados a sustraer dinero de las cajas públicas y macroscópicos conflictos de intereses entre ambiciones personales y los grandes negocios del país, conserva la misma extraordinaria cara dura y el mismo irreductible pelo en pecho que siempre ha lucido con un cierto orgullo. Entonces (en 1992) se adujo —por parte de las dianas de la polémica: políticos e intrigantes— el complot demagógico y antipolítico. Un complot de jueces encarnizados y «politizados», una conspiración de serpientes periodísticas y consentidores dueños de las rotativas, dispuestos a desacreditar la carrera sin tacha de ilustres imputados con la publicación de actas y de interceptaciones de todo tipo. Pero la historia tiene un curso vagamente cíclico, no tanto por efecto de alguna ley física como por los límites intrínsecos del carácter humano, incapaz con toda evidencia de hacer un uso constructivo de la memoria. Y, si es cierto que los grandes escándalos se repiten inevitablemente a intervalos más o menos irregulares, estallando como episodios de necesaria catarsis en nombre de la vejada cuestión moral, no es menos cierto que muchos de esos escándalos de la historia italiana, desde la Banca Romana de Tanlongo (y del Gobierno Giolitti, que pagó las consecuencias) hasta

las «sábanas de oro» de los ferrocarriles de Ligato, o las «cárceles de oro» de Nicolazzi (conocido porque siendo ministro de Obras Públicas consiguió hacer llegar la autopista desde Turín a Gattico, pequeña localidad de la provincia de Novara que casualmente le había visto nacer, pero también como convencido promotor del «quien calla, otorga» en las actividades ministeriales) acaban transformándose en complots para maquiavélicas conjuras, también es verdad que estos mismos escándalos redundan en perjuicio de pocos respecto a responsabilidades que son a menudo más difusas y enraizadas. Pero, naturalmente, bastaría con entenderse sobre el término «complot». Se consumará alguna venganza personal, pero ¿estamos seguros de que se hayan puesto de acuerdo los inmarcesibles poderes fácticos, los conocidos gnomos de la finanza y los herederos del Priorato de Sion? El instintivo reclamo a la conjura es comprensible en la inmediatez de una declaración en caliente y en la fogosidad de un combate, donde desde el centro de la arena se nos obliga a ocupar la esquina del ring, pero excluye taxativamente que ese reclamo tenga alguna relación, siquiera lejana, con las luces de la razón. Mucho más sencillamente: el nivel de corrupción (sobre todo en la época de Tangentópolis) había superado un umbral de mínima decencia y rompió el dique, arrastrando hasta el valle todo lo que encontró en su recorrido, incluido el monumento del hombre a caballo, chivo expiatorio, en suma, de la situación, pero al que rara vez la historia ha reconocido completamente inocente o mártir incomprendido. O lo era (y sabía) o dormía (con capacidades letárgicas ciertamente excepcionales). Pero el protagonista político, posando con plástica pose para la eterna memoria, bien sabía que corría el riesgo de ser arrastrado por el fango. Y si deseaba mantenerse alejado de él, hubiera debido seguir bastante antes los humildes consejos de Cincinnato.

Frente a las saetas de la denuncia, la reacción de la Casta produce todavía hoy un fenómeno casi inevitable: la llamada a la complicidad. El que es detectado es culpabilizado (hoy, además de por vía judicial, también por vía mediática) como símbolo de la

decadencia de toda una época política o de una parte del abanico de partidos, y reacciona con un comportamiento difuso: huye de una culpa sin negar la suya pero atribuyéndola a todos los que forman parte del «sistema» o que se han manchado con análogo delito. Al respecto, Bettino Craxi es el ejemplo perfecto. Fue llamado a ser la víctima sacrificial. Y fue inevitable porque, desde que el mundo es mundo, el hombre no conoce otro método de justicia, incluso si Craxi, todo hay que decirlo, se condenó al ostracismo él solo, prefiriendo Hammamet a los tribunales de Italia. Craxi acusó a todos para absolver a toda una clase dirigente, y como chivo expiatorio de un sistema enfermo, la verdad es que dijo cosas sacrosantas: «Buena parte de la financiación pública de la política es irregular o ilegal. Los partidos, especialmente los que cuentan con aparatos grandes, medianos o pequeños han hecho y hacen uso de recursos adicionales de forma irregular. Si gran parte de esta materia debe ser considerada puramente delictiva entonces gran parte del sistema sería un sistema delictivo. Un sistema en el que han participado y concurrido de maneras diversas todos los grandes grupos industriales del país, privados y públicos. De estos se puede decir de todo menos que hayan sido víctimas de una prepotencia, de una imposición, de un sistema vejatorio y opresivo del que no veían la hora de librarse...».

Como ha escrito Miriam Mafai, «como líder de un partido irremediablemente minoritario, Craxi comprendió antes que otros la importancia del control de la información y del dinero para la construcción del consenso. Si el viejo Pietro Nenni, su maestro, al llegar en 1964 a la vicepresidencia del Gobierno, había buscado en el Palacio Chigi “la habitación de los botones”, Craxi, por el contrario, se dirigió directamente a la caja fuerte. Ya antes, De Mita, secretario de la DC, había sostenido que la financiación pública de los partidos gubernamentales era un “deber institucional” de las empresas estatales, del ENI, del IRI, de los grandes bancos. Bettino Craxi extendió a todas las empresas interesadas en las obras públicas la plataforma de los que debían contribuir a esa financiación». Así que

un chivo expiatorio, ¿como Verres, Talleyrand y Berlusconi? Puede ser. En todo caso, en absoluto virginales criaturas de manos tersas involucradas de manera totalmente inconsciente en siniestros mecanismos más grandes que ellos. ¿Recordáis la fábula de Menenio Agrippa? El literato del siglo XVI Ortensio Lando escribió una valiosa versión de ella, *Los miembros y el culo*: «Hubo un tiempo en que todos los miembros humanos se pusieron de acuerdo para ser enemigos del señor culo, y para decidir su controversia nombraron juez a Hipócrates [...]. Las imputaciones que se le hicieron fueron éstas: que a fuer de holgazán permaneciera sentado y fuera maloliente, incluso receptor de toda porquería. El culo, consciente de su inocencia, no recusó el juicio, sino que defendió animosamente su causa, afirmando con vivas razones que él estaba siempre vigilante a las puertas del cuerpo, y que como portero allí situado por la naturaleza, guardaba diligentemente dicho lugar, llevando fuera las porquerías que los otros miembros concebían. Oído que hubo Hipócrates estas cosas con suma atención, y habiendo considerado óptimamente toda la causa, pronunció sentencia en favor del culo». Parecería una perfecta defensa del corrupto sorprendido con las manos en el estiércol que recuerda cómo la porquería es la del sistema y que él, en el fondo, es el chivo expiatorio (imaginamos que situado de modo totalmente casual en una posición tan estratégica).

BIBLIOGRAFÍA

- ACCETTO, TORQUATO, *Della dissimulazione onesta*, Turín, Einaudi, 1997.
- ADORNO, THEODOR W., *Minima moralia*, Madrid, Taurus, 1998.
- ALEMÁN, MATEO, *Guzmán de Alfarache*, Madrid, Cátedra, 1987.
- ALIGHIERI, DANTE, *Monarquía*, Madrid, Tecnos, 2009.
- , *La Divina Comedia*, Madrid, Alianza, 2010.
- ALVI, GEMINELLO, *Le seduzioni economiche di Faust*, Milán, Adelphi, 1989.
- AMIS, MARTIN, *Koba el temible*, Barcelona, Anagrama, 2005.
- APULEYO, LUCIO, *El asno de oro*, Madrid, Alianza, 2010.
- ARENDT, HANNAH, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 2003.
- ARISTOFANES, *Los caballeros*, Barcelona, Océano, 2001.
- ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Alianza, 2010.
- AZORÍN, *El político*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- BACON, FRANCIS, *Ensayos*, Barcelona, Orbis, 1985.
- BALZAC, HONORÉ DE, *Ilusiones perdidas*, Madrid, Punto de Lectura, 2002.
- BARBACETTO, GIANNI; *Veltri, Elio, Milano degli scandali*, Bari, Laterza, 1992.
- BARBEY D'AUREVILLY, JULES, *Las diabólicas*, Madrid, Sexto Piso, 2001.
- BARZUN, JACQUES, *Del amanecer a la decacencia. Quinientos años de vida cultural en Occidente*, Madrid, Taurus, 2001.
- BECCARIA, CESARE, *De los delitos y de las penas*, Madrid, Alianza, 2008.
- BELLI, GIUSEPPE GIOACHINO, *47 sonetos romanescos*, Zamora, Lucina, 2006.
- BELLOCCHIO, PIERGIORGIO, *Dalla parte del torto*, Turín, Einaudi, 1989.
- BEN JELLOUN, TAHAR, *El hombre roto*, Barcelona, Anagrama, 1994.
- BENNETT, WILLIAM J., *El libro de las virtudes para jóvenes*, Barcelona, Ediciones B, 2007.

- BERSEZIO, VITTORIO, *Le miserie 'd monsù Travet*, Turín, Centro Studi Piemontesi, 2001.
- BERTO, GIUSEPPE, *Modesta proposta per prevenire*, Venecia, Marsilio, 1998.
- BETTI, UGO, *Corrupción en el palacio de justicia*, Buenos Aires, Losada, 1957.
- BIANCIARDI, LUCIANO, *Vita agra*, Milán, Bompiani, 2001.
- BIANCO, PIALUISA, *Elogio del voltagabbana. Origine e storia di un tabù*, Venecia, Marsilio, 2001.
- BIERCE, AMBROSE G., *El diccionario del diablo*, Madrid, Valdemar, 2009.
- BLOCH, MARC, *La sociedad feudal*, Madrid, Akal, 2002.
- BOBBIO, NORBERTO; MATTEUCCI, NICOLA y PASQUINO, GIANFRANCO, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 2007.
- BOCCA, GIORGIO, *Il dio denaro. Ricchezza per pochi, povertà per molti*, Milán, Mondadori, 2002.
- BOCCACCIO, GIOVANNI, *El Decamerón*, Madrid, Páramo, 2000.
- BODIN, JEAN, *Los seis libros de la República*, Madrid, Alianza, 2006.
- BOTERO, GIOVANNI, *Diez libros de la razón de Estado*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Senado, 2001.
- BRAGANTINI, SALVATORE, *Capitalismo all'italiana*, Milán, Baldini Castoldi Dalai, 1996.
- BRANCA, VITTORE (ed.), *Mercanti scrittori: ricordi nella Firenze tra Medioevo e Rinascimento*, Cesena, Rusconi, 1986.
- BRANCOLI, RODOLFO, *In nome della lobby. Política e denaro in una democrazia*, Milán, Garzanti Libri, 1990.
- BRANDRETH, GYLES, *Il libro delle citazioni politiche: una guida letteraria*, Milán, Mondadori, 1996.
- BRAUDEL, FERNAND, *Escritos sobre la historia*, Madrid, Altaya, 1997.
- BRECHT, BERTOLT, *La ópera de tres centavos*, en *Teatro completo*, vol. III, Madrid, Alianza, 1989.
- , *Los negocios del señor Julio César*, Barcelona, Seix Barral, 1984.
- BÜCHNER, GEORG, *Obras completas*, Madrid, Trotta, 1992.

- BUFALINO, GESUALDO, *Dizionario dei personaggi di romanzo. Da don Chisciotte all'Innominabile*, Milán, Bompiani, 2000.
- BURCKHARDT, JACOB, *Reflexiones sobre la historia universal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- BURKE, EDMUND, *Vindicación de la sociedad natural*, Madrid, Trotta, 2009.
- BUTLER, SAMUEL, *Dizionario dei luoghi non comuni*, Parma, Guanda 1998.
- CAFERRA, VITO M., *Il sistema della corruzione: le ragioni, i soggetti, i luoghi*, Bari, Laterza, 1992.
- CALAMANDREI, PIERO, *Elogio de los jueces escrito por un abogado*, Madrid, Reus, 2009.
- CALVINO, ITALO, *La especulación inmobiliaria*, Madrid, Siruela, 2010.
- CAMPANELLA, TOMMASO, *La ciudad del sol*, Madrid, Tecnos, 2007.
- CANETTI, ELIAS, *Masa y poder*, Madrid, Alianza, 2009.
- CARDANO, GEROLAMO, *Il prosseneta ovvero della prudenza politica*, Milán, Berlusconi, 2002.
- , *Elogio di Nerone. Mansuetudine, acume politico e saggezza di un esecrato tiranno*, Milán, Gallone, 1998.
- CARLYLE, THOMAS, *Los héroes*, Madrid, Globus, 1995.
- CASANOVA, GIACOMO, *Historia de mi vida*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1978.
- CASTIGLIONE, BALDASSARRE, *El cortesano*, Madrid, Alianza, 2008.
- CAZZOLA, FRANCO, *L'Italia del pizzo: fenomenologia della tangente quotidiana*, Turín, Einaudi, 1992.
- CECCARELLI, FILIPPO, *Il letto e il potere*, Milán, Longanesi, 1994.
- CERVANTES, MIGUEL DE, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2004.
- CHAMFORT, NICOLAS DE, *Máximas, pensamientos, caracteres y anécdotas*, Madrid, Península, 1999.
- CHAUCER, GEOFFREY, *Cuentos de Canterbury*, Madrid, Edimat, 2002.
- CHESTERFIELD, PHILIP D., *Cartas a su hijo*, Barcelona, El Acantilado, 2006.

- CHESTERTON GILBERT K., *El paraíso de los ladrones*, Madrid, El Sol, 1991.
- CICERÓN, MARCO TULIO, *Antología de los discursos de Cicerón : textos comentados y anotados*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1994.
- CIORAN, ÉMILE, *Breviario de podredumbre*, Madrid, Taurus, 1998.
- CIPOLLA, CARLO M., *La odisea de la plata española: conquistadores, piratas y mercaderes*, Barcelona, Crítica, 1999.
- COLAPRICO, PIERO, *Capire Tangentopoli: un manuale per capire, un saggio per riflettere*, Milán, Il Saggiatore, 1996.
- COLLODI, CARLO, *Las aventuras de Pinocho*, Madrid, Alianza, 2010.
- CONRAD, JOSEPH, *Nostromo: relato del litoral*, Madrid, Alianza, 2008.
- COURTELINE, GEORGES, *Los señores chupatintas*, Madrid, Espasa, 1966.
- CRAXI, BETTINO, *Il caso C.*, 2 vols., Milán, Giornalisti Editori. 1994-1995.
- CUCCHIARELLI, PAOLO y REGIS, FERDINANDO, *Mani pulite & bocche aperte: le frasi celebri di Tangentopoli*, Milán, Mondadori 1997.
- D'ANNUNZIO, GABRIELE, *Breviario mondano*, Milán, Mondadori 1994.
- DAUDET, ALPHONSE, *Nabab*, Barcelona, Ramón Sopena, 1975.
- DAVIGO, PIERCAMILLO, *La giubba del re. Intervista sulla corruzione*, Bari, Laterza, 1998.
- DEFOE, DANIEL, *Obras completas*, Barcelona, Planeta de Agostini, 2000.
- DE MAURI, L., *Cinquemila proverbi e motti latini (Flores sententiarum)*, Milán, Hoepli, 1990.
- DE ROBERTO, FEDERICO, *Los virreyes*, Barcelona, Acantilado, 2008.
- DE SANCTIS, FRANCESCO, *Storia della letteratura italiana*, Milán, Mondadori 1991.
- DEL MAR ALEXANDER, *Barbara Villiers. A History of Monetary Crimes*, University Press of the Pacific, 2004.
- DICKENS, CHARLES, *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, Barcelona, Mondadori, 2004.
- , *Canción de Navidad*, Madrid, Alianza, 2009.

- DIDEROT, DENIS, *El sobrino de Rameau*, Madrid, Nórdica, 2008.
- , *Jacques el fatalista*, Madrid, Alfaguara, 2004.
- DIDEROT, DENIS y ALEMBERT, JEAN BAPTISTE D', *Enciclopedia*, Madrid, Tecnos, 2002.
- DILLON-MALONE, AUBREY, *The Cynic's Dictionary*, Chicago, Contemporary Books, 2000.
- DOS PASSOS, JOHN, *Manhattan Transfer*, Barcelona, Debate, 1999.
- DOSTOIEVSKI, FIÓDOR, *Cuentos*, Madrid, Siruela, 2007.
- DREISER, THEODORE, *The Titan*, John Lane Company, 2010.
- DUMAS, ALEXANDRE, *El conde de Montecristo*, Madrid, Punto de Lectura, 2002.
- EINAUDI, LUIGI, *Prediche inutili*, Turín, Einaudi 1974.
- ELLROY, JAMES, *América*, Madrid, Punto de Lectura, 2001.
- ENZENSBERGER, HANS MAGNUS, *Política y delito*, Barcelona, Anagrama, 1987.
- ESOPO, *Fábulas completas*, Madrid, Edimat, 1999.
- FERGUSON, NIALL, *Dinero y poder en el mundo moderno*, Madrid, Taurus, 2001.
- FERRERO, ERNESTO, *La mala Italia*, Milán, Rizzoli, 1973.
- FIELDING, HENRY, *Jonathan Wild*, Madrid, Cátedra, 2004.
- FINI, MASSIMO, *Denaro «Sterco del demonio»*, Venecia, Marsilio, 2003.
- FISICHELLA, DOMENICO, *Dinero y democracia: de la antigua Grecia a la economía global*, Barcelona, Tusquets, 2002.
- FITZGERALD, FRANCIS S., *El gran Gatsby*, Madrid, Alfaguara, 2002.
- FLAUBERT, GUSTAVE, *Diccionario de lugares comunes*, Madrid, Edaf, 2001.
- FOSCOLO, UGO, *Últimas cartas de Jacopo Ortis*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998.
- FRANKLIN, BENJAMIN, *Sulla scelta di un'amante e altre bagatelle*, La Vita Felice, 2003.
- , *Autobiografía*, Sevilla, Mono Azul, 2007.
- FRUTTERO, CARLO y LUCENTINI, FRANCO, *La mujer del domingo*, Barcelona, Seix Barral, 1988.

- , *La prevalenza del cretino*, Milán, Mondadori, 1986.
- GALANTE GARRONE, ALESSANDRO, *L'Italia corrotta (1895-1896). Cento anni di malcostume politico*, Roma, Editori Riuniti, 1996.
- GALLI, GIORGIO, *Affari di Stato. L'Italia sotterranea 1943-1990: storia, politica, partiti, corruzione, misteri, scandali*, Milán, Kaos, 1991.
- GALLI DELLA LOGGIA, ERNESTO, *L'identità italiana*, Bologna, Il Mulino, 1998.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *El otoño del patriarca*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004.
- GAY, JOHN, *The Beggar's Opera [Ópera del mendigo]*, Londres, E. Arnold, 1984.
- GIBBON, EDWARD, *Historia y decadencia del Imperio romano*, Barcelona, Alba, 2003.
- GIDE, ANDRÉ, *El inmoralista*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002.
- , *Souvenirs de la Cour d'Assises*, París, Gallimard, 2002.
- GINSBORG, PAUL, *Silvio Berlusconi : televisión, poder y patrimonio*, Madrid, Foca, 2006.
- , *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi*, Turín, Einaudi 1999.
- GRACIÁN, BALTASAR, *El político don Fernando el Católico*, Madrid, CSIC, 1985.
- GRAMSCI, ANTONIO, *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1985.
- GREEN, JONATHON, *Dictionary of Contemporary Quotations*, Nueva York, W. Morrow, 1982.
- GREENE, ROBERT, *Las 48 leyes del poder*, Madrid, Espasa, 2005.
- GUAZZO, STEFANO, *La civil conversazione*, Módena, Panini Franco Cosimo, 1993.
- GUERRI, GIORDANO BRUNO, *Antistoria degli italiani*, Milán, Mondadori 1999.
- GUICCIARDINI, FRANCESCO, *Recuerdos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1988.
- HARDY, THOMAS, *Vida y muerte del alcalde de Casterbridge: historia de un hombre de carácter*, Barcelona, Alba, 1999.

- HARRINGTON, JAMES, *The Commonwealth of Oceana*, Londres, Routledge, 1987.
- HAZLITT, WILLIAM, *El espíritu de las obligaciones y otros ensayos*, Barcelona, Alba, 1999.
- HESÍODO, *Los trabajos y los días*, Barcelona, Omega, 2003.
- HOBBS, THOMAS, *Leviatán*, Madrid, Alianza, 2009.
- HORACIO FLACO, QUINTO, *Sátiras, epístolas, arte poética*, Madrid, Gredos, 2008.
- HUGO, VICTOR, *Los miserables*, Barcelona, Planeta, 2008.
- INCISA DI CAMERANA, LUDOVICO, *I caudillos. Biografía di un continente*, Milán, Corbaccio, 1994.
- JONSON, BEN, *Volpone*, Madrid, Cátedra, 2002.
- JOUVENEL, BERTRAND DE, *Sobre el poder : historia natural de su crecimiento*, Madrid, Unión Editorial, 1998.
- JÜNGER, ERNST, *Rivarol*, Frankfurt, Verlag Klostermann, 1957.
- JUVENAL, DECIO JUNIO, Barcelona, RBA, 2008.
- KAUTILYA, ARTHASASTRA, *El arte de la riqueza*, Madrid, Edaf, 1999.
- KOENIG GASPARD, *Les discrètes vertus de la corruption*, París, Grasset, 2009
- KRAUS, KARL, *Los últimos días de la humanidad*, Barcelona, Tusquets, 1991.
- LA BOÉTIE, ÉTIENNE DE, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, México, Sexto Piso, 2006.
- LA BRUYÈRE, JEAN DE, *Los caracteres o las costumbres de este siglo*, Barcelona, Edhasa, 2004.
- LA FONTAINE, JEAN DE, *Fábulas completas*, Barcelona, Edicomunicación, 1999.
- LA ROCHEFOUCAULD, FRANÇOIS DE, *Máximas*, Barcelona, Edhasa, 1999.
- LAS CASAS, BARTOLOMÉ DE, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Madrid, Alianza, 2010.
- LATOCHE, HENRI DE, *L'album perduto*, Adelphi 1998.
- LE BON, GUSTAVE, *Psicología de las masas*, Madrid, Morata, 2005.
- LE GOFF, JACQUES, *La bolsa y la vida: Economía y religión en la Edad Media*, Barcelona, Gedisa, 1987.

- LE ROY LADURIE, EMMANUEL, *L'Argent, l'amour et la mort en pays d'Oc*, París, Seuil, 1980.
- LEVI, CARLO, *El reloj*, Madrid, Gadir, 2007.
- LOCKE, JOHN, *Dos ensayos sobre el gobierno civil*, Madrid, Espasa, 1997.
- LUCIANO DI SAMOSATA, *Diálogos*, Barcelona, Edicomunicación, 1999.
- LUTERO, MARTÍN, *Obras*, Salamanca, Sígueme, 2006.
- MACCHIA, GIOVANNI (ed.), *I moralisti classici. Da Machiavelli a La Bruyère*, Adelphi 1988.
- MACKAY, CHARLES, *Delirios populares extraordinarios y la locura de masas*, Barcelona, Bresca, 2009.
- MAGATTI, MAURO, *Corruzione politica e società italiana*, Bolonia, Il Mulino 1996.
- MANDEVILLE, BERNARD DE, *La fábula de las abejas. Los vicios privados hacen la prosperidad pública*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- MANGANELLI, GIORGIO, *Encomio del tirano. Escrito con la única finalidad de hacer dinero*, Madrid, Siruela, 2003.
- MANN, THOMAS, *Los Buddenbrook*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2008.
- MANZONI, ALESSANDRO, *Historia de la columna infame*, Sevilla, Barataria, 2008.
- , *Los novios*, Madrid, Alfaguara, 2004.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS, *El príncipe*, Madrid, Tecnos, 2010.
- MARANINI, GIUSEPPE, *Storia del potere in Italia (1848-1967)*, Milán, Corbaccio, 1995.
- MARLOWE, CHRISTOPHER, *Teatro*, Madrid, Alfaguara, 1984.
- MARX, KARL, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Barcelona, Grijalbo, 1975.
- MARX, KARL y ENGELS, FRIEDRICH, *La concezione materialistica della storia*, Roma, Editori Riuniti, 1998.
- MARSILIO DA PADOVA, *El defensor de la paz*, Madrid, Tecnos, 2009.
- MARTUCCI, PIERPAOLO, *La criminalità economica*, Bari, Laterza, 2006.
- MAUPASSANT, GUY DE, *Bel Ami*, Madrid, Alianza, 2006.

- MAUSS, MARCEL, *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Madrid, Katz, 2009.
- MAZZARINO, GIULIO, *Breviario de los políticos*, Barcelona, El Acanalado, 2009.
- MEREDITH, GEORGE, *El egoísta*, Madrid, Lauro, 1945.
- MESSINA, SEBASTIANO, *Nomenclatura: come sopravvive in Italia la specie politica più antica del mondo*, Milán, Mondadori, 1992.
- MILLS, CHARLES WRIGHT, *White-collar. Las clases medias en norteamérica*, Madrid, Aguilar, 1973.
- MOLIÈRE, *El avaro. El enfermo imaginario*, Madrid, Alianza, 2009.
- , *El burgués gentilhomme*, Palencia, Simancas, 2009.
- MONTAIGNE, MICHEL DE, *Ensayos*, Barcelona, El Acanalado, 2009.
- MONTESQUIEU, CHARLES L. DE, *Cartas persas*, Madrid, Tecnos, 2009.
- MORAND, PAUL, *Fouquet ou Le Soleil offusqué*, París, Gallimard, 1985.
- MORDACCI, ROBERTO, *Elogio dell'immoralista*, Milán, Mondadori, 2008.
- MORO, TOMÁS, *Utopía*, Madrid, Alianza, 2008.
- MORELLY, *Código de la Naturaleza o el verdadero espíritu de sus Leyes*, Salamanca, Librería Cervantes, 1985.
- MORETTI, FRANCO (ed.), *La cultura del romanzo, in Il romanzo*, vol. I, Turín, Einaudi, 2001.
- MORRIS, WILLIAM, *Noticias de ninguna parte*, Barcelona, Abraxas, 2000.
- MULTATULI, *Max Havelaar o las subastas de café de la Compañía Comercial Holandesa*, Barcelona, Amelia Romero, 2009.
- MUIR, FRANK, *The Oxford Book of Humorous Prose: from William Caxton to P.G. Wodehouse: a conducted tour*, New York, Oxford University Press, 1990.
- MUSIL, ROBERT, *El hombre sin atributos*, Barcelona, Seix Barral, 2007.
- NAPOLEONE, BONAPARTE (F. Perfetti ed.), *Aforismi, massime e pensieri*, Roma, Newton & Compton, 1993.

- NENCINI, RICCARDO, *Corrotti e corruttori nel tempo antico*, Florencia, Loggia de' Lanzi, 1996.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH W., *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza, 2009.
- , *Ecce Homo: cómo se llega a ser lo que se es*, Madrid, Alianza, 1997.
- NOONAN, JOHN T., *Mani sporche: la corruzione politica nel mondo moderno*, SugarCo 1987.
- , *Bribes*, Nueva York, Macmillan, 1987.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Obras completas*, vols. I a IX, Madrid, Taurus, 2004.
- PACELLI, MARIO, *Cattivi esempi*, Palermo, Sellerio, 2001.
- PALAZZI, FERNANDO, *Dizionario degli aneddoti*, Milán, Baldini Castoldi Dalai, 2000.
- PANSA, GIAMPAOLO, *Il malloppo*, Milán, Rizzoli 1989.
- , *Lo sfascio*, Milán, Sperling & Kupfer, 1987.
- PARRIS, MATTHEW, *Great Parliamentary Scandals: Four Century of Calumny, Smear & Innuendo*, Miami, Robson Books Parkwest, 1998.
- PASCAL, BLAISE, *Pensamientos*, Madrid, Altaya, 1994.
- PATRONI, GINO, *Il foraggio di vivere: epigrammi*, Milán, Longanesi, 1987.
- PEPYS, SAMUEL, *Diarios (1660-1669)*, Sevilla, Renacimiento, 2003.
- PERELLI, LUCIANO, *La corruzione politica nell'antica Roma*, Milán, Rizzoli, 1999.
- PETRARCA, FRANCESCO, *Lettere disperse*, Milán, Guanda, 1993.
- PETRONIO ÁRBITRO, *El satiricón*, Madrid, Gredos, 2008.
- PIRANDELLO, LUIGI, *Obras completas*, Barcelona, Plaza & Janés, 1965.
- PLATÓN, *Apología de Sócrates, Critón*, Madrid, Espasa, 2005.
- PLUTARCO, *Cómo sacar provecho de los enemigos*, Madrid, Siruela, 2008.
- , *Vidas paralelas: Alejandro Magno-César*, Madrid, Alianza, 2008.

- POPPER, KARL R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2008.
- PREZZOLINI, GIUSEPPE, *Storia tascabile della letteratura italiana*, Palermo, Sellerio, 2002.
- , *Ideario. Con un «Ritratto» di Indro Montanelli*, Milán, Ponte alle Grazie, 1998.
- , *Codice della vita italiana*, Biblioteca del Vascello 1993.
- QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE, *Los sueños*, Madrid, Espasa, 2008.
- , *El buscón*, Madrid, Punto de Lectura, 2009.
- RABELAIS, FRANÇOIS, *Gargantúa y Pantagruel*, Barcelona, RBA, 1995.
- RAMONEDA, JOSEP, *Después de la pasión política*, Madrid, Taurus, 2000.
- RICOSSA, SERGIO, *Manuale di sopravvivenza a uso degli italiani onesti*, Milán, Rizzoli 1997.
- RITTER, GERHARD, *El problema ético del poder*, Madrid, Revista de Occidente, 1972.
- RIVA, VALERIO, *Oro da Mosca. I finanziamenti sovietici al Pci dalla Rivoluzione d'ottobre al crollo dell'Urss*, con 240 documentos inéditos de los archivos moscovitas, Milán, Mondadori, 2002.
- ROMANO, SERGIO, *Le Italie parallele. Perché l'Italia non riesce a diventare un paese moderno*, Milán, TEA, 1998.
- ROSSI, GUIDO, *Il conflitto epidemico*, Milán, Adelphi 2003.
- ROTH, JOSEPH, *La marcha Radetzky*, Barcelona, Edhasa, 2005.
- ROUSSEAU, JEAN-JAQUES, *El contrato social*, Madrid, Tecnos, 2009.
- SALLUSTIO CRISPO, CAYO, *La guerra de Jugurta*, Barcelona, Alpha, 2008.
- SAPELLI, GIULIO, *Cleptocrazia: il meccanismo unico della corruzione tra economía e política*, Milán, Feltrinelli, 1994.
- SAVONA, ERNESTO U. y MEZZANOTTE, LAURA, *La corruzione in Europa*, Carocci, 1998.
- SCAMUZZI, SERGIO (ed.), *Italia illegale*, Turín, Rosenberg & Sellier, 1996.

- SCHAUKAL, RICHARD VON, *Leben und Meinungen des Herrn Andreas von Balthesser*, Múnich, G. Müller, 1917.
- SCIASCIA, LEONARDO, *Todo modo*, Barcelona, Bruguera, 1984.
- , *L'onorevole*, in *L'onorevole – Recitazione della controversia liparitana dedicata ad A.D. – I mafiosi*, Milán, Adelphi, 1995.
- , *La corda pazza. Scrittori e cose della Sicilia*, Milán, Adelphi, 1991.
- SÉNECA, *Cartas a Lucilio*, Barcelona, Juventud, 1982.
- SHAKESPEARE, WILLIAM, *Julio César*, Madrid, Espasa, 2007.
- , *El mercader de Venecia. Como gustéis*, Madrid, Espasa, 2000.
- , *Medida por medida*, Madrid, Espasa, 2004.
- SILJ, ALESSANDRO, *Malpaese. Criminalità, corruzione e politica nell'Italia della prima Repubblica*, Roma, Donzelli, 1994.
- SILVESTRI, MARIO, *La decadenza dell'Europa Occidentale 1890-1946*, Milán, Rizzoli 2002.
- SIMMEL, GEORG, *Filosofía del dinero*, Granada, Comares, 2003.
- SMITH, ADAM, *La riqueza de las naciones*, Barcelona, Folio, 1997.
- SÓFOCLES, *Edipo rey; Antígona*, Barcelona, Océano, 1999.
- SOMBART, WERNER, *Lujo y capitalismo*, Madrid, Séquitur, 2009.
- SPENGLER, OSWALD, *La decadencia de Occidente*, Barcelona, RBA, 2005.
- SPINOZA, BANEDICTUS DE, *Tratado teológico-político; Tratado político*, Madrid, Tecnos, 2007.
- STELLA, GIAN ANTONIO, *Chic. Viaggio tra gli italiani che hanno fatto i soldi*, Milán, Mondadori 2000.
- , *Schei*, Milán, Mondadori, 2000.
- , *Lo spreco*, Milán, Mondadori, 2001.
- STELLA, GIAN ANTONIO y RIZZO, SERGIO, *La deriva*, Milán, Rizzoli, 2008
- , *La Casta*, Milán, Rizzoli, 2007
- STENGEL, RICHARD, *Breve storia della piaggeria*, Roma, Fazi, 2001.
- STERNE, LAURENCE, *Un romanzo politico*, Génova, Il Nuovo Melangolo 1994.
- , *La vida y las opiniones del caballero Tristan Shandy*, Madrid, Alfaguara, 2006.

- STEVENSON, ROBERT L., *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Madrid, Alianza, 2009.
- STIGLITZ, JOSEPH E., *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2002.
- STOEVER HANS DIETER, *Potere e denaro nell'antica Roma*, Cesena, Rusconi, 1991.
- SWIFT, JONATHAN, *Los viajes e Gulliver*, Madrid, Espasa, 2007.
- , *Libelli*, TEA 1990.
- TÁCITO, PUBLIO C., *Storie*, Rizzoli 1992.
- TECCHI, BONAVENTURA, *Gli egoisti*, Bompiani 1959.
- TEDESCHI, MARIO, *Il nuovissimo dizionario del malcostume*, Milán, Edizioni del Borghese, 1965.
- TEODORI, MASSIMO, *Soldi & partiti: quanto costa la democrazia in Italia?*, Milán, Ponte alle Grazie 1999.
- TEOFRASTO, *Caracteres; Cartas de pescadores*, Madrid, Gredos, 2000.
- THACKERAY, WILLIAM M., *La feria de las vanidades*, Barcelona, Lumen, 2004.
- THOREAU, HENRY D., *Desobediencia civil y otros escritos*, Madrid, Tecnos, 2008.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE, *La democracia en América*, Madrid, Akal, 2007.
- TOSI, RENZO, *Dizionario delle sentenze latine e greche*, Milán, Rizzoli, 2000.
- TRAVAGLIO, MARCO, *Il manuale del perfetto impunito*, Milán, Garzanti Libri, 2000.
- TRILUSSA, *Tutte le poesie*, Milán, Mondadori, 1981.
- TROLLOPE, ANTHONY, *El custodio*, Madrid, Alfaguara, 2004.
- , *The Duke's Children*, Oxford University Press, 1991.
- , *The Prime Minister*, Oxford University Press, 1999.
- , *Phineas Finn: the Irish Member*, Oxford University Press, 1991.
- TURONE, SERGIO, *Politica ladra. Storia della corruzione in Italia (1861-1992)*, Bari, Laterza, 1993.
- TWAIN, MARK, *Autobiografía*, Madrid, Espasa, 2004.

- , *La edad dorada: una historia de nuestros días*, Tenerife, Baile de Sol, 2007.
- VARIOS AUTORES, *Scrittori italiani di aforismi*, 2 vols., Milán, Mondadori 1996.
- VARGAS LLOSA, MARIO, *La fiesta del chivo*, Madrid, Alfaguara, 2006.
- VAUVENARGUES, LUC DE CLAPIERS, MARQUIS DE, *Réflexions et maximes*, París, Librairie Croville, 1934.
- VENEZIANI, MARCELLO, *Dizionario dei pregiudizi*, suplemento del 5 noviembre de 1997 del semanal *Lo Stato*.
- VIDAL, GORE, *Imperio*, Barcelona, Edhasa, 1988.
- , *La Edad de Oro*, Barcelona, Mondadori, 2002.
- VILLON, FRANÇOIS, *Poesía completa*, Madrid, Visor, 2007.
- VOLPE, GIOACCHINO, *Momenti di storia italiana*, Vallecchi 1952.
- VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, Madrid, Akal, 2007.
- WARREN, ROBERT P., *Todos los hombres del rey*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1993.
- WAUGH, EVELYN, *Novelas escogidas*, Madrid, Aguilar, 1966.
- WEBER, MAX, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Alianza, 2009.
- WILDE, OSCAR, *El retrato de Dorian Gray*, Barcelona, Mondadori, 2009.
- WILSON, ANGUS, *Seven Deadly Sins*, Nueva York, Akadine 1964.
- WOLFE, TOM, *Todo un hombre*, Madrid, Punto de Lectura, 2000.
- YOURCENAR, MARGUERITE, *Oeuvres romanesques*, París, Gallimard, 1982.
- ZAKARIA, FAREED, *El futuro de la libertad*, Madrid, Taurus, 2003.
- ZOLA, ÉMILE, *El dinero*, Barcelona, Debate, 2001.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abelardo, Pietro
Accetto, Torquato
Adams, Henry
Adams, John Quincey
Aderbal
Adorno, Theodor W.
Agnelli (familia)
Agnew, Spiro Theodore
Agustín, san
Ajello, Nello
Alcifrón
Alejandro VI [Rodrigo Borgia], papa
Alejandro Magno [Alejandro III de Macedonia]
Alemán, Mateo
Alembert, Jean-Baptiste d'
Altissimo, Renato
Alvi, Geminello,1
Amato, Giuliano
Ambrogi, Silvano
Ambrosio, Gerardo d'
Ames, Oakes
Amis, Martin
Andreotti, Giulio
Aniasi, Aldo
Antioco, rey de Siria
Antístenes
Apuleyo
Arcidiacono, Luigi
Arendt, Hannah
Aretino, Pietro
Ariosto, Ludovico

Ariosto, Stefania
Aristófanés
Aristóteles
Arlacchi, Pino
Armstrong, Nancy
Aron, Raymond
Arpalos
Artigas, José
Augusto [Cayo Julio César Octavio]
Austen, Jane
Azeglio, Massimo d'
Azorín [José Martínez Ruiz]

Bacon, Francis
Badoglio, Pietro
Bakunin, Mijaíl
Balbo, Italo
Balduino, Domenico
Balzac, Honoré de
Barbarigo, Agostino
Bardi (familia)
Baretti, Giuseppe
Marc'Antonio
Barrès, Maurice
Bassanini, Franco
Bastogi, Pietro
Beccaria, Cesare
Becket, Thomas
Bekessy, Imre
Belardelli, Giovanni
Bellocchio, Piergiorgio
Belmondo, Jean-Paul
Bennett, William
Bentham, Jeremy

Berlinguer, Enrico
Berlusconi, Silvio
Bernardino de Siena, san
Bernstein, Carl
Bersezio, Vittorio
Berto, Giuseppe
Betti, Ugo
Bianciardi, Luciano
Bierce, Ambrose Brenno
Bin Laden, Osama
Biondi, Alfredo
Bismarck, Otto von
Blanc, Louis
Bloch, Marc
Bobbio, Norberto
Bocca, Giorgio
Boccaccio, Giovanni
Bodin, Jean
Bolingbroke [Henry Saint John], lord
Bolívar, Simón
Bonald, Louis
Bonifacio VIII [Benedetto Caetani], papa
Borgia (familia)
Borgia, Rodrigo. Véase Alejandro VI, papa
Borrelli, Francesco Saverio
Borsellino, Paolo
Bosco [Hyeronymus van Aeken, *llamado* El]
Botero, Giovanni
Bottomley, Horatio
Boulanger, Georges
Bouthillier, Claude
Bragantini, Salvatore
Branca, Vittore
Brancati, Vitaliano

Brancoli, Rodolfo
Brecht, Bertolt
Broccoletti, Massimo
Brontë, Charlotte
Brueghel, Pieter *llamado* el Viejo
Bruto, Decimo Junio Albino
Büchner, Georg
Bullion, Claude de
Burckhardt, Georg
Burckhardt, Jacob
Burke, Edmund
Burnett, William Riley
Burnham, Daniel
Bush, George Herbert Walker
Bush, George Walker
Butler, Samuel

Caetani, Benedetto. *Véase* Bonifacio VIII, papa
Cagliari, Gabriele
Cagliostro [Giuseppe Balsamo, *llamado* Alessandro, conde de]
Cairolì, Benedetto
Calamandrei, Piero
Calicrátidas (general)
Calígula [Cayo Julio César Augusto Germánico]
Calvi, Roberto
Calvino, Italo
Campanella, Tommaso
Canfora, Luciano
Cantarini (familia)
Capone, Al
Capponi, Piero
Carcopino, Jérôme
Cardano, Gerolamo
Cardini, Franco

Carducci, Giosue
Carlomagno, emperador
Carlos I, rey de Inglaterra
Carlos II, rey de Inglaterra
Carlos V, emperador
Carlos VIII, rey de Francia
Carlos IX, rey de Francia
Carlos de Valois
Carlyle, Thomas
Carnevale, Corrado
Carter, James Earl (Jimmy)
Casanova, Giacomo
Casas, Bartolomé de las
Cassese, Sabino
Castelli, Roberto
Castiglione, Baltasar
Castor Fabre, Jean-Baptiste
Castro, Fidel
Catalina de Medici, reina de Francia
Catalina II, emperatriz de Rusia
Catilina, Lucio Sergio
Catón, Marco Porcio, *llamado* el Censor
Cavallotti, Felice
Cavour, Camillo Benso, conde de
Cazzola, Franco
Ceccarelli, Filippo
Cederna, Camilla
Cellini, Benvenuto
Cervantes Saavedra, Miguel de
César, Cayo Julio
Chamfort, Nicolas de
Chamisso, Adalbert von
Chapman, John Jay
Chaucer, Geoffrey

Cheney, Richard Bruce (Dick)
Chiesa, Mario
Chinnici, Rocco
Churchill, Leonard Winston Spencer
Ciampi, Carlo Azeglio
Ciancimino, Vito
Cicerón, Marco Tulio
Cicerón, Quinto Tulio
Cioran, Émile
Cipolla, Carlo
Citaristi, Severino
Cleandro
Cleón de Atenas
Clinton, William Jefferson (Bill)
Clodio Pulcro, Publio
Colbert, Jean-Baptiste
Colby, William
Coleridge, Samuel Taylor
Collodi, Carlo
Colón, Cristóbal
Comte, Auguste
Conami (familia)
Condorcet, Jean-Marie-Antoine
Caritat, marqués de
Conrad, Joseph
Conso, Giovanni
Consorte, Giovanni
Constant, Benjamin
Contrada, Bruno
Courteline, Georges (Georges Moinaux)
Cragnotti, Sergio
Craso, Marco Licinio
Crates de Tebas
Craxi, Benedetto (Bettino)

Crispi, Francesco
Cristofori, Nino
Croce, Benedetto
Croce, Giulio Cesare
Cromwell, Oliver
Crudele, Pierluigi
Cusani, Sergio

D'Annunzio, Gabriele, 1
Dalla Chiesa, Carlo Alberto
Dante Alighieri
Danton, Georges-Jacques
Dati, Bonturo
Datini, Francesco
Daudet, Alphonse
Davigo, Piercamillo
De Lorenzo, Francesco
De Maistre, Joseph
De Marchi, Emilio
De Mita, Ciriaco
De Roberto, Federico
De Sanctis, Francesco
Defoe, Daniel
Del Mar, Alexander
Della Casa, Giovanni
Della Porta, Donatella
Demóstenes
Depretis, Agostino
Descartes, René
Di Pietro, Antonio
Diamanti, Ilvo
Dickens, Charles
Diderot, Denis
Diógenes Laercio

Disraeli, Benjamin
Dole, Robert
Domiciano, Tito Flavio
Donoso Cortés, Juan
Doo Hwan, Chun
Dos Passos, John
Dotti, Vittorio
Drake, Francis
Dreiser, Theodore
Dumas, Alejandro
Duverger, Maurice

Eco, Umberto
Edison, Thomas Alva
Eduardo I, rey de Inglaterra
Eduardo II, rey de Inglaterra
Eduardo III, rey de Inglaterra
Effiat, Antoine Coeffier de Ruzé d'
Eichendorff, Joseph von
Eichmann, Adolf
Einaudi, Luigi
Ellroy, James
Eloísa
Engels, Friedrich
Enrique II, rey de Francia
Enrique III, rey de Francia
Enrique IV, rey de Francia
Enrique VIII, rey de Inglaterra
Enzensberger, Hans Magnus
Erasmus de Rotterdam
Escipión el Africano, Publio Cornelio
Escipión Asiático, Lucio
Estolón, Cayo Licinio Calvo

Fabergé, Peter Carl
Falcone, Giovanni
Fanfani, Amintore
Farinacci, Roberto
Fassino, Piero
Federico II, rey de Prusia
Felipe II, rey de España
Feltri, Vittorio
Ferguson, Niall
Fernández de Andrada, Andrés
Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo
Fernando II el Católico, rey de Aragón y de Castilla
Ferrara, Giuliano
Ferruccio, Francesco
Fielding, Henry
Filipo II, rey de Macedonia
Fini, Massimo
Fiore, Joaquín de
Fischer, John
Fisichella, Domenico
Fitzgerald, Francis Scott
Flaiano, Ennio
Floriani (familia)
Fo, Dario
Foción
Ford, Henry
Forlani, Arnaldo
Fortebraccio [Melloni Mario]
Foscolo, Ugo
Fouché, Joseph
Fouquet, Nicolas
Fourier, Charles
Francisco de Asís, san
Francisco I, rey de Francia

Franco, Francisco
Franklin, Benjamin
Frassinetti, Augusto
Frenkel, Naftali
Frescobaldi (familia)
Friedman, Milton
Fruttero, Carlo
Fugger (familia)
Fujimori, Alberto

Galante Garrone, Alessandro
Galasso, Giuseppe
Galli, Giorgio
Galli della Loggia, Ernesto
Galsworthy, John
Gandhi, Indira
Garboli, Cesare
García Márquez, Gabriel
Gardini, Raul
Garibaldi, Giuseppe
Gasperi, Alcide de
Gassman, Vittorio
Gaulle, Charles de
Gava, Antonio
Gay, John
Gelli, Licio
George, Lloyd
Ghino di Tacco
Gibbon, Edward
Ginsborg, Paul
Ginzburg, Carlo
Gioberti, Vincenzo
Giolitti, Giovanni
Giuliano, Salvatore

Gladstone, William Ewart
Goebbels, Joseph Paul
Gogol, Nikolai Vasilievich
Goldoni, Carlo
Gorbachov, Mijail
Gorgias
Göring, Hermann
Gracián y Morales, Baltasar
Gramsci, Antonio
Graziani, Rodolfo
Greenspan, Alan
Grimani (familia)
Gritti, Andrea
Grocio, Hugo
Gronchi, Giovanni
Guazzo, Stefano
Guerra, Giordano Bruno
Guevara de la Serna, Ernesto *Che*
Gui, Luigi
Guicciardini, Francesco

Haig, Alexander Meigs
Hammurabi
Harrington, James
Hastings, Warren
Hay, John
Hayek, Friedrich August von
Hazlitt, William
Hearst, William Randolph
Herodes
Hesíodo
Hess, Rudolph
Himmler, Heinrich
Hitler, Adolf

Hobbes, Thomas
Hobson, John Atkinson
Hogarth, William
Homero
Horacio, Flaco Quinto
Horkheimer, Max
Hugo, Victor
Hume, David
Huntington, Samuel P.
Huysmans, Joris-Karl

Ichino, Pietro
Ignacio de Loyola, san
Ilf, Ilia Arnoldovich
Incisa di Camerana Ludovico
Irving, Washington
Isabel I, reina de Inglaterra
Isabel I la Católica, reina de Castilla

Jacob
Jacocca
James, Henry
Jarry, Alfred
Jefferson, Thomas
Jemolo, Carlo Arturo
Jesús
Jonson, Ben
José II, emperador y rey de Alemania
Jouvenel, Bertrand de
Joyce, James
Jrushev, Nikita
Juan X, papa
Juan Bautista, san
Juan de Salisbury

Juvenal

Kamenev [Lev Borisovich
Rosenfeld]

Kautilya

Keating, Charles

Kissinger, Henry Alfred

Kraus, Karl

Krupp (familia)

La Boétie, Étienne de

La Bruyère, Jean de

La Malfa, Giorgio

Lauro, Achille

Law, John

Le Bon, Gustave

Le Goff, Jacques

Le Roy Ladurie, Emmanuel

Lenin [Vladimir Ilich Ulianov]

Lentini, Gianluigi

Lenzi, Domenico

León, fray Luis de

León X [Giovanni de Medici], papa

Leone, Giovanni

Leopardi, Giacomo

Leopoldo II, rey de Bélgica

Lesseps, Ferdinand-Marie de

Levi, Carlo

Libanio

Ligato, Ludovico

Lincoln, Abraham

Lindsay, sir David

Livio, Tito

Locke, John

Longanesi, Leo
Loredan, Leonardo
Lorenzo de Medici
Lucchetti, Andrea
Lucentini, Franco
Luciano de Samosata
Lucky Luciano [Salvatore Lucania]
Luis Felipe de Orleans, rey de Francia
Luis XIV, rey de Francia
Luis XVI, rey de Francia
Lutero, Martín

Macchia, Giovanni
Machiavelli, Bernardo
MacIntyre, Alasdair
Mackay, Charles
Madison, James
Madoff, Bernard
Mafai, Miriam
Magatti, Mauro
Magic, Lizzie
Malatesta, Errico
Mammì, Oscar
Manconi, Luigi
Mancuso, Filippo
Mandeville, Bernard de
Manganelli, Giorgio
Menandro
Mann, Thomas
Manolescu, Georges
Manzoni, Alessandro
Maquiavelo, Nicolás
Maramaldo, Fabrizio
Maranini, Giuseppe

March, Juan
Marconi, Guglielmo
Marcuse, Herbert
María Teresa de Habsburgo emperatriz de Austria
Marlowe, Christopher
Marozia
Martelli, Claudio
Martucci, Pierpaolo
Marx, Karl
Masinisa, rey de Numidia
Mattei, Enrico
Matteotti, Giacomo
Mattioli, Raffaele
Maupassant, Guy de
Mauro da Amalfi
Maurras, Charles
Maurya, Chandragupta
Mauss, Marcel
Maximiliano I, emperador
Mazarino, Giulio
Mazzini, Giuseppe
McKinley, William
McLuhan, Marshall
Medici (familia)
Meloni, Giovanni
Melville, Herman
Menabrea, Luigi Federico
Menandro
Menem, Carlos Saúl
Merlo, Francesco
Mesalina, Valeria
Metello, Quinto Cecilio
Metsys, Quentin
Michels, Roberto

Mill, John Stuart
Mills, Charles Wright
Mills, David
Minghetti, Marco
Mirabeau, Victor Riqueti de
Mirbeau, Octave
Mitterrand, François
Moggi, Luciano
Molière [Jean-Baptiste Poquelin]
Mongini, Roberto
Montaigne, Michel Eyquem de
Montanelli, Indro
Montefeltri (familia)
Montesi, Wilma
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat
Mora, Gian Giacomo
Morand, Paul
Morelli, Giovanni
Morelly
Moretti, Giovanni (Nanni)
Morgenthau, Hans
Moro, Tomás
Moroni, Sergio
Morris, William
Mosca, Gaetano
Mosconi, Enrique
Multatuli [Eduard Douwes Decker]
Murena, Lucio Licino
Musil, Robert
Mussolini, Benito

Nabucodonosor
Napoleón I Bonaparte emperador
Napoleón III, emperador

Necker, Jacques
Nenni, Pietro
Nerón, Lucio Domicio
Nerva, Marco Cocceio
Newton, Isaac
Nicolazzi, Franco
Nietzsche, Friedrich Wilhelm
Nievo, Ippolito
Nixon, Richard Milhous
Nobili, Franco
Nombela, Antonio
Noonan, John Thomas
Noriega, Manuel Antonio
Novelli, Diego
Nozick, Robert

Obama, Barack
Odasso, Luigi
O'Higgins, Bernardo
Onfray, Michel
Ortega y Gasset, José
Ortensio Ortalo, Quinto
Orwell, George
Ottone, Piero
Ovidio, Publio Nasón
Owen, Robert

Pablo, san
Pablo III [Alejandro
Farnesio], papa
Pablo IV [Gian Pietro
Carafa], papa
Pacciardi, Randolfo
Pacelli, Mario

Panebianco, Angelo
Pannunzio, Mario
Pansa, Giampaolo
Pantaleone de Amalfi
Paolo da Certaldo
Pareto, Vilfredo
Parkinson, Cyril Northcote
Particelli, Michel
Pascal, Blaise
Pasolini, Pier Paolo
Pasquino, Gianfranco
Passatore [Stefano Pellini]
Paz, Octavio
Peacock, Thomas Love
Pecorelli, Carmine (Mino)
Pedro, san
Pellegrino, Giovanni
Pepys, Samuel
Perelli, Luciano
Pericles
Perón, Juan Domingo
Peruzzi (familia)
Peto, Lucio Castronio
Petrarca, Francesco
Petronio Arbitro, Cayo
Petrov, Evgeni Petrovich
Piazza, Giancarlo
Piazzesi, Gianfranco
Piccolini, Lapo
Pillitteri, Paolo
Pinochet, Augusto
Pío VII [Gregorio Luigi Chiaramonti], papa
Pirandello, Luigi
Pirelli (familia)

Pisapia, Giuliano
Pisciotta, Gaspare
Pitt el Viejo, William
Pitti, Buonaccorso
Pizzorno, Alessandro
Pizzorusso, Alessandro
Platón
Plauto, Tito Maccio
Plinio, Cecilio Segundo *llamado* el Joven
Plutarco
Poggi Longostrevi, Giuseppe
Poggiolini, Duilio
Polanyi, Karl
Polo, Marco
Pomicino, Paolo Cirino
Pompeyo Magno, Cneo
Pope, Alexander
Popper, Karl Raimund
Porta, Carlo
Pound, Ezra
Powers, John
Previti, Cesare
Prezzolini, Giuseppe
Prisco, Mario
Prodi, Romano
Proudhon, Pierre-Joseph
Pulvirenti, Giuseppe
Puzo, Mario

Quevedo y Villegas, Francisco de

Rabelais, François
Raboni, Giovanni
Ramoneda, Josep

Ramonet, Ignacio
Rawls, John
Reagan, Ronald Wilson
Remizov, Aleksei Mijailovich
Renouard, Yves
Reviglio, Franco
Rhodes, Cecil John
Ricasoli, Bettino
Riccardi (familia)
Ricci, Renato
Richelieu, Armand-Jean du
Plessis
Riina, Salvatore (Totò)
Ritter, Gerhard
Riva, Valerio
Rizzo, Sergio
Robespierre, Maximilien de
Rocco, Alfredo
Rochefoucauld, François de La
Rockefeller, Nelson Aldrich
Rodotà, Stefano
Romano, Sergio
Ronchey, Alberto
Roosevelt, Theodore
Rosas, Juan Manuel de
Rosi, Francesco
Rossi, Alberto
Rossi, Ernesto
Rossi, Guido
Roth, Joseph
Rothschild (familia)
Rousseau, Jean-Jacques
Rucellai, Giovanni
Rusca (familia)

Saba, Umberto
Saccà, Agostino
Saint-Just, Louis-Antoine-Léon
Saint-Simon, Claude-Henry de Rouvroy
Salustio, Crispo Cayo
Salvadori, Massimo Luigi
Salvemini, Gaetano
Salvi, Cesare
San Martín, José de
Sandwich [Edward Montagu], lord
Sanese, Nicola
Sanguinetti, Julio María
Santapaola, Benedetto (Nitto)
Sartori, Giovanni
Savonarola, Girolamo
Scalfari, Eugenio
Scalfaro, Oscar Luigi
Scannabue, Aristarco. *Véase* Baretto, Giuseppe Marc'Antonio
Schaukal, Richard von
Schmitt, Carl
Schumpeter, Joseph Alois
Sciascia, Leonardo
Sen, Amartya
Séneca, Lucio Anneo
Sepúlveda, Juan Ginés de
Sergio III, papa
Sestio, Lucio
Shakespeare, William
Shaw, George Bernard
Shelly, Louise
Sieyès, Emmanuel-Joseph
Sila, Publio
Silj, Alessandro
Silvestri, Mario

Simmel, Georg
Simón el Mago
Simone, Raffaele
Sindona, Michele
Smith, Adam
Sócrates
Sófocles
Sofri, Adriano
Solón
Sombart, Werner
Sordi, Alberto
Spencer, Herbert
Spengler, Oswald
Spinelli, Barbara
Spinoza, Baruch
Spitzer, Eliot
Stalin [Iosif Visarionovich Dzugasvili]
Stavisky, Serge-Alexandre
Stella, Gian Antonio
Stendhal [Henry Beyle]
Stiglitz, Joseph E.
Stirner, Max [Johann Kaspar
Schmidt, *llamado*]
Sturzo, Luigi (Don)
Sutherland, Edwin H.
Swift, Jonathan

Tácito, Cornelio
Talleyrand-Périgord, Charles-Maurice de
Tanassi, Mario
Tanlongo, Bernardo
Tanzi, Calisto
Tasso, Torquato

Taylor, Charles
Temístocles
Teodora de Roma
Teodosio
Teofilato
Terencio, Afro Publio
Teresa de Calcuta
Thackeray, William Makepeace
Thatcher, Margaret Hilda
Tigelino, Gayo Ofonio
Tito, emperador romano
Tito [Josip Broz, *llamado*]
Tocqueville, Charles-Alexis Clérel de
Togliatti, Palmiro
Tognoli, Carlo
Tomás de Aquino, santo
Torres, Camilo
Tortora, Enzo
Trajano, Ulpio
Trasímaco
Travaglio, Marco
Trollope, Anthony
Trujillo, Rafael Leónidas
Tucídides
Turone, Sergio
Twain, Mark, [Samuel Langhorne Clemens]

Ulpiano, Domicio

Valentiniano I, emperador
Vargas, Getulio Dornelles
Vargas Llosa, Mario
Vauvenargues, Luc de Clapiers
Velluti, Donato

Verga, Giovanni
Verres, Gaio Licinio
Vespasiano, Tito Flavio
Vico, Giambattista
Victoria I del Reino Unido
Vidal, Gore
Vidocq, Eugène-François
Villa, Pancho [Doroteo >Arango]
Villone, Roberto
Virgilio Marón, Publio
Vittorio Emanuele II, rey de Italia
Vizzini, Carlo
Volpe, Gioacchino
Voltaire [François-Marie Arouet]

Walpole, Robert
Walzer, Michael
Warren, Robert Penn
Washington, George
Weber, Max
Wellington [Arthur
Wellesley], duque de
Wells, Herbert George
Welser (familia)
Wild, Jonathan
Wilde, Oscar
Wolfe, Tom
Woodward, Bob

Xenófanes

Yeltsin, Boris
Yerkes, Charles Tyler
Yugurta

Zaccaria, Benedetto
Zampini, Adriano
Zapata, Emiliano
Ziegler, Jean
Zola, Émile

NOTAS

[1] «Ciudad de las comisiones (o sobornos)», apelativo adjudicado a la ciudad de Milán, epicentro de toda una serie de episodios de corrupción. (*N. del T.*)

[2] De *affitto*: alquiler, arrendamiento. (*N. del T.*)

[3] De *spreco*: dispendio, derroche. (*N. del T.*)

[4] Vajont es un valle (nordeste de Italia) donde tuvo lugar una catástrofe en 1963, al desbordarse la presa del mismo nombre, debido a un gigantesco deslizamiento de rocas, lo que causó 2.000 muertos. (*N. del T.*)

[5] *Il Malloppo* es un juego-concurso televisivo emitido por la RAI, con premios en metálico. (*N. del T.*)

[6] Sede del Gobierno italiano.

[7] La palabra *ita*, equivalente a «sí», era la fórmula judicial de los documentos públicos. Dante se refiere a que, por dinero, la palabra *no* podía ser desfigurada y convertida en una *ita* en el documento que se quisiera. (*N. del T.*)

[8] Ferrovie dello Stato, ferrocarriles estatales. (*N. del T.*)

[9] Servizio Informazioni Difesa, servicios secretos italianos. (*N. del T.*)

[10] El *pizzo* es el nombre del impuesto mafioso. (*N. del T.*)

[11] Personaje de *Los novios*, de Alessandro Manzoni, que encarna al picapleitos intrigante y servil con los poderosos. (*N. del T.*)

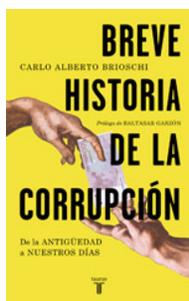
[12] Líder del grupo Lotta Continua, condenado en 1988 a 22 años de prisión como instigador de la muerte de un oficial de policía, tras la declaración de un «arrepentido». (*N. del T.*)

[13](#)] Nombre del hospicio para ancianos de Milán, del que era presidente Mario Chiesa, con cuyo procesamiento por el juez Antonio Di Pietro, de Mani Pulite, da comienzo el caso Tangentópolis. *(N. del T.)*

[14](#)] Servizio per l'Informazione e la Sicurezza Democratica, antiguos servicios secretos italianos. *(N. del T.)*

«Una lectura deliciosa, purificante e imprescindible para todo aquel que quiera levantar la cabeza y contemplar - desde una perspectiva más erudita- la poza de mierda en la que chapotean muchos de nuestros egregios conciudadanos.»

Quim Monzó, *La Vanguardia*



Políticos, gobernantes, empresarios de cualquier ralea: todos han encontrado en su camino el sutil y penetrante hedor de la corrupción, desde la antigua civilización mesopotámica, donde la reciprocidad regalo-favor era una costumbre consolidada, hasta las irresueltas cuestiones morales de nuestros días.

Al final del recorrido, es lamentable comprobar, como destaca Garzón en su contundente prólogo, que «tampoco han cambiado tanto las cosas; en España y fuera de España se mercedeja con los cargos públicos, se aceptan regalos e incluso se defiende vehementemente que éstos son una costumbre social». Esta erudita, divertida y breve historia traza las «proezas corruptivas» de los grandes y menos grandes personajes de la historia, con especial hincapié en los gobernantes, los políticos, los funcionarios públicos y los numerosos estafadores financieros a lo largo de cuatro mil años.

Reseña:

«La narración breve y concisa es un arte, un don que Brioschi posee y utiliza en este brillante libro.»

Roberto Coalda, *Il Sole 24 Ore*

SOBRE EL AUTOR

Carlo Alberto Brioschi es editor de ensayo de la editorial italiana Rizzoli. Es también autor de *La penisola del tesoro* (1996) y *Elogio della corruzione* (1997).

Título original: *Breve storia della corruzione. Dall'età antica ai giorni nostri*

© 2004, TEA S.p.A., Milano

© Juan Ramón Azaola, por la traducción

© 2010, 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-2309-9

Diseño de la cubierta: Edmon de Haro

Conversión ebook: Newcomlab, S.L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |